CESAR DAVILA ANDRADE

POESIA, NARRATIVA, ENSAYO

FUNDACION
BIBLIOTECA AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

José Ramón Medina (Presidente)
Simón Alberto Consalvi
Pedro Francisco Lizardo
Oscar Sambrano Urdaneta
Oswaldo Trejo
Ramón J. Velásquez
Pascual Venegas Filardo

DIRECTOR LITERARIO

José Ramón Medina

CESAR DAVILA ANDRADE

POESIA, NARRATIVA, ENSAYO

Selección, prólogo y cronología
JORGE DÁVILA VÁZQUEZ

Bibliografía
JORGE DÁVILA VÁZQUEZ Y RAFAEL ÁNGEL RIVAS

BIBLIOTECA AYACUCHO

© de esta edición
Biblioteca Ayacucho, 1993
Apartado Postal 14-413
Caracas - Venezuela - 1010
Derechos reservados
conforme a la ley
ISBN 980-276-218-0 (rústica)
ISBN 980-276-221-0 (empastada)

Diseño / Juan Fresán
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

POESIA, NARRATIVA, ENSAYO

PROLOGO

ESTE ESTUDIO ESTA DEDICADO A LA MEMORIA DE ISABEL CÓRDOVA.
LO DEDICO TAMBIÉN A MI PADRE, JOSÉ DÁVILA ANDRADE,
A MIS HERMANOS, A MI MUJER Y A MIS HIJOS.

VIDA Y OBRA DE CESAR DAVILA ANDRADE

PRELIMINARES

CUANDO EN LA HISTORIA del arte surgen talentos muy grandes, se suele pensar que su genialidad es tanta, que no guardan relación alguna ni con el antes *ni con el después de su paso luminoso por la existencia –en nuestra* literatura es el caso de Pablo Palacio y del propio Dávila–; que son auténticas islas, pero se trata de un gran error de perspectiva. Sin duda, la condición genial de un creador se debe a sus dotes artísticas particulares, pero nadie como él para saber insertarse a la perfección en su momento histórico y para revelar a cabalidad en sus formas de producción estética todo lo mejor de lo que hubo en ese campo antes de su llegada, como también para marcar lo que se hará después; y más allá de lo intrínsecamente artístico, él será quien deje el más hondo testimonio –muchas veces inconforme, terrible, desenmascarador– de su época y de las que le precedieron –sobre todo de las inmediatas–, así como también estará en la mejor disposición para ser profeta de lo que traerá el futuro.

En algún momento, hablando de Pablo Palacio intenté demostrar lo arraigada que estaba su obra en el contexto cultural de su tiempo, marcada, eso sí, por rasgos estrictamente personales;[1] ahora, enfrentando la figura de Dávila, quisiera proceder de igual modo.

Las luchas entre liberales y conservadores, que tiene un primer desenlace de importancia histórica para el Ecuador en el triunfo de Alfaro y la Revolución Liberal en 1895, arrastraron una estela de conse-

cuencias en lo político, lo económico, lo social, y, por supuesto, en ámbito más reducido, pero no por ello menos trascendente para el ser humano que lo vivió, en lo familiar.

La conciencia de una urgente necesidad de cambio, que subyace en el fondo de todo movimiento revolucionario, suele empujar grupos humanos del más diverso origen a militancias que, aunque no los homogenizan logran amalgamarlos mientras dura la efervescencia.

En el Ecuador de fines del siglo XIX y comienzos del XX, se dio esta momentánea mezcla, un tanto confusa, pues, la gente que en teoría y práctica luchaba por la implantación de profundas reformas sociales, cometía muy a menudo injusticias pavorosas en el círculo de los más cercanos –léase parientes, allegados, dependientes.

La sed de igualdad social no era suficiente para extinguir el fanatismo que alentaba en la forma de actuar de muchos liberales y conservadores; ni las conquistas del *alfarismo* –algunas ciertamente notables–, bastaban para aniquilar las formas de explotación –especialmente de los terratenientes– en la praxis social, ni en el ámbito conservador ni en el liberal.

Ese fanatismo y esa explotación, más que cualquier otra secuela, persistieron largamente en el ánimo de la burguesía ecuatoriana y escindieron de modo casi definitivo a grupos sociales de una y otra tendencia –que habían ventilado diferencias por las armas, de modo muy sangriento–, y ese cisma habría de sentirse agudamente en el seno de la vida de las familias. Dos generaciones al menos pasarían antes de que se cicatrizasen las heridas que se infirieron mutuamente los dos grupos dominantes, y una tercera para que se uniesen férreamente con pretextos patrióticos, pero, en efecto, para enfrentar nuevas tendencias político sociales.

En cuanto a la eliminación de los modos de explotación más vergonzosos y hasta feudales, seguramente éstos no han terminado, cuando en la actualidad enfrentamos una problemática tan aguda como la de los levantamientos indígenas.

LA NIÑEZ Y LA JUVENTUD

Empecemos por una aclaración ineludible: la biografía de uno de los mayores poetas cuencanos de todos los tiempos –y de los más importantes del Ecuador–, no se ha escrito todavía, ni la encontrará el lector en estas páginas; apenas sí hallará un esbozo, relacionado, en lo posible, con su tarea poética, dura como la vida misma, según su propia expresión. Queda, pues, abierta hacia la inquietud de los investigadores del futuro, la escritura en detalle de esa existencia, que más que saberla, la intuimos apasionante como su obra que, felizmente, sí estamos en posibilidad de conocerla.

César de Jesús, reza la partida de bautizo de Dávila Andrade, que nació el 5 de octubre de 1918, en un momento ciertamente lejano ya del

triunfo liberal, pero aún marcado con fuerza por su huella y por las secuelas antes señaladas.

Su familia paterna, Dávila Córdova, había dado a la región algunos nombres ilustres en el campo de la oratoria, la poesía, la jurisprudencia y la política. Casi todos los hijos de José María Dávila Egas, regidos por su viuda, la figura matriarcal de Guadalupe Córdova Piedra –que se enorgullecía de su ancestro, el general José María Córdova, héroe de la Independencia–, habían abrazado la causa liberal radical: Leopoldo predicó el liberalismo en la cátedra universitaria y en el campo político, a lo largo de su vida, y al final de ella se negó a confesarse; Napoleón fue desterrado al Perú. Confinado en Manabí y perseguido por los regímenes reaccionarios que vinieron luego del alfarismo, no dejó de conspirar contra todo lo que le parecía desviarse del radicalismo liberal. Otros hermanos murieron en enfrentamientos con los conservadores y alguno desapareció sin dejar rastro, víctima de esas misteriosas "razzias" que se desataban violenta y súbitamente, movidas por un oscuro espíritu de desquite, a veces largamente fermentado.

Pero Rafael, el padre de Dávila Andrade, creció muy cercano a sus primos Cordero Dávila, futuras figuras del conservadurismo local, y se adhirió tempranamente a la tendencia, provocando una frialdad familiar que persistió durante muchísimo tiempo.

César Dávila era un inconforme, y desde muy joven rechazó las ideas conservadoras de su progenitor, sin que esto quiera decir que simpatizase en exceso con las de sus tíos. Su búsqueda iba por otros derroteros, más amplios, universales y profundos, que en su dialéctico espíritu podía aliar las ideas igualitarias y revolucionarias de socialismo, al que se afilió tempranamente, con las apasionadas persecuciones interiores del espiritualismo de todos los orígenes imaginables.[2]

La familia de Elisa Andrade aportó también algunos nombres de importancia al panorama de la cultura cuencana, especialmente los de Alberto María Andrade y su hijo Alberto Andrade y Arízaga –"Brummel"– los dos, escritores con un cierto prestigio comarcano en su momento. Curiosamente, este último está ligado a la publicación del primer poema conocido de Dávila, "La vida es vapor", el 15 de julio de 1934, en diario *El Mercurio* de Cuenca, periódico en el que "Brummel" laboraba. Esto y el hecho de que, como poeta, Andrade se interesó por los vanguardismos, puede explicar tanto el aparecimiento del texto, cuanto el que Dávila lo dedicara a su primo.

Aunque una obra literaria no puede ni debe ser tomada como fuente directa de cuestiones biográficas de un autor; sin embargo, no deja de reflejar –de manera directa o no–, rasgos de la vida y el entorno social y físico de un creador. Eso ocurre también en el caso de Dávila, y cualquier alusión que hagamos será en ese sentido y con una obvia prudencia. Hecha esta observación, bien podemos decir que la obra en prosa tiene vínculos muy estrechos con la realidad entorno de nuestro poeta, mientras que la lírica contiene una mayor cantidad de datos sobre lo biográfico.[3]

Si la relación con Rafael Dávila Córdova –ya por razones políticas, ya por un amor filial muy intenso hacia la madre, que obraba como una lente deformante de todo, haciéndole magnificar cuanto ella hacía, incluso lo más usual y cotidiano y desdeñar toda obra del padre– era difícil, espinosa; la que mantuvo con Elisa Andrade, fue siempre intensamente amorosa, reverencial, aunque estuviese teñida por un velado edipismo, que Dávila no superó jamás, ni en la vida ni en la obra. Turbador resulta, por ejemplo, que se hubiese casado con una mujer que le llevaba casi veinte años (Isabel Córdova se casó por primera vez en el año 1919); como también leer ciertos textos (para muestra remito a los lectores a "Variaciones del anhelo infinito").[4]

Dos expresiones de la poesía referidas a uno y otra nos darán una idea, aunque sea imprecisa de este aspecto del sentir daviliano:

Un hombre, en la litera plana de los santos
envejecía antes y después de mí.

Es ésa una definición lírica del padre, cargada de frialdad, que hallamos en "Origen II".

Te amo en todas las mujeres,
te amo en todas las madres, te amo en todas las lágrimas.

Declaración de afecto, llena de ternura y universalidad que encontramos en "Carta a la madre".

En el resto de su familia próxima, quedan testimonios de que el poeta, durante los años en que permaneció en su Cuenca natal, fue hombre muy cálido. Pero, su alejamiento físico de una ciudad por la que experimentaba contradictorios sentimientos (desde un amor desgarrado y viril, expresado en el telurismo extremo de "Catedral Salvaje", hasta una muy especial falta de cariño –debida, sin duda, a que en el contexto social y artístico de la época no recibió un aquilatamiento que esperaba, y no se hizo esperar mucho en otros sitios en los que le tocó vivir, digamos Quito, Mérida o Caracas– perceptible en las imprecaciones de otro de sus poemas: "*furiosa y maternal amada*" y "*loba ciega*"), significó también un despego de casi todos sus parientes.

Mujeres en su vida parece que, al menos en un primer período, fueron todas seres poéticos, embellecidos por su lirismo, idealizados, pero sin existencia real.

Hay una muy especial, próxima a él por la sangre, y que marca el punto más alto de su platonismo juvenil: María Luisa Machado, una prima suya, a la que se sintió hondamente ligado, aunque parece que nunca llegó a expresarle su amor, si creemos en lo que cuentan personas próximas al poeta, que recuerdan aún sus años cuencanos, y en lo que él mismo nos dice en "Carta a la madre", cambiando únicamente el nombre:

Me cuentas que se ha muerto mi prima María Augusta.
Ahora que estoy lejos, te diré: Yo la amaba.
Mi timidez de entonces me quebró las palabras.

Con relación a lo que habíamos anotado antes sobre su desapego de Cuenca, lo insinuamos al paso y lo hemos señalado en otros trabajos en torno a Dávila, que aparecerán citados en la bibliografía, reiteramos que se debió seguramente a que la ciudad lo desconoció –no sólo en sus primeros años–, condenándolo a un anonimato grosero, a los trabajos más humildes y peor remunerados, y no cedió un ápice en su veneración a las figuras tradicionales del parnaso local, algunas, ciertamente, de una lamentable medianía.

Cierto que triunfó en las últimas emisiones de la *Fiesta de la lira* –la expresión más cabal de un espíritu profundamente provinciano y reaccionario, celebrada, por costumbre, en un ambiente que mezclaba el bucolismo y el disfraz pseudoclásico, con musas, coronaciones de maestros del *gay saber* y otros ritos caricaturescos, que fascinaron a mucha gente de mentalidad no muy progresista, hasta el extremo de que se intentó resucitarla hace una década, con un estruendoso fracaso, por suerte–, pero ese triunfo no fue si no el resultado de la imposición por la fuerza de sus valores líricos en un medio adverso, nada más; no, como se quisiera tal vez manipular el asunto, adscribiendo a Dávila a unos modos de vida y pensamiento que detestaba. Para entonces, ya tenía casi treinta años y en poquísimo tiempo más, sería reconocido a escala nacional.

MAS ALLA DE LOS LIMITES DE CUENCA

Sabemos que, a consecuencia de su necesidad de conocer nuevos ambientes, de la situación económica familiar no muy prometedora –que le impidió hasta terminar el colegio, en busca de un trabajo que le ayudara a mantener el hogar– y de la revolución del año cuarenta y cuatro, que significó un viraje en el campo de la cultura, estuvo primero en Quito, una ciudad en la que obtendría pronto sus primeros grandes éxitos en el campo literario y humano, pero que en su contacto inicial le fue fría y hostil; luego en Guayaquil –en donde tampoco recibió acogida por sus valores poéticos pues la atmósfera en la que le tocó desenvolverse estaba dominada por fuerzas reaccionarias, no muy diferentes a las de su ciudad natal y que constituían un círculo de alta burguesía aun más cerrado que el cuencano–; y otra vez en la capital, con ligeros paréntesis cuencanos.

La segunda estancia en Quito es decisiva en su carrera y en su vida.

Luego de la llamada Revolución "Gloriosa" del año 1944, acción política teñida de populismo y esperanzas de izquierda, que depuso a un gobierno liberal corrupto y entronizó en la presidencia a Velasco Ibarra, Benjamín Carrión había fundado el germen de lo que sería en el futuro próximo la Casa de la Cultura, concibiéndola como el núcleo intelectual

que sustentara sus anhelos del pequeño país, grande por las labores del espíritu, ya que no por las armas o el poder económico. Tesis ciertamente idealista,[5] pero que, de algún modo, reconfortaría a una sociedad –al menos a su sector intelectual– estragada por crisis internas y desilusiones políticas y que no acababa de olvidar la vergüenza de una derrota internacional: la guerra del año 41 con el Perú y la imposición del Protocolo de Río de Janeiro del 42, que cercenó una buena parte de la Amazonia.

En esa Casa de la Cultura recién fundada, llena de proyectos y de sueños, Dávila Andrade encontró un trabajo remunerado, un refugio y unos amigos. Cierto que la bohemia a la que entonces se dedicó en cuerpo y alma, le ayudaba a olvidar su propia soledad, su pobreza y otros males, y a atenuar en su interior el dolor social, al que fue muy sensible en todo momento, y que si no hubiese sido por la aparición de Isabel Córdova en su vida, ésta quiza se hubiese extinguido mucho más tempranamente; pero negar la importancia de Quito en la carrera poética del autor sería una necedad.

En muchos sentidos, Dávila estaba próximo de sus personajes atormentados; y en esas noches de interminable bebida, en las que perdía no sólo el sentido de la realidad y sus contornos, sino todo, hasta la ropa que cubría su cuerpo de *ángel sin misión*, además, por supuesto, del poco dinero que le pagaban por la corrección de pruebas de la imprenta de la Casa de la Cultura, lo que hacía era peregrinar en pos del verdadero sentido de la existencia, a tientas, en medio de las tinieblas del alcohol y la miseria; en pos de la presencia del Altísimo en los más humildes, a los que consideró permanentemente sus hermanos, con una ternura digna de los santos; y en pos de sí mismo.

Su lucidez en lo que creó entonces, contrasta, sin duda, con una actitud de autoaniquilamiento, formidablemente expresada en ciertas imágenes del poema "El ebrio", que es, precisamente, de la época:

Ir a pasos rotos sobre ese paso roto que camina solo
[...]
Salir en la noche, pálida ya de aurora,
y elegirse entre los ahogados más humildes en el Señor.
[...]
Caer en el caos de la mujer ya dibujada por cien manos.

Y, caer en la gárgara del Beodo Universal!

Quito fue donde dio a conocer sus dos primeros grandes poemas publicados en forma de folleto: "Canción a Teresita" y "Oda al Arquitecto" (1946) y el más popular de sus libros, el primogénito: *Espacio me has vencido* (el mismo año).

Estos tres títulos y otras ternuras, pequeñas piezas repartidas en las horas de alegre camaradería en torno a una botella o la inmortal "Carta a la madre", constituyen el punto de partida del Dávila editado, cuya

poesía, según el dato de muchos de sus contemporáneos, andaba dispersa en cualquier papelillo o en la memoria de sus oyentes.

Si nos ponemos exigentes, en la lírica de este período –al que nos hemos permitido llamar *Cromático*, por la abundante presencia de imágenes de color en sus composiciones–, no podemos negar la huella del posmodernismo ecuatoriano, en especial de Jorge Carrera Andrade, el "Titán Contemplativo", como lo llamara Dávila, con verdadera reverencia en su breve ensayo de 1948,[6] y del Neruda de los *Veinte poemas de amor*.[7]

Al analizar ciertos textos de esta etapa, señalaremos algunos parentescos. La renuncia al esplendor verbal de la época marca la entrada de Dávila en un segundo período creativo, al que por sus características descollantes podríamos denominar *Experimental-Telúrico*; lo primero, porque busca, de modo más acentuado que en el anterior, una revolución en las estructuras poéticas, partiendo de una negación de las formas tradicionales, dentro de las que se inscribe su poesía juvenil; aunque el ritmo, la musicalidad le perseguirán más allá de toda búsqueda; y lo segundo, porque es el gran momento de la producción sobre motivos americanos, tanto en lo geográfico como en lo histórico.

Experimentalismo, tan agudo como el de *Trilce* de Vallejo,[8] otro poeta al que Dávila se sintió entrañablemente próximo, se percibe en el libro representativo de la etapa, *Arco de instantes* y telurismo de distinto origen, nerudiano (en el tono de "Alturas de Machu Picchu") en el vasto tríptico "Catedral Salvaje", y emparentado con las Crónicas de Indias en el mayor de los poemas que escribió jamás, el inmenso "Boletín y elegía de las Mitas".

Además, aunque el autor había trajinado ya un poco por los campos del relato y el ensayo, es en esta época en la que produce algunas de sus más interesantes narraciones y no pocos de sus microensayos de más brillo. Su primer libro de relatos *Abandonados en la tierra*, gana un premio nacional en 1951 y aparece un año después.

Biográficamente, este período –fines de la década del 40 y principios de la del 50– corresponde a sus últimos años en el Ecuador, su matrimonio con Isabel Córdova, una de las figuras más contradictorias de la vida del poeta, y su viaje a Venezuela.

En el primer aspecto, los años finales de su residencia en Quito, con esporádicos viajes a otras ciudades del país, estuvieron marcados por un prestigio ascendente, pero ni siquiera eso contribuyó a que Cuenca se ocupase de publicar algo de su gran producción, aunque se continuaba editando lo que escribían muchas mediocridades a las que se consideraba entonces y se lo seguiría haciendo por años –hasta que el tiempo, juez implacable se ocupó de su olvido–, las figuras de nuestras letras, pese a que casi ninguno puede, con la perspectiva que hoy tenemos, compararse ni de lejos a Dávila.

En el aspecto de su matrimonio, es necesario hablar con franqueza: Isabel no contaba con las simpatías de casi ninguno de sus innumerables

amigos; ni de aquéllos que lo eran en todo momento, mucho peor de los compañeros de bohemia.

Con unos y otros, el problema era de una especie de egoísmo, de amor posesivo, pues aseguraba que se aprovechaban de Dávila, que lo explotaban.

Si en ciertos casos pudo no andar errada –recordemos que, en una de sus múltiples noches de bohemia, el poeta entregó a algún inescrupuloso, que se decía su amigo, un poema que éste se atrevió a presentar en concurso nacional, ganando además un premio, como si poco faltara; cuando no, daba todo su sueldo y hasta sus vestidos a esos "fantasmas que tiritan" que tanto le conmovían, algunos de los cuales no eran precisamente los pobrecitos que él se figuraba, sino vividores y vagos–; en otros se equivocó terriblemente, y pagaron justos por pecadores.

Sea como fuere, Isabel sería la mujer fuerte en la caótica vida de Dávila; intentó por todos los medios poner orden en ésta; apartar al marido de unas compañías que, a no dudarlo, eran simpatiquísimas, pero que contribuían de modo muy efectivo a sumirlo en un vicio contra el que, de tiempo en tiempo, el mismo poeta trataba inútilmente de luchar.

Su presencia al lado del creador fue muy provechosa para la literatura del país, pues consiguió que él se dedicase a su producción, ya que se lo exigía en las pausas de equilibrio que dejaba su apasionado vivir, inmerso en un mundo de alcohol y desesperanza como el que creó en infinidad de sus obras.

La ida a Venezuela le pareció, seguramente, ideal para escapar de ese entrampamiento afectivo de unos círculos en los que casi usualmente él era la figura más importante, pero también aquélla sobre la que caía toda la tempestad alcohólica.

Algunos han querido minimizar este aspecto oscuro de la personalidad de Dávila, pero es indisoluble de su inmenso destino y está íntimamente ligado a su vida y su muerte. Isabel nos dejó en una carta un estremecedor testimonio al respecto.[9]

Venezuela significa mucho en la vida y en la obra de Dávila.

El mayor de sus libros de cuentos *13 relatos* aparece en Quito cuando él está ya radicado en Caracas; pero allá habría de publicar los títulos capitales del *período hermético: Cabeza de gallo*, en la narrativa, *En un lugar no identificado, Conexiones de tierra* y *Poesía del Gran todo en polvo*, en la lírica, y *Magia, yoga y poesía*, en el ensayo. Allá encontró hombres que lo apoyaron (siempre será necesario mencionar en primer término al autor de *Los hijos*, la más bella novela jamás escrita sobre Cuenca, Alfonso Cuesta y Cuesta, que en Mérida fue para el poeta como el hermano que había sido en Quito Ramón Burbano Cuesta –primo del novelista–, un escritor cuencano que compartió su vida humildísima en los últimos años de su soltería y al que Dávila dedicó algunos de sus poemas menores, como aquel que empieza "Amigo puro desde nunca solo"); gente de letras, creadores que se entusiasmaron con su obra y que fueron ya sus amigos por el resto de la existencia (Baica

Dávalos, Oscar Sambrano Urdaneta, Pascual Venegas Filardo, Rosamel del Valle, Pierre de Place, Ida Grameko, entre los que mencionó en sus cartas y en sus escritos con mayor familiaridad, y algunos de los cuales lo evocaron con afecto inmenso, con verdadero dolor, luego de su muerte); que compartieron sus inquietudes espirituales (Juan Liscano le abrió las puertas de *Zona Franca*, una revista que se especializaba en los temas herméticos); personajes importantes que le ofrecieron oportunidades y le suavizaron la dura tarea de vivir[10] (José Ramón Medina le facilitó el acceso al grupo de editorialistas de *El Nacional*, pese a que Dávila tuviera algún malentendido con Otero Silva, por sus exabruptos de la fase oscura de que hablamos antes. Más de quince años estuvo colaborando con el periódico caraqueño).

A su muerte, ocurrida el 2 de mayo de 1967, el homenaje de la prensa y de los literatos que dedicaron, entre otras publicaciones, un número entero (el 45) de *Zona Franca* a su memoria, muestra que ocupaba un sitio en las letras del país hermano y también en el corazón de sus hombres de espíritu.

El suicidio de Dávila Andrade desata una serie de inquietudes, que a la larga se encadenan entre ellas como un intento de respuesta al angustioso *por qué* planteado a lo largo de los años.

La primera es la relacionada con la carta de Isabel Córdova que se menciona antes: la decisión como fruto de una crisis depresiva post alcohólica.

Curiosamente, se enlazará con la opinión más reflexiva al respecto, la de Liscano, que veremos al fin.

La segunda, se vincula con las ideas expresadas en algunos de sus poemas vinculados con el campo de lo hermético: el poeta buscaba desesperadamente y desde su más temprana edad una trascendencia tal, que nada de la materia que le rodeaba y a la que tanto llegó a amar, podía llenar su corazón, ansioso como el de los místicos de un amor que escapaba a todo lo conocido, de una fuerza que era la de ese gran ordenador del Universo, del "Arquitecto", que una noche cualquiera nos respira el alma.[11]

La tercera tiene que ver con ciertos testimonios de amigos, como el de Filoteo Samaniego, en torno a las tendencias suicidas del artista desde muchos años antes de su trágico fin. Samaniego, poeta y amigo, guardó algo como una carta,[12] en la que Dávila le anuncia su muerte por mano propia y pide que se le envíen a Elisa Andrade sus lentes, a los que consideraba sus únicos bienes.

Una cuarta inquietud nos lleva a la lectura de su obra –esta vez ya en general, no sólo en particulares textos herméticos– en relación con su final. En su poesía se pueden encontrar indicios claros de esas inclinaciones a las que aludimos, no sólo en el suicidio simbólico del poema "Espacio me has vencido", sino en textos que lo precedieron, como en "Ciudad a oscuras", escrito presumiblemente en el 44, y cuya última parte dice:

Aquí muriéndose este nombre mío
y yo, detrás, ya muerto y en tinieblas;

o en el "Canto del hombre a su ignorado ser", (1946), en el que éste, que no es otro que uno de los múltiples desdoblamientos líricos del autor,

Decide ya el suicidio con vegetales pálidos.

Pero, el más claro de estos "anuncios" es estrictamente contemporáneo de "Espacio . . . ", y parte del libro inicial, lo hallamos en los versos finales de "La pequeña oración":

Y que cualquier tarde, pueda irme de mí mismo,
al través de mis poros, en mi aliento,
con la huida de música descalza del deshielo!

Y, por supuesto, el estremecimiento premonitorio está en algunos cuentos, así mismo desde la época inical: el cura pecador de "Autopsia" se suicida; cosa igual ocurre con el ave mítica de "El cóndor ciego"; y, en etapas posteriores, el tema está en "Un cuento sin nadie" y en el turbador "La sierra circular", en el que las depresiones de la dipsómana protagonista, bien pueden reflejar las suyas propias, así como su final anunciar el suyo.

Pero, una vez más recordemos la propuesta original al respecto de obra y biografía, y manejemos estos datos, en apariencia tan claros, con tino, no como algo definitivo.

Lo que no podemos poner en duda es que la decisión de poner fin a su vida, la tomó Dávila en un momento de crisis.[13] "La trágica determinación que le condujo al suicidio revela un estado depresivo incompatible con las enseñanzas que buscaba. Por lo tanto, ese gesto inexorable debe atribuirse no propiamente a una voluntad real de abolirse a sí mismo, de liberarse para resolver de ese modo un conflicto insuperable entre la realidad de *afuera* y la de *adentro*, sino como el reflejo automático de un subestado alcohólico –atravesaba una de sus agudas crisis dipsomaníacas–, de una divagación incontrolada, de un no-estar-consciente". Ha escrito al respecto Juan Liscano,[14] que suponemos lo conocía bien, luego de una larga colaboración en su revista y de un fraterno y profundo compartir ideas semejantes.

En todo caso, si tuviéramos la tentación de ponernos didácticos, diríamos que lo ejemplar de la vida de Dávila no está en su salida de este mundo, sino en la forma espléndida como supo mostrar amor por todo cuanto le rodeaba, por lo pequeño, lo humilde, lo insignificante; en lo plenamente que se entregó a su creación literaria, poniendo en ello toda su vida, como el grillo simbólico de uno de sus últimos poemas:

canta con todo lo que le ha sido dado
en una sola noche

y estalla al amanecer
con la última cuerda de su vientre en la boca.

No nos queda su frágil contextura de hombre, sólo su canto inmortal, que seguramente va a sobrevivir más allá de nosotros, como ha sobrevivido intacto a un ya largo cuarto de siglo de su muerte.

PREOCUPACIONES HUMANAS Y TEMATICA LITERARIA

Dávila fue en todo momento consecuente con su forma de pensar y sentir. Sabemos que muy tempranamente se sintió atraído en dos sentidos un tanto antagónicos, cosa que caracteriza a su contradictoria personalidad. Por un lado hacia lo místico, lo extraño, lo oscuro. El rosacrucismo y la masonería son las vías por las cuales encauza esas inquietudes espirituales.

Por otro lado, lo social le angustia ya en sus años de juventud. El socialismo le parece una vía de rescate de ese ser humano pisoteado, explotado y maltratado, por el que se interesará reiteradamente en su obra poética y narrativa, y alguna vez también en sus ensayos; por ello, se afilia al recién fundado partido. Nunca abandonará sus ideas que más que de izquierda, son propiamente progresistas, pero jamás tendrá una militancia como sí la tuvieron otros artistas de la época; él se siente, sobre todo, un hombre de letras más que un político.

Estos dos tipos de preocupaciones convivirán de manera bastante clara en su interior, llegando en más de una ocasión al conflicto, cuya única salida fue la inmensa capacidad dialéctica y creativa del autor.

Pero además de *lo espiritual* en sus vertientes menos ortodoxas y del impacto de los *dramas sociales* –que generaron los motivos mayores de su literatura–, en su sensibilidad se agitaban muchas otras inquietudes, todas las cuales giraban en torno a la *condición humana* y sus flaquezas, aquéllas que hacen del hombre ese tejido de contradicciones de que hablara Brecht; ese *ángel sin misión* –en palabras del propio Dávila–, al que nuestro escritor tuvo la suficiente lucidez para saber verlo en su más recóndita oscuridad, su luz perenne, su pequeñez abismal pero también su secreta grandeza.

Motivos como *el mal*, ya fuera en forma de enfermedad, pasión o muerte; *el sexo* como aniquilación; *el amor* como ideal, aparecen de manera constante a lo largo de su obra, como resultantes de sus preocupaciones vitales. Cuando nos detengamos en sus poemas, narraciones y ensayos, percibiremos con mayor claridad esta persistencia temática, que tenía sus raíces en lo más vital del poeta y de su entorno físico y social.[15]

OBRAS POETICAS, NARRATIVAS Y ENSAYISTICAS

LO MÁS POPULAR de cuanto escribió Dávila es la poesía que data de la década del cuarenta. Esa obra dulzona, que se emparenta con el primer Neruda y el Carrera Andrade joven, como ya señalamos, y que al finalizar los cuarenta él mismo desdeñaba un poco.

Quizás se trata de neo romanticismo (por la sensibilidad) y neo surrealismo (por algunos de los modos expresivos), pero se revela ya en esta producción del *período cromático* la verdadera estatura del poeta. Hay piezas de singular hermosura y gran calidad en ella –veinte se publicaron en el libro *Espacio me has vencido,* pero muchas no aparecieron entonces en volumen–; particularmente las cartas y canciones del libro primogénito –en especial "Esquela al gorrión doméstico", "Canción a la bella distante", "Invitación a la vida triunfante" y "Espacio me has vencido"– y otras contemporáneas, como la inmortal "Carta a la madre", creo que el más entrañable y amado de sus poemas en el contexto ecuatoriano; "Canción a Teresita" y "Oda al Arquitecto". Estas dos para mi gusto, de lo más bello y acabado de la producción daviliana. Tanto parte del libro inaugural de la lírica de nuestro escritor, como los tres últimos poemas mencionados se incluyen en esta Selección.

Del segundo momento creativo, al que llamamos "período experimental-telúrico", sin duda la pieza de resistencia es *Boletín y elegía de las Mitas*, especie de monumento épico-lírico al indio ecuatoriano; pero por su trascendencia en la posterior obra de Dávila, esta selección acoge además del inmenso *Boletín*, su canto a la geografía patria vista como algo aplastantemente cósmico y universal, "Catedral Salvaje", y piezas escogidas del poemario *Arco de instantes*.

Y del último tiempo, al que todos los que han estudiado a Dávila coinciden en llamar *período hermético*, sus mejores composiciones son aquéllas que resultan una especie de poética del autor, las que contienen sus ideas sobre la literatura, la estética y la vida, como "Poesía quemada" y "Tarea poética". Ellas estarán en este texto, pero también incluiremos una microselección de poemas de *En un lugar no identificado, Conexiones de tierra, La corteza embrujada* y *Poesía del Gran todo en polvo*; todos de altísima calidad lírica, no fácilmente abordables, reflejos de un alma para la que el verdadero camino de la vida estaba más, mucho más allá de lo puramente apariencial.

Siempre guiado por mi personal preferencia, que aspiro a compartir con los lectores, creo que de la narrativa, las grandes piezas son "Vinatería del Pacífico", de la etapa inicial; la mayoría de los *13 Relatos*, pertenecientes a la etapa de madurez; así como "Cabeza de gallo", "Caballo solo", presumiblemente de este mismo período y "El viento", "La carreta de heno" y "En la rotación viviente del dodecaedro", del tiempo último y hermético. Todas estas piezas, más "Un centinela ve

aparecer la vida", "Pacto con el hombre", "La última cena de este mundo" y "La sierra circular" –tan terroríficamente conectada con el fin de su vida–, muy representativas del pensamiento y la creatividad de Dávila, forman parte de este volumen.

En lo que toca a la prosa no ficcional, me inclino sobre todo por sus *"Evocaciones"*, del primer tiempo; por *"Magia, yoga y poesía"*, importantísimo ensayo sobre poética y contenidos de la obra daviliana, escrito ya en pleno período hermético, durante su estancia en Venezuela y por algunos microensayos sobre literatura; esta recopilación se completará con una muestra de éstos, aparecidos frecuentemente como artículos periodísticos en *El Nacional* de Caracas, entre 1950 y 1966.

Antes de entrar propiamente en el dominio de la producción de Dávila, una última aclaración: las aproximaciones de obra que se realicen con un carácter analítico en este prólogo, serán las de aquellas marcadas antes por una personal predilección, pero esto no significa en modo alguno minusvalorar el resto.

LA POESIA

Creo que hasta la menos aguda crítica ha reconocido el valor de la creación poética de Dávila Andrade y su posterior influencia en la poesía ecuatoriana.

Hubo reparos –los más serios e importantes, de Jorge Enrique Adoum– sobre una obra lírica marcada por "su misticismo, real, profundo, de consistencia anímica", que al ser adoptado por otros escritores de modo superficial "se convertía en una posición artificial".[16]

Pero nadie puso en duda la gran calidad de unos textos en los que se revelaba un escritor de extraordinarias sensibilidad y capacidad, tanto para volcarse en lo que producía, como captar el mundo circundante, y transformarlo, por obra y gracia de su imaginación engendradora y su rica imaginería, en algo sorprendente y conmovedor.

Ese proceso de metamorfosis de lo real y lo subjetivo en una nueva realidad que es la obra de arte –en este caso poética– aparece notablemente desarrollado en obras como "Canción a Teresita" y "Oda al Arquitecto", producidas en 1945 y 1946, respectivamente, y publicadas en este último año. Todo en estos textos permite aseverar que no son el principio de un trabajo poético sino la culminación de un proceso productivo, que se había iniciado en la década del treinta (recuérdese ese poemita único de 1934 "La vida es vapor", que por ostentar carta de primogenitura, al menos hasta hoy, forma parte de esta colección); que nos es desconocido en sus pasos, pero que llega a una madurez de oficio muy grande en estas piezas.

Basados en una serie de referencias familiares, podemos afirmar que en el trasfondo de la "Canción a Teresita", más que la pequeña santa de Lisieux, está la imagen sufriente de María Luisa Machado, la prima objeto de intenso amor platónico, aquejada de alguna misteriosa enfermedad, que la aniquilaría en enero de 1946.

Una variante favorita del motivo del mal físico fue en Dávila el subtema de la tuberculosis. Margarita Graetzer, en su estudio de la temática daviliana en los relatos, habla también de una preferencia del autor por este "demonio", atribuyéndola a la frecuencia social de la enfermedad.[17] Es posible que así fuera, pero creo que también incide en ella el neorromanticismo dentro del que se mueve la creación literaria del autor en este período. Los románticos hicieron del enfermo, y particularmente del tuberculoso una especie de elegido. Sobran los ejemplos.

Ya en el terreno de la producción poética, esta es una primera transformación de la realidad. La dolencia de María Luisa Machado era quizás una tuberculosis, pero renal –aunque la partida de defunción atribuye el deceso a "tumor hepático"–; por tanto, sin las características de la enfermedad cuando afecta a los pulmones.

Pero en "Canción a Teresita", Dávila nos habla de esta última clase de sufrimiento. Expresiones como "sé que tu pecho quema su materia estelar" o "el ave de tu tos", que vuela, con las alas rotas en la noche helada, confirman lo dicho.

En el plano lírico, el poema tiene connotaciones neosurrealistas, por el tipo de imágenes de indudable filiación onírica como "esa nube que baja, de tarde, a los dinteles,/entre manzanas blancas, en una esfera azul"; "tu frente de muchacha encristalada en luna"; "el silencio de tu paseo en niebla, / bajando la escalera de notas del laúd"; "el olvido orea su balanza de nidos" o "los delgados patines de celuloide y ámbar".

No se trata de una afirmación gratuita. Un abordaje de los elementos que entran en la composición imaginista nos pone en contacto con unas construcciones en las que lo insólito y lo cotidiano se aúnan, creando una atmósfera extraña, vecina de los sueños.[18] Además, Dávila afirmó cada vez que pudo su inclinación surrealista, que se acentuaría en el período siguiente.[19]

Jaime Montesinos ha analizado con mucho acierto esta bellísima pieza del primer Dávila, en artículo ya señalado antes. En él, por ejemplo, determina que los grupos versales de dos heptasílabos que se inician con Suave y siguen con Tenue, Delgada, Niña, terminando en Ideal, forman una especie de acróstico de Santa Teresita del Niño Jesús (Iesus).

Repara también en el carácter neo-modernista de la mezcla sutil entre lo místico y lo sensual que satura un poema, obviamente, no dedicado, como ya lo dijimos, a una figura religiosa, sino a una imagen amada con admirable devoción.

La precisión adjetival es otro aspecto llamativo de esta obra. Casi todos los epítetos remiten a la idea central de la composición, la de lo frágil, lo vulnerado por el mal físico: pálida, trunco, mínimos, caídos, delgada, rotas, enfermos.
En su "Teoría del análisis estilístico" (en sus *Estudios sobre la poesía*, ya citados, p. 131 y sgtes.), Matilde Elena López señala la efectividad de las imágenes de albura e inocencia[20] en "Canción . . . ", en los versos:

Novia que viajas sola
en un velero de hostias.
Enamorada pura en la edad de la garza.

Todo en el texto, me parece, nos pone ante percepciones sensoriales, de color y sonido principalmente; cuando no sinestésicas, como ese "aceite del silencio", esos "cascabeles azules", esa "niebla, sonata"; y ante mezclas sutiles de niveles opuestos: de lo concreto y lo abstracto, lo espiritual y lo material, lo sereno y lo apasionado, entre otras; en suma, ante *imágenes*, de aquellas que varios años después serían conceptuadas por el propio Dávila, en "Magia, yoga y poesía", usando como base un texto teórico del poeta surrealista francés Pierre Reverdy[21] y que hunden, indudablemente, sus raíces en el surrealismo y son vanguardistas por la audacia expresiva.

Los ejemplos al respecto son preciosos y abundantes: "esa noción del beso que comienza en los párpados" (lo concreto de *párpados* y *beso* se fusiona con lo abstracto de noción); "tu doncellez intacta crea nardos ilesos/sobre ese fino valle del aire en los cristales" (el asombro ante lo insólito de expresión lírica tan sutil, es irreprimible; el proceso de la imagen está en la imperceptible fusión de lo concreto de "nardo", "valle", "aire", "cristales", transformados por el toque mágico de la adjetivación "ilesos", "fino" y lo abstracto de "doncellez intacta" y la noción fantástica de "valle del aire" quizás plasmación de niebla o vapor, y ocurre inmediatamente un salto cualitativo, un cambio de naturaleza del conjunto, virtud suprema de la imagen).

Cosa semejante ocurre con aquella nube vespertina, sus manzanas blancas y su esfera azul, de filiación netamente surrealista (¿No recuerda Magritte o Duchamp?), con la curiosa y vanguardista metáfora de alas "descalzos patines de celuloide y ámbar"; con esos trinos que por amor a Teresita se conservan en el éter y con las plegarias, que por la misma causa, "se toman cascabeles azules"; y con muchas otras expresiones igualmente únicas, cuyo registro total agotaría a los lectores, rebasando, además, las intenciones de este prólogo.

Si el motivo del mal físico es preponderante en "Canción a Teresita", y lo apasionado del tono casi anula al de lo religioso, en la "Oda al Arquitecto", este lo avasalla todo.

Se trata de un extenso canto en ochenta y ocho versos —87 alejandrinos y un heptasílabo—, escrito en una destellante lengua poética neomodernista o hija del sonoro posmodernismo de un Carrera o un Escudero.[22] Debido a la asimetría en la distribución de los versos, se dirá quizás que no es una *oda* en el sentido tradicional, pero, ¿quién podría objetar lo tocante a la elevada expresión y a la hondura de pensamiento? En la composición daviliana hallamos ocho series versales totalmente asimétricas de tres, doce, seis, doce, catorce, quince, once y quince versos, respectivamente, en las que el poeta vierte un concepto fundamental: la omnipresencia de Dios. Pero el Ser supremo de Dávila no responde sólo a la concepción judeo-cristiana del Creador, sino a una más amplia, ecléctica, influida sobre todo por las ideas masónicas, que parece le atraían mucho en la época de creación de éste, uno de sus tres poemas mayores.[23]

La *"Oda . . . "* se abre en forma apostrófica y el *apóstrofe* se mantiene a lo largo del texto: "Oh antiguo Arquitecto . . . *Tú* en la callada tierra . . . Por *ti* las rosas . . . *Tú* respiras . . . " etcétera.

Aunque resulta aventurado el intento de interpretación de un recurso, me parece que este constante dirigirse a Dios, inventariando su presencia en el cosmos y viceversa, hace que poeta y lector entren en intensa comunión lírica con el Ser así evocado y con su creación.

María Rosa Crespo[24] observó que el verso inicial, con ligerísimas variantes, funciona como *estribillo fluido* (p. 83), apareciendo seis veces a lo largo del poema: versos 1, 15, 33, 47, 62 y 73.

Reiteraciones de todo tipo constituyen la vertebración del canto y —como Crespo lo ha señalado también— le confieren un evidente tono letánico, que le aproxima a la poesía religiosa ritual.

Las principales formas de *reiteración* en el canto están constituidas por las expresiones *Tú* (13 veces en anáfora) y *Por ti* (nueve veces también en repetición inicial), que se disputan el carácter de *leit motiv*: la una como materialización múltiple de la omnipresencia y la otra como comprobación de la trascendencia de esa maravillosa suerte de *motor inmóvil* en que se constituye Dios en el texto. Si alguien quiere ver en los *números* un significado hermético, no anda descaminado; Dávila estaba ya entonces vinculado con doctrinas que lo reconocen y extrajo también del cristianismo una noción de su valor.

Otras reiteraciones notables son las de la preposición *en* (veintiséis ocasiones), ubicadora de la situación del divino Tú en el todo; y de la conjunción *y*, vínculo entre múltiples elementos del ser, en series enumerativas y bimembraciones.

La enumeración en repetidas instancias, no sólo crea en el ánimo del lector la idea de la globalidad, fundamental en la composición, sino que subraya el tono letánico y da a la "Oda" un ritmo envolvente, una musicalidad espiral, vertiginosa, que son parte de su indudable atractivo.

Toda la portentosa realidad que Dávila evoca en singulares conjuntos enumerativos –sin exagerar podríamos decir que todo el canto es una sola serie– está, además, sometida al proceso de la prosopopeya, animizada o personificada: los candelabros alzan su lengua hasta el divino Nombre, la tierra es callada, la mesa es ligera (hay que reparar en la particular gracia de esta imagen del torno del alfarero), las aguas esculpen las caracolas, las flores mueven brazos y piernas, la abeja se orienta y busca la colmena, la sangre solloza, los hongos tienen pies y cabecitas, los riachuelos del tacto sienten a Dios, el musgo extiende su manuscrito, el toro piensa, las colmenas cantan, la música anda. Esta tumultuosa prosopeya en Dávila no sólo es la expresión indudable de su capacidad lírica, sino también una forma de exteriorizar su convicción religiosa de ese momento: la conciencia de que Dios *está* en todo, y, más anchamente, *es* la totalidad de lo que existe.

Pero su estar, su ser en el universo (que es en sí mismo contradictorio), no es simple y llano, sino complejo, dialéctico; de allí la constante presencia de la antítesis, que es como la dinámica del poema: el espacio en que Dios está es "veloz e inamovible". El mismo es "altísimo e íntimo" y está "vigilante y dormido"; nuestra vida es un viaje adverso y glorioso; existimos en un "vago sueño mortuorio", y en la noche postrera, cuando hemos dejado de respirar, El nos respira el alma.

En cuanto a lo religioso, que es medular en esta obra, volvemos sobre algo que ya se dijo antes, la tendencia ecléctica. "El concepto de un Gran Arquitecto o Principio Divino Inteligente, que constituye el foco espiritual y la Base Inmanente de la Gran Obra de la Construcción particular y universal, ha representado en todos los tiempos el fundamento de la Religión de los Constructores", se nos dice, en relación con las bases mismas del pensamiento de la masonería. Y también que el Principio divino "constituye la base, y esencia íntima de todo lo existente", concepto en el que parece originarse la tendencia a la animización universal del canto. En fin, imágenes como la del "dorado toro que piensa en el otoño" y "su lenta conciencia que aún no tiene bordes", corresponderían a este pensamiento: "El plan del Arquitecto obra automáticamente en la vida de los seres inconscientes; que se sienten empujados hacia adelante, hasta el momento en que ellos mismos alcanzan el plano o nivel de la autoconciencia".[25]

Las alusiones a los ángeles (v. 7), a la creación (v. 10), a Jericó (v. 34), nos remiten al Antiguo Testamento y aquel "polvo durmiente" (v. 56) que llora las sandalias de un Dios hecho hombre, relaciona al texto con el Nuevo Testamento.

Por último, los viejos dioses del v. 19 y los centauros que vienen con el estío (v. 41), son, sin duda, referencias clásicas.

En conjunto, creo que está más que justificada la afirmación de lo ecléctico en la "Oda".

Dávila mostraría toda su vida un interés muy grande por lo religioso y por la presencia de la Divinidad, pero sin caer jamás en el fanatismo, sino con un gran sentido de apertura y universalidad.

Antes de abandonar este acercamiento a la "Oda al Arquitecto", sólo unas pocas palabras sobre dos recursos notables por su abundancia y calidad en ella: la metáfora y la imagen.

Del primero hallamos atractivos ejemplos en estas sustituciones: de llama de los cirios: "lengua"; leche materna: tibia arborescencia; frutos: "rojos ramajes de escorpiones heridos" (por lo insólita es de claro origen surrealista); colmena: "capilla"; nubes: "blanca vendimia"; vuelo de las golondrinas: "tembloroso luto"; rumor: "marea dorada"; cielo: "zona del ámbar"; existencia humana: "oscuro viaje de adversidad y gloria, vago sueño mortuorio".

Del segundo no podemos dejar de admirar el talento, la audacia expresiva de Dávila para:

a) generar ricas imágenes sensoriales; *visuales*: la tierra en que reposan los muertos es azafranada; el estío es dorado, de amaranto, berilo y sangre; el atardecer es azul verdoso, de zafiro y esmeralda; la luz del sol sobre las copas de los árboles en un fuego azul; el vuelo de los ángeles es blanco de cera y lino; *auditivas*: escuchamos al corazón que golpea al cielo y el sollozo de la sangre; mil clarines rompen una vez más las murallas de Jericó; el viento del verano es músico y cazador, el piar de la codorniz suena a trigo y el bordoneo de las abejas es un cántico de oro; *táctiles*: percibimos el frescor de la rosa y de la dalia; el cabello (seguramente femenino y joven) nos roza como dorada brisa; tocamos la hierba delgada y la textura húmeda de las cabezas de los hongos; o sentimos los cambios de temperatura de la piel que van de la llama al frío de un "clima cerúleo".

b) jugar con las mezclas sensoriales más insólitas, en inauditas sinestesias: los pétalos de las rosas y las dalias son codos y rótulas que se mueven (nivel visual), pero su consistencia es de frescura y ácido rocío (niveles táctiles y gustativos); la leche que lactan las gacelas (nivel gustativo) es arborescente (visual) y tibia (táctil); la contextura de la hierba que la percibimos por la vista, es también captada por el olfato, por ser fragante; la baja temperatura del cuerpo (táctil) es azul –clima cerúleo–, digamos visual, y el rumor (auditivo) de las abejas es dorado (visual);

c) o fusionar lírica y sutilmente las más diversas y hasta antagónicas realidades: la llama de las velas (concreto) se alza no hasta la Divinidad, sino hasta su nombre (entramos en el terreno de la abstracción

maíz". Y la forma de dirigirse al "idolillo", así como los temas de conversación que propone no pueden expresar mejor la concepción general de lo minúsculo: "te envío un saludo/de liquen, de centeno y de albahaca"; "Conversaremos/del premio de fin de año de los tréboles/de la dalia que florece en el as de oros/y de la orografía del tejado".

Alguien objetará que se trata de una composición menor; así es, en efecto; carece de los atributos de la mayoría de sus compañeras de libro, de su verbo vibrante, su ritmo sonoro y amplio, pero está dotada de una transparencia y una delicadeza como pocos poemas davilianos del período, reuniendo pese a todo las características de su mejor lírica: imágenes audaces, aun tratándose de un tema coloquial, cotidiano; recurrencia a los elementos del mundo cercano, pero transformados por una visión lírica superior y por el poder de su palabra; y una gran dosis de ternura, que el lector la percibe inmediatamente.

La "Canción a la bella distante" se construye mediante estructuras comparativas de carácter fuertemente metafórico. Una factura lírica cuidadosísima, le sirve a Dávila para la construcción de su más delicado poema de amor.

La bella distante es "perfecta como un surco abierto por palomas", "como un hoyo de lirios o como una manzana que se abriera el corpiño". Son símiles tan cuidadosamente elaborados, que juegan con las posibilidades de la metáfora, y eso ocurre también con los que siguen: "Clara como la boca del cristal en el agua, tierna como las nubes que atraviesan el trigo por los lados de mayo. Dulce como los ojos dorados de la abeja; nerviosa como el viaje primero de la alondra". Sólo un hondo sentido de la lírica alcanza a construir una cadena de expresiones de tanta sutileza. En ellas, lo sensorial se alía a lo emotivo y a lo intelectual, lo concreto a lo abstracto, a lo fantasioso y a lo espiritual, muy imperceptiblemente, estructurando esas *imágenes davilianas* de las que venimos hablando, y que las definiera intuitivamente de modo muy preciso Alejandro Carrión como "instantáneas líricas" en las que se da una "mezcla feliz de lo objetivo y subjetivo".[26]

Antes de abandonar el libro inicial de Dávila, anotemos que en él se da un impresionante despliegue de lenguaje lírico de muy buena factura y de recursos novedosos o renovados, de una innegable exquisitez.

Abundan en el texto las *imágenes*, sobre las que siempre será poco lo que se diga, pues constituyen el mecanismo más importante de su expresión poética, en sus tres niveles, como manifestaciones literarias de la *percepción sensorial*, como *sinestesias* y como revelaciones *visionarias*; los *símiles* y *metáforas*, imaginativos, provocadores, llenos de la fantasía creadora del artista; las imaginativas *animizaciones* y *personificaciones*, en las que alcanzó algunos de sus mayores logros expresivos; el vigoroso *apóstrofe*, con cuya utilización constante, Dávila supo mantenerse a igual distancia tanto del tú lírico que evocaba, cuanto del lector con el que entraba en comunicación íntima; las *antítesis*, en el uso de las que era verdaderamete diestro, tal vez porque por su mediación expre-

absoluta); el alma del poeta (abstracto), adelgazada (concreto) besa entre las cosas (concreto, táctil) a Dios (ser espiritual); el reflejo de la nube en el agua (concreto, visual) es sólo un recuerdo (la metáfora débil memoria introduce un salto cualitativo por remitir a un nivel abstracto); el tacto humano es pensado como un conjunto de fenómenos naturales (llama, ocaso, clima, riachuelos, hidrografía) más o menos concretos, pero todo está en relación con el ente abstracto Dios, cuya presencia causa el cambio de naturaleza del nivel imaginario, acentuado por esta metáfora de muerte: mar del sepulcro, que es una vibrante y renovada reviviscencia de algo que desde Manrique, o desde antes, es un tópico. Una vez más, frente a un conjunto de imágenes de lo más audaces, nos encontramos ante la realidad de la inserción del autor en el contexto de la tradición literaria.

Se puede seguir de largo con este poema magnífico, pero no lo haremos; es mejor que cada uno de los lectores aproveche las innúmeras posibilidades de conocimiento literario que la *"Oda"* le propondrá a su tiempo.

ESPACIO ME HAS VENCIDO

Veinte poemas, ya lo dijimos, integran el libro primogénito de Dávila. El texto significa una real maduración de un estilo, nutrido por muchas corrientes poéticas –del romanticismo al posmodernismo–, por muchas voces hermanas: Neruda, Vallejo, Carrera Andrade, grandes como la de nuestro poeta.

Se trata, sobre todo, de un conjunto de epístolas y canciones, aunque se da otro tipo de composiciones. De las cartas líricas, la más sutil, para mi gusto, es "Esquela al gorrión doméstico"; de las canciones –la mayoría de índole sentimental, plenamente neo-románticas–, la mejor y más honda, vívida y hermosamente realizada, "Canción a la bella distante".

Un franciscano espíritu revela maravillosamente en "Esquela", el amor que Dávila sintió por los seres más pequeños de la naturaleza. Las metáforas con las que el poeta pinta a la avecilla están a tono con esa concepción –una vez más nos hallamos ante lo que en el caso de la adjetivación en "Canción a Teresita" llamábamos la propiedad–: "Hermano mínimo, idolillo de musgo, fotógrafo ambulante de los patios urbanos". (Si pensamos en *La vida perfecta* de Carrera Andrade, descubriremos su sombra en estas imágenes). Y el retrato sigue dentro de la misma tónica: "tú que viajas con muletas de alambre y una flor de alfalfa en la solapa" (nótese la curiosa sustitución lírica de alas y la visión poetizada del color de las plumas grisáceas del gorrión en el pecho). Los rasgos del pajarillo son de igual sencillez: Tiene paso "de violeta seca", dice, suspiro "de cabeza de alfiler" y "voz liviana y pura de grano de

saba su propio interior conflictivo, como su visión de una realidad en perenne contradicción; la *hipérbole*; usarla le permitía idealizar el mundo que iba creando, mientras proyectaba en el lector una infinita serie de indescriptibles emociones.

CARTA A LA MADRE

Fue un presente lírico enviado desde Quito a Elisa Andrade, quizás luego de un largo silencio. No hay documentación, pero por el tono de la composición y por la referencia tan próxima a la muerte de María Luisa Machado, se la puede fechar en los primeros meses de 1946, yo diría mayo.

Dos recursos claves de la composición son la hipérbole y la integración del coloquialismo, aspecto en el cual es uno de los poemas pioneros de la poesía ecuatoriana.

Gracias a la exageración poética, Dávila consigue efectos que conmueven y fascinan. El tono conversacional vuelve a la obra algo totalmente íntimo; el neorromanticismo daviliano del que ya hemos hablado, aparece justamente en esta confesión en la que todo queda a flor de piel y poesía.

La hipérbole transfigura la imagen de la madre. La delgadez del pan de su pobreza, la descalza "blanca altura de los senos"; su amor semejante al "dolor de Cristo"; sus ojos heridos por "mil noches de costura" y "la malva morena" de sus manos "divinas" que tiembla con el viento neruduiano, "que gira en la ventana", todo nos pone en contacto con la visión idealizada que Dávila tenía de su progenitora, en un lenguaje de ternura contenida, nada ramplón ni lloriqueante, riesgos de la poesía de tema familiar.

El coloquialismo está también dentro de estos peligros que acabamos de enunciar, pero el arte de Dávila es tal, que sale airoso de su desafío.

No se establece en ningún momento contrastes violentos entre el habla familiar, frescamente incorporada al poema y el visionarismo de metáforas como "árbol azul y dos arbustos blancos", imagen de la sangre materna y los senos que lo amamantaron, o entre los giros conversacionales: "dile que ya no bebo y que he pasado el año", "dime sinceramente, qué piensas de este hijo", "no madrugues a misa ni cojas el sereno" y las hipérboles ya señaladas.

La forma apostrófica está cargada de ternura, recomendaciones amorosas y confidencias. Todo parece dicho en voz baja, en cálido susurro.

Tangencialmente, reparemos en la efectividad del uso de la cuádruple reiteración final de "te amo", en la que el sentimiento filial se transforma gradualmente en un amor universal, aspiración suprema de Dávila, que se cumpliría en obras posteriores.

Este libro emerge justo en el centro de la etapa *experimental* y muestra los resultados, no siempre exitosos, del intento de superación del lirismo desbocado de la poesía daviliana de hasta fines de la década del 40, como también del telurismo gigantista y caótico de "Catedral salvaje".

Dávila quisiera desterrar el esplendor verbal, el ropaje suntuoso de las metáforas y la idealización de la realidad. Para ello opta por una expresión que aspira a ser despojada, desnuda, pero cae en las trampas del sueño, en la ambigüedad del vanguardismo y de lo surrealista.

Cierto que surrealismo y audacias innovadoras no bastan para cubrir las heridas vitales, las lacras y las frustraciones que subyacen en el fondo de esta obra; pero ello no impide su poderosa presencia en la mayor parte de los textos. El sueño es insuficiente para refugiarse en él y olvidar "los pasos rotos" y "la blasfemia de los ebrios"; la situación del poeta y del hombre en general "ahogado en piedra, con un cielo enloquecido en el corazón"; su peregrinar por "calles, moradas, antros, desfiladeros del dolor civil"; su conciencia de ser un "inútil puro"; su desesperada búsqueda de esa "esquirla de los Espejos del Altísimo", de aquella sabiduría, apenas intuida, pero hacia la que irá en adelante, libre ya de "la basura chispeante" de todo lo pasado, con una que otra escala, con algunas "Conexiones de Tierra" todavía.

Arco de instantes es surrealismo; todos y cada uno de sus poemas contienen una siquiera de esas desconcertantes imágenes en las que la incongruencia impera, "a menudo con alusiones impensables y relaciones subterráneas pero no justificadas",[27] como es frecuente en las manifestaciones artísticas de esta tendencia.

Así tenemos, por ejemplo "El organista busca en sus gabanes, las manos de unos novios, los límites del péndulo y de los clavicordios". ¿Cuáles son, podemos preguntarnos, las ligazones entre los elementos de esta imagen? Posiblemente sean tan subterráneas que no lleguemos a descubrirlas; pero ese shock de que hablaba Hugo Friedrich,[28] en relación con la poesía del surrealismo, se produce; ese desconcierto, al tratar de establecer los parentescos que unen a ese organista con las manos fantasmales de unos novios, imposibles de ser encontradas en los bolsillos de un gabán fantasma, y peor aún en compañía de los límites del péndulo en su perpetua oscilación o de los clavicordios, con su carga de pretérito.

A veces, la atmósfera de extrañeza es tan fuerte y la dosis de sueño que se desprende de las imágenes[29] tan densa, que poemas enteros se vuelven difíciles de comprender; es como si el poeta hubiera cerrado con una llave de misterio el código usado para la composición, y no dejara lugar más que para intuiciones.

No es el caso, por cierto, de piezas vívidas como "Infancia muerta", o el desgarrado "Origen II",[30] del que ya tomamos páginas atrás una referencia de tinte biográfico, o de los plenos de vivencias directas "El

ebrio" y "Hospital", o de esa única presencia de la geografía en este volumen: "La Corteza embrujada", una de las obsesiones de Dávila (igual que "el hombre claroscuro de la noche" y ese otro símbolo todavía no descifrado –¿la vida? ¿el tiempo?– de la carreta), que aparece de súbito en sus poemas, y que en *Arco*, alcanza una fijación en libro, dentro de una estructura en dos cantos, aunque luego preste su nombre para otras búsquedas del autor.

En éstos y en algunos más, la realidad, los referentes emergen de la complicada trama entre surrealista y vanguardista, y lo hacen con todo su peso y amargura; pero ya Dávila ha empezado su incursionar en el hermetismo, con la decisión de quien se lanza a las titánicas "batallas del silencio", aunque conoce que su "afán de Paraíso está en desgracia", y quién sabe si su voz " a las puertas de un Dios mudo".

BOLETIN Y ELEGIA DE LAS MITAS

Este es, sin lugar a dudas, el mayor de los poemas de Dávila Andrade. Por plantear ciertos problemas de lectura, algunos lo han desdeñado, sin reparar en sus innumerables virtudes literarias ni en su calidad de obra maestra épico-lírica y testimonial, quizá la mayor de nuestra literatura.

Como antecedente de su escritura, consta el conocimiento que el autor tuvo de Las mitas en la Real Audiencia de Quito,[31] la impresionante investigación de Aquiles Pérez, libro escrito con más pasión que arte, pero lleno de documentos sobre aquellas instituciones del coloniaje que causaron tanto dolor y lágrimas a nuestros antepasados indios; mas, sería una ingenuidad pensar que todo ese abundante material histórico recopilado por Pérez pudo pasar en bruto a la obra poética. Una vez más estamos ante un claro caso de proceso artístico, en el que apenas subsisten –en 286 versos– unos pocos nombres y datos de un libro de quinientas páginas.

Así, por ejemplo, la primera enumeración onomástica de "Boletín" halló algunos de sus elementos en la p. 71 del libro: Blas Llaguarcos, Bernabé Ladñu (sic), José Atampán, Andrés Chabla, Isidro Gualanlema, Sebastián Caxicondor, Marcos Lema. Algunos pasan igual, otros, como el primero de la lista poética se vuelve Juan Atampam, el Gualanlema se torna en Guamancela y el Ladñu en Ladña, añadiéndose a ellos dos nombres españoles con sus apellidos indígenas.

En Pérez no es más que una nómina de indios "vagamundos", no sometidos a cacique, y a los que se habrá de exigir tributo, en mitas de servicio personal de distinto orden.

En Dávila es el catálogo inicial, vibrante, onomatopeicamente construido, de una obra en la que todo el horror de la explotación de los "mitayos" –indígenas sometidos a la varia y monstruosa explotación de las mitas–, va transformándose por obra del verbo del poeta en algo conmovedor, inolvidable.

En las páginas 117 y 217 de Pérez hallamos nombres de acaparadores de tierras y encomenderos, respectivamente: Rodrigo Núñez de Bonilla, Pedro Martín Montanero –en la primera– y Sancho de lá Carrera hijo, Diego de Sandoval, nuevamente Montanero y Núñez de Bonilla, Muño (sic) de Valderrama y Alonso de Bastidas.

En la sección XXII del "Boletín . . . ", Valderrama se vuelve Nuño (v. 236) y es parte de aquello a lo que el narrador colectivo indio dice "Adiós . . . Rinimi", despidiéndose alborozado en español y quichua.

En los versos que siguen 238-241 los otros nombres aparecen en imprecaciones cargadas de rencor.

En las páginas 212-213 de Pérez aparece la figura de Rodrigo de Arcos: "famoso tipo de aventurero en aquello de buscar minas, en su predisposición para empujar masas de indios hacia las fosas mineras, en su ágil ingenio para ensayar métodos e instrumentos de explotación; en su pertinaz codicia para no saciarse con ningún producto ni rendimiento".

En los versos 242-254, sección XXIII, Dávila centra la imprecación en este "diablo del oro./Chupador de sangre y lágrimas del indio".

Los nombres de lugares, por supuesto, están tomados de diferentes páginas del libro de Pérez. Como ocurre con los de personas, a veces el autor los modifica, por razones de sonoridad.

"Boletín y elegía de las mitas" es el punto más alto de la producción de madurez del autor. A sus cuarenta años, Dávila es dueño de un oficio literario notable; todo futuro adentrarse en los dominios de lo hermético, será absolutamente deliberado. Poco antes había desplegado su genialidad de constructor de universos poéticos en el onírico *Arco de instantes*, texto lleno de aciertos, con seguridad voluntariamente oscuro, anuncio innegable de la etapa hermética; y, ocho años atrás, en la desmesurada "Catedral Salvaje", en la que no alcanzó un auténtico logro, por causas ya anotadas anteriormente. Pero ese vastísimo poema significó varias cosas, que es preciso tener en cuenta al hablar de "Boletín".

En primer lugar, le puso en contacto con la realidad telúrica dentro de la cual el autor había vivido hasta entonces como ciego –hablo de la vida de creación–, deslumbrado por el universo ficticio generado por su lírica brillante y evasiva.

En segundo, despertó en él interés por el hombre de América –la parte del poema que se denomina "El habitante", desarrolla esa temática, precisamente, pero el alud metafórico es tal que el motivo termina por desvanecerse entre la superabundancia de imágenes y metáforas–; interés que en el poema indigenista va a alcanzar su punto de desarrollo más trascendente.

Y en tercero, "Catedral" le permite al poeta desarrollar de una vez por todas y de modo definitivo toda su capacidad verbal e imaginista. Nunca más Dávila volverá a intentar una experiencia con el lenguaje tan completa, experimental y vanguardista como en ese su canto enorme y un tanto frustrado. (En un doble sentido, no sólo porque no colmó sus propias expectativas, sino porque no recibió por parte del público una

acogida muy calurosa). Ni la exigente realización de *Arco de instantes* demandará el esfuerzo creativo de la otra obra.

Pero la realización del macropoema fue como un liberarse en ese terreno, "Boletín . . . " en cambio, estará, como lo ha señalado María Rosa Crespo en "una línea de creación léxica y austeridad verbal que constituye un contraste violento con el lenguaje que utilizó hasta "Catedral salvaje", lleno de audacias expresivas y fulgurantes metáforas". (p. 127)

Por otro lado, si bien el inicio de la vida pública de la obra está marcado –una vez más– por la actitud provinciana de sus conterráneos, al negarle el primer premio nacional del concurso "Ismael Pérez Pazmiño" de Diario *El Universo* de Guayaquil, un jurado que presidía el notable poeta cuencano César Andrade y Cordero, por sospechar que era de otro autor, que no contaba con sus simpatías,[32] lo que se relaciona luego con ella será más bien positivo. Y si me he permitido afirmar que "Carta a la madre" es el más entrañable y amado de sus poemas en el contexto del Ecuador, bien podría decir que en ese primerísimo sitial compite con "Boletín . . . ", que ha alcanzado, como ninguna otra poética ecuatoriana unos modos de difusión excepcionales: el teatro y la música.

Efectivamente, Fabio Pachioni, un notable director italiano que trabajó intensa y quijotescamente por la construcción de una escena ecuatoriana, puso en escena, con un elenco de actores de primera y con elementos escenográficos de Guayasamín, el poema de Dávila. La obra se presentó en todo el país con un éxito notable. Vladimiro Rivas, que mantenía correspondencia con el poeta le comunicó el triunfo de su texto, he aquí parte de la respuesta:

> Junto con mi mujer he leído su carta varias veces, y créame, hemos tenido que refrenar nuestra efusión a duras penas. Ese poema en el que dormían mis indios (Ud. sabe que les amo) se despertaba de pronto y volvía a mí a través de sus palabras, y ellos me hacían signos de entendimiento y se alegraban de que yo, un día les hubiera entendido la tristeza tremenda y el coraje que les impide ser borrados [. . .] [33]

Por desgracia, la belleza de la escenificación del Teatro Ensayo de la Casa de la Cultura, que aprovechaba mucho la onomatopeya y usaba sonoros efectos corales, fue luego desvirtuada de mala manera por un sinfín de declamadores, pero lo importante es que el primer intento estuvo a la altura de la obra de Dávila.

Muchos años después, Edgar Palacio compuso una cantata popular ecuatoriana, a base de "Boletín. . . ", muchos momentos de ella, en especial los que utilizan coros, alcanzan la emoción del texto original y de su singular escenificación.

"Boletín y elegía de las Mitas", como bien sabemos, es un texto en que lo lírico aparece en el despliegue de emociones y sentimientos colectivos e individuales en torno al problema de la explotación indige-

na en el período colonial; y lo épico en el relato que hace un "narrador indígena, voz colectiva de una raza" (M. R. Crespo p. 157), de los horrores sufridos por personas o grupos humanos en dicho proceso, a lo largo de las XXIX partes (Crespo habla de XXVI, pero es por la opción distinta en cuanto se refiere a los últimos grupos de versos) que componen este poético y desgarrado memorial de injurias.

El narrador anónimo y colectivo, un *yo* que es todos los indios, se dirige en la obra a dos *tú*, el uno es "Pachacámac, Señor del Universo", a quien se queja o por lo menos se confía; el otro es el viracocha, el conquistador, reducido a una persona única. Este tipo de discurso, evidentemente narrativo, sí, pero muy vivo y directo, debe haber tentado a Pachioni para la puesta en escena.

Recordemos la carta a Rivas, y la proclamación de amor a los indios que Dávila realiza en ella. Ese amor se transparenta en la composición desde dentro, desde la perspectiva indígena, de esta crónica poética, en estilo entrecortado, pero muy efectivo, en que la supresión del artículo y las formas elípticas del habla, incorporadas con toda la frescura de su cotidianidad, exhiben la impronta del sustrato quichua.

Pero, la lengua de la obra, además de sus tonos familiares, renuncia conscientemente a ser "correcta", y se contamina deliberadamente de quichuismos y arcaísmos léxicos y expresivos.

El poema habla tanto de dramas de masas como individuales, aunque esos dos niveles tienden a fusionarse con mucha facilidad, como para demostrarle su error a quien dudase de que cada hombre es todos los hombres y viceversa, idea que percibimos reiteradamente en Dávila.

La alternancia –que no es mecánica ni perfectamente marcada– vuelve más vívida la obra, más cercana a la sensibilidad de quien la lee; pues, a veces las visiones de conjunto suelen ser frías –aunque este no es el caso–; en cambio el conocimiento de los dramas menores, desolados, amargos, insertos en la crónica de esa lacra inhumana que fueron las mitas y obrajes, hace que se logre una pintura mural de vastas proporciones, llena de detalles mínimos y conmovedores.

Pertenecen al drama de masas de modo más claro las estrofas I, II, VII, VIII, IX, XI, XII, XIII, XXIV; al individual, la III, que cuenta la castración de Melchor Pumaluisa (a propósito, conviene proponer la lectura de *ristra* en vez de ristre (v. 25), por corresponder de modo más lógico al contexto); la V, que relata la vuelta del que trabajó en las tierras cálidas (la yunga) y encuentra el hogar en ruinas; la VI, que parece continúa la narración anterior y cuenta el infanticidio; la X que nos presenta al que trabaja en los telares y es un símbolo claro de Cristo, con su vómito de sangre en Viernes Santo (Cf. el estudio de "Boletín" en Crespo, p. 125-171); la XIV, abre una especie de paréntesis, es una plegaria de hondo lirismo, y aunque es de tono personal, de hecho se inscribe en un contexto colectivo; la XV que contiene la historia del que aprende a contar a ritmo de látigo; la XVI, que narra la exposición de Cristo ante el indio –el narrador individual se colectiviza: "Me

despeñaron . . . me punzaron . . . Me trasquilaron . . . me pringaron" (vs. 149-152)–; la XVII, que evoca a Dulita, la lavadora de platos–; la XVIII, que relata la muerte de las reses –también hay colectivización, pero menos perceptible que en el caso anterior–; la XIX, que refiere lo acontecido con Tomás Quitumbe, que huyó de la explotación; la XX, que contiene la tragedia de Susana Pumancay y la XXV, que aunque está narrada en primera persona, se la siente como la proclama victoriosa de todo el pueblo indio.

En las restantes, se da sistemáticamente la mezcla de narradores y dramas individuales y colectivos, comenzando por la IV que se inicia en primera persona "Y yo/con los otros indios . . . " (vs. 30-31) y va derivando hacia lo plural: "Mientras mujeres nuestras . . . " (v. 33), continuando con la XXI, que empieza con el verso "Minero fui . . . " (205) y luego hace "Dormimos . . . (v. 211), salimos . . . " (v. 215); la XXII, que cuenta la salida de la mina del hermano de pedro Axitimbay, y contiene la clave de esa fusión absolutamente necesaria individuo-colectividad: "Volvíamos. Nunca he vuelto solo" (v. 226); la XXIII, que continúa las imprecaciones líricas iniciadas en la anterior, que no son las de un hombre solo, sino las de toda una colectividad. De la XXVI a la XXIX, la mezcla de lo individual y lo colectivo: "¡Con los muertos vengo!" (v. 267), se transforma en el himno final de la victoria definitiva de la raza india que vuelve desde la muerte: "Regreso/Regresamos! Pachacamac!" (vs. 279-280), culminando en la gran síntesis unitaria final del verso 286: "Somos! Seremos! Soy!".

La calidad poética de "Boletín y elegía de las Mitas" está dada por la fuerza de conjunto del poema, por su vibrante y apasionado discurso sobre un tema que apasionó a los literatos ecuatorianos desde la década del treinta en adelante y que en Dávila adquiere un tratamiento diferente y unas formas expresivas de inusitados vigor y novedad; pero hay una serie de mecanismos que lo refuerzan, por ejemplo los modos expresivos basados en el habla popular, que están entre los mejores logros del autor: Cuánto calor humano, cuánta vida se desprende de frases poéticas como éstas: "nos trasquilaron hasta el frío la cabeza", para narrar el ominoso corte de cabello a la fuerza; "sin paga, sin maíz, sin runa-mora, ya sin hambre de puro no comer", que contiene en su estructura enumerativa como una queja, con un secreto aliento de rebeldía; "sólo calavera, llorando granizo viejo", conmovedora visión de dolor y muerte; "con apenas puñado de maíz para el pulso", que en palabras típicas del pueblo revela la privación a la que es sometido el obrajero; "sin Sur, sin Norte, sin choza", reiteración que pone ante los ojos del lector el despojamiento total, la desorientación última a la que llega el indio en su doloroso vía crucis.

La influencia del sustrato quichua provoca la elipsis; por efecto de ésta, se reduce la frase a su expresividad más concentrada y sustantiva, y la lengua poética se acerca de modo marcado al castellano del indígena. Expresiones como: "En plaza de Pomasquí y en rueda de otros natura-

les . . . ", o "en medio patio de hacienda, con cuchillo de abrir chanchos, cortáronle testes"; "Brazos llevaron al mal. Ojos al llanto . . . "; "Y cuando en hato, allá en alturas, moría ya de buitres o de la pura vida"; no sólo que nos ponen ante una lengua que palpita, sino ante una selección y elaboración literarias sumamente cuidadosas de los elementos expresivos, en busca de un espíritu al cual estaba consagrada esta creación daviliana: el del indio de América.

Arcaísmos como trujeron, texer, comistes, Santa Bárbola, para el pulso, sanguaza, huevos de ceniza, carmenar, cera para monumentos, capisayo y otros, ponen como una pátina al texto, le dan un aire de época, que traslada al lector al lugar de la injuria y el desdén, al momento de la tragedia india y su desangre.

LA LIRICA DEL HERMETISMO

"Boletín y elegía . . . " aparece en un momento (1959) en que Dávila ya está profundamente interesado en construir una poesía cada vez más difícil de acceder. *En un lugar no identificado* (1960), *Conexiones de tierra* (1964), la *Poesía del Gran Todo en polvo*, aparecida fragmentariamente en revista *Zona Franca* en mayo del 67, igual que *Materia real*; "La corteza embrujada" recopilada por Isabel Córdova y por los amigos del poeta y publicada póstumamente en el libro *Material real* (1970), constituyen el grueso de lo que llamamos la lírica del hermetismo.

Al respecto, y desde el punto de vista del lector común, vale tener presente que la poesía, normalmente, usa de un código que se basa en la selección y combinación de elementos, lo que confiere a la lengua poética una configuración distinta de cualquier otra; si a este proceso se suma una voluntad de volver oscuro el poema –tendencia bastante común en la lírica del siglo–, y se lo llena de connotaciones doctrinales, que la vuelven un mensaje cifrado, que sólo entienden los iniciados, se corre el riesgo de que la obra escape a la comprensión –y al interés– de todos los que quedan fuera del círculo de elegidos a los que se la destina.

Esto ocurre frecuentemente con los poemas del período final de Dávila; pero ello no impide que chispazos de poesía pura, que tal vez no cumplen una función esotérica, o al menos así los percibe el no iniciado, lo deslumbren.

Dentro de estos relámpagos, que siguen teniendo un carácter más o menos universal, se hallan los textos que configuran la *Poética*[34] daviliana, y a ellos me referiré en lo que sigue, pues un abordaje del resto de obras exige un conocimiento de todas aquellas doctrinas de las que habla Liscano, cuando se refiere a la inclinación de Dávila por lo misteriorso y lo oscuro, y para tal labor hay otros estudiosos de nuestro autor que están en mejores condiciones que yo de realizarla.[35]

El combate poético, suscitado en medio del limbo esotérico en que Dávila deambula en sus años finales, halla en varios poemas una expre-

sión de no muy fácil acceso, pero que importa registrar por lo arriba expuesto, en relación con sus ideas sobre la creación.

> *¿En qué instante se une el buscador*
> *a lo buscado, y*
> *Materia y Mente entran en la embriaguez*
> *del mutuo conocimiento?*
>
> ("Campo de fuerza", en *Materia Real)*

He aquí, quizás, la pregunta clave de la obra daviliana; su búsqueda será precisamente esa: la del momento en que se unen poeta y poema, es decir obra de la mente y materia real.

En "Origen II", uno de esos poemas obsesivos, en el que no cesaría de trabajar hasta el año 60 –ocho después de su aparición en *Letras del Ecuador* Nº 80– hay unas líneas que hablan de la misión del poeta:

> Alguien debe continuar la escritura del dedo en el polvo (. . .)
> Alguien debe continuar el canto del Hombre Claroscuro de la Noche . . . ("O. II" en: *En un lugar no identificado*, su versión final).

Existe, a no dudar, una connotación evangélica en la primera; y en la segunda una de esas imágenes reiteradas hasta la fatiga en la poesía de nuestro escritor (la venía repitiendo desde el año 53). Esta escritura, este canto, son el trabajo estético al que se sentía destinado, aunque estaba consciente de que "dura como la vida es la tarea poética" ("Tarea Poética" en *Materia real*), y que no puede ser realizada ni "entre las obras puras", ni "entre las Animas o las Ruinas", sino en la combustión que tiene lugar en el interior mismo del creador:

> *¡Y te quemaré en mí, Poesía!*
> *En ladrillos de venas de amor, te escribiré . . .*
>
> ("Poesía quemada", en: *En un lugar*).

Habrá momentos en que el artista se sienta dueño de su obra, como vemos en el último verso de "Cacería del búho". "Yo decreto las ranas que ya no croarán". Pero "sediento y libre a la vez de toda alegría", se angustia en "La espina emplumada", pieza en la que poesía y saber parecen identificarse en la "luz de la espina emplumada". (Ambos poemas en *En un lugar*).

En "Embarcadero" (*Conexiones de tierra*) quisiera poseer "aquel verbo/que encadena los pastos a las bestias", es decir una palabra que da unidad a los contrarios, que los complementa; mas se siente estéril y desposeído, por eso clama: "¡Si al menos tuviera/la Poesía! . . ."

En "Abismo público" (*Conexiones de tierra*) parece encontrar una clave para la edificación de la obra poética:

Ante cada utensilio,
eleva tu mirada central
sobre el abismo y la unión
de la pupila con su objeto.
Pero ábrela más allá de ti mismo,
en lo interno y lo remoto.

¡Qué infinita distancia separa esta necesidad de conocimiento de los objetos, tan honda, abismal, de la sencilla "amistad con las cosas" de la *época cromática*, cuando unido a ellas más por el sentimiento que por el intelecto o el espíritu, se complacía acariciando "su uso fiel y fresco" y sufría con su "soledad terrestre"!

Por desgracia, uno de los mayores inconvenientes en la consecución del fin poético parece ser a veces la calidad de los materiales, pues, desde siempre "Heredamos palabras emputecidas por los siglos" ("Herencias" en *En un lugar*), y quizás la sola forma de llegar a la raíz misma de la poesía y ascender a su flor y fruto sea "destrozarnos el paladar a saltos, a fuerza de horribles propagaciones verbales" ("Funerales del pez insumergible" en *En un lugar*).

Lo turbador resalta la idea del sufrimiento real, hasta físico, que significa escribir, que lo hallamos también en "Poesía Quemada" y en otros textos.

Casi al final de su vida, en 1964, cuando aparece *Conexiones de tierra*, Dávila continúa con su persecución de un verbo poético cada vez más inasible:

¿Podré seguirlo en el ruido que pasa
y se detiene
súbitamente
en la oreja de papel?

Se pregunta, no sin cierta angustia, en el poema "En qué lugar", en el que hallamos una de las más hermosas definiciones líricas de la entidad poesía-saber, que acabaron unificándose (la próxima unión sería poeta-poesía):

Aquello debe tener el eco
envuelto en sí mismo,
como una piedra dentro de un durazno.

Al cifrar a la poesía en un aquello, que une aspectos de naturaleza tan diversa, tales el eco, la fruta y la insólita piedra como su hueso, construye una de las imágenes neo-surrealistas más poderosas de su período final, para expresar mediante ella, su idea de que la poesía ha de ser algo y su propio reflejo; algo tan insólito como esas prodigiosas esquirlas que ha buscado a lo largo de su vida, incrustada en la carne de una fruta.

Y terminemos este peregrinaje lírico con su declaración de amor a la poesía, que se halla en "La corteza embrujada II" (En *Materia Real*), a

cuya postrera visión –la del grillo– ya hemos aludido antes, pero que la volvemos a utilizar por su tremenda fuerza expresiva:

Poesía de amor y de materia, poesía sola
de la mente, de ladrillo, madera y persona. Permaneces
pura
hasta cuando te inclinas
sobre tu plato de azafrán de las posadas.
Ella es. Tú eres
como ese grillo:
canta con todo lo que le ha sido dado
en una sola noche
y estalla al amanecer
con la última cuerda de su vientre en la boca.

Son las mismas imágenes que se hallan en "Meditación en el día del exilio" (*Materia Real*), tal vez uno de sus últimos poemas, y que, en cierto modo, pintan la suerte del poeta, que en el último instante fue uno solo con su creación, "el dolor más antiguo de la tierra", la oscura, terrible y al mismo tiempo luminosa e inmortal "tarea poética"; unidad que será, me imagino, la máxima aspiración de cualquier artista en no importa qué época.

LA NARRATIVA

A Dávila Andrade, como narrador, hay que considerarlo dentro del grupo de escritores ecuatorianos que marcan la transición entre el gran relato de los años 30 y la nueva narrativa, cuyos nombres claves, además del de nuestro escritor son los de Alfonso Cuesta y Cuesta, Arturo Montesinos Malo, Alejandro Carrión y Pedro Jorge Vera. Ellos contribuyen a la superación del nivel realista-naturalista plano, sin hondura ni poesía, pero belicosamente denunciante, de nuestra épica social, mediante ciertos mecanismos como la profundización en el alma de los personajes, el cambio de perspectiva desde lo rural hacia lo urbano, la variedad temática y la incorporación de lo lírico al lenguaje épico.

Sin embargo –y por ello se habla de transición–, la crudeza naturalista en Dávila es (menos en los relatos de la última época) sumamente fuerte, y sólo la alta dosis de lirismo que él supo imprimir en todas sus obras, las diferencia de la producción realista anterior. Es también fácil de comprobar que los personajes davilianos muestran una tendencia marcada hacia la introspección y eso los diferencia del superficial esquematismo precedente, del que sólo escapan unos cuantos ejemplos (en obras de Palacio, Gil Gilbert o muy pocos más). Por último, si bien no produce casi narraciones indigenistas, salvo "La muerte del ídolo oscuro", parte de sus primeras creaciones se desarrolla en un ambiente rural, y sus personajes son campesinos, como en los dos cuentos que llevan

por título "Autopsia", en "El niño que está en el Purgatorio" y en "Lepra". Cuando el marco es el de la pequeña ciudad, los seres guardan vínculos estrechos con el campo, ya por su condición de vecinos de la urbe, ya por la de inmigrantes, como vemos en "Un nudo en la garganta", "Primeras palabras", "El último remedio", "El recién llegado", "Aldabón de bronce" o "La Batalla".

Pero hay también, si no desde los inicios del autor como cuentista (principios de la década del 40: 1943, "Autopsia", "Primeras palabras"; 1945, "El niño que está en el Purgatorio"), desde muy temprano, una fuerte presencia de lo urbano, que caracterizará a la mayoría de obras de la narrativa de los últimos cuarenta años. Es el caso de cuentos como "Vinatería del Pacífico" (1948), "La mirada de Dios" (1949), "Ataúd de cartón" (1951), "Sauce llorón" o la breve novelita *Las nubes y las sombras* (1952), tan desconocida, como sorprendentemente hermosa.

Más allá de la primera etapa, en los períodos posteriores de producción –de madurez y hermético, los he llamado– Dávila se inclina mayormente hacia lo urbano, pero nunca dejará de mantener algún nexo con los temas campesinos, quizás porque él mismo fue uno de esos seres nacidos en ciudad pequeña, que mateníe aún honda dependencia de todo tipo con lo rural, y porque vivió intensamente el fenómeno del paulatino desploblamiento del campo, debido al engañoso espejismo de la migración, y del advenimiento de los campesinos a un mundo que de lejos brillaba como promesa, pero que en realidad no significaba sino cambiar una forma de miseria por otra.

Así vemos cómo "Cabeza de gallo" y "Caballo solo" –sin duda abocetados o escritos entre el primer y segundo períodos, pero sólo dados a conocer en el tercero– se desarrollan en un contexto claramente rural; del mismo modo que "La extremidad oscura" y "Regreso de noche, como caballo, como tigre, como laurel", producidos, con seguridad en la última etapa:

> Seguí el globo en que iba pintada la custodia y llegué a una pequeña explanada en la que un grupo de personas rodeaba a un campesino encorvado en la tarea de cavar un hoyo. A su lado, una mujer sostenía un hermoso gallo de plumas aceradas . . .
>
> *(Cabeza de gallo)*

> Pasó por entre las altamisas podridas que bordeaban el pantano (. . .) atravesó la plaza en la que erraba una cochina hirsuta, seguida de seis cochinitos gruñones y orientándose en un recuerdo de infancia, empezó a subir hacia los potreros abandonados.
>
> *(Caballo solo)*

> Durante todo ese día, Damasco estuvo dirigiendo sus ojos hacia la ladera por la que trepaba el bosque e iba a perfilarse sobre las crestas de la cima (. . .)
>
> Una hora después, el disco de la luna llena suspendido en la vítrea claridad del crepúsculo, recortaba las agujas más altas del bosque . . .
>
> *(La extremidad oscura)*
>
> Entró en la plaza del pueblo y se apeñuscó contra la tienda de Severo Adamontes, en la que chisporroteaba una vela y jugaban y tomaban los peones
>
> *(Regreso de noche . . .)*

Típico de ese tiempo final, lleno de misterios y connotaciones metafísicas es "En la rotación viviente del dodecaedro", cuento en el que los motivos del multifacético misterio de la muerte y la vida se desarrollan a plenitud, y del que proceden estos textos, de nítidos acentos rurales:

> Envuelto en la noche física. Rodeado de pinos negros; setos de piedra, jardines y huertos coagulados y construcciones de cal y canto.

Así estaba el espíritu de Silvestre en un momento del desarrollo de la obra; y más tarde:

> Se deslizó por entre la fronda apretada, llena de polvo y de nidos, y se encontró sobre el cementerio conventual. Entre troncos mudos, solemnes.

El lenguaje en la narrativa de transición, sobre todo en algunos de los autores mencionados y muy particularmente en Dávila, aunque mantenga ciertas relaciones con la lengua del relato treintista, rompe también con ella, se estiliza, aparece cada vez más como fruto de una elaboración netamente literaria, volcándose hacia lo lírico. En los textos de nuestro autor, es patente el trabajo de orfebre con el material lingüístico y la intensidad poética de la expresión, como se puede apreciar en los pocos ejemplos que incluimos:

Sobre Aguedita, la niña de "La muerte del ídolo oscuro", dice:

> Creció sin que nadie lo notara, como un ángel en el fondo de un bosque. Hacía pensar en esas espigas vanas, que brotan en los capiteles, alimentadas por granos de polvo viajero y gotas de rocío.

Nótese la delicada hermosura de las imágenes, que no podrían ser encontradas en ningún texto de la literatura social precedente. . . . . .

La oración de un monje en "Las nubes y las sombras" (amplio desarrollo del tema de lo religioso) es descrita así: "Parecía despachar descomunales aves ciegas a un país de oro". En el mismo relato, el cura que busca inútilmente a un novicio escapado, al no encontrarlo "sentía que marchaba sobre una inmensa esfera hueca, con descomunales pies de piedra eterna, condenados a avanzar neciamente a través del infinito". Unas hipérboles usadas con un sentido lírico realmente maestro. Por la extensión, no vamos a traer acá la última parte de este relato, cuya intensidad neosurrealista está entre la ambigüedad poética de "Canción a Teresita" y el desborde de "Catedral salvaje"—; pero, con su escalera que termina en el vacío, con esa especie de burla que pesa implacable sobre el angustiado corazón del ex fraile, acorralado en la noche, con su último rayo de esperanza, que subsiste, pese a todo, es una muestra de alto, formidable aliento poético. He aquí una pequeña muestra:

> Aspiró ansiosamente el aire de la noche y en ese mismo instante, a pesar de la escalera mutilada, de las transformaciones engañosas, de la crueldad de los sarcasmos, de la locura de las nubes y la furia del galope, sintió que una pequeña estrella se abría en el fondo infinito de su alma.

Enumeración y metáfora, son usadas con un arte claramente perceptible.

La tos del buhonero enfermo en "Un nudo en la garganta", se animiza así:

> El la oía terrible y funeral, golpeando con su reseca yema la inconmovible puerta de la noche.

Imagen del mal físico (enfermedad del pecho), una de las numerosas ocasiones en que el tema aparece en la obra de nuestro autor; como estas otras tomadas de "El último remedio", cuento cuyo metaforismo lo redime del posible exceso que planteaba el tratamiento de tema tan escabroso como el ayuntamiento sexual último de un tuberculoso, que debe buscar cura en la leche materna de una joven chola, y ésta, su "reclinatorio de raso para el cielo". Manuel Crovo, el protagonista, había esperado tan largamente ese remedio final que "cuando vino, se realizó una especie de boda en la que el Sueño actuó como padrino misterioso, vestido de profundo terciopelo negro".

El motivo de la muerte, lo insinuamos al hablar de la de Dávila, recibe por parte del autor un tratamiento continuo y múltiple.

En "Vinatería del Pacífico", su visión, en medio del horror en que se da, es muy plástica. Lía Maruri, en cuyos ojos, cuando está viva, el narrador ve "por un instante, un luminoso abismo de la más pura melancolía", difunta, aparece así, en el tonel, en el que había ido a buscar un alivio para su enfermedad pulmonar (sí, una vez más): "Sus cabellos negros y luminosos flotaban en la tranquila superficie del vino, circuyendo el óvalo de la cara . . ."

Pero, es, seguramente, "La batalla" el punto más alto de desarrollo del tema de la muerte y sus motivos subsecuentes. Veámoslos brevemente.

Los cerdos depositados por la gorda protagonista son como víctimas ofrecidas en sacrificio, a ella "que remedaba un ídolo sensual y alegre recibiendo el sacrificio". La mezcla antitética vida-muerte empieza a funcionar.

Cuando agoniza, su frío y venal marido piensa "Y ahora allí, la bestia moribunda es ella; y yo aquí, ante este sacrificio que no me interesa una cáscara".

El autor establece un paralelismo antitético que caracteriza toda la estructura del relato; por ejemplo, "ella tan gorda, tan ardiente", está en oposición paralelística con: "Experimentando el frío de la muerte (los piojos) abandonaban instintivamente el cuerpo . . ." (Lo común es la temperatura, lo opuesto el calor y su ausencia).

Otros momentos en que se ve este mecanismo dialéctico, que opone dos aspectos que son de la misma naturaleza, pero que están enfrentados, son los que siguen:

Con "El hedor belicoso a orines y podre" de la muerte, choca violentamente "el aroma y el ardor de la vida", que evoca "El Zambo".

"La moribunda emitió un chillido de rata aplastada", en paralelo y contraste con el "tierno gruñido de deseo", que salía de su boca cuando viva.

De paso, es interesante fijarse también en el juego de afinidades animales-seres humanos, que es parte en este cuento de las correspondencias que comienzan en el título mismo: la batalla es el cuartelazo, pero es también la pelea perdida entre la gorda y la muerte y entre Aguedita y el sueño letal y entre el zambo y la fatalidad; todo ritmado por el siniestro alternarse del zumbido de las balas (afuera) y el de las moscas (adentro).

A propósito, las moscas conforman un "leit motiv" daviliano, en la poesía y especialmente en la prosa de ficción, tan intenso, que bien merecía un sitio en esa antología sobre el tema, que elaboró Monterroso en *Movimiento perpetuo*. Restringiéndonos al relato que nos ocupa, uno de los más monstruosamente bellos de Dávila, he aquí unos textos muy ilustrativos de ese motivo subsecuente del gran tema del mal como descomposición y muerte:

> Tomó el pañuelo por centésima vez en esa noche y ahuyentó una mosca del rostro de la mujer. Era increíble: esta mosca trasnochaba como un libertino alrededor de un lupanar.
>
> Antes del alba, llegaron las misteriosas moscas: diligentes, lascivas, tercas, obstinadas, pertinaces, porfiadas, testarudas, dirigidas por la muerte, que las conduce a ojos cegarritas, y provoca en sus mínimos vientres purulentos el nacimiento de la pálida chispa de la ironía por la cual suelen posarse hasta

> dieciocho veces consecutivas, en la frente del anacoreta y sacarle de su beatitud a fuerza de comezones.
>
> Las moscas venían a posársele en la cara (la del Zambo), uniéndole a la carne de la muerte con invisibles hilos que le causaban un prurito dulzón y molesto a la vez.

Sobre la gran batea cubierta por un mantel pringoso, que contiene frituras de carne de cerdo:

> Se paseaban con desesperación las moscas, las moscas, las moscas.
>
> Y las moscas atravesaban el lacrimoso espectro (tal vez el fantasma de la difunta), como atraviesan la neblina y los vahos inmundos, porque sus mínimos espíritus están reñidos desde hace milenios con el espíritu humano y lo odian . . .
>
> Entre las moscas adultas, había también unas moscas pequeñitas y soñolientas. Revolaban con una suerte de milenaria fatiga y estaban afinadas y casi dulces, por haber sorbido durante millones de generaciones las lágrimas de los muertos. Ya habían desovado en la conjuntiva y en los labios de la mujer.
>
> Las moscas danzaban cada vez más lentas, borrachas, cantando en el seno de efluvios mortales.

Se trata de un elemento repulsivo, pero que el autor, con su usual maestría, lo utiliza en diferentes niveles –personificaciones, reiteraciones, enumeraciones– y con significados distintos –que van desde el simple fastidio que causan los insectos, hasta la reflexión filosófica del narrador, pasando por la celebración de la podredumbre de la gorda, la premonición de la muerte del Zambo, y la impavidez del eterno retorno–, pero siempre tendiendo a subrayar su papel de agentes, símbolos, familiares de lo perecedero del ser humano y de lo permanente de una naturaleza a veces burlona y terrible, en constante renovación.

Con lo visto, alguna idea tenemos sobre el lenguaje narrativo de Dávila, y más largamente, de la transición, enriquecido por un derroche lírico que toma lo más humilde de la realidad y lo eleva poéticamente, como hará el poeta con esa camisa en harapos del protagonista de "Lepra", que "resplandece como una gran rosa blanca sobre el pecho de un fantasma errante".

Antes mencionamos a "El viento" como uno de los cuentos más acabados del autor, para cerrar esta aproximación a su lengua poética, quiero tomar unas cuantas preciosas muestras, que representan tal vez lo mejor de su oficio narrativo:

Veamos una descripción de paisaje:

> La cordillera, al fondo, semejaba una trenza de humo azul y pardo. Veíanse los pequeños senderos bordeados de cercas de piedra rodada; las heredades cobijadas bajo eucaliptos gigantescos, las fincas circuidas por nogales y álamos blancos. Y el río, de color aceituna, casi inmóvil.

Hablando sobre la estación, dice: "de todos los indicios del verano, el más corporal aunque invisible, era el viento".

Y la magistral última escena del suicidio del viento, inútilmente enamorado de la mujer del herrero, me parece la más apropiada para cerrar este acápite:

> Se enroscó en sí mismo (. . .) Giró enfurecido buscándose la cola, y se disparó a campo traviesa (. . .) Habiendo ganado la altura de los montes, abrió los brazos desnudos y gritó: ¡Aquilón, Aquilón, Padre mío! Luego, cerrando los bellos ojos color humo se dejó caer en el abismo.

El relato del treinta, bienintencionado y todo, fue por lo general –lo dijimos antes– plano; no hubo casi en él, ahondamiento en la psicología de los personajes, ni mayores preocupaciones por otros problemas que no fueran aquellos que tuviesen relación con lo social.

Alguien ha dicho que era tal la urgencia que los autores tenían por denunciar, que mal podían ponerse a profundizar en los vericuetos del alma humana.

En cambio, en la narrativa de transición, los autores se metieron muy hondo en ese mismo y desconocido espíritu de las gentes, que poblaban el mundo de las ficciones. Así lo hicieron Cuesta y Cuesta, Carrión, Montesinos y Pedro Jorge Vera.

Dávila llegó a lo abismal al sondear en la subjetividad de sus atormentados seres. Se da un proceso evolutivo, desde los primeros textos narrativos hasta los últimos, y el conocimiento del hombre va apareciendo ante los ojos del lector con sus secretas pasiones, sus vicios, egoísmos, en suma con la miseria de su condición humana, pero también con su angelismo desterrado y su dignidad.

Obras maestras de la creación de personajes en profundidad, son, entre otros, los protagonistas de:

"Lepra", que es claro ejemplo de la evolución de un carácter: el terrateniente se va humanizando por la fuerza avasalladora del dolor, hasta que cuando llega a superar el mal, es ya realmente un ser puro, aquel fantasma de resplandeciente camisa miserable. Pero para llegar a ese estadio de resignación y pureza, atraviesa por un verdadero infierno, en el que momentáneamente llega a sentirse como un demonio, dueño de una fuerza superior, la del mal físico que aterroriza a quienes le rodean. En otro lugar, por tal actitud, establecí un parentesco entre este leproso y el enfermo de sífilis de "Luz lateral", el cuento de Pablo Palacio.

Y Palacio está también presente en el picaruelo de "Vinatería del Pacífico"; su creación más lograda de la primera época. Ese ser vapuleado por la vida y la enfermedad, que cae en el medio más sórdido posible y enfrenta el horror y la muerte con una ironía asombrosa, debe mucho al extraño narrador testigo –como él mismo– de "Un hombre muerto a puntapiés", la obra cumbre de un autor que el nuestro admiraba de corazón.[46]

"Un cuerpo extraño": la creación del hombre que recorre todos los círculos de espiritualidad, para caer en un abismo de ambigua voluptuosidad y finalmente en la completa frustración, algo tiene del propio Dávila. Y el personaje femenino, con todo su misterio, víctima del mal tanto en la demencia como en la cordura, es una de esas acertadas creaciones de ser atrapado entre el sueño y la realidad (ejemplos muy atractivos hallamos en "Las nubes y las sombras", "La última misa del caballero pobre" o "Un cuento sin nadie") que fascinaban al autor.

El primero de los relatos mencionados –una *nouvelle*– es un estudio de obsesiones, que se centra en dos personajes: un muchacho atormentado, que lucha entre su espiritualidad y sus inclinaciones biológicas juveniles, en el ambiente de encierro de un seminario; y un cura obcecado, que en su persecución de los fantasmas del sexo, termina por exclaustrarse. Pese a la enorme dosis de desesperación interior que experimenta, curiosamente, al final se aferrará a la esperanza, como hemos visto en unas frases tomadas del texto, líneas atrás.

"La última misa del caballero pobre" contiene un magistral retrato de viejo aristócrata provinciano, que se siente con derechos hasta sobre Dios. El reproche que le dirige, al despertar avergonzado en la misa de mediodía, él que iba a la del amanecer para no exhibir su pobreza suma, no puede ser más expresivo:

> "Me has traicionado" –musitó–. "Sí, me has puesto en ridículo ante esta gentuza enriquecida. Y yo que venía sólo por amor". "Pero te juro que esta es la última vez que piso tu templo".

"Durante la extremaunción" (que tiene una estructura reminiscente, muy parecida a la de *Viaje a la semilla* de Alejo Carpentier, aunque no hay ninguna probabilidad de que en la época de su escritura Dávila hubiera conocido la obra del autor cubano) nos presenta la figura de un pequeño funcionario de provincia, que desvive ante los ojos del lector, caracterizado de manera muy apropiada, llena de fuerza, humanidad y ternura impresionantes.

"El hombre que limpió su arma" explora en el complicado laberinto interior de su personaje principal, Simón Atara, un ser ciertamente kafkiano, pero de los más convincentes de la galería humana de Dávila. Todos los sentimientos que lo poseen, atormentan y causan sus reacciones están pintados con un arte de excepción, sin estridencia, usando de las sugerencias más que de las explicaciones directas y la explicitez.

"La batalla" tiene en el Zambo, rijoso y cínico, una pintura de

hombre joven, inescrupuloso y sin sentimientos, de lo más interesante. Es un ser negativo, marcado por lo trágico, un antihéroe típico, de los varios que creó el autor en las cincuenta obras narrativas que produjo.

En el período hermético, ocurre a menudo que la psicología de los personajes queda sepultada muchas veces bajo el fardo de las reflexiones doctrinales, pero, a veces emergen seres de un vigor y un impacto excepcionales. Es el caso del buscador de "El huracán y su hembra", con el que Dávila ganó en 1962 un concurso de cuentos convocado por La Universidad del Zulia. El protagonista, acosado por un sentimiento edípico, que el autor supo prodigarle desde sus propias vivencias, se extravía en una atmósfera apocalíptica al final de la cual halla la imagen materna elevada a la categoría de lo cósmico.

La tía alcohólica de "Sierra circular", es otro de esos entes atrapados entre los delirios de lo dogmático y su propia y avasalladora sensibilidad enfermiza. Sus visiones, su derivar hacia lo fatal, lo hemos insinuado antes, responderían tal vez a vivencias personales del poeta. En medio del elemento mito-poético, la pintura de la mujer agobiada por el alcoholismo es estupenda.

Un ser contradictorio, extraño, que se debate contra el destino y quiere y logra vencerlo es Acab, el nuevo Judas de "La última cena de este mundo"; su condición de antihéroe y su conciencia de tal, resultan abrumadoras, pero literariamente es un logro.

"En la rotación viviente del dodecaedro" tiene en Silvestre Aumotz, el fraile muerto que vuelve a recorrer el mundo de los vivos, una creación llena de frescura y gran sentido humano, pese a lo denso del material metafísico con el que Dávila trabajó el relato.

Y el jorobado de "La carreta de heno", uno de esos seres deformes –ya fuera en lo espiritual, ya en lo físico– que atraían tanto a Dávila, es uno de sus aciertos al caracterizar al hombre lleno de traumas y limitaciones que, de pronto, tiene una oportunidad única en la vida y se entrega a ella con una insospechada pasión.

Dávila no era un ejemplo de orden ni de cuidado con sus producciones, que las prodigaba generosamente; debe haber –sobre todo en Venezuela– mucho material desperdigado, pero conseguir agruparlo sería un titánico esfuerzo, que alguien realizará meritoriamente en el futuro, pero que hasta la fecha no ha sido efectuado en su totalidad. Conocemos, ya lo mencionamos, luego de infinidad de problemas, cincuenta obras narrativas (cuarenta y nueve incluidas en las *Obras Completas*)[47], de distinta y desigual calidad. Nos hemos referido aquí a algunas de las más sobresalientes, y esta selección contendrá las más notables; los lectores curiosos de conocer el resto obtendrán informaciones al respecto en la bibliografía.

Al cerrar este capítulo sólo repetiré ideas ya enunciadas: habría muchos rasgos de los que se pudiera hablar en relación con la relatística de Dávila, entre ellos, la riqueza simbólica, que ha sido aproximada con acierto por Agustín Cueva y prolijamente desentrañada por Margarita

Graetzer; la ternura con que el escritor supo tratar a sus "hijos" de la ficción —cada uno de los cuales merece un análisis prolijo e individual—; y la riqueza temática, con sus múltiples variaciones, ampliamente desarrollada en su narrativa. Todo lo cual hace de él un narrador de genio y oficio, patentes en las piezas suyas, que ustedes leerán en este libro, con la atención y profundidad que exige un material de tantas calidades.

LA ENSAYISTICA

Que sepamos, este es un terreno virgen de estudios, dentro de la producción de Dávila Andrade; no existe, prácticamente, ningún trabajo sobre el tema, y aunque conocemos que no poca de esta prosa no ficcional fue fruto de la imposición de circunstancias: obligadas presentaciones, resúmenes para revistas y periódicos, reseñas por pedido o recomendación, parte de lo que, como lo dijimos, llamaba él la "basura de papel", nos dejó en ella, como en los otros campos literarios, un material de primera clase. Era, en realidad un artista de talento tan grande, que hasta en los trabajos de compromiso destella su saber, su estilo y creatividad.

Ya en 1940, nuestro autor realiza su primera incursión en el ensayo, con "El combatiente sedentario", una apretada biografía del contradictorio Fray Vicente Solano, hombre de saber enciclopédico, polígrafo, polemista y periodista cuencano, cuyo bicentenario de nacimiento acaba de celebrarse. El texto en sí no pasa de ser un esbozo, escrito por un hombre de veintidós años, pero en algunos momentos destella la brillantez del prosista futuro.

Las Evocaciones se publicaron entre 1946 y 1949; son cinco breves e iluminadas visiones de personajes a los que Dávila admiraba por diversas razones: Omar Khayyam, Gandhi, Emil Ludwig, Axel Munthe y Antonio Machado, realizadas en una prosa fluida, tersa y lírica.

"Teoría del titán contemplativo", es un breve trabajo sobre Jorge Carrera, al que ya hemos aludido antes, y que revela bien claro lo mucho que Dávila admiraba al gran poeta posmodernista ecuatoriano.

Sobre otros autores de la patria publicó también notas y comentarios, en los que, usualmente, se revela su perspicacia como crítico: obras de Filoteo Samaniego, el padre Aurelio Espinosa Pólit, Alfonso Barrera Valverde, Gustavo Alfredo Jácome, Alejandro Carrión, Tomás Pantaleón o Jorge Enrique Adoum, fueron comentados por Dávila. A más de referirse a producciones y nombres que quedan, estos breves ensayos traen interesantes reflexiones sobre el fenómeno poético, la creación artística y numerosos aspectos humanos, de todo lo cual, Dávila logró un profundo, certero conocimiento. Algunas de estas piezas, como ocurre luego con las que produjo fuera del país, son, en verdad, mucho más que escritos de compromiso, obligación o costumbre, valiosas muestras de ensayo, exponentes de la delicada e íntima disposición que el escritor

tenía para entrar en la obra de los otros y hablar con sus palabras casi milagrosamente.

En Venezuela, lo dijimos antes, el microensayo periodístico fue parte de sus medios de supervivencia; algunos hay de gran belleza, como el que dedicó a Ciro Alegría, a quien, indudablemente admiraba, o los que escribió sobre Joyce, Alfredo Pareja Diezcanseco, nuestro novelista e historiador, Ida Gramcko, Rómulo Gallegos, Ernesto Cardenal, Franz Kafka o Yorgos Seferis, compañeros en el duro oficio de crear mundos por la palabra, a los cuales se sentía unido por alguna afinidad no sólo de la literatura sino del corazón.

Pero su ensayo más notable del período venezolano es "Magia, Yoga y Poesía", no sólo porque es el más accesible y hermoso de aquellos textos suyos nutridos por orientalismo y doctrinas esotéricas, sino por su prosa que fluye, rica de lirismo y profunda humanidad. En la primera parte hallamos su *poética*, claramente expresada. Reflexiones suyas, en torno al nacimiento del arte, los elementos que intervienen en la producción estética y la noción del mecanismo fundamental de su creación, la imagen, están allí.

En la segunda parte, Dávila establece relaciones entre la magia y la poesía; "todos los poetas están vecinos de la magia en algún momento de su búsqueda", afirma.

Aquella expresión "el hombre claroscuro de la noche", que dijimos se la encuentra en varios textos de su poesía, reaparece aquí con una ligera variante, dando la idea de que el poeta se la autoaplicara. En este hombre, dice, "se constata una marcada tendencia a penetrar y dominar el alma de las cosas". En el campo literario, fue eso, precisamente, lo que hizo el poeta.

El desfase que se da entre la magia y el hombre que la intenta y se equivoca "tiene graves repercusiones en el devenir individual, y muchas desintegraciones lamentables, sin aparente explicación, la han tenido por causa", afirma, en una especie de nefasto vaticinio sobre su propio futuro.

Hay también referencias al surrealismo, al que, lleno de admiración considera una elaboración mediumnímica.

La tercera parte versa sobre el benéfico influjo del yoga en Occidente, y el descubrimiento de "los pasos de la ascesis psico-fisiológica de la iluminación", por parte de algunos autores célebres como Romain Rolland, Eliot, Hesse o Huxley. El escritor no puede ocultar su entusiasmo por las experiencias de los buscadores del misterio, que no se detienen ni ante la disolución de la persona que puede significar la experimentación con drogas —celebra el caso de H. Michaux—, que según él puede ensanchar la experiencia poética "hacia los confines del universo y hacia el centro del ser". Testimonios existen de que Dávila no participó nunca en estas experiencias, que sólo le arrebataban en la teoría, aunque quizás el alcohol fuera una escala en las desoladas exploraciones del universo y del hombre, que eran parte de su vivir apasionado.

Sus aspiraciones de gigante eran ésas "los confines . . . el centro", en suma, la totalidad, lo hemos dicho en más de una ocasión, pero los límites humanos y sociales de una realidad de la cual tenía, en medio de todas sus búsquedas espirituales, una conciencia muy clara, terminaron por asfixiarlo.

COLOFÓN

Escribir sobre una personalidad y una obra como las de César Dávila Andrade, significa una doble y tremenda responsabilidad: la de no traicionar sus formas de pensamiento y tratar de aproximarlas de manera lo más objetiva posible. Si esto se cumple o no en este prólogo, que lo he realizado con el profundo amor que me une a esta figura magna de nuestra literatura, por la sangre y por el arte, es cosa que, en último término, lo dirán ustedes, lectores.

Mi intención ha sido en todo momento la de respetar la memoria del poeta, pero dar también alguna idea de su contradictoria personalidad y de su vida, marcadas por los bordes que pone una sociedad al genio y por su lucha para romperlos.

En cuanto a la obra, es ésta tan rica, que cada quien puede aproximarse a ella desde diferentes puntos de vista, que van de lo cálidamente afectivo a lo fríamente racional. He intentado diversas perspectivas, más o menos a tono con los rasgos más salientes de los varios momentos, temas y realizaciones de su producción; pero, conscientemente he tratado de evitar, tanto planteamientos en los que imperasen criterios subjetivos, como racionalismos y abstracciones excesivos, que hacen de las obras –so pretexto de la importancia de los métodos críticos pseudo científicos–, incluso de las más vivas, cadáveres a los que se disecciona implacablemente.

Ojalá todos ustedes perciban libre y directamente la vivacidad del espíritu de Dávila, su atormentada búsqueda, su incesante batallar con las palabras, la verdad de aquella afirmación suya referente a que la tarea poética es tan dura como la vida misma, y que estas páginas previas sirvan de apoyo a su propia experiencia de un autor que está, sin lugar a la menor duda, entre los nombres de mayor trascendencia con que haya aportado el Ecuador a la gran patria americana.

Cuenca, Ecuador, 1991.

JORGE DÁVILA VÁZQUEZ

NOTAS

[1] "Tal era su iluminado alucinamiento: aproximación a los relatos de Pablo Palacio". En: *Recopilación de textos* sobre el autor, La Habana: Casa de las Américas, 1987. Compilador: Miguel Donoso Pareja.

[2] Cf. Juan Liscano "El solitario de la gran obra". *Zona Franca*, Caracas (45), mayo 1967, p. 4. Dice el poeta venezolano, entre otras cosas que Dávila: "Se acercó a todas las formas del hermetismo, leyó libros de alquimia, de filosofía indostánica, de rosacrucismo, de martinismo, de espiritismo, de magia. Conoció intelectiva y emocionalmente el vasto panorama de las Ciencias Ocultas, de la Parapsicología, del Yoga-Zen que pareció influirle hasta su muerte (. . .), también leyó a los sufi, a Jung, a los teósofos, a From, a Susuki. . ." Si tomamos en cuenta que la relación entre los dos poetas era muy intensa, a partir de la colaboración de Dávila en *Zona Franca*, la revista que Liscano dirigía, y cuya orientación hermetista era muy obvia, estas afirmaciones del poeta venezolano tienen un valor definitivo en este aspecto de la personalidad de nuestro autor.

[3] Rasgo frecuente del género suele ser la presencia de aspectos íntimos, en dosis más alta que en los otros géneros, hasta el extremo de que los manuales lo definen absurdamente como subjetivo: sin que los autores se detengan a pensar en la imposibilidad de la existencia de algo que no sea objetivado en obra de arte, único modo de que pueda ser aprehendido por los otros, cumpliendo así un proceso comunicativo, inherente a toda obra artística, que es en sí misma un mensaje. Lo subjetivo puro se extingue en el sujeto; no así la obra, como objeto artístico que, al contener rasgos subjetivos, está en posibilidad de entrar en contacto con quien la conoce.

[4] En uno de los estudios de más brillo y penetración que se hayan escrito sobre la poesía de nuestro autor, "Muerte y transfiguración en la poesía de César Dávila Andrade", *El Guacamayo y la Serpiente* (27): 68-92. Cuenca. CCE Núcleo del Azuay, diciembre 198?, el profesor norteamericano Kessel Schwartz, ha profundizado mejor que nadie en esta problemática, que también fue percibida por Jaime Montesinos en "Las fugas y los encuentros de la poesía de César Dávila Andrade. *Cultura*, Revista del Banco Central (3) (314-334), Quito, mayo 1979. Lo referente al problema está especialmente en 322-27.

Agustín Cueva (Dávila Andrade: sus obsesiones y símbolos. En: *Lecturas y Rupturas*, Quito: Letraviva, Planeta del Ecuador, 1986, pp. 143-153) dice, en cambio, con una perspectiva sociológica, que bien vale tener en cuenta, que "En el cariño, y aun en el acto sexual, la mujer es para Dávila *(quien en este punto no se aparta del modelo cultural ecuatoriano)* ante todo *mujer-madre*" (Los subrayados son míos).

[5] En el Ecuador, desde hace años se ha polemizado mucho en torno a la tesis de Carrión. Cf. Agustín Cueva, "Literatura y sociedad en el Ecuador", *Revista Iberoamericana*, University of Pittsburg (144-145), julio-diciembre 1988, especialmente pgs. 646-647.

[6] No hay más que leer con atención la poesía de Carrera y Dávila y establecer el parentesco que se da entre las dos producciones. Cosa que me parece bastante normal si se piensa que en ese momento el autor de *Lugar de origen* y *hombre planetario* era una de las tres figuras estelares de la lírica ecuatoriana –las otras dos eran, por supuesto, Gangotena y Escudero–, y su influencia debía ser enorme. De los tres autores nombrados, el más próximo a la sensibilidad de Dávila y a sus modos expresivos fue Carrera (pensemos si no en la preocupación de los dos por los temas de la tierra; en su predilección por los humildes –ya fueran seres u objetos– y en el brillo de la metáfora carreriana, que parece

potenciarse en la lengua poetica de Davila, y pensemos también en la eleccion del alejandrino como vehiculo expresivo privilegiado por ambos, en el plano de la imagen, quizas el mas cercano era Gangotena, por la audacia con que ambos se lanzaron a construirla, Escudero dejo alguna huella muy tenue en poemas como 'Breve cancion a la vanidad', por ejemplo pero, de hecho, si hubo impronta esta fue incomparablemente menor Y si esto fue asi, que decir de la de quienes antecedieron de modo inmediato al poeta, y que eran, digase lo que se diga, de estatura lirica muy inferior a la de los tres citados razon por la cual considero inadmisibles las afirmaciones sobre una influencia marcada de esos autores, hechas por Alejandro Carrion en 'Una isla rodeada de imposible', en *Galeria de retratos estudios sobre la literatura ecuatoriana*, Quito Banco Central del Ecuador, 1983

[7] Expresiones liricas realmente visionarias como las de 'Cancion a la bella distante y de otras canciones y epistolas sentimentales que estan entre las piezas mas intensas y bellas de *Espacio me has vencido* deben mucha de su fuerza expresiva a la lirica sentimental del primer Neruda Como el Davila renegaria de esta poesia, apenas publicada Dirigiendose a Dios, le dice en 'Poema N° 1 , una composicion del año 47, que ya puede mirarlo, pues se ha transformado en compañero de los ofendidos y ama el cielo humano de la arcilla , ha enterrado los marmoles que amaba' y sabe odiar berilos y zafiros,/ – parasitos brillantes de la roca' Su opcion por el despojamiento por una lengua poetica desnuda, es, al menos en intencion, casi contemporanea de su libro inicial, que seguramente recogia poemas de distintas epocas, tal vez anteriores a 1945, me permito insinuarlo, por un dato importante quizas estaba en turno de publicacion o hasta en prensa desde el año citado, para que el poeta no incluyera en el volumen las dos composiciones realmente grandes que hemos señalado arriba y que son del 45 y 46 Matilde Elena Lopez en Ensayo Estilistico en *Estudios sobre poesia*, El Salvador Ministerio de Educacion Direccion de Cultura Direccion de Publicaciones, 1970 pp 468 y ss ha establecido interesantes comparaciones entre los dos grandes poetas

[8] No es la primera vez que menciono estas relaciones en algunos de mis varios articulos sobre Davila decia que *Espacio me has vencido* es a *Los heraldos negros*, lo que *Arco de instantes* a *Trilce* Sobre estas y otras relaciones, vease mi estudio introductorio (detallado en la Bibliografia) a las *Obras Completas*, p 59

[9] Cf *Obras Completas*, p 32

[10] Es verdad que a veces, el poeta se quejaba amargamente de Venezuela En una carta sin fecha a Elisa Andrade, leemos 'mamacita, yo no tengo trabajo fijo ya casi cuatro años Los empleos publicos son solamente para venezolanos, y esto si son del partido que esta en el poder ( ) Mis entradas vienen de las colaboraciones literarias en los diarios o revistas, pero estas colaboraciones no son fijas ni constantes y por la misma razon hay muchos dias en que nos vemos apretados

En carta de 20 de octubre de 1966, a Francisco Araujo, se lamenta de que su trabajo de preparar notas bibliograficas es duro y despectivamente habla de toda esa basura de papel

Pero pese a todo, estaba agradecido con Venezuela y su situacion En carta jubilosa de 20 de marzo de 1966, a Elisa Andrade al agradecerle por el envio de una 'bella remesa de harinas y granos de nuestra tierra , le dice que con Isabel, los han gustado con verdadero deleite , y sigue las cosas sencillas y lejanas han vuelto a ocupar el centro de nuestros paladares y tambien de nuestros recuerdos, y, por que no decirlo, de *nuestras antiguas tristezas y privaciones* esto ultimo ha tenido tal vez la mayor parte de *nuestra dicha actual*, al recordarlas en otro *lugar –¡tan distinto y en condiciones tan diversas!*" (El subrayado es mio) Por supuesto, que el lugar es Caracas, y la situacion es, evidentemente, de una cierta holgura, bien diferente a las que vivio en el Ecuador

[11] Una vez más recurrimos a Kessel Schwartz: "César Dávila Andrade, comunicando una profunda palpitación del espíritu y una especie de continua exploración de lo escatológico, buscaba la supervivencia espiritual a través de la rendición a una totalidad más vasta. Atormentado por un mundo de amor y placeres físicos fuera de su alcance, finalmente, consiguió su propia muerte (. . .) Dávila inseguro de su iluminación espiritual que debía ser conseguida después de infinito sufrimiento, disfrazó sus dudas finales y escapó del mundo, un lugar verdaderamente terrible, *esperando una posibilidad de libertad a través de una reencarnación más allá de las limitaciones de la carne*" (Op. cit. p. 92) (El subrayado es nuestro).

[12] Cf. Gonzalo Ramón, anexos de "César Dávila Andrade: mago de la poesía", en: *La poesía ecuatoriana*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1969:161-163.

[13] Crisis que fue llegando de modo incontenible, pero resulta claro que no fue la única; y que ese estado era más bien frecuente en él. En el conmovedor *"In memoriam"* de Baica Dávalos (*Zona Franca* N° 45, p. 22), leemos, estremecidos y al borde de las lágrimas, casi un cuarto de siglo después de que fue escrito: "Por ese mismo teléfono (por el que llega la noticia de la muerte del poeta) cuarenta y ocho horas antes había llegado la voz de César (. . .) La voz, como casi siempre, venía de otro mundo con su tono sacro, una voz de campanazo hecha para despertar. Pero esta vez estaba quebrada. La torre que la sostenía se había ya derrumbado o vacilaba ante el abismo a punto de ser vencida por las fuerzas de lo grave. No se podía saber, no se podía sino sospechar, *tantas veces se la había escuchado en su timbre más desesperado* que se creía que no podía llegar a registros menores. Sin embargo, ahí estaba la voz al borde del abismo y era aún reconocible, dijo: "No. Sólo quería hablar con alguien. Escuchar a alguno que me dijera alguna cosa. No. Sólo hablar y escuchar, esta vez". (El subrayado es mío).

Un mes antes escribe una carta breve y amorosísima a Elisa Andrade, no hay en ella el menor atisbo de la tempestad que se avecina. Hablando del afecto y cuidados de las hermanas por su madre dice "Dios les premiará sin faltar una sola línea, pues este es el secreto de la Ley de la Vida". Tan tranquila visión de la existencia no hubiese permitido adivinar ni al más agudo la tragedia que en su interior se incubaba, carcomiendo los cimientos de la torre de su voz.

[14] Cf. Nota 2 y *Obras Completas* pg. 32.

[15] Aunque versa exactamente sobre la cuentística daviliana, resulta iluminador el estudio de Margarita Graetzer Alvarez "Los cuentos de César Dávila Andrade: Desde la tristeza milenaria hacia la iluminación", *Cultura*, Revista del Banco Central del Ecuador, (22): 33-71, Quito, mayo-agosto de 1985; el más serio trabajo sobre los relatos de nuestro autor hasta la fecha, en el que el asunto de la temática, sus vertientes y tratamiento ha sido ampliamente desarrollado.

Cf. también "Dávila Andrade: sus obsesiones y símbolos" Nadie negará la brillantez de Agustín Cueva, pero lo que molesta es la manipulación interesada: "Es el momento culminante del humanismo de César Dávila, cuando decide quedarse con el hombre y la angustiosa verdad del hombre, rechazando todo espejismo (. . .) Dios ha muerto, aun como poesía" (p. 150) Tratándose de nuestro autor, una afirmación de este tipo resulta poco menos que absurda. Dávila permaneció hasta el fin fiel a sus ideas religiosas, que ciertamente no seguían la línea de ninguna ortodoxia, pero que eran muy profundas. Lo cual, por supuesto no elimina de ningún modo la duda.

Otros aspectos de la temática y de sus resolución simbólica han sido acertadamente estudiados en el texto de Cueva.

En cambio, en Edmundo Ribadeneira, "La enfermedad y la muerte", en: *La moderna novela ecuatoriana*, Quito: Editorial Universitaria, 1981, p. 186-189, el autor no consigue separar lo que para él es medular: la exigencia de lo social y su denuncia, del logro estético y reprocha a Dávila la opción por ciertos temas, en el desarrollo de los cuales ha de

alcanzar precisamente sus mayores logros, tal el caso de varios de los de *13 relatos* y en particular de *La batalla*, visto por Ribadeneira –que no deja de reconocer las calidades y el arte de nuestro escritor–, de modo bastante negativo.

[16] *Obras Completas* p. 48.

[17] Idem nota 11, p. 40.

[18] "La aproximación mutua de objetos aparentemente incongruentes crea un mundo misterioso e inquietante", principio de composición que hallamos en la parte referente a Surrealismo del *Diccionario de términos artísticos*, Barcelona/Anesa-Noguer-Rizoli, 1973:177, nos puede aclarar algo sobre la dialéctica unidad que forman esas visiones davilianas. Luego volveremos sobre esto al tratar de la *imagen*.

[19] Cf. *Obras Completas*, pág. 48.

[20] Ella reconoce que estas ideas están, y efectivamente así es, en Gustavo Alfredo Jácome, "La imagen en la poesía de César Dávila Andrade", en: *Estudios estilísticos*, Ed. Universitaria, Quito: Ed. Universitaria, 1977.

[21] Se podría, pues, establecer tres grados de imágenes, un primero, preponderantemente *sensorial*, y muy usado en el modernismo; un segundo, basado en la mezcla intencional o trastocación sensorial y que corresponde a la *sinestesia*; y un tercero el *visionario*, usando una terminología de Bousoño y otros, que es característico de la poesía moderna. En él, la característica esencial es la mezcla imperceptible de los niveles a que nos referimos arriba. Cf. *Obras Completas*, nota 43, p. 85.

[22] Vocablos sonoros como candelabros, azafrán, genésicas, tímpano, zafiro, estío, amaranto, centauros, berilo, ceruleo, frisos, denotan una filiación modernista; obviamente mediata, ya que entre Dávila y el Modernismo se alza la gran estatura de nuestros posmodernistas. Un rastreo semejante puede hacerse en la "Canción a Teresita": pensemos sólo en esa *guzla*, que no tiene más antecedente entre nosotros que Medardo Angel Silva, o en ese *laúd*, que parece venir de Humberto Fierro. Una vez más, la idea de la inserción del poeta, incluso cuando es genial como en este caso, en el contexto de la tradición literaria, parece cumplirse.

[23] Los otros –por supuesto, con una visión muy personal, aunque sea insistente–, son "Canción a Teresita" y "Boletín y elegía de las Mitas". Y curándome en sano, no incluyo en esta arbitraria elección a "Catedral salvaje", porque pese a su enormidad en todos los sentidos, y a la audacia de una expresión plena de imaginería vanguardista, el río del discurso termina por ahogar los contenidos, por echarlos en olvido, provocando un divorcio en algo que debe ser unitario.

[24] En *Tras las huellas de César Dávila Andrade*, Cuenca: Universidad de Cuenca, 1980.

[25] Todas las citas provienen de Aldo Lavagnini, *Manual del aprendiz*, 9a. ed. Buenos Aires: Kier, 1975.

[26] *Diccionario de la literatura latinoamericana*, Ecuador, Washington D.C., Unión Panamericana, 1962, pp. 112-115. Y también en su *Galería de retratos*, cit. # 6.

[27] Idem nota 15.

[28] Friederich, Hugo. *Estructura de la lírica moderna*, Seix Barral, Barcelona, 1974, p. 197.

[29] Muestras abundan, pero he aquí unas cuantas: "tu ligera silla vuela sobre los lomos del querubín", dice a la *Muchacha en Bicicleta*, en una curiosa imagen de la velocidad, parliente de la del torno en *Oda*, pero mucho más desconcertante.

"¡Oh, la necesidad de una huella animal/en el secreto pomo del corazón!", se estremece en *Fábula*, para expresar la sed de ternura del ser humano, hasta del más asceta.

"y los trenes sollozan por sus muñones de alas" dice en *Fogata y sombra del estío*, en una construcción que revela su ancestro vanguardista, por los elementos usados, y cuya dosis de surrealismo está en la aleación de elementos tan dispersos como la máquina y el ángel, para crear la idea de ruido y velocidad, posiblemente.

[30] A partir de la edición cuencana de las *Obras Completas*, decidimos identificar así esta pieza, para diferenciarla de la homónima que consta en *Espacio*. . . , con la que no guarda afinidad alguna.

[31] Biblioteca de Autores Ecuatorianos Nº 66, Guayaquil, Dpto. de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Guayaquil, 1987. Reedición facsimilar de la primera edición de 1947.

[32] Incluyo el dato por ser *vox populi*; y aunque no es material muy de fiar, dada la excesiva pasión individualista que puso siempre en todo lo que hacía, pero de todo modo, por haber sido él quien causó involuntariamente el problema, remito a los lectores que tengan interés a Gonzalo Humberto Mata, "Traición a la vida", 2a. ed. Guayaquil, CCE, Núcleo del Guayas, 1983, p. 35-36.

[33] Carta fechada en marzo 31 de 1967, menos de dos meses antes de su muerte, y publicada en la revista *Agora* (Quito), 8 (enero 1968):50-51.

[34] Cf. M. R. Crespo, *Tras las huellas*. . ., en donde se expuso ya esta posibilidad de lectura.

[35] Existe abundante material al respecto, por ejemplo en el apéndice del libro póstumo *Materia real*, Caracas: Monte Avila, 1970, los artículos de Juan Sánchez Peláez y Eugenio Montejo; en revista *Zona Franca*, de mayo del 67, el artículo de Liscano, tantas veces mencionado; el trabajo de Jaime Montesinos, al que se alude en nota 4; el libro sobre Dávila de María Rosa Crespo; el luminoso estudio de Kessel Schwartz en revista *El guacamayo y la serpiente*; el análisis de Alexis Silva "La tradición hermética en un poema de Dávila Andrade", en la Sección Literaria de *El impulso* de Barquisimeto, etc.

[36] A la muerte del narrador lojano, que tanto impacto tuvo en su carrera de relatista, 1947, Dávila publica un poema lleno de sentimiento entrañable y fraterno: "Palabras para el silencio de Pablo Palacio".

[37] No incluye el libro *Mi hermano*, cuento de la etapa final, que aunque conocíamos en donde se publicó, no logramos conseguirlo a tiempo. Gracias a las gestiones de Ricardo y María Elena Martínez, lo editamos por la vez primera en el Ecuador en *Universidad Verdad. Revista de la PUCE S.C.*, Cuenca (4), diciembre 1989, pp. 33-51. (Espacio abierto para dar a conocer en el futuro textos de Dávila que se encuentren, de acuerdo con el ofrecimiento de los directivos de la ex PUCE S.C. y actual Universidad del Azuay, centro de estudios, que tánto hizo por la publicación de las *Obras Completas*.

No es de sus mejores relatos, pero contiene interesantes aciertos poéticos: "En un pequeño infierno abstracto, acechado por lámparas, unas mujeres sentadas en tronos de latón, ponen a asar sus cabelleras bajo yelmos inervados de pleuras eléctricas". Es una de las visiones del que busca al hermano, a Rodrigo, en medio de la jungla de la ciudad. Cuando lo encuentra sin hallarlo, se diluye el desenlace, como ocurre en algunas de las piezas herméticas, y se da una suerte de universalización, bastante lírica: "Es él. Es ellos. Es mi hermano, son mis hermanos (. . .) Todos estáis, aquí, en él, lo veo, en lo alto, en lo profundo, en la retina de polen de la Tierra, como sol amasado". (Recuerda al remate de *Boletín y elegía de las mitas*, pero con un tono más cósmico).

CRITERIO DE ESTA EDICION

Se incluye en este volumen de Biblioteca Ayacucho lo más representativo de la producción de César Dávila Andrade, tanto en la lírica, como en el relato y el ensayo. La selección aspira a dar una visión global de su trabajo poético, uno de los más intensos con que puede enfrentarse el lector, ya en la concepción, ya en las realizaciones.

Todas las piezas están tomadas de la edición de *Obras Completas* (dos tomos), editadas bajo la responsabilidad del prologuista, por la PUCE S. C. y el Banco Central del Ecuador, en 1984. La opción se debe a que para dichos libros, cuando los textos no fueron establecidos luego de análisis comparativos, se los tomó de ediciones de última mano, que se supone expresan la voluntad final del escritor al respecto –en nuestro autor, este es uno de los mayores problemas, pues existen a veces innumerables versiones de una misma producción–; por lo tanto, tienen un carácter casi definitivo, que sólo una edición crítica pudiera modificar, lo que resulta una perspectiva eventual de mucho interés.

J.D.V.

POESIA

LA VIDA ES VAPOR

Para Brumel, Hélice de armonioso ciclon
de la poesía Vanguardista en el Ecuador

Se despedazan las guitarras de los Huracanes,
como pleamares de Oro
La vida es vapor Se ha hecho el vacío
en mi cerebro La noche gotea rotundamente
en las antenas de los cirios apagados
Mi corazón es el as de oros
en el vértice de la Torre Eiffel

Los espejos desvisten a la noche en los Palacios viejos
Me persiguen los péndulos desorientados,
a flor de insomnio He perdido la noción
de los Puntos Cardinales Una bandada de pianos negros
me está devorando los pulmones . . .

Oigo cantar a las pirámides, unas canciones góticas
Me estoy ahogando en un cacharro ilógico
El universo se ha vuelto loco En el Bosque
de los insomnios, soy una hélice desorientada .

[Poema publicado en *El Mercurio*, el 15 de julio de 1934, en la seccion Los que se inician']

CANCION A TERESITA

Apasionadamente

Pálida Teresita del Infante Jesús,
quién pudiera encontrarte en el trunco paisaje de las estalactitas,
o en esa nube que baja, de tarde, a los dinteles,
entre manzanas blancas, en una esfera azul.
Caperucita parda,
quién pudiera mirarte las palmas de las manos,
la raíz de la voz.
Y hallar sobre tus sienes mínimos crucifijos,
bajando en la corriente de alguna vena azul.
Colegiala descalza,
aceite del silencio,
violeta de la luz.

Cómo siento en la noche tu frente de muchacha,
encristalada en luna bajar hasta mi sien.
Cómo escucho el silencio de tu paseo en niebla,
bajando la escalera de notas del laúd.

Cuando amanece enero, con su frío de nácar,
sé que tu pecho quema su materia estelar;
y que la doble nube de tus desnudos hombros
se ampara en la esquina delgada de la cruz.
Cómo escucho en la noche de caídos termómetros,
volar, rotas las alas, el ave de tu tos;
y llorar en las islas de una desierta estrella
a jóvenes arcángeles enfermos como tú.

Teresita:
esa hierba menuda que viene de puntillas
desde el cielo a las torres;
ese borde de guzla que nace en los tejados;
esa noción de beso que comienza en los párpados;
la trémula angostura del abrazo en los senos;
todo lo que aún no irisa la sal de los sentidos
y es sólo aurora de agua y antecede a la gota,
y tiene únicamente matriz en lo invisible;
lo mínimo del límite, lo que aún no hace línea,
eres tú, Teresita, castidad del espectro.
La comunión primera de la carne y el cielo.

Cuando el olvido orea su balanza de nidos,
cuando el agua humedece la niñez del oxígeno,
cuando la tiza entreabre en las manos del joven
la blancura de un lirio que expiró en la botánica,
allí estás tú, Teresita, víspera del rocío,
en la hornacina pura de un nevado corpiño,
con tu fantasma tenue, concebido en la línea
ligera y sensitiva en que nacen las sílfides.
Suave, sombra, celeste,
soledad silenciosa.

¿Quién te entreabrió ese hoyo de dalia en la sonrisa?
¿Quién te vistió de clara canela carmelita
como a una mariposa?
¿Quién colocó en tus plantas
los descalzos patines de celuloide y ámbar?
¿Quién te ungió las manos de divina tardanza
para que no pudieras
jamás herir las cosas?
Tenue, tímida, tibia,
translúcida, turgente.

Por tu amor, la madera se vuelve una sortija
y la niebla, sonata al pasar por los álamos.
Por tu amor, en el éter se conservan los trinos,
las plegarias se tornan cascabeles azules
y la espiga, una trenza del color de los cálices.
Delgada, dulce, débil,
divina, delicada.

Tu doncellez intacta crea nardos ilesos
sobre ese fino valle del aire en los cristales,
cuando sólo es un trémulo sonido que no alcanza
a esbozar en el tímpano el espectro del canto.
Novia que viajas sola
en un velero de hostias.
Enamorada pura en la edad de la garza.
Niña, nupcial, nerviosa,
nívea, naciente, núbil.

Cómo veo tus manos pasar por los bordados
y abrir una acuarela de anclas y corazones;
tus ojos que conocen esos duendes de cera
que andan con las abejas al pie de los altares.
Cómo siento tus trenzas ocultas en una gruta,

donde se agrupa el oro bajo un toldo de lino.
Ideal, ilusa, íntima,
irreal, iluminada.

¿Quién podrá olvidar tu nombre, Teresita?
Tu nombre que comienza en una noche de estrellas
y ha cambiado el sentido de la lluvia y las rosas?
Lo pronuncian los niños al llamar a las aves,
o al decir que las cosas les nacen en los ojos.
Las bellas colegialas que recogen en coro
una llovizna azul en el hoyo de las faldas.
Las novicias que cantan entre muros de nieve
y crucifijos pálidos.
Los monjes que hicieron de su sangre una nube
para guardar los campos con escuadrillas de ángeles.

Por tu finura de ángel con alas de violeta
y tu ternura inmensa que, a veces, se hace pena,
un Amor Infinito escribió en el cielo
la inicial de tu nombre con un grupo de estrellas.

1945

ODA AL ARQUITECTO

Oh antiguo Arquitecto de las gaseosas manos,
los cadelabros alzan su lengua hasta tu nombre
y mi alma adelgazada te besa entre las cosas.

Tú, en la callada tierra de azafrán de los muertos
y en la ligera mesa en que huye el alfarero
con pie impar y leve.
Tú, en el confín que abrieron las blancas jerarquías
para ordenar el vuelo de las primeras aves
al fondo de una época hoy secreta en tus ojos.
Tú, en los arcos profundos de las aguas genésicas
que labraron un tímpano para las caracolas.
Tú, en el espacio eterno, veloz e inamovible,
ausente en la profunda delicia del secreto.
Irreal y perenne. Altísimo e íntimo.
Arquitecto sagrado, de las gaseosas manos.

Por Ti las rosas mueven sus codos de frescura
y las dalias sus rótulas de ácido rocío.
Por ti el árbol reposa en su quicio de roca
y los antiguos mitos, en sus torsos de mármol,
con los ojos lejanos de mineral continuo,
fijos, despetalados, absortos de pretérito.

Tú respiras la brisa dorada del cabello,
la tibia arborescencia que lactan las gacelas,
la delgadez fragante de los hilos de hierba
y en la última tarde nos respiras el alma.
Por ti usa la abeja su brújula de rosas
buscando su capilla al través de los árboles.
Por Ti el sur del cielo enrolla sus montañas,
inunda de tristeza el fondo del zafiro
y guarda en una esmeralda el cuerpo de una niña.
Por Ti el corazón sigue golpeando el cielo
y la sangre se tiende sollozando en la tierra.
Oh invisible Arquitecto de las etéreas manos.

Tú, en la ciudad antigua rota por mil clarines,
en el carmín nostálgico de los besos heridos
y en la débil memoria de la nube en el agua.
En el cedro vendado de navíos y fábulas;
en el yodo secreto de los pies de los hongos,
sobre sus cabecitas de tierno pan mojado.
En el estío de oro y torres de amaranto
que llega con centauros y fraguas de berilo
y con rojos ramajes de escorpiones heridos.
Tú, en la física llama del tacto en nuestras manos,
en su secreto ocaso y en su clima cerúleo,
en sus ciegos riachuelos que te sienten y palpan
y en su hidrografía que va al mar del sepulcro.
Oh sagrado Arquitecto de las eternas manos.

Tú, en la buena madera que amasaste con flores,
con agua hija de nube, nutritiva y delgada.
En el árbol que cuenta los años con coronas,
en sus hojas que tienen un paladar de aroma.
En la antigua montaña, maestra de palacios.
En el bosque en que arden tus azules arterias
cuando el viento de junio suena el cuerno de caza.
En el musgo que extiende su lento manuscrito
y en el polvo durmiente que llora tus sandalias.

Tú, en la blanca vendimia que afana a tus arcángeles
y en su callado viaje alrededor del aire.
Tú, en el dorado toro que piensa en el otoño,
en su tierna memoria de gema oscurecida
y en su lenta conciencia que aún no tiene bordes.
Oh antiguo Arquitecto de las aéreas manos.

Por Ti las golondrinas llevan la primavera
con tembloroso luto al través de los mares.
Por Ti tienen los nidos modelada con briznas
la copa fiel y tibia de un seno femenino.
Por ti cultiva el mármol su rosal geológico
y encabrita en los frisos sus caballos inmóviles.
Por Ti las codornices tienen la voz de trigo
y las hojas de invierno usan guantes de lana.
El árbol busca el humo de tu celeste altura
y las colmenas cantan su marea dorada.
Oh antiguo Arquitecto de las perfectas manos.

Tú, en la zona del ámbar que atraviesan los ángeles
con sus carros de cera, su cosecha de lino
y con los tiernos vasos de su temperatura.
Tú, en el hombro desnudo del arroyo en la espuma,
y en el aguijón lento del sonido en el sueño.
En el temblor concéntrico de los lagos heridos
y en el sepulcro errante de las voces que fueron.
En la música que anda por el cielo hace siglos
y alguna noche baja hasta nuestros oídos.
Tú, en nosotros: dormido, vigilante y profundo.
En la secreta nube de la melancolía,
en este oscuro viaje de adversidad y gloria,
en este vago sueño mortuorio que vivimos.
Respiras nuestro gozo, nuestro dolor, nuestro aire
y en la noche postrera nos respiras el alma . . .

1946

ESPACIO, ME HAS VENCIDO

Espacio, me has vencido. Ya sufro tu distancia.
Tu cercanía pesa sobre mi corazón.
Me abres el vago cofre de los astros perdidos
y hallo en ellos el nombre de todo lo que amé.
Espacio, me has vencido. Tus torrentes oscuros
brillan al ser abiertos por la profundidad,
y mientras se desfloran tus capas ilusorias
conozco que estás hecho de futuro sin fin.
Amo tu infinita soledad simultánea,
tu presencia invisible que huye su propio límite,
tu memoria en esferas de gaseosa constancia,
tu vacío colmado por la ausencia de Dios.

Ahora voy hacia ti, sin mi cadáver.
Llevo mi origen de profunda altura
bajo el que, extraño, padeció mi cuerpo.
Dejo en el fondo de los bellos días
mis sienes con sus rosas de delirio,
mi lengua de escorpiones sumergidos,
mis ojos hechos para ver la nada.

Dejo la puerta en que vivió mi ausencia,
mi voz perdida en un abril de estrellas
y una hoja de amor, sobre mi mesa.

Espacio, me has vencido. Muero en tu eterna vida.
En ti mato mi alma para vivir en todos.
Olvidaré la prisa en tu veloz firmeza
y el olvido, en tu abismo que unifica las cosas.

Adiós claras estatuas de blancos ojos tristes.
Navíos en que el cielo, su alto azul infinito
volcaba dulcemente como sobre azucenas.
Adiós canción antigua en la aldea de junio,
tardes en las que todos, con los ojos cerrados
viajaban silenciosos hacia un país de incienso.
Adiós, Luis Van Beethoven, pecho despedazado
por las anclas de fuego de la música eterna.
Muchachas, las mi amigas. Muchachas extranjeras.
Dulces niñas de Francia. Tiernas mujeres de ámbar.
Os dejo. La distancia me entreabre sus cristales.
Desde el fondo de mi alma me llama una carreta
que baja hasta la sombra de mi memoria en calma.

Allí quedará ella con sus frutos extraños
para que un niño ciego pueda encontrar mis pasos . . .

Espacio, me has vencido. Muero en tu inmensa vida.
En ti muere mi canto, para que en todos cante.
Espacio, me has vencido . . .

DESPUES DE NOSOTROS

Mañana, después de nosotros,
volverá a la pradera, en dulce péndulo,
a recorrer la música, un delirante festival.

Las alcobas cerradas
pasarán cabeceando hacia los arrecifes
de una ancha rosa azul.

¿Quién mirará en silencio
cruzar por los cristales detenidos
las cosas que terminan con la lluvia?

¿Quién abrirá de noche la unánime
novela que se lee alma adentro,
para buscar el fuego de los días
en la ardorosa y blanca intimidad?

Y, ¿quién verá en las noches de diciembre
salir, al través de las ventanas,
la música delgada de Franz Schubert
que, sollozando, cae en los jardines?

¡Ah, mañana, después de nosotros!

Cuando la primavera alce sus hojas,
¡qué luminosas potras de topacio
se empinarán de amor
sobre nuestros sepulcros apagados!

Sobre nosotros pasarán en junio
misas de punta azul y espuma blanca,
los gaseosos orfebres del crepúsculo
y el agua circular de las carretas

que marchan a cambiar largas hileras
de música con pensativas cosas.

Oh, si esta tierra inexorable
que hoy me cose los párpados, amada;
si esta tierra, al fin, se aclarara,
lloraría, temblando, sobre tus manos blancas
como cuando la fiebre me adelgazaba el alma . . .

¡Pero esta honda noche, se hace tarde!

Ah, y otra vez, errantes, los gitanos
volverán una tarde a nuestra aldea.
Sé que preguntarán por nuestras manos . . .
Les dirán que ya nadie puede leer en ellas,
que tenemos la línea de la vida
borrada por dos años de azucenas.

CARTA DE LA TERNURA DISTANTE

Estoy solo. La niñez vuelve a veces
con sus blancos cuadernos de ternura.
Oigo entonces el ruido del molino
y siento el peso de los días caer desde la torre de la iglesia
con un sonido de aves de ceniza.
Pienso qué harás ahora frente al camino blanco
por el que cierto día pasó mi soledad.
¿En dónde estás? ¿Qué haces?
¿Bajas aún al pueblo los domingos?
¿Y a la feria de rosas de castilla?

Recuerdo: tenían tus pupilas color de té y de arenilla
y bullían en el fondo de tus ojos
esos mínimos puntos luminosos
con que escriben los músicos
las más azules y hondas melodías.

Cómo recuerdo tu cabello, hecho con las panojas del estío
y con la leve arborescencia fina
de la miel del topacio,
y de la crencha ardiente de la espiga.

Tenías creo ya sobre los senos
dorados terroncitos
y algo como el azul de la azucena . . .
Tenías creo ya sobre las sienes
la sagrada blancura de la nieve
y una hebra distante y tan delgada que moría en el cielo.

¿Tienes aún ese hoyo de nardo en la sonrisa?
¿Y ese nudo de rosas que te rodeaba los tobillos?

¿Por qué tu andar me ha parecido siempre
el temblor de un jilguero entre los mimbres?
¿Recuerdas esos barcos de papel cargados de semillas
que, a veces, pusimos en el río?

Llevaban como en éxtasis más dulces lilas.
Todas han muerto en soledad y en frío.

¿Y el pan que abrimos juntos con los dientes?
Salió de él como un ángel su perfume.
Aquí hay pan abundante, pero no tiene aroma
y la ternura esconde como un niño las manos.
¡Qué extraño es todo lo que me rodea!
Volveré algún día.
El maestro de capilla de la aldea
tocará para los dos aquella música
que tiende sobre un río siete puentes de rosas.

Y por ahora basta. Volveré algún día.
Afuera son las nueve de la noche.
Se esconden poco a poco mis palabras . . .

CANCION ESPIRITUAL AL ARBOL DERRIBADO

No fue el ciclón con sus campanas desgarradas.
Fueron los hombres que viven a tu sombra.
Trajeron hachas finas por el aire.
Trajeron siete hachas por el aire.
Siete delgadas concubinas de odio.

Fue una tarde de ancho ocaso rojo.
Tenían los leñadores sal verde y afilada en las axilas.
Los golpes de las hachas corrían por el bosque
con pies planos y huecos.
Se volvían las ramas azules de sonido.
Hasta que cayó el árbol sobre el dulce costado
cual alto dios antiguo,
con un ruido plural de abejas verdes
y venas arrancadas.

Con aroma de pan y de azucenas se abrieron sus cimientos.
Pero quedó su alma: una fruta alargada y transparente,
sin agua, sin albúmina, sin tiempo.
Su alma de libres llamas corporales, con cintura de heno
y pálida camisa de avena.

Con un temblor de candelabros líquidos
entró en la inmensa desnudez del cielo.
Se hizo un gran silencio de manzanas vacías,
y de la orilla de todos los bosques
partieron a la música navíos,
y una hojarasca de aves invisibles.
El viento prolongó, al pasar, mi pulso,
y la materia ardiente de mis sienes.
El viento llenó el agua de cipreses y silencio.
El alto viento levantó del árbol la sustancia anillada de la música,
el peso de acuarela de los pájaros, las balas de coral de la madera.

Qué material tan puro el de sus yemas.
Qué cera tan sagrada la que entreabrió sus flores
en tenue sexo de inquietos alfileres.

¿No volveremos a ver manos azules
subiendo por el aire del otoño?
¿No veremos ya más su domingo encendido de cerillas
por los niños traslúcidos del día?
¿No veremos ya más esa muchacha ciega
que en puntillas buscaba una sortija de resina?

Deja que ponga bajo tu nuca blanca
esta almohada inquieta de peces de mi anhelo.

No has muerto. No eres hijo de odio ni de muerte.
Vives ahora en el piso más delgado de los cielos.

LA PEQUEÑA ORACION

Abre ya, de una vez, los espejos enlutados
que pusiste sobre las placas oscuras de mi féretro.
Abre las ciegas yemas de mis dedos
para que puedan sentir la callada amistad de la materia.

Dame la luz sin nombre de junio o de septiembre.
Dame de aquella agua que aún no hace rocío,
anterior a la nube, cuando es sólo rumor entre tus manos en el aire.

Permíteme que vea tus más tiernos arcángeles
como pequeños libros de escarcha y juventud,
pasar por mi cabeza, titubear en mis hombros.

Ilumina las densas falanges de mis manos
para que puedan acariciar las cosas, sin sangre de deseo;
para que logren adivinar el escondite de las niñas
sin buscar la liviana cicatriz de su sexo.
Para que encuentren en la frente de los muertos
el vestigio floral de una corona.

Disuelve para siempre este secreto manto subterráneo
que me envuelve en su beso taciturno
y me aparta de las cosas claras . . .

Encierra en los fosos de las ciudades muertas
estos fantasmas que me incitan de noche con su lívido aroma.

Que al través de mi frente pueda pasar el aire
como al través de la copa de un arbusto
o la blusa de briznas de una niña.

Y que cualquiera tarde, pueda irme de mí mismo,
al través de mis poros, en mi aliento,
con la huída de música descalza del deshielo!

INVITACION A LA VIDA TRIUNFANTE

Amad toda esta vida en la que Dios transita.
Esta alegría inmensa de ser hombres.
El don de hablar con amor toda palabra.
Esta certeza de morirnos una tarde.
Esta seguridad de volver cualquier mañana.
Esta grandeza de vivir al pie de nuestra propia alma.
Amad la muerte que nos quita una madre o una amiga.
Las lágrimas de la ternura inesperada.
Amad a los que sufren un amor metafísico
y a los que aún padecen un olvido divino.
Amad a las personas que nacieron con melancolía.
A todos los que llegaron por la noche
con la mitad de una canción entre los labios.
Amad a las muchachas que padecen del pecho
y a las que van decalzas al fondo de la noche.
Amad a las muchachas que sonríen
al escuchar alguna voz querida,
pero también a aquellas
que nos pueden herir sin ser heridas:
decidles que el amor puede amar el olvido.
Amad a las que siempre ausentes viven
en la delgada niebla de una fotografía.
Amad a los mendigos del camino
y a los que aún no tienen su castigo.

Amad a aquellos que aún no existen
y que, ansiosos, desde un lugar divino
quieren bajar a uniformarse de cautivos.
El ancho mar antiguo, constructor de trirremes.
Vuestro futuro peso de escultura apagada
dentro la gran certeza del manto subterráneo.
El espacio por donde vuestra alma sube y canta,
encuentra el terciopelo aéreo de la nube
y la presencia interna de Dios dentro la nada.
Amad los cataclismos en su crueldad perfecta.
La primavera henchida de nidos y de espigas,
perfumada y magnífica, gozosa e inconsciente.
La mariposa blanca que recibe en sus alas
todo el profundo peso de las noches de mayo.
Los astros, las montañas; la gacela y el ángel.
La luna, los arroyos, el mar y los adioses.
La gloria de que el cielo sea un estado de alma.
Y la delicia oculta de morir en los dioses.

TACTO

Vengo desde mi propia hondura hasta tu extremo vivo
y te siento fluir casi líquido
del anular al índice
y abrir insospechados abanicos.

Tú entiendes el sabor oscuro e íntimo
de las cosas que entreabren
tus mínimas entradas de delicia.

Cuando era yo aún cautivo
dentro de una tibia rosa femenina
supe cómo mi madre se ponía ya lívida.
Después sentí el purpúreo destello de los besos
y de los terciopelos la entrada submarina.

Te busqué luego dentro de la carne encendida
pero estabas afuera ardiendo en lo inasible
y dejaste mis manos ahogadas en caricias.

Hallé tu estatua de oro en la hondura del vino
y tu caja de estrellas en el mármol pulido.
Descubrí en los arcángeles aspectos femeninos
y en las muchachas breves nacimientos de liquen.

Deja ahora sentirte en mi fondo infinito,
en el secreto lazo de la piel con la muerte
a la que voy seguro conociendo sus límites.
Los dioses te pudieron también sentir un día
recorriéndoles la orla divina del vestido.

VARIACIONES DEL ANHELO INFINITO

Si alguna azul mañana de febrero,
tras una larga noche de tormenta,
encontraran tus manos
el cadáver de un ángel en el campo . . .

Si alguna vez, hacia la media noche,
con tu sagrado sexo en las tinieblas,

te me acercaras tanto,
que pudiera oír cómo cae de tus labios
una dulce minúscula sin letra . . .

Si alguna vez, después de haber leído
una carta de amor, fueras descalza
hasta el río que amaste cuando niña
y escucharas el tránsito de mi alma . . .

Si alguna vez variaras sin motivo
la dirección delgada de tus trenzas
y te sintieras una joven nueva
con una diadema de gavillas y heno . . .

Si alguna vez tus manos se elevaran
tanto hacia el aire que no fueran materia
sino un deseo de sentir el alma
celeste y silenciosa de las cosas . . .

Si algún día tu voz (la que conozco),
atravesara sola esas praderas,
encontrara una fuente silenciosa
y le enseñara a pronunciar tu nombre . . .

Y, si pasaran siglos, muchos siglos,
y nosotros no fuéramos los mismos
después de tanto sueño en otras vidas;
si, entonces, te encontrara de repente
en una ciudad que todavía no existe
y lograra acercarme y estrecharte
con este amor que ahora no es posible . .

AMISTAD CON LAS COSAS

Antes de que los ojos puedan ver,
deben ser capaces de llorar

Ahora que las manos llevo heridas
y que mis ojos beben luz serena.
Ahora que mi amor no llora un cuerpo.

Ahora os vuelvo a amar. ¡Oscuros duendes
del femenino cielo de la tierra!
Mesas de soledad y de constancia,
vasos de circundante transparencia,
pequeñas sillas con las alas mancas,
vosotras que esperáis un ángel débil.

Vuestras agrupaciones de bohardilla,
vuestras tímidas quejas por la noche,
vuestra infinita soledad de ciegos
me oprime el corazón y me encadena.

Hierro de cornamenta mansa y triste,
nevera en flor de cristalografía.
Hilo que la pequeña abuela ciega
perdió en útil amor sobre un pañuelo.

Yo te pronuncio: cesto, arcón, redoma.
Bastón que entras en la portería.
Candil que tienes roja la solapa.
Copa de fiebre y de melancolía.
Aldaba que acaricia un dios viajero.
Peine que lloras solo, en las orillas.

Te bendigo martillo carpintero,
sobrio camello que amas la madera.
Amiguo arado, árbol que cosechas,
por tu aroma de uvas y centenos.
Estas manos cansadas ya del fuego
acarician vuestro uso fiel y fresco
y sufren vuestra soledad terrestre.

CANCION A LA BELLA DISTANTE

Para Laura

No era mi poesía. Mis poemas no eran.
Eras tú solamente, perfecta como un surco
abierto por palomas.
Eras tú solamente como un hoyo de lirios

o como una manzana que se abriera el corpiño.
Eras tú, ¡oh distante presencia del olvido!

Clara como la boca del cristal en el agua,
tierna como las nubes que atraviesan el trigo
por los lados de mayo.

Dulce como los ojos dorados de la abeja;
nerviosa como el viaje primero de la alondra.

Eras tú y tenías delgadas de esperanza
las manos que me huyeron.
En tu sien, extraviadas, bullían las sortijas.
En tus perfectos ojos abril amanecía.

Estoy tan impregnado de tu voz siempreviva
que hasta esta inmensa noche parece que sonríe
y percibo el borde líquido de tu alma.

Andabas como andan en el árbol los astros.
Rezabas en silencio como una margarita.

¡Oh quién te viera abriendo esos libros que amabas
con el alma inclinada a la luz de las fábulas!
Qué viñeta de rosas tenían tus mejillas
cuando abrías los labios de amor de las palabras.
Y qué resplandeciente ciudad de serafines
descubrías, de pronto, en el cielo de estío.

Quiero besarte íntegra como luna en el agua.

Mañana en los delgados calendarios de ausencia
te encontraré buscando una pedrezuela tierna
para marcar una hora lejana que aún espero.

Recuerdo aquella tarde cuando quise besarte.
Tenían los cristales un fondo de mimosas
y la antigua ventana mecía los jardines.
Las llamas de los árboles se tornaban oscuras
y un ángel de eucalipto se apoyaba en el muro.

Escuchamos de pronto la carreta profunda
que atraviesa los prados con su carga de junio.
¡Pienso en aquella tarde y me encuentro más solo!

Las casas recogían la luz del occidente,
los caminos bajaban como arroyos en llamas,
la brisa estaba fija en el borde del álamo.
Pienso en aquella tarde y no sé por qué lloro . . .

ESQUELA AL GORRION DOMESTICO

Para la bella novia de mi mejor amigo,
sinceramente.

Hermano mínimo, idolillo de musgo,
tú que viajas con muletas de alambre
y una flor de alfalfa en la solapa.

¿En donde oí tus pasos de violeta seca,
tu suspiro que tiene cabeza de alfiler,
tu voz liviana y pura de grano de maíz?

Fotógrafo ambulante de los patios urbanos,
yo te envío un saludo
de liquen, de centeno, de albahaca,
un grano de mostaza y una gota de vino.

Te esperaré mañana en la azotea.
Procura ser puntual. Conversaremos
del premio de fin de año de los tréboles,
de la dalia que florece en el as de oros
y de la orografía del tejado.

Después, no sé . . .
Y cuando esté ya muerto, baja a verme.
Picotea en mi lengua sin cuidado.
Encontrarás en ella las palabras
de amor que ahora se me escapan
y las letras de un nombre amado: Laura.

ORIGEN I

Vengo desde mi propio centro, oh errantes días.
Desde la infinita soledad de un dios perdido.
Desde mi última noche entre la sangre.

Circundante demencia buscó mi alma en la carne
y una imposible fuga hasta caer cautivo.

Tú eres la sal de mis tejidos: ¡fuego!
Llama dorada y negra del sol en el pantano.

Yo vengo hacia vosotras, caminantes presencias,
con las venas henchidas de divino tormento,
y con la sed constante de torturar las cosas,
de erigirlas, desnudas, frente a mi propia ausencia.

Vengo desde muy lejos.
Desde el celeste viento que hace los pensamientos
y abre esa luz sangrante con que nacen las manos
en el instante que abre la madre su cadena.

Desde muy lejos llego buscando blancas bestias,
finos dientes secretos, desgarramientos lentos,
rincones de escondidas esculturas de fuego,
cerradas voces, labios de tibio encerramiento,
mutuos descendimientos con los ojos en éxtasis;
mañanas en que el viento nos dé su piel continua,
noches de honda tardanza para perder el cielo
y este amor que se aferra a su rosal de cieno.

Llego desde muy lejos, con cadenas y cantos,
con llagas adquiridas en ciudades extrañas,
sobre vivos panales de encendida acechanza.

Desde muy lejos, donde la pureza del ángel
se inclina maniatada y se cubre de larvas.

Y vengo de la muerte de mil cuerpos errantes,
con el rumor contiguo de cien contrarios mares,
por la reunión prohibida de los más dulces labios
y por la misteriosa identidad de mi alma
con la inquietud que roe el alma de los dioses.

CARTA A LA MADRE

A estas horas ya habrás cenado
ese pan tan delgado, que al mirarlo,
produce una sonrisa y una lágrima.

Y pensar que yo nunca sentí tu hambre,
que te robé un árbol azul y dos arbustos blancos
y que por eso hoy tienes marchitas ya las venas,
y descalza la blanca altura de los senos,
y que un ángel oscuro con un nombre extranjero
tal si fuera una puerta, a tu esternón golpea . . .

No madrugues a misa ni cojas el sereno.
Yo sé muy bien que amas con el dolor de Cristo.
Mil noches de costura te han llagado los ojos
y la malva morena de tus sagradas manos
tiembla ya con el viento que gira en la ventana.

No sufras porque el sábado amanezca con lluvia
ni porque el río baje con un ramo de lirios.
No sufras porque ha muerto esa gallina blanca
con la que hablara en sueños, una noche, mi hermana.

Ya recibí tu carta. ¡Escrita con romero y pestañas azules!
Me cuentas que se ha muerto mi prima María Augusta.
Ahora que estoy lejos, te diré: Yo la amaba.
Mi timidez de entonces me quebró las palabras.
Baja mañana a verla con un ramo de nardos,
y recítale alguna oración impalpable.
Dile que ya no bebo y que he pasado el año.
Ahora que estoy lejos te diré: ¡Cuánto la amo!

Dime sinceramente qué piensas de este hijo.
Te salió tan extraño.
Renunció todo aquello que los otros ansiaban,
y se hundió en sí, tanto, que quizás no es el mismo . . .

Seguramente piensas: "Estará enamorado".
Y habrás adivinado. Encontré una muchacha
con una voz blanquísima y los filos dorados,
el pelo hecho de espigas y sortijas de malta.

Y ahora, yo quisiera decirte que te amo,
pero de una manera que tú no sospechaste.
Verás. Ahora te amo en todas las mujeres,
te amo en todas las madres, te amo en todas las lágrimas.

Tú dirás: "Esas cosas que tiene . . ."
No sé qué me ha pasado, tal vez esté enfermo.
Tal vez los libros raros . . .
Es que el amor de antes se me ha vuelto tan claro
que siento que ya nada es para mí extraño . . .

CATEDRAL SALVAJE

a María Isabel,
mi mujer

Y vi toda la tierra de Tomebamba, florecida!
Sibambe, con sus hoces de azufre, cortando antorchas en la altura!
Las rocas del Carihuayrazo, recamadas de sílice e imanes.
El Cotopaxi, ardiendo en el ascua de su ebúrnea lascivia!
Hasta la mar dormida en la profundidad,
después de tanta audacia estéril y voluble!

Todo ardía bajo los despedazados cálices del sol!
Las infinitas grietas corrían como trenzas oscuras
sobre los bloques poderosos en que respira cada siglo el Cielo!

Qué profundos centauros pacen sobre tu corteza embrujada?
Qué dromedario, ardiendo, come tu polen
y lame tus piedras claveteadas de rocío pálido y amargo?

Aquí, suena en la noche, un pedazo de costilla contra el aire!
Alguien pretende huir de su semilla como de un chorro enloquecido!
Atemos las potencias a sus cavidades:
Mire la bestia su escultura de fuego sin morir!

Te llamas soledad! Señorío de piedra, abandonado!
Te llamas bosta de animal, quemada contra su mismo corazón!

Territorio de cumbres enhebradas al cenit,
por ti, está ya árido el pecho de los ángeles!
Pero tú roncas, concentrando el oro que hace llorar a los locos
y pone a bailar la puntiaguda ropa del demente!

Tierra de murallas y de abismos,
cruzas sobre tus llaves de guayacán y azúcar,
como avispa engordada con sangre, tambaleando!
Ceniza de rocío desesperado, vuelve a la catarata!

Abajo, veo una delgada vicuña mordisquear tus hojas frías.
Veo al loro gárrulo maldecir su lengua seca como la nuez.
Oigo a millares de ratas hambrientas,
royendo tus estribos de almidón, en la noche!

La uña del comején tiene la fosa en que se hospeda la basílica;
pero no suena porque trabaja al son de las palabras.

Inmensa eres!
Entre madejas de trigos y cabuyos te retuerces, dormida!
Y te entregas mil veces como una ría ociosa
sobre mantos de piedra, devorados por el cielo!

Qué animal es ese, de ojos de mujer, que mira los nevados
como un aposento de espejos o una piedra de placer?

Mastica con lenta gracia y yace entre volcanes.
Tiene vagina de muchacha y cohabita con los pastores solitarios
de las cumbres, en coito poderoso
de escultura funeraria!

Aquí, el viento destruye las actitudes de la pobredumbre
y las huellas deliciosas se convierten en cicatrices pálidas!

Entre el humo del cataclismo los ríos son despeñados a la aurora!
Los hombres pierden sus casas entre olas de candela!
En sus cabellos revolotean el granizo y los relámpagos!

Los truenos saltan sobre una inmensa pata de candelabro.
Nada resiste al gran viento y el mismo vacío se emborracha
con la piel arrancada a los espacios!

Nada puede entrar en su corriente sin convertirse en música
o en crujido de muelas que blasfeman!
En su lecho de espanto, renace el cielo a cada esquirla suelta!

Allí yace el cóndor con su médula partida
y derramada por la tempestad!
Amauta valerosa, toda verdadera canción es un naufragio!
Aquí, no cantará nunca el pajarillo matinal!

Los dioses ebrios tambalean y el viento les abre
sus brillantísimas mandíbulas de Genios
hasta arrancarles saliva de frenesí!

Tremendo Imaginífico, rasga este firmamento sucio de nudos y hélices!
Mi vehemencia me despuebla de toda igualdad!

En la solemnidad de la alta noche,
los Arquetipos lloran por sus pequeños títeres!
Todo es hueco tardío
en esta velocidad que apaga su futuro, al besarlo!

La tempestad reúne los más altos pensamientos de desesperación
sobre la tierra escupida por sus hijos pródigos y crueles!
Esta es la comarca soñada por los malhechores blancos!

Mi corazón presintió sus navíos, como cáscaras
roídas por los vagabundos del Océano!
Pájaros de las grandes aguas, sobre maderos perdidos,
flotando a la deriva de la sabiduría,
sobre cruces y cortezas vinieron!
Por el mar que se nutre de hojas transparentes
y profundos pastos atados a las heces del abismo!

En medio del maizal, temblé al oirlos reír en la lejanía del aire!
Venían fibrosos de sed y de lujuria!
Tenían dentera de hambre;
mandíbulas para las hazañas
testículos de machos cabríos para penetrar selvas vírgenes
y cambiar los ojos de las mujeres en gemas agonizantes!

Como cáncer del viento crece la tierra de los ápices
y cuelga entre cristales el zapato del venado!

En esta altura, sólo se conservan los diagramas del caos,
en soñolientos reinos, sin calor ni sonido!
Aquí, todo vuelve al corpúsculo o al trueno!
Dios mismo, es sólo una repercusión, cada vez más distante,
en la fuga de los círculos!

Su mansión chorrea en el ojo que ha cesado de arder
y que empujan las moscas quereseras!

Oh, arriba, en las rojas mesetas desolladas por el viento,
las termitas suspenden su bolsa de miel negra!

En medio del furor del cataclismo, sigue inmóvil el Día!
Las cabelleras de las diosas yacen como arroyos de ungüentos
entre el humo sellado de las formas!

Un hombre habitó esta roca durante siglos
y fue alimentado por la aurora de las espigas
y las fuentes de semillas descubiertas por los loros!

Hoy duerme ante la boca de un horno abandonado
y escarba en la guitarra bilingüe del mendigo!

Pero en la altura; entre vitrales de granizo y lava,
los pastores trabajan con sus almas en el velo llameante del paraíso!

Los torrentes despiden una lámpara que no se descuelga jamás!
El rayo deshojado, lame la arteria rota del discóbolo!

Acá, no llega nadie con olor de cabaña o de moneda!
Yo escribí cien corolas en cada Cordillera!
Viejo Geógrafo, tiéndeme tu mano!

Nadie sufre ya más en la extremidad de la tortura,
porque la muerte, como la demencia, ataca al corazón con talismanes!
En el ápice del alarido, el alma se rasga
en infinita eyaculación!

Oh cuerpo trasmutado por la asfixia,
ante ti se presenta la cuarta comarca de las cosas!
El mundo meteórico recibe las almas en su velo
convertido en palacio por el huracán y el acertijo!

Aquí, el relámpago tirado contra las rocas,
tiene una vértebra confusa que llega hasta las vestiduras más aisladas!
La cucúrbita duerme su séptimo semen!
Los árboles suspiran en un lecho que vuela!

La tumba empuja los jazmines
hacia las raíces enguantadas de los agonizantes!
Aquí, la mano izquierda puede beber íntegramente

la operación musical de la derecha!
Y los niños consiguen saquear impunemente las cascadas,
como armarios de cristal!
Aquí, se mira ya el movimiento de la nueva boca
sobre la piel de la leona bañada por los leones!

Esta es la cuarta comarca de la Tierra!
Acá, no acude ya jamás el tiempo!
Un mendigo asciende por su arpa a los relámpagos universales!
Y la humildad disuelve como un veneno el paraíso!

Pero, si la escalera rutilante mata su piedra en música,
la tierra del abismo matutino
amaestra la mortal joyería de la araña cabelluda!

Abajo, ladra el fuego en su brasero de mil piernas!
Las hormigas empalidecen la carcajada del tigre
con la cruel armonía de un minuto de miel!

Millares de ojos acechan entre el tenaz parpadeo de la pimienta,
al hombre que come mujer
y al animal que cabalga sobre su hembra
y come fuego en mesa encabritada!

Oh cópula sin pausa, la bestia sucesiva entra y sale de ti,
pudriendo la gran noche salobre como una vianda,
en continuo horario de carne pisoteada
por carne aguda que se baña
en el hueco de la chorreante llamarada!

Y tú, maizal de la altura, en verde arcangelería,
cabeceas bajo un falo trasmutado en plumaje!
Dulce entre todas las gramíneas,
mujer y muchacho a un tiempo en la infinita vivienda
de los ídolos vestidos por la aptitud eterna!

De esta tierra se exhala eternamente
el fantasma de la resurrección! Sepulcro de mil cúspides!
Cada cima es un obelisco hacia la muerte!
Cada crepúsculo, un paulatino funeral!
Grandes barcos de nieve cabecean colmados de cadáveres
y frutos con semillas resurrectas
que agonizan empapadas en miel!

Arbol de la goma, esta noche has llorado un vestido de cristal!

Oh infinito antepasado de mil rostros, mil alas y mil colas!
En el profundo rebaño de las simientes y las sombras, duermes!
Te desnudas sobre playas de moluscos y abanicos de gemas;
sobre la cruel orfebrería de los cráteres;
entre la candela borracha que manan los volcanes!

Las tumbas te alimentan como poros, innumerable abismo!
Antros inmemoriables, tribus profundas, secretas multitudes
de bestias y alimañas trasmutadas!
Desde la fundación del paraíso,
en infinitas vidas y en incesante muerte,
cambiáis la sorda piel del Universo, en una vestidura de furor!

El milenario funeral contemplo de los reyes y de los labriegos.
El alma del monarca huye indefensa por imperios de estupor!
El hueso innumerable sube a pie, hacia el viento que baña
nuestro dédalo!

Alguien comió animales negros la noche de su boda;
y antes de retornar las llaves de sus uñas
escuchó lo que iba de su médula oblonga al infinito oscuro!

Veo los campos; las llanuras peladas por la maldición;
las visitas desiertas por error o por espanto!
Veo las casas en las que todos los hermanos han muerto
dejando un caballo enfermo para el rayo!

Pero, retorno del suceso. Y encuentro al caracol que ha aprendido
a lamerse la agonía frente al agua. Corro por los desfiladeros!
El árbol ofendido, devora sus flores. por justicia!

Aquí, son tuyos los crisoles, los rayos, los volcanes, las ánforas!
La iguana se desnuda de hierba entre dos llaves de madera.
Los peones caminan en hilera por el monte
y van perdiendo siempre el último hombre que nadie ve
al volver el rostro; hasta que el síncope llega al guía
y lo devora sólo con una palmada!

Oh, antepasado verídico y confuso, hoy llego hasta la cima
de tu templo partido por la majestad de la muerte
en tumbas singulares!
Cada cabeza pura, arde sobre la pluma de un cometa!

Hoy atravieso el entusiasmo acústico de los torbellinos
que ruedan como embudos de cuarzo, entre las cumbres!
En los humeantes conos de azufre,
oigo el puntiagudo galope de los machos cabríos!

En esta montaña nace el Hombre, a toda la longitud del día creado!
Sin cesar, por entre muslos de mujer, nace aquí!
Y muere, sin cesar, a cada crepúsculo vespertino,
golpeando el corazón por todo el pueblo!

Su innumerable cuerpo yace aquí!
Sus ojos desolados, sus cartílagos tiernos que nadie oye!
En este insacudible pedestal de piedra y humus crea su infinitud
y prepara su individual cadáver, llamado arriero, agricultor,
alfarero, o adivino futuro de la Tierra!

Mira:
ésa es la comarca que dí a su invencible necesidad
de muerte y de firmeza!

Cuando oigas sonar los negros cañaverales de mi furia,
ésa es su tierra!
Cuando veas manar de la cumbre miel furiosa de lava y lámparas de [piedra,
ésa es su tierra!
Cuando veas bramar los toros con sus labios hinchados de luciérnagas,
ésa es la tierra!
Cuando el caballo toque, tres noches, a la puerta del herrero hechizado,
ésa es la tierra!
Cuando las campanas caigan en el pasto y se pudran sin que nadie las [alce,
ésa es la tierra!

Aquí la ley, los diámetros, los elementos, se contaminan de perversidad!
El aceite penetra en sombríos laberintos para cuidar al monstruo [venidero!
La culebra se desviste cada año entre bandejas de frutas y de pájaros!
La sal gema del monte, presiente el apetito picante de los indios,
les atrae hacia sus blancos sótanos y les adoba con eternos cáusticos!

La inconocible esfinge subterránea, despide hélices,
fonemas, ectoplasmas, bulbos dotados de uñas sanguinarias;
y concierta mortales contubernios con el alma del hombre,
incestos con la gran inmaculada que suministra leche a ciertas plantas,
pactos sexuales con las orugas de la abulia y el olvido!

Ah, vivimos atrapados entre murallas de nieve planetaria!
Entre ríos de miel salvaje; entre centauros de lava petrificada;
entre fogatas de cristal de roca;
entre panales de rocío ustorio;
entre frías miradas de serpientes
y diálogos de pájaros borrachos!

Alguna tarde, en una sorda pausa entre dos tempestades,
torna a elevarse el negro cóndor ciego, hambriento de huracanes.
En el más alto límite del vuelo, cierra las alas repentinamente
y cae envuelto en su gabán de plumas . . .!

Veo tus mensajeros enlodados! Tus arrieros palúdicos y eternos!
Tus pequeños soldados con la guerrera cubierta por las zarzas,
riendo del aguardiente seco de la muerte!
Veo tus oscuros ladrones de ovejas y caballos, caer aullando
en los patios de los Andes, quemados con machetes al rojo los talones!
Veo esos hombres pálidos, atragantados por el cepo,
queriendo rascarse las moscas de los remotos pies acalambrados!

Tus lavadores de oro, precipitarse al agua, perseguidos por los tábanos!
Tus viejos albañiles, caer desde las torres
golpeados por los grandes guacamayos!
Tus osos hormigueros, embrujando las misteriosas viandas de la [profundidad
con sus hocicos volubles como una flor . . .!

Catedral! Cataclismo de monstruos y volúmenes, eres!
Piedra veloz circula por tu fuego como un pez sanguinario!
Llueve sol consumido y verde! Moho y sangre! Sal y esperma!
Como árbol que se pudre, gotea corrupción el firmamento!

Humo de soledad bate el buitre con su harapo de cuero!
Esta piedra es mueca y tumba de muecas!
Acá, sube el hombre a su Genio, a su médula hechizada!
Aquí, hay delirios blancos.
Entre las cumbres flota el polvillo helado del gran síncope!
Oh, huracanes en los que el alma cae en añicos!
Aquí hay sombras en la íntima esquirla del vidente!
Ortiga esplendorosa para sudar cadáveres!
Coloqios con las formas superiores de la tortura y del éxtasis!
Aquí, el Creador y la creatura copulan en silencio,
anudados durante siglos, pisoteados por las bestias!

Un huracán continuo, traga y devuelve las vísceras, las olas,
las escamas, las formas otorgadas y los mitos!
El cóndor y la moscarda mínima, ofrecen diariamente
sus huevos grises y sus cenizas voladoras al Altísimo!

Quebrantan, roen, lamen y esmaltan el cadáver del amo,
las alimañas, las flores sedientas, las corolas carnívoras,
las mariposas vagabundas, las orquídeas de la fornicación!
Todo se envilece y rueda en caos palpitante de nebulosa
intestinal, tremenda; hasta llegar a la bosta, al vómito,
a la blasfemia, al parto de monstruos, al sismo que engulle
la arquitectura susurrante de los pequeños pueblos!

Hombres, estatuas, estandartes, se empinan sólo un instante
en el vertiginoso lecho de esta estrella en orgasmo.
Luego, los borra una delgada cerradura de légamo!
Aquí, no envejecen las murallas ni los ídolos!
Todo es presencia efímera! Sombras en trance de terror o de cántico!

Sólo el Sol! El Sol indeclinable!
Desde establos de cañas y tablones, sube el caballo añoso,
y con alma de potrillo, te agradece la alfalfa matutina!
Los viejos pumas llenan de oro y vigor su hígado en tu luz!
Oh, altar de la lascivia y la resurrección!
El antropófago danza con sus dos carnes, en tu fiesta!

La savia te busca, delirante, a través de la corteza.
Se abren las aguacollas, en la espesura.
El asno consulta entre los vientos, la sagrada lejía
que dilata la ubre de la pollina.
Tejen los árboles sus tiaras de cien millas. Los pájaros
te miran como un soplo de polen sobre la vestidura
siempre hueca que les libra de estiércol y rocío!
Las anchas frutas tapizadas como úteros, acunan abalorios
que despertarán entre los dientes del salvaje.

Muros de enredaderas salpicadas de nidos y de orugas,
cuelgan de los acantilados y cantan sobre los féretros de los delfines!
Los manglares penetran en el mar, borrachos de salmuera!

Horno salvaje de todas las especies!
El sacerdote antiguo come carnes saladas por el viento
y en su ara de leña, te ofrece los sensuales holocaustos!

He aquí las mujeres adornadas con escorpiones de jade;
el pico purpúreo del tucán; las pinzas del cangrejo moro;
el pene tortuoso del erizo; la hiel violeta de los onocrótalos;
el ojo de la bestia bifronte; el huevo de pieles de la gran cebolla!
Las parvas ataviadas con cañas velludas; las ristras de peces llorosos.
Los anzuelos, las ocarinas, las hondas cargadas con piedra
de torrente; las caracolas de cuerno, cocidas en brebajes.
Los jóvenes con el vientre abierto como un chorro de mirtos!

Sobre la piedra ardiente, trasmútalos, Horno Salvaje!
en tu infinita borrachera seca, que mata y glorifica!

Catedral de la altura, rezada por millares de insectos y de cóndores!
Cataclismo incesante, sin sonido ni escombros!
Todo arde en ti, con fuegos ulteriores,
dispuestos más allá de las bullentes formas combustibles!
Un trueno de infinita lentitud devora tus llanuras!

Los lacrimales de la Tierra arden sobre la nieve.
En negras herrerías cantan los dioses ebrios.
Las recuas caen al abismo como hojarasca ensangrentada!
Los puentes son taladros como peines
por las furiosas cabelleras!

Este jergón de piedra, nieve y lodo,
pisotean las mulas y los dioses!
Cantamos ebrios, alrededor del ataúd de un niño
electrizados por la aurora!
Retumba el cubo óctuple de la tiniebla eterna!
Devoran los caníbales mariposas preñadas de sangre!
Los trenes de naranjas mueren ahogados en arena!
Los sismos desentierran nidos de calaveras extasiadas!

La oscuridad revienta como un odre de vísceras e imanes . . .
Los tálamos descienden a los líquenes inmemoriales.
Las mujeres se convierten en laberintos ansiosos de semilla,
desde los muslos que sacuden su tortuosa compuerta,
hasta la piel borracha de los pómulos!

El trueno arrea al hombre hacia las grutas de las dantas.
Las dulces bestias convidan sus lechos a los extraviados!

Esta es la comarca de las tumbas esféricas
hechas por los oscuros alfareros del Sol!
Dentro, en cuclillas, los cadáveres de los incas,

frente a un puñado de maíz, esperan el retorno de sus almas,
coronadas de plumas y rociadas de especias!

Los blancos fémures de las mujeres
duermen entreverados con los fémures rojos de los reyes.
Larga boda sin calor ni semilla,
asegura en la tierra mortal, un lecho sepultado!

Yo, que jugué a la Juventud del Hombre,
alzo esta noche mi cadáver hacia los dioses!
Y, mientras cae el rocío sobre el mundo,
atravieso la hoguera de la resurrección!

EL HABITANTE

(Fragmento)

Cierta vez
el maíz infinito había sido suyo!
Pero le desnudaron en la plaza
y le vistieron con profundos látigos!

Empapado de fatigas y costumbres
padeció mucho, en tiempos pedregosos
Y murió tanto, que sació al gusano creador!

Se le vio ir a lo cotidiano y subir a la campana
que enflaquecía, cada año, después de Pascua. Y no encontró lo que

[buscaba!
Estaba poblado de visiones, y en su afán, repetía manualmente
los ademanes de los forasteros.
Así, sus manos de ardilla religiosa labraron millares de estatuillas
para las viejas vírgenes de los claustros.
devoradas por sus blancas fermentaciones!

Pero, jamás logró tranquilidad; porque, o bien el indio oscuro
subía y miraba la ventana; o bien, el asesino blanco le gritaba:
—Anatema!
Y tenía que abrir la casa y presentar las secretas ropas
arrugadas por aquella parte atada al cerdo de la tierra;
y esos dientes sin fondo, que sudan al ser vistos!

Aguas futuras sonaban ya en su corazón!
Decían "Alcabala", y se le humedecía la casa hasta podrirse!
Por esto, atravesaba la urbe en línea manca,
queriendo desollar días al tiempo
y verse libre de la transpiración de tanto consanguíneo!

Y allí estaba el eclesiástico carnal, usando el templo
como recipiente, y moviéndose entre anchos paños negros
cortados en forma de mujeres.
Ellos estaban siempre sobre ellas (hijas, madres, devotas).
Sobre ciertas hermanas usaban, asimismo, su estatura parroquial.

Y así, en ocasiones, corpus, conventos y zaguanes,
encarnaban su lujuría con una horquilla y humeaban en el lecho!

Las mujeres sonreían en el asador como largas gallinas pálidas,
deseando orinar en un espejo demasiado abierto
y perdiendo luz floja por el alma!

Y en tanto que la iglesia se ponía clueca hasta el fondo de la huerta,
el labriego echaba trigo a los leones del Obispo!
Alguna vez le vieron, asimismo,
por el muro infinito de los Andes, pasar como un escarabajo,
empujando una bola de estiércol para el Rey!

Oh dulce patria caminada a soga
entre huellas de mulos y de esclavos!
La soga descendía de la Cruz. Unía el purgatorio de altos trigos rojos,
con la silvestre tumba del peón.
Iba de la cintura de la madre al tobillo del hijo,
sin perder el calor umbilical!
Venía del abuelo; engrosaba en el padre; se enroscaba en los nietos,
sin rumor. El hombre la peinaba, silencioso!
El hombre la llevaba hacia los ángeles!
Los hijos la cargaban con los diezmos, los maíces, las piedras,
las montañas! Y, al llegar a la casa de la altura,
les golpeaban con sogas el jornal . . .!

Peón innumerable de la soga! Aguador de los inundados!
Durísimos arrieros sin fiambres ni camino.
Cargadores oscuros de estatuas y turbinas!
Segadores del mes de setiembre, entre las cumbres!
Agricultores de la sal del monte! Náufragos de los volcanes
y los trigos! Recuerdos y pastores de la puna!
Cuidad la soga por amor al Hombre!

¿Quién podía volver, así, del dédalo de cuerdas y de látigos?
Oh Señor, el cuerpo se hace tarde y llega sin el hombre:
mientras llueve tanta noche colgante osuridad
de equinocciales gotas siempre y muerte!

La lluvia es lontananza, es tiempo, es tumba!
Los funerales pasan por la lluvia.
Los ahorcados cuelgan en la lluvia.
En la lluvia la yegua es fecundada
y en contracciones húmedas concibe!

ADVERTENCIA DEL DESTERRADO

Cuando un día vayáis a buscarme,
quedaos a la puerta.
Gritad con vuestras voces un nombre de los vuestros.
Yo os responderé abriendo el suelo
con una débil costilla o un recuerdo.
Yo, que estoy allí, o acaso duermo,
o que aún no he llegado, o no despierto,
o que he rebasado el día del destierro.

Gritad un nombre de ayer que suene a siempre.
O a nunca, como un ángel increado.
O a nada como una cabeza dada vuelta.

Yo, os responderé: "Pretérito presente".

Me niego, porque sufro si me encuentro.
Soy de ayer, por la tarde, cuando muerto.
Soy de ayer, de un ayer que ya es eterno.

Es verdad que bajé una mañana,
con un nombre de sal entre los labios
y una mancha de cielo sobre el alma.

Es verdad. Pero, mi gran secreto,
no era jamás donde mi nombre estaba.

Hoy recuerdo mi día en otros pueblos:
la antigua Ley y el oro del rebaño,
cuando el pulso sentía en el cayado
el simultáneo origen de los pastos.

Yo soy de ayer, y me visito ahora
por un descuido en que lloró el Eterno.

MUCHACHA EN BICICLETA

La garza en su equilibrio impar
El bebedor de la posada "El Camello de Oro".
El aguador ciego que conoce la frescura de la pausa.
El jorobado sobre su bastón maniatado a la Tierra.
La señora de los ángeles de hilo y vidrio en la ventana.
El escarabajo sobre su panza de lapizlázuli
y yo, entre los cipreses de la tinta.

Mientras tú, pasas sobre la doble
flor de varillas, volando equidistantes
rosas de diamante
hacia los panoramas de la metalurgia:
te hemos visto desde nuestras iguales cruces.

Esbeltez del azote.
Holgura del ángel en el vacío.
Fugitiva sobre los labios de tu entraña,
besas, a sabiendas, tu propio abismo
y tu ligera silla vuela sobre los lomos del querubín.

Huyendo, sorbes a tus amantes en un aire
de mil veloces lechos.
Tu doncellez arriesga su inseguro atavío,
pétalo único de un instante de lirio y de terror.

La estatua innumerable que te sigue y te viste
busca una joya sin fondo en la velocidad
de fulgor y platino.

Pero tú, vuelves siempre.
Porque,
aquí yace constante el vagabundo
sobre su místico lecho de papel
y el escarabajo sobre su panza de lapizlázuli.

FOGATA Y SOMBRA DEL ESTIO

Este es el tiempo de la materia encinta.
Ya Dios se aclara en el perfil de las cosas
que sufren la majestad de su nitidez.
Todo el cielo se mueve sobre el vaivén unánime del bosque.
Y todos los reinos son idénticos
en la Nada y en el Viento.

Vibra el instante ateo. El vacío en añicos.
El viento rasga la hueca ropa del Infinito,
y el oro absoluto vuela a través de los vitrales.
(Gira, Cenit, ombligo de diamante.)

País en guerra del Estío, país en lápiz de color.
Las cometas se desesperan en el extremo de sus ángeles.
El movimiento de una espiga
abre las viejas manos del Profeta David.

Pero, llega la sombra, tejida por la Virgen.
Los gavilanes duermen, de costado, en el cielo,
y los trenes sollozan por sus muñones de alas.

Cuando el día declina,
el girasol se vuelve a mirar su camino.

(Las fogatas en la cumbre de las montañas,
la Luna salpicada de eucaliptos.)

Oigo, entonces, a mi alma como a una caracola,
decir todos los mares con una voz indecible.

EL EBRIO

Ir a pasos rotos sobre ese paso roto que camina solo
bajo el Ebrio.
Salir en la noche, pálida ya de aurora,
y elegirse entre los ahogados más humildes en el Señor.

Ir de animal en animal, por ese número, Número en Cruz,
con la camisa de un velero náufrago
que nunca ya te tomará en cuenta.

Ir de luna en luna
con la princesa de carne vestida de yeso.
Amor de astilla que nos avisa el sitio exacto de la Cruz
en el hombro sin ropa.

Caer en el caos de la mujer dibujada ya por cien manos.
Y, caer en la gárgara del Beodo Universal!

Porque el ventrílocuo escribió en un velo
el soliloquio de la mosca,
ir de oído en oído hacia el Silencio.

Blasfemia de los ebrios,
desde el líquido idioma de los niños,
rezas devotamente a la espalda de palo de Jesús.

Temblar como una copa en las manos de un loco
y temer que la llaga termine
en la hora de la muerte.

Extender el Cielo hasta el otro lado de Dios.
Y extender la carne
hasta el último clavo del Gólgota.
Hasta que el Angel se deshaga en papel y en agua,
y, luego, escuchar: "Esta es mi Sangre".
Y embriagarse sin calor y sin pecado.

ANGEL SIN MISION

Expósito en la Nada y nacido en el ¡Ay! universal.
Inútil puro.
Vuelas tu desalado suceso sin quehacer.
Destetado del Cielo, qué bellos son los traspiés
de tus alas
en la necesidad de Abismo.

En ti, vivo el desierto, la sed de vacío en su cristal,
la renovación de la serpiente
en su larga flor que cae de la rama del Paraíso.

Ignorancia en el contacto de los afluentes muslos
por los que la tiniebla
asciende a su láctea conciencia.
Oh, huella en los pastos de la Luna!

Yo vivo de tu agonía en cascada
y regalo las más puras necesidades
al diamante sin fin del soñador.

Tú que bostezas una estrella de mil dientes,
todos los límites son desnudez.
Oh, el juego entre los tendones y la Pereza eterna
de los prismas y los ejes.
El arrebato de los pantanos en el fondo del Océano,
crea la arquería del payaso
y la inmensurable enagua de la botella.

Sin sucesor, deglutes el Pronombre y su nombre.
El tiempo sin vaivén es tu respiración,
y tu columpio toca sólo las idas.

Denuncia del huésped
ante el yeso sangrante del espejo.
Caracol que desciendes por el desfiladero de la víspera.
Duende que cabeceas de negación en los péndulos.

La bestia de tres lomos
conoce tu amor en el incesto de la Música.
Oh, Salvador de escombros.
Angel sin Misión,
de Ti recibo las rojas bocamangas de la Cruz
y la Muerte, desnuda de antemano!

OUROBOROS

Sólo el instante delata al tiempo puro
y luego se aniquila en la deglución de la clepsidra.
Multitudes de bocas, gritan altísimas palabras:
"Madre, Muerte, Coño!".
Esas almas se desarrollan siempre idénticas a sí mismas,
a pesar de sus reverberantes borracheras.

Yo sé de alguien que te ama con sus dos pechos, Ouroboros.
Los coros de la Noche, redondos, se miran en Ti,
boca con cola.

Circundado por el eterno ahora de Amor y de Nieve,
yaces, medido por la incesante rueda.
Hembra y varón en un lecho redondo,
se muerden, por turno, la entrada del corazón.

Día fijo, siempre fuera del Tiempo,
en dónde gira tu Angel de rapiña?
Hemos rodado ya mucho, por tu átomo oscuro,
pero nuestra alma ha relampagueado.
A tu pequeño Lunes, a tu sórdido Martes de cera,
les hemos revestido de estaciones y aniversarios,
pero, han recibido, fríos, la dádiva de los Angeles.
Por un solo poro de la Eternidad hemos mirado tus Domingos,
y aún quedaba espacio para un día roto.

Oh, Tiempo,
recuérdanos el derrumbamiento de nuestros vestidos
a los pies de esa lámpara llamada Amor,
cuando sólo nuestro espíritu quedaba en el Gran Afuera
y veía correr nuestras chinches,
como a nuestras hermanas bajo sus quitasoles.
Estivales muchachas yacentes más allá del sueño.

Sólo tú, Movimiento, duermes para poder mirar el Tiempo.
Allá en el día eterno, no sucede nada.
Todas las vísperas despeinan nuestras almas.
Y todo lo que nos circunda, desvela algo en nosotros.
La basura chispeante de sagradas sortijas,
reclama, silenciosa, nuestros tiernos desechos,
nuestros corpúsculos de misterioso amor.

Oh, Tiempo solo,
en tu vacío sucesivo, recuperamos nuestros rostros
para sonreír a un mundo que no es nuestro.

CONSAGRACION DE LOS INSTANTES

Ahora que vivimos, quememos nuestras manos en las arpas.
La música lineal cae sobre sus barcas inclinadas.
En el espejo de oro que camina
se desnuda la mujer que tejemos en el aire.

Todo lo existente quema su ritmo, bate su ala.
Todo lo que naufraga, deja un remo en la superficie
como una larga flor para nuevos imperios.

(El Polo Sur gotea en las tinieblas
y el Tiempo es un suceso sin apoyo).

Oh, Ser mío, tú te hallas siempre
en el instante libre de movimiento,
vive hoy el silencio de tu alma vacía,
y escucha cómo fluyen los discos caídos de las manos del Eterno.

Como en una sinfonía escrita durante el sueño,
los palacios del mundo resbalan hacia sus constructores;
pero estas almas lívidas no pueden ya poseerlos:
La Muerte cierra el granero de sus fémures.

De la solemnidad de los altos tumbados,
la garra celestial, cuelga sus ángeles y sus espadas.
Allí, resplandecen las uñas del gran triángulo.
Las materiales hélices desaparecen en la oración.
Pero, El, desenvolviéndose velozmente en cámaras,
desde el vértice del alma,
desciende a los más duros pedernales.

Yo, que estuve pintado con Nada en el Alma de Dios,
veo que su Tercera Mosca entra en mi pensamiento,
y allí, aletea, llorando, contra un cristal metafísico.
Dejo, entonces, lo eterno, y canto los instantes.

Misteriosa Misericordia de cordajes y velos
por donde atraviesan las mariposas y las almas
a sus destinos.
Entre el pulgar y el índice, pasa la seda triste
de cada siglo.

Si el álamo se volviera a contemplar la Esfinge,
te encontrara llorando sobre el hacha,
Leñador de columnas y de estatuas.
Si el joven náufrago te pidiera la cicatriz del agua,
contemplara en aquel último espejo
la huidiza comisura
de tu humorística sonrisa de Verdugo y de Padre.

Ah, el Diluvio que sucedió bajo una casa de madera.
La Torre de Babel que negó a sus gitanos.
Yo, que extiendo la mano
hasta la nueva época de mi nueva condena.

Para que se encrespara el manto, le dieron senos.
Un saltimbanqui de hilo, para cada ola.
Para que huyera el humo, llegaron los espejos.

Cuando el sol se despierta, es por ley de la rosa.
Cuando el niño ha llegado a su edad de cordero.
Cuando han muerto los ojos, recuerdan la mirada.
Cuando la noche adviene cesa en la piel su estrella.

Hasta entonces, Instante, traspié de Dios.
Hasta el perfil de la última canción navega el cisne.
Hasta perder tu luciérnaga sus pétalos.
Hasta morir encantadoramente triste.
Hasta el sueño, hasta el olvido, hasta otro día.

Entonces de cristal. Enterradora en tu piel de espejo.
Entonces tú de nieve. Enterradora en tu trineo de muslos.
Entonces de esperanza. Enterradora del quemado tiempo.
Entonces de setiembre. Adiós al mes que nunca
se adherirá a la suma de la Muerte.

Entre la memoria y la esperanza, blanca lastimadura del porvenir.
Entre la noche y miles de ventanas,
luz sin país que huyes en los trenes.
Entre el estío y los paraguas, el girasol que absorbe tinta negra.
Siempre esta mariposa conmemorativa, volará un siglo.

Siempre, pero después que tu mortaja vista de rojo.
Siempre, hacia la media luna, te ven Oscura.

En el rayo que muere a pinceladas, nacerá el ángel.
En el reptil, en el águila, en fin, en todo, la Nada es Tuya.
En el instante en que la Muerte se alza, cesan Tus Obras.

HOSPITAL

Siempre, hacia las dos de la mañana,
llega la Muerte al Hospital.
En la puerta, levanta su osamenta derecha, saludando,
y me sonríe su más sincero yeso.
Algo tiene del Sur del Mundo en la mirada.
y algo que es
como una casa en la que todos se hallan
mudos, rezando por los sótanos.
Tiene algo de maíz blanquísimo de miedo;
y algo de pestañeo de tijeras.
Su nariz luce siempre la gracia
de la pequeña violeta mojada.

Siéntase a la cabecera de mi muerte,
y me besa con su alma desdentada.
Luego, como es costumbre suya, monologa.

"Ah, esta noche no tengo a quién amar.
no tengo a quién matar".
"Si algún agonizante me pidiera ayuda,
le mataría con toda mi ternura".
"Pobres muertos, van llorando tras sus enterradores.
Vuelven, de noche, a sus cadáveres
y los hallan cerrados".
"Entran en las alcobas de los novios,
y presencian, temblando, los combates nupciales".
"Tienen castrado ya su corazón de calcio".

Y todas las mañanas, a las tres del alba,
deja la Muerte el Hospital.

Duermo.
Me sueño el pulmón izquierdo,
como una cometa de unas vacaciones
que murieron de brisa natural.

Luego, me sueño ambos pulmones,
como a dos ángeles arrodillados
frente a frente,
a los lados del Sagrario:
Le adoran a El, y se ríen de Mí.

Ahora, las Hermanas pasan ya con sus cisnes divididos
sobre las cabezas;
con los pechos sellados y secretos,
tras sus corazas de almidón y lienzo.

El día es largo como el éter.
La tarde se prolonga como un fémur.
Por esto, los muertos dejan la comida
para el día siguiente,
y sus platos se enroscan como perros
que han perdido el hambre para siempre.

Qué bella es la salud,
un día antes de la muerte!

Y otra vez, a las dos de la mañana,
entra la Buena.
Me besa con su boca de dos teclas,
y me dice que esta noche no tiene a quién amar,
que no tiene a quién matar.
Luego, se pone de hueso nuevamente,
y se aleja llorando por los muertos.

LA CORTEZA EMBRUJADA I

CANTO PRIMERO

Todos los horizontes se desgarran
con la visión de la Gran Necesidad.
Oh, Piedra de las piedras, Cordillera,

tu inmóvil batalla de estatuas,
astro cicatrizado por los huracanes.

Arboles reverberantes que pasáis del Estío a la Paciencia.
Cada tarde hay un hombre que se mira con Dios
y le es concedido disfrazarse de roca
a la hora de la cena. Y ayunar.

Nosotros removemos la Tierra machihembrada.
Removemos su gran lecho y su himen de abril.
Dilapidamos la polvareda de los amantes muertos.
Encabritamos el centauro infantil de los caracoles.
Adoramos el planeta de la hierba salvaje.
Aclamamos la resurrección de las hachas antiguas.

Oh Pachacámac,
Infinita es tu voluntad de sueño
sobre nosotros, tus eternos soñados.

El caballo se siente hecho de espejos, cuando bebe en las charcas.
El hombre que huye entre cañaverales,
siente cruzar el alma del Arpista.

Dédalo de las palmeras y los sueños,
cárcel de cuerdas idénticas,
tu tenso plumaje de arpa, crea la piel de las bestias rayadas,
y la estatuilla lineal de los faisanes.

"Sólo venimos a dormitar –sólo venimos a soñar–
No es verdad –No es verdad que venimos a vivir en la Tierra"–
Nosotros heredamos la Tempestad y la confusión
de las cumbres.
Heredamos los valles
y las sedosas ingles de las mujeres
que ascienden de los lagos, después de su secreto Tercer Día.

Heredamos la mano desigual del Indio,
apoyada en el principio húmedo del Mundo.
Heredamos el sendero chispeante
de las hormigas negras y de la pimienta real.

Dormimos bajo las pálidas raíces de la Luna;
pero, cada mañana,
bajamos al pluvial país de la ranas sentadas
para buscar la gigantesca hoja

llamada "lengua de vaca",
o sentir la Presencia de Aquél que ofrece al Hombre
las diarias hierbas y las perennes aguas.

Vivimos en el inmenso espejo en que se mira,
cada mil años,
el Señor sin ojos, el Señor sin rostro;
Aquél que brilla en las abejas dormidas sobre el mar,
en el agua prendida sobre las flores,
en las mujeres dormidas sobre el nido de sus cabelleras.

Vivimos en la montaña
de los músculos hinchados de rojo rocío,
y en el mar de polvo tostado por la Eternidad.
Vivimos en el errante albedrío de los gavilanes,
en las coronas de éter de los árboles,
en la postura de los niños dormidos
como guerreros muertos
en el interior de un jardín.
Vivimos en el Hombre que corre montaña arriba,
con su memoria ardiente de mensajes para el Emperador.
Vivimos en los animales que tienen flores en su comida.
En las aves que incrustan semillas en sus excrementos.
En los ríos que roban los lienzos de las riberas.
En el humo que retrocede cuando mira la máscara del viento.
Vivimos
en las raíces que gritan su calambre magnético
cuando el hacha se enarca entre el follaje.
Vivimos en los espejos de la Muerte
en donde el rostro cae como un pétalo.
Vivimos, así. Pero soñamos nuestra vida en Ti,
Oh, Pachacámac, Señor del Universo.

CANTO SEGUNDO

Llegamos desde siempre. Y nada.
Sólo la gran máscara, detrás de la cual el Viento
dilapida millares de estatuas.
Llegamos. Oh, estupor, ya los peces golpeaban el alba
con su pequeño abdomen de cadáveres.
Pasamos. Somos bebedores de niebla.
Devoramos el cristal arrugado de las estrellas muertas.

Invocamos vuestras lámparas, Altares que tambaleáis
en las alturas, entre divinos soplos.

El frenesí de nuestras madres
nos despertó dentro de sus mismos regazos
antes de que el rocío las hubiera aplacado.
Llegamos desde siempre. Y, a ciegas.

Corteza viva, patria del hombre y del bisonte,
en nuestos bajovientres golpearon las espigas.
Venimos desde lejos, abandonando la Epifanía
en su novilunio de uña cortada sobre el mar.
Los ángeles, al mirarnos pasar,
temblaron hasta la última grieta de sus túnicas.
Pero, nosotros, en la vertiente de la Gran Voluntad,
sonreímos de su albura desprovista de Bien y de Mal.

Y, llegamos.
Así, arribé entre los arrojados
a cien destinos que revisar, llorando, en cánticos.

Oh, Instante de éter y vino eterno, de luz metaloíde.
Instante fuera de Madre, Instante de nacimiento en el hombre,
en el corazón, en el recinto que eternamente pasa
de sí a sí, de mil a mil, por el amor del cuerpo.
Instante de la medida general del Mundo,
tu abeja, tu éter, tu hidromiel de la resurrección,
recibimos por la cantidad de flor y manzana de la Madre.

Elijo, ahora, el rostro del niño en la edad del cordero.
Me yergo sobre la humeante cavidad del Jordán,
sobre los lácteos escombros de la cuna.

Oídme, habitaciones, vuelvo:
Hilos del Astro que arranqué, de noche,
al vientre de María, Pastora de los Náufragos.

Recordad el enhiesto pecado de la adolescencia,
el polen abandonado sobre tus rótulas, Nodriza del campo,
llegada a casa con tu sonrisa
puesta en tu paño de retama y dolor.

La plenitud de mí mismo, sobre el lomo de las bestias.
El sabor de las rosas sobre las ancas de las potras.
La ebullición de la selva en las pupilas del tigre.
Y tú, hijo de seres que se unen y ruedan, mugiendo,
de noche,

callas, sueñas esperándote a Ti mismo,
en el ascenso de la esperma hacia el designio de la Fauna.

Por una sola estatua que despierta,
recibimos toda la herida del Pasado en los ojos.
Y bebemos la claridad de los actos desnudos.
Oh, túnica en la que Ella luchó, despetalándose,
hasta hacerse invisible entre la blanca hierba de su lecho.
Fue la intromisión de la mujer desnuda
en las manos cerradas de los ciegos.

Ahora, bailarinas de dos pétalos, pronostican
la invasión del alabastro
en la miel negra de los barcos litúrgicos;
pero, entonces, tú gozabas de las apariciones
de esas vírgenes, desnudas hasta la séptima cavidad.

Porque ésta es la Edad del hombre adherido a la corteza;
del obligado a entender sólo fragmentos,
con la mucosa triste del gusano.

Esto escribí sobre un espejo, detrás de la ciudad,
mirando el sucesivo parto de mi rostro,
mientras mi Angel miraba por encima de mi hombro.
Así agonizo de toda culpa ajena en mi propia palabra.

He aquí el espejismo que me aterra y me deleita.
El velo, por el que son mías todas las cosas.

Con el frío de la hierba nacida tarde, cabeceo
de vacío y de puro corazón.

Hijos de la Ciudad, sobre aortas de estiércol,
sonríen vuestros monumentos.
Hacéis el amor sobre cuatro estacas, Oh Cristos!

La pus es una bestia sin piel, pero gira como una estrella.
Las flores se emborrachan dentro de sus carrozas.
De la luna de marzo, bajan fantasmas de hilo.
El sol marcha tanteando como un ciego los muros.

Ninguna superficie permanecerá. Sólo la Luz.
La corteza es el velo puberal de los dioses.

Quién escribe esta hora en la que todo el algodón
de la Nada,
se disfraza de enfermo y golpea
a las casas abstractas del Polo Sur?

BOLETIN Y ELEGIA DE LAS MITAS

Yo soy Juan Atampam, Blas Llaguarcos, Bernabé Ladña,
Andrés Chabla, Isidro Guamancela, Pablo Pumacuri,
Marcos Lema, Gaspar Tomayco, Sebastián Caxicondor.
Nací y agonicé en Chorlaví, Chamanal, Tanlagua,
Nieblí. Sí, mucho agonicé en Chisinguc,
Naxiche, Guambayna, Poaló, Cotopilaló.
Sudor de Sangre tuve en Caxají, Quinchiriná,
en Cicalpa, Licto y Conrogal.
Padecí todo el Cristo de mi raza en Tixán, en Saucay,
en Molleturo, en Cojitambo, en Tovavela y Zhoray.
Añadí así, más blancura y dolor a la Cruz que trujeron mis verdugos.

Amí, tam. A José Vacancela tam.
A Lucas Chaca tam. A Roque Caxicondor tam.
En plaza de Pomasquí y en rueda de otros naturales
nos trasquilaron hasta el frío la cabeza.
Oh, Pachacámac, Señor del Universo,
nunca sentimos más helada tu sonrisa,
y al páramo subimos desnudos de cabeza,
a coronarnos, llorando, con tu Sol.

A Melchor Pumaluisa, hijo de Guápulo,
en medio patio de hacienda, con cuchillo de abrir chanchos,
cortáronle testes.
Y, pateándole, a caminar delante
de nuestros ojos llenos de lágrimas.
Echaba, a golpes, chorro de ristre de sangre.
Cayó de bruces en la flor de su cuerpo.
Oh, Pachacámac, Señor del Infinito,
Tú, que manchas el Sol entre los muertos.

Y vuestro Teniente y Justicia Mayor
José de Uribe: "Te ordeno". Y yo,
con los otros indios, llevábamosle a todo pedir,

de casa en casa, para sus paseos, en hamaca.
Mientras mujeres nuestras, con hijas, mitayas,
a barrer, a carmenar, a texer, a escardar;
a hilar, a lamer platos de barro –nuestra hechura–.
Y a yacer con Viracochas,
nuestras flores de dos muslos,
para traer al mestizo y verdugo venidero.

Sin paga, sin maíz, sin runa-mora,
ya sin hambre de puro no comer;
sólo calavera, llorando granizo viejo por mejillas,
llegué trayendo frutos de la yunga
a cuatro semanas de ayuno.
Recibiéronme: Mi hija partida en dos por Alférez Quintanilla,
Mujer, de conviviente de él. Dos hijos muertos a látigo.
Oh, Pachacámac, y yo, a la Vida.
Así morí.

Y de tanto dolor, a siete cielos,
por sesenta soles, Oh, Pachacámac,
mujer pariendo mi hijo, le torcí los brazos.
Ella, dulce ya de tanto aborto, dijo:
"Quiebra maqui de güagüa; no quiero que sirva
que sirva de mitayo a Viracochas".
Quebré.

Y entre Curas, tam, unos pareciendo diablos, buitres, había.
Iguales. Peores que los otros de dos piernas.
Otros decían: "Hijo, Amor, Cristo".
Y ellos: "Contribución, mitayo a mis haciendas,
a tejer dentro de Iglesia, aceite para lámpara,
cera de monumentos, huevos de ceniza,
doctrina y ciegos doctrineros.
Vihuela, india para la cocina, hijas para la casa.
Así dijeron. Obedecí.

Y después: Sebastián, Manuel, Roque, Salva,
Miguel, Antonio, Mitayos, a hierba, leña, carbón,
paja, peces, piedras, maíz, mujeres, hijas. Todo servicio.
A runa-llama tam, que en tres meses
comistes dos mil corazones de ellas.
A mujer que tam comistes
cerca de oreja de marido y de hijo,
noche a noche.

Brazos llevaron al mal.
Ojos al llanto.
Hombros al soplo de sus foetes.
Mejillas a lo duro de sus botas.
Corazón que estrujaron, pisando ante mitayo,
cuerpos de mamas, mujeres, hijas.
Sólo nosotros hemos sufrido
el mundo horrible de sus corazones.

En obraje de telas, sargas, capisayos, ponchos,
yo, el desnudo, hundido en calabozos, trabajé
año cuarenta días,
con apenas puñado de maíz para el pulso
que era más delgado que el hilo que tejía.
Encerrado desde la aurora hasta el otro claror,
sin comer tejí, tejí.
Hice la tela con que vestían cuerpos los Señores
que dieron soledad de blancura a mi esqueleto.
Y Día Viernes Santo amanecí encerrado,
boca abajo, sobre telar,
con vómito de sangre entre los hilos y lanzadera.
Así, entinté con mi alma, llena de costado,
la tela de los que me desnudaron.

"Porque no hemos venido
a vivir en la tierra.
Sólo venimos a soñar.
Sólo venimos a amar
aquí, en la Tierra".

Y a un Cristo, adrede, tam trujeron,
entre lanzas, banderas y caballos.
Y a su nombre, hiciéronme agradecer el hambre,
la sed, los azotes diarios, los servicios de Iglesia,
la muerte y la desraza de mi raza.
(Así avisa al mundo, Amigo de mi angustia.
Así, avisa. Di. Da diciendo. Dios te pague).

Y bajo ese mesmo Cristo,
negra nube de buitres de trapo vinieron. Tantos.
Cientos de casas hicieron en la Patria.
Miles de hijos. Robos de altar. Pillerías de cama.
Dejáronme en una línea de camino,
sin Sur, sin Norte, sin choza, sin . . .dejáronme!

Y, después, a batir barro, entraña de mi tierra;
hacer cal de caleras, a trabajar en batanes,
en templos, paredes, pinturas, torres, columnas, capiteles.
Y, yo, a la intemperie!
Y, después, en trapiches que tenían,
moliendo caña, moliéronme las manos:
hermanos de trabajo bebieron mi sanguaza. Miel y sangre
y llanto.
Y ellos, tantos, en propias pulperías,
enseñáronme el triste cielo del alcohol
y la desesperanza.
Gracias!

Oh, Pachacámac, Señor del Universo!
Tú que no eres hembra ni varón.
Tú que eres Todo y eres Nada,
Oyeme, escúchame.
Como el venado herido por la sed
te busco y sólo a Ti te adoro.

Y tam, si supieras, Amigo de mi angustia,
cómo foeteaban cada día, sin falta.
"Capisayo al suelo, calzoncillo al suelo,
tú, bocabajo, mitayo. Cuenta cada latigazo".
Yo, iba contando: 2, 5, 9, 30, 45, 70.
Así aprendí a contar en tu castellano,
con mi dolor y mis llagas.
En seguida, levantándome, chorreando sangre,
tenía que besar látigo y mano de verdugos.
"Dioselopagui, Amito", así decía de terror y gratitud.

Un día en santa Iglesia de Tuntaqui,
el viejo doctrinero, mostróme cuerpo en cruz
de Amo Jesucristo;
único Viracocha, sin ropa, sin espuelas, sin acial.
Todito El, era una sola llaga salpicada.
No había lugar ya ni para un diente de hierba
entre herida y herida.
En El, cebáronse primero; luego fue en mí.
De qué me quejo, entonces? –No. Sólo te cuento.
Me despeñaron. Con punzón de fierro,
me punzaron todo el cuerpo.
Me trasquilaron. Hijo de ayuno y de destierro fui.
Con yescas de maguey encendidas, me pringaron.
Después de los azotes, ya aún en el suelo,

ellos entregolpeaban sobre mí, dos tizones de candela
y me cubrían con una lluvia de chispas puntiagudas,
que hacía chirriar la sangre de mis úlceras.
Así.

Entre lavadoras de platos, barrenderas, hierbateras,
y una, llamada Dulita, cayósele una escudilla de barro,
y cayósele, ay, a cien pedazos.
Y vino el mestizo Juan Ruiz, de tanto odio para nosotros
por retorcido de sangre.
A la cocina llevóle pateándole nalgas, y ella, sin llorar,
ni una lágrima. Pero dijo una palabra suya y nuestra: Carajú.
Y él, muy cobarde, puso en fogón una cáscara de huevo
que casi se hace blanca brasa y que apretó contra los labios.
Se abrieron en fruta de sangre: amaneció con maleza.
No comió cinco días, y yo, y Joaquín Toapanta de Tubabiro,
muerta le hallamos en la acequia de los excremei

Y cuando en hato, allá en alturas,
moría ya de buitres o de la pura vida,
sea una vaca, una ternera o una oveja;
yo debía arrastrarle por leguas de hierba y lodo,
hasta patio de hacienda
a mostrar el cadáver.
Y tú, señor Viracocha,
me obligaste a comprar esa carne engusanada ya.
Y como ni esos gusanos juntos
pude pagar de golpe,
me obligaste a trabajar otro año más;
hasta que yo mismo descendí al gusano
que devora a los Amos y al Mitayo!

A Tomás Quitumbe, del propio Quito, que se fue huyendo
de terror, por esas lomas de sigses de plata y pluma,
le persiguieron; un alférez iba a la cabeza.
Y él, corre, corre gimiendo como venado.
Pero cayó, rajados ya los pies de muchos pedernales.
Cazáronle. Amarráronle el pelo a la cola de un potro alazán,
y con él, al obraje de Chillos,
a través de zanjas, piedras, zarzales, lodo endurecido.
Llegando al patio, rellenáronle heridas con ají y con sal,
así los lomos, hombros, trasero, brazos, muslos.
El, gemía revolcándose de dolor: "Amo Viracocha, Amo Viracocha".
Nadie le oyó morir.

Y a mama Susana Pumancay, de Panzaleo;
su choza entre retamas de mil mariposas ya de aleteo;
porque su marido Juan Pilataxi desapareció de bulto,
le llevaron, preñada, a todo paso, a la hacienda;
y, al cuarto de los cepos en donde le enceparon la derecha,
dejándole la izquierda sobre el palo.
Y ella, a medianoche, parió su güagüa
entre agua y sangre.
Y él dio de cabeza contra la madera, de que murió.
Leche de plata hubiera mamado un día, Carajú!

Minero fui, por dos años, ocho meses.
Nada de comer. Nada de amar. Nunca vida.
La bocamina, fue mi cielo y mi tumba.
Yo, que usé el oro para las fiestas de mi Emperador,
supe padecer con su luz,
por la codicia y la crueldad de otros.
Dormimos miles de mitayos,
a pura mosca, látigo, fiebres, en galpones,
custodiados con un amo que sólo daba muerte.
Pero, después de dos años, ocho meses, salí.
Salimos seiscientos mitayos,
de veinte mil que entramos.

Pero, salí. Oh, sol reventado por mi madre!
Te miré en mis ojos de cautivo.
Lloré agua de sol en punta de pestañas.
Y te miré, Oh, Pachacámac, muerto
en los brazos que ahora hacen esquina
de madera y de clavos a otro Dios.
Pero salí. No reconocía ya mi Patria.
Desde la negrura, volví hacía el azul.
Quitumbe de alma y sol, lloré de alegría.
Volvíamos. Nunca he vuelto solo.
Entre cuevas de Cumbe, ya en goteras de Cuenca,
encontré vivo de luna el cadáver
de Pedro Axitimbay, mi hermano.
Vile mucho. Mucho vile, y le encontré el pecho.
Era un hueso plano. Era un espejo. Me incliné.
Me miré, pestañeando. Y me reconocí. Yo, era él mismo!
y dije:
Oh Pachacámac, Señor del Universo!
Oh Chambo, Mulaló, Sibambe, Tomebamba;
Guangara de Don Nuño Valderrama.
Adiós. Pachacámac, Adiós. Rinimi, No te olvido!

A ti, Rodrigo Núñez de Bonilla.
Pedro Martín Montanero, Alonso de Bastidas,
Sancho de la Carrera, hijo. Diego Sandoval.
Mi odio. Mi justicia.

A ti Rodrigo Darcos, dueño de tantas minas,
de tantas vidas de curicamayos.
Tus lavaderos del Río Santa Bárbola.
Minas de Ama Virgen del Rosario en Cañaribamba.
Minas del gran cerro de Malal, junto al río helado.
Minas de Zaruma; minas de Catacocha. Minas!
Gran buscador de riquezas, diablo del oro.
Chupador de sangre y lágrimas del Indio!
Qué cientos de noches cuidé tus acequias, por leguas
para moler tu oro,
en tu mortero de ocho martillos y tres fuelles.
Oro para ti. Oro para tus mujeres. Oro para tus reyes.
Oro para mi muerte. Oro!

Pero un día volví. Y ahora vuelvo!
Ahora soy Santiago Agag, Roque Buestende,
Mateo Comaguara, Esteban Chuquitaype, Pablo Duchinachay,
Gregorio Guartatana, Francisco Nati-Cañar, Bartolomé Dumbay!

Y ahora, toda esta Tierra es mía.
Desde Llaguagua hasta Burgay;
Desde Irubí hasta el Buerán;
desde Guaslán, hasta Punsara, pasando por Biblián.
Y es mía para adentro, como mujer en la noche.
Y es mía para arriba, hasta más allá del gavilán.

Vuelvo, Alzome!
Levántome después del Tercer Siglo, de entre los Muertos!
Con los muertos, vengo!
La Tumba India se retuerce con todas sus caderas
sus mamas y sus vientres.
La Gran Tumba se anarca y se levanta
después del Tercer Siglo, dentre las lomas y los páramos,
las cumbres, los yungas, los abismos,
las minas, los azufres, las cangaguas.

Regreso desde los cerros, donde moríamos
a la luz del frío.
Desde los ríos, donde moríamos en cuadrillas.

Desde las minas, donde moríamos en rosarios.
Desde la Muerte, donde moríamos en grano.

Regreso

Regresamos! Pachacámac!
Yo soy Juan Atampam! Yo, tam!
Yo soy Marcos Guaman! Yo, tam!
Yo soy Roque Jadán! Yo tam!

Comaguara, soy. Gualanlema, Quilaquilago, Caxicondor,
Pumacuri, Tomayco, Chuquitaype, Guartatana, Duchinachay, Dumbay,
[Soy!
Somos! Seremos! Soy!

Septiembre de 1959

ORIGEN II

Ahora sé que me dieron esta alma en medio de una batalla.
Alucinado por las cerillas enemigas
miré el cadáver de mi madre bajo el Cisne que la amaba.

Vine a diferenciarme de vosotros, Parientes,
Minerales, Arcángeles.
Mi infancia no os perteneció.
Me alimenté solo, como un espejo extraviado
en el fondo de un bosque.

Mi cuna fue el festín en la bola de barro.
Devoré las rodillas de mi nodriza,
sorbí los largos ojos de las mujeres que me veían salir de un ángel
y fui aceptado con el vestido de la oruga blanca.

Entre huestes remotas y nombres hereditarios
luché
ensangrentado de Misericordia y de Crimen.
(Oh, la tremenda víspera de venir al Mundo con los ajusticiados.
En la materia, termina el entusiasmo del Altísimo).

Iba mi madre a lejanías iguales por el cuarto.
Un hombre, en la litera plana de los santos,
envejecía antes y después de mí.

Tomaba su café profundamente
como si fuera agonizando a sorbos;
se peinaba con un peine de hueso reidor,
miraba su ataúd de madera de maíz.

Qué terror descendía de los costados lluviosos de la escuela.
La misa cargada de madera y de fuego, como un barco.
La campanilla en todos los rincones de la sala
como un rocío que peligra y vuela.

Aquellas vacaciones! Ya nunca volverán.
Escondí en el granero mi bolsa de libros forrada en vacarí.
Tuve un sombrero azul en el fondo de una fotografía,
entre la floresta de papel de una velada
en un día montañoso de Diciembre.
Adiós.

Aquellas vacaciones! Salíamos a las praderas.
Antes,
el perro dirigíase a una flor oculta y la mojaba
apoyando una pata en un difícil lugar del paraíso.
Breves espigas mordían la falda de mi madre
y le acompañaban a la cama.

Mientras la noche dura
los más bellos escombros atraviesan el campo.
Los árboles se inclinan sin ser vistos
a recoger las flechas ligeramente húmedas que les alegran.
Los viejos toros rumían dentro de sus esfinges,
los antiguos arrieros hablan con los caballos desvelados
antes de ser destruidos por el alba.

Inocencia, te miraron mucho los grandes ojos
de los animales domésticos
recién apeados del coito
con tristeza de peones engañados.

Padres míos:
Yo sé que vosotros, en vuestro vaso ceremonial,
fabricáis a escondidas los niños
infelices pasatiempos de carne
que os avergüenzan cada mañana.

Vuestras manos, padres míos,
huelen como las pieles que el Océano expulsa:
Adiós.

En las oscuras nalgas de las criadas indias,
vuestros azotes serán memorables
como la piel de la cebra sacudida a la luz del Relámpago.
Adiós.

Cuidad, pues, las plantas forrajeras, los ejidos,
los sepulcros;
el alumbrado público que tiende sus ácidos globos
sobre las barracas populares
en las Noches de San Juan.
Adiós.

Mirad:
Ya se desnuda la séptima mujer de nuestro padre.
El vello de su vientre, como el as de corazón negro sobre el lecho.

Hay actos de adivinación en lo más delgado de las puertas.
Oíd:
Ya llegan los adultos a morir entre el blanco aluvión de sus sábanas.
Ya vienen a encadenarnos hasta el alba.

Partimos:
Nacemos en un cielo sucesivo.
En el plumaje que tira sobre las Reinas el Viejo Sembrador.
Pero la luz de los delgados resquicios de la mano
como un hermoso rostro conocido mil años atrás
nos despierta empobrecidos.

También yo soñé.
Vi una mujer que acumulaba rollos de purpúreas telas
alrededor de la varilla pálida de su alma.
Conversé con las jóvenes idólatras que pulen sus gargantas
antes de ser ahogadas en los estanques de los Teólogos.
Payasos tristes cavaban el harina de sus pieles
para mostrarme úlceras suplicantes.
Vi los traspiés de los enanos
bajo las alas de las patinadoras.
Oí rugir el té, que con su postrera tarde,
sorben llorando los Capitanes náufragos.
Vi las columnas que tartamudean frente al sol.

Hace cien épocas
tuve un misterioso instante de amor que he olvidado
y ya no soy aquél. Hace olas de tiempos en el Tiempo,
fui llamado al confín de los Mayores
y recibí mi sombra.
Ya no soy, pues, el que escondíais en el Ovario
de la Gran Estatua Sentada
durante las lluviosas tardes del Sur Ecuatoriano!
Ya no soy el que escondíais bajo la nube de testigos falsos
al paso de la mujer desnuda y despeinada
que vuela sobre los párpados de los adolescentes.

Sinembargo, alguien debe continuar atado a la cabellera
que brota de la vertiente de la Salvaje Madre.
Alguien debe continuar la escritura del dedo en el polvo.
Alguien debe continuar la caza del papagayo
a lo largo del cielo deshojado.
Alguien debe continuar el canto del Hombre Claroscuro de la Noche.
Alguien debe continuar la agonía de los Mayores
sobre la mesa errante del pañuelo de maíz.

EN UN LUGAR NO IDENTIFICADO

Busco yo el Mundo de pulpa de madera, o
Aquello que
gira desde hace diez mil años
en la rodilla del Pensador Sentado?

Madres de la Leche,
llora ya de vosotras el niño
que os disparásteis contra el seno.

Elegisteis el sitio más profundo de la casa
para eso, y
como las ciervas de los montes,
a parir al pie de un salto de agua!

Qué terror de infinito sobre ti, yo te amo
mi Bestia ultravioleta.
Con livianos infiernos falseo el brillo del Océano,
y te amo –otra vez– Bestia mía.

Entre el nuevo gas de los violines, óyese
–óyese a Sí Mismo–.
Absoluta es la querella del insecto
cuando roe la hoja que cubre la orina de la raza.

Desgranando maíz en la noche, cantan
para él
la parte de su alma conservada en hierba.

Ni un grano de polvo aún en la cavidad de su tórax,
ni un rasguño de sol en las meninges;
pero,
late ya el pez futuro,
el pasado minotauro,
el giratorio gusano de la brújula.
Animal de un solo pie en el polvo amarillo de la Biblia.
Hostia criptógama creces, multiplicas
lo que se teme de ti: ser hijo verdadero!

Las arenas auríferas en la oscuridad del Salón de Lectura.
Un grano de sal en el centro
de la circunferencia patria,
el sinsabor del Sur Ecuatoriano.
Tu lavandera india
trituró manantiales sobre dioses de piedra.

Y, de pronto, han cesado
milenios de Espacio temporal en un instante.
Ahora,
entrar y salir en el aspecto rojo del amianto,
eso te basta.

Quién, después de uno de nosotros
será el mismo
o el otro de siempre,
con quién preservar la intemperie pura
de la Nada?

Aquel que se ha perdido y está entre tantos
y en contra de todos
sin ser reconocido,
proviene de un Lugar destruido en El mismo,
a causa de tanto retornar
sin haber escapado a la Corriente.

Ha salido del hecho sanguíneo
y pisa su carne en el charco de sombra meridiana.
Oh, Nadir de los pálidos pantanos!

Y, de pronto, El –llamado Distinto–
empieza ya a cocinar hierbajos como un embrujado
y arroja sobre sus padres
la muerte que habían elegido para El
durante sus amores de grandes reptiles
enterrándose
en el légamo más dulce de la aurora!

Escarcha
que brillas sobre el paraguas de los saltimbanquis:
aún mi soledad en las montañas
de platino
de Aldebarán, era más pequeña que tú.
Mientras almuerzan los señores Leguleyos con sus hembras,
yo clavo detrás de la Ciudad
el cuero de carnero en que nací.
Y me libero!

Olor a lecho de ramera tiene
la Gravitación Universal!

Durante las pesadillas y la fiebre, era posible
salvarse a nado, a través de una ola
de las sábanas, o de los ojos del nogal
que habían resistido a convertirse en madera
a fuerza de llorar.
Pero,
pudo El salvarse de las Madres del Miedo,
de los gemidos imputados a las cajas de cereales
enterradas en el principio del mundo?
O del futuro corazón resonante en todos los lugares?
Y, se salvó, acaso,
de la manía de propagar el mundo, murmurando con ellos
la Bacteria Redonda?

En un ángulo estaba la mesa de los ídolos,
los receptáculos de plegarias
que batían con la lengua
equívoca como un injerto.
Ignoraban su condición de pequeños antropófagos
sujetos al feroz pan del planeta. Se profanaban

a oscuras,
haciendo entrechocar sus minúsculos sacos
de especias y de leche!

Antes, cuando aún descendía el maná,
era recogido por los revendedores, y cada sabor
podía dedicarse a una enfermedad particular.

Pero,
vosotros,
durante el desayuno evocábais a los tártaros,
odiándoos en nombre de efigies y hemisferios.
Ya en tiempos del Imperio de los Incas
habíais celebrado negras hechicerías
dentro de la olla de barro!

Con la boca pintada de chocolate
salíais a contemplar eclipses recién degollados,
y
retornando a media noche,
repartíais banderas empapadas en mostos zoológicos
sobre los labios de vuestros pequeños.
Qué ardorosas manos, después,
sobre la trampa de ruidoso vello
en el asa de barro de la puerta de amor!

Con el esqueleto afuera, como argamasa,
levantasteis el burgo –gran ciudad–
junto a las desembocaduras del Osario,
dejando en el centro
un espacio para el Abismo Público
abierto por la Batalla del Pichincha.

Y, llegados al Océano, escuchabais las crestas
del devenir y del éxodo, la caliza del mundo solar
en su veloz reloj
sostenido por trillones de oviductos!

Era la Patria picoteada por las agujas
zodiacales del pelícano;
la propiedad, el éter, el extremo!
Os daban seguridad, circunferencias de recelo,
resentimientos, sospechas, criterios de piedra
para encerrar al hijo del molusco.

Así,
te limitaron otra vez
contra el mar, contra el Océano puro de Oceanía,
contra el agua que ocupa
el fuego azul sin deseo ni usura.

Y, digo:
–"Quiénes fuisteis, antes de Ahora,
en el fondo de la gran calavera
de semillas de amapola del Universo?
Antes de que las siete formas del Ser fueran vistas
por la frente agujereada de Zoroastro?
–Quiénes fuisteis,
antes de la unión de la esperma y el Amor
en la vesícula de la bestia infrarroja?".

Ignoráis del espermatozoide disparado en las cavernas
de leche de la Nebulosa. Ignoráis
de la primera merienda de carne
y de corpúsculos, por el Espíritu!
Desde entonces,
operamos
saliva
múrice
estearina.

POESIA QUEMADA

Entre las obras puras, nada que hacer. Tampoco
entre las Animas o las Ruinas.

El Poema debe ser extraviado totalmente
en el centro del juego, como
la convulsión de una cacería
en el fondo de una víscera.
Y, reír de sí mismo
con el costillar del ventisquero.

Sólo lejos de ti, en el milagro
de no encerrar cordero en el pan de cada día.
Y, nada que se asemeje
al punzante abalorio de los críticos.

Me tentaré lejos de Dios, mano a mano,
a mí mismo,
con la sinceridad hambrienta del perro
que duerme temblando
sobre el pan enterrado por su madre.

Y te quemaré en mí, Poesía!
En ladrillos de venas de amor, te escribiré
empapándote profundamente.
Luego,
vendrá el sol y te extraerá con los colmillos!

CACERIA DEL BUHO

Cuando abro la cabeza
mis ideas se posan en un millón de noches
espaciales.
Mi gloria está en no podrirme en los salones!

Ahora duermo ligeramente
mientras en el Oxígeno del Templo
preparan el caballo
que me trae las ostras del abismo.

Gran Chaco, qué bien huelen tus sepulcros!

Yo me acuso de haberte creado,
Padre de los volátiles y de los abedules; pero
cada noche te obligo
a entregarme la mosca digerida en el jilguero
más fresco del otoño.

Oscura Noche, vuelo ya hacia el Amor!

Planto mi árbol entre los altos huevos del palacio
y me río bajito
de las pequeñas tumbas emplumadas!

Yo decreto las ranas que ya no croarán.

LA ESPINA EMPLUMADA

Qué busco yo, sediento y libre a la vez de toda alegría?

Atravesé en línea recta todos los villorrios, y
detesto la ancha máquina ocupada por las familias.

A veces, miro la máscara del trébol, cabecear en los establos,
pero prefiero buscar partículas de fuego
entre las catapultas hacinadas detrás de la Gran Historia.

También a las fuentes de las relojerías
pedí la oscura boca de la mujer, y vi
que comía fango
al calor de los imperceptibles alimentos
de las orugas y de los colibríes.

Entré y salí en busca de nuevas especies
de sufrimiento en la embriaguez de las escaleras de caracol,
porque ya había resuelto encontrar el asco
y la sabiduría en mí mismo,
a la luz de la espina emplumada.

Bellos fanales que contemplé
entre las hojas plateadas del Polo Sur!
Ya os he desarraigado.

Mis manos zumban entre las termitas,
y destruyen la rosa invisible
que hace girar los sueños en el interior
de vuestras
más altas
habitaciones.

EMBARCADERO

Si tuviera aquí mi máscara de ciudad,
o mi máscara de ventana, todavía.
O aquel verbo
que encadena los pastos a las bestias.

Si al menos tuviera
la Poesía,
la posible escritura de goma,
como una operación de mono
parpadeante de luciérnagas.

Pero
este cuadrilátero,
este cubo
de ladrillo y de muecas,
obra con la feroz exactitud de la materia,
como ayer
en Paysandú
o en Ecbatana.

Sin embargo,
en los puertos, cada día,
frente a llorosas tribus de mensajeros,
son desatados
los más bellos cadáveres de la víspera.

Van solos,
desolados,
a sus aniversarios,
a sus coartadas,
a sus tiburones.

LOS DESMANDAMIENTOS

Gabriel Arcángel,
cartero de los techos: he aquí
el espacio
que rebasa la ondulación del tiempo.

Ahora,
avanzar agotándose en la visión,
cada vez más mortal,
de aquel a quien conduces
sin saberlo.

Sagrado Logos,
os detesto por lo que más queráis.
Sé que seré devuelto
por la introducción de las más abruptas divinidades
y de los más inauditos colorantes.
Pero
me atrevo a la alegría,
al fosforescente soplo de la blasfemia,
al aullido de los espejos contra el Océano.
Y en tanto
que la divisoria membrana de los eones
gime
con la disminución del mosquito metafísico,
me elijo
sobre los mandamientos
en la pálida persona del Espíritu.

¡Oh!, sustracción incesante,
causa de la caverna
pintada por las aguas de la ciudad flotante,
la burla divina
acecha en el deshielo de los ángulos.

El mundo gira fuera de sí,
olfateando
los rincones de su vivienda,
agotada por la mudanza.

Y en medio del sacrílego robo
de las inmediaciones,
la conciencia del destierro
es mi único País.

Los astros, abiertos en canal
como cadáveres de radiantes marranas,
cuelgan
de la negrura del Gran Techo.
Y
el Espíritu
juega eternamente
a la trata de blancas
con los cuerpos y las almas
de los pobres.

DON MATUTINO

En la más alta noche,
cuando
los funiculares descienden
colmados de búhos y alejandras,
la Noche
envuelve un rayo de resina
en los violoncellos de la Opera, y
alguien
retorna continuamente hacia el estetoscopio.
Mira su lado de Neanderthal y
su ruina de infinito.

Los muros no interrumpen
las ligaduras con el cáncer venidero.
Hay fría santidad en los revólveres;
cables eternos
fermentan en los templos y en los sótanos.

Yo,
marcho entre paisajes de quincalla y de langostas.
Soslayo
vestimentas cargadas de aguatinta
y asteroides.
Arriba pasan las ruedas celestiales.

Espero
a que revienten con la aurora
los primeros botones de papel

De pronto,
es de día.
Es Tu Presencia. Tu don sin límite ni forma.
Tus tijeras custodian los hilos
de los enfermos de hambre y paraíso.
Tu nombre
se vuelve mi conflicto.
Amanece
y
no cesas.

POEMA

Si ahora vuelve, niégale. Preséntale a su mar.
Así, vestido ya de algún espejo, se alejará.
Hay que madurar. Oscurécete.
Si golpea, escúchale. Tiene una forma
cuando queda fuera.

La lluvia le ciñe un paisaje demoledor
y sus hierros pueden dar pan
a la mula en que pasa.

Pequeño Joven: aún no puedes
crearlo como Huésped.
Oye cómo persuaden las viejas herrerías.

Los dedos salvajes
y los salvajes meses de Marzo
son todo viento sobre su cabellera
nutrida ya de polos.

Toda resurrección te hará más solitario.
Mas, si en verdad quieres morir,
disminuir ante los pórticos,
comunicarte,
entonces ábrele.
Se llama Necesidad.
Y anda vestido de arma,
de caballo sin sueño,
de Poema.

CONDICIONES EXTREMAS

Esa era mi vida capilar en el cáñamo solar.
Osa Mayor,
tu despeinada vulva
giró sobre mis ojos
como una basílica de rayos.

Yo fui
antes que el Océano malgastárase
en bestias similares
y en arbustos romanos.

Mi sepulcral Emperador: el Páncreas!
Mi corazón:
el ajo que sembraron en el Gólgota!

En tanto,
vosotras,
amoniacales diosas, Ramas madres,
derramabais vuestros venosos cálices
sobre las aguas.
Aún os oigo orinar con rumor de cigarras,
sobre
las verdes leyes de la hidráulica.

Parido fui de un abismo de tendones.
Animal giratorio:
todo era
Dios y Bestia,
dentro y fuera.

Hoy,
antes de entregar la Gran Obra
que me toca concluir desesperadamente,
Hormigas del Cadáver Número Uno,
respetad
estos átomos dentados!

LA CORTEZA EMBRUJADA II

EN EL VALLE DE UR, entre los depósitos
de los velos y de las victorias,
el Hombre Claroscuro de la Noche, duerme.

Consanguíneo perfecto, ¡cómo pudo tu cuerpo
ser mi vestido y mi vocación
en este inmenso cementerio de huellas!

Yo no diré tu nombre ni tus signos.
Te miraré la muerte, te miraré la savia que moría en ti,
a cada movimiento, pudriéndose
como la danza de la desesperación
sobre el tronco del primer Mártir.

¿Qué oscuras deidades oscilaron
sobre tu gran atardecer enarbolado de interrogantes bestias?

De noche, en los banquetes funerarios, miro
tus mudas monedas de barro, devueltas por el Tiempo
al frío basurero de la luna.

En la Carroza Inmóvil, encerrado en perpetuo cristal,
descansas condensando la inmensa flor de sílex
que te ocultaba de las bestias.

Yo te recibo cada tarde
con el corazón del hombre arrodillado sobre su mortaja
para el suplicio de recomenzar.

Proyectaste en el polvo –como yo– la túnica del Arpa.
Y fue disuelta por las hilanderas.

Oh predestinado para el furor
y el deshielo de los Siglos,
¡duerme
tu larga felicidad de haber perdido lo externo!

Tu gran ataúd poblado de bebidas de pórfido,
bajo las breves fiestas de los Monos.

¡COMO ESPEJOS EN AÑICOS, las Hormigas Guerreras
transportan tu Estandarte!
¡Oh amigo!

¿Quién escuchó el llanto de la Gran Despedida
de las Nieves, desde su cruda tienda de bisonte?

¿Quién ordeñó a las yeguas esa leche de luna antes de las batallas?

¿Quién sepultó en el monte la rueda de su carro
como una rosa destinada al éxtasis?

Oh, Amigo.

¡El Tiempo es un abismo de plumajes!

CORREO DE FUEGO QUE NO SOBREPASA
¡Paredes recién sopladas, éste es mi Cuerpo!
La casa se llena de sal, poco a poco.
Yo soy también Tú Mismo, oh Terror.

Irás de piedra en piedra, hasta que ya no irás
de calavera en calavera.

Ese es tu salario.
La esperma decidirá la estatua, la vivienda
y los demás gastos.

Mis testigos —dentro—
muelen maíz antes de que este día caiga.
Y la mano de obra obstruye todas las desembocaduras.
Están fríos ya los metales de la cena.
Ayunemos juntos, gavilán, serpiente, gran bacteria.
Ayunemos, Gorila y Señor.

Ahora subimos.
Toda la noche, Es. Los señores de la Rueda Botánica
cuelan su merienda en el otoño.
Sólo la noche Es.

Botones de la acción asquerosa,
el kerosene muere de lengua como un gato.
Y el Sistema Solar sube por nuestros anti-cuerpos.
Sólo el Amor, Es.
Amo a los que devoran sus ataduras antes del amanecer.

Pensamiento tejido en el césped,
a distancias iguales,
con música, ternura y ajedrez.

Puñado de hierba, puñado de cada persona,
se ve ya el estallido del Reino de los Cielos
bajo el párpado del demente.
Los muebles serán varón o hembra,
según la soledad del carpintero ante los bosques.

CADA PALPITACION RESUME
las más imperceptibles torceduras del Salto Mortal.
Por el laberinto de paredes serosas,
el antecesor de los relojes,
gallo solitario, incrustado de rubíes sobre la sábana sepulcral.
Tracción a sangre dentro de los recintos del jaspe,
a costa de heridas simultáneas
colgadas de los dientes del compás; el ojo
completa su vértigo en un círculo actual: cópula y cosmos.

Espacios desvinculados, metales y bestias
sobrantes de otros universos,
centellean en los infiernos sagrados del Dios opuesto.
Lo oscuro abrillanta cegadoramente
las elípticas de la música y la guerra.

¿Cómo entender el centro de aquel que se abre
a nada en sí como El,
dejando salvaciones
que añaden sólo colgaduras de Opera?

Y LO MECANICO, eternamente juvenil
girasoles oyentes de sí mismos, a león por peldaño,
ascienden a terrazas ya enfocadas.
Lo Mecánico sin fin, impide el foco verdadero,
materia radiante del vidrio, revelada por el primer disparo.

DIAS DE LA GRAN RECEPCION sin palabras.
Espíritu de la melancolía con su toro enjaulado en esmeralda.
Volcanes destripados en lo más alto de los cirrus.
Muchachas con un sello de lacre en las mollejas
escuchaban el sacudimiento de los montes debajo de la piel.
Y el alma revelándose desde la plombagina de los sótanos
atestados de aperos de labranza.

CON EL ROSTRO HUNDIDO aún en el trueno, cantaron,
moviendo lo que por fuera es lluvia. Pequeños árboles
en el confín del párpado entregado; y al despertar,
la casa recorría las venas de los nidos, y todo el tejado
afuera, sobre el camino,
resbalando sobre el pelo imaginario.

SOLO UN SENTIDO CONTABA EN ESOS DIAS
que atraviesan aún el Cuerpo Primitivo.
. . . salir de la saliva
. . . reponer objetos cristalinos en los huecos movibles del cerebro.
. . . pensar granos de sal sobre la frente oscura
. . . estirar las esferas palmoteando
y descubrir, de pronto balas de pensamiento en las pacas de lana.

Aquel Sentido penetraba en los juegos
y acaecía siempre
si obrábamos con él en las revueltas,
decidiéndonos fuera de nosotros, por distracciones.

CLAROSCURO DE PATIOS Y ZAGUANES y tiempo de rectángulo.
Un trompo misterioso bailó sin movimiento;
bajo su púa vuelan los collares pintados de la plaza
hacía un contínuo surco de silencio.
Todo está embrujado de uniones
dentro de la gran calavera cósmica del Buey.
Días de rayos longitudinales, los altiplanos con la gloria a pico.
El orbe se ara y se abre en la mitad del mundo.
Seres del Episodio: truenos, glóbulos. Otros de otros. Todos.
Saludo al árbol de los electrones.
El movimiento de la nadadora se desmorona en ombligos sobre el agua.

(. . . sobre las llanuras del Sur ecuatoriano, mientras los potros galopaban
[bajo
nubes de uñas curvadas por las Quimeras; potros de narices, livianas,
ensanchadas
por vapores turquesa y rocíos mucosos. . .Tú perseguías aprehender
[Lo Inmóvil,
como
a ese ojo del nivel de agua usado por los albañiles sobre los capiteles; y
conducirlo
a través de los días, las sacudidas, las velocidades, como el botón de
[pálido
vidrio de las Custodias.
Era el Yo, en hierba aún, picoteándote el pecho con su candil de barro...).

VIEJO LODO DEL SUR ECUATORIANO, rechinas en la lluvia.
Estoy tejido en la hierba de los pueblos.
La telaraña es la envoltura del Océano.

Yo era antes de toda semejanza.
Era igual.
Solo y sin nada como el campo del vaso.

Los nidos de las orejas del Confesor
recibieron el vómito de los divinos embudos. Y olvidaron.
¡Santo Espíritu de talones agudos, libre como una vara!
Sus testículos erizados de estambres de sol.
Las caravanas del tejado conservan la Escritura.

Flotante ahogado, Padre.
Tu corona de alcohol golpea las orillas.
La Cordillera escarba el mar como una perra.
Detuviste la sombra con una llave de cáñamo
y apaciguaste el Mal con café elástico del rayo del poniente.

Su pelo vertiginoso penetra en el bronce,
en tanto que toda la lluvia de los Andes croaba
alrededor de sus botas.
La batalla penetró en su casaca como la sombra
del mediodía en el árbol.

Y tú, Gran Madre, cazada con elipses.
Los lebreles husmean la leche de tus lámparas.
Vehemente lejanía del disco y de los remolinos.

—Sí. Lejos nos encontramos de piedra acostados en el caos.
Tu dedo gordo, Alfarero, sobre la semilla de oro.
Es parte del gallo la bola del sol matutino.
Animal de semen redondo.

Mientras las invenciones crecen en las ramas de la Máquina,
mis venas reverberan en el cetro de la muerte
y sobre la pared soplan los pelos más profundos.
Olas, esmaltes de los sótanos, Yo
estaré lejos de vuestras comidas abismales.
Abejas ebrias cocinadas sobre el fuego excrementicio del Astro.

Nos echarás, otra vez,
visitador de las habitaciones alquiladas. Nos echarás. Con fuego.
Los llaveros de limón sollozante,
de árbol en árbol, misterioso pasamanos del Desierto!
¡Ebrias casas de aquel país, yo os devolveré a El!

La misa dorada y negra y sus colinas de brocado y cera,
salpicadas de cagarrutas de oveja.
Maíz de la montaña enroscado en la custodia
como un gusano de Cristo.
¡Yo os devolveré a El!

Pero aquel Tiempo moviéndose con cuanto existía en torno
y la gloria del muro arrugado de misterios
por el cosmético veloz del albañil vestido de medusa.
Solo y equidistante.
En la mancha reabierta del ojo giratorio.

Soñoliento cataclismo de tesoros, Nubes
adheridas a la eternidad del día
por la redondez del esclarecimiento durante el puro desafío.
Huíais de los cofres de la Fiesta
en un orden de navíos mil veces más alto que el abismo.

Yo, simplemente, estoy
en donde todo ha cesado de ocurrir. El brillo infinito
se sostiene fuera de sí.
El cielo se destruye perpetuamente por el Centro,
sin alterar el ruedo de las mansiones enyesadas.
Y el Amor permanece.

Tierra propuesta como blancura a lo insondable
en la sonrisa del disco aligerado por la llama.

El organismo asciende a la crisis veloz de la burbuja
y el presente es absorbido por el arco soluble del paladar.
Caracol del aliento a un siglo de la caída de una sola hoja.
El Bosque fermenta
en la oscuridad de la retina. Replegándose en el Arpa.
Solas, al extremo del amanecer, las líneas del heno
entran en ebullición del reloj.
Torna a desencantarnos la manquedad abstracta del huevo
en el centro de la mesa.
Oyese el desenfreno de los ciclos nevados
en el fondo de las cajas que guardan papel de música.
Algo nos pulimenta las sienes
en presencia de la hélice invisible.

Ligera es la mañana,
pero el demonio
pulula en la fatiga del Espacio
y, a su adivinación,
el alma se vuelve porosa.
¡Sin embargo, nadie nos alcanzará en la Alegría
o en la tristeza de las briznas averiguadas
por la meditación instantánea
del gato entregado al Ocio!

DI UNA SOLA PALABRA, Hombre nuevo,
Tú,
que limas el cielo
como una piedra sujeta a tu mesa por asas viscerales.

Es necesario defender la vivacidad de la materia
antes de que oscurezca la catedral rodeada de orugas
(voluntarios de la orina bronceada).

Los cinceles que deja el océano
después de rodar desnudo sobre los banquetes
están ansiosos de picotear la sal arcaica.

POSIBILIDAD DE EXISTIR en redomas y cántaros
posibilidad de andar sobre el tumbado
como la mosca que mira bajar la lluvia a su barba
y andar a sus espaldas los cuadrúpedos del salón.

Posibilidad
de ser filtrado a través del Espacio, oyendo
la blasfemia y la alabanza de las perreras.

EL ESPÍRITU SE abotona personalmente las mangas
a lo largo de las raíces.
Todas las distinciones conducen a la Bola de Lodo
y nadie es dueño de su cuerpo.
Un velero sonámbulo da vueltas en la córnea.

PERRO Y CABALLO
Se alimentan del camino más corto entre dos puntos.

El pájaro que toma agua
mira de rato en rato pasar el sorbo
por el reino de los muertos, y la Divina Faz
estampada
en el paño de la mujer que saca del sueño los muebles.

. . . PORQUE LOS SUEÑOS defienden lo Real.
Si terminaran, la Tierra sería devuelta al hombre,
abierta —a la vez— por todos lados.

Es menester despertar de los ojos,
de las sienes, de la boca; despertar
de los calambres tejidos como una cesta.

BAZARES A LOS QUE una sola milla de tela
convierte en el lecho de un antiguo torrente.

Espinas del sombrero de copa
hincadas en la cabeza solar de los espejos,
las células del laurel son tan hermosas como las hojas
que atraviesan la frente de Cristo,
panal de alambre y rayo
de la esgrima.

POESIA DE AMOR Y DE MATERIA, poesía sola
de la mente de ladrillo, madera y persona. Permaneces
pura
hasta cuando te inclinas
sobre tu plato de azafrán de las posadas.
Ella es Tú eres
como ese grillo:
canta con todo lo que le ha sido dado
en una sola noche
y estalla al amanecer
con la última cuerda de su vientre en la boca.

VALLEJO PREPARA SU MUERTE

Preparando tu pómulo, la estera de yeso, el ataúd
amado y lateral como un perro; y
preparando en piedra, lentamente, la aridez
necesaria a la ternura, el óxido en que el indio apoya el cristo;
preparando tus uñas, verticales con relación al tigre
y obtusas con relación al pan; venías,
sin saberlo, preparando la muerte de los sabios
cadáveres del alma y de los días de andinos cáñamos.

Feroz mampostería de los pobres!

Cada mañana, el salto de la cama a la llovizna
de pelo de lobo en la solapa
y en la mejilla con pimienta de honra y orín de crucifijo;
cada mañana, a cerrar la mano, aldabando
el pulgar al pulgarcito y a otros niños de cañuto, tristes;
cada mañana a recibir
la tumba que, rebotando, cae desde los Andes a la polvareda.

El nacimiento de la Muerte es duro, es lento; tienes
que preparar con el Forense
el vermes pulmonar, estirarlo en la quena,
para que hile tu sangre hasta ser música!

A preparar la Muerte en el ovoide mismo en que fuimos,
de súbito, reventados a pura catapulta
de padre en nuestra madre; desde allí mismo,
a preparar el huevo subterráneo de la Muerte.

Y, después, todo el tiempo que nos sobra de célula
y de lóbulo rascado mentalmente.

Este edificar cuesta la vida de agua y la de albúmina
metafísica
en la que Dios es un polluelo crudo de diamante,
y es la espina de su Madre, mujer de albañil y de geómetra!
Pero, cuesta también todo el cuerpo de Cristo, su hijo
pobre, crecido de viruta a carpintero!

Desde el Zapato macho en que anda el solo,
el pensativo de su cada día,
como una cruz que salta en una pata,
y golpea catorce veces siete, la casa enjabonada
de Pilatos; desde ese pie que estira la madera
para agarrar el gólgota por su asa
de escudilla agujereada y calavera; así,
en sólo un pie y en una esquina
a preparar tu viernes cada día,
y tu gusano, anillo por anillo!

Habiendo atravesado todo tu organismo de ayuno
y tu sepulcro tantas veces visto
sentado entre amigos; habiendo atravesado así,
sales cada mañana solo, de ti mismo,
a convencerte a fuerza de cortezas,
de que la Tierra es un gran pan
quemado en cada puerta, un horno frío
cerrado en su Domingo de Ceniza!

Así, en París de setecientos panes, tu Viernes ázimo
te robó hasta el hostia, el panecillo último,
desayuno tristísimo del alma
que no ha comido nunca con el cuerpo,
como se debe,
entre una Madre y su Hijo!

Y, bien:
Abajo, es siempre viernes, cuando partes; arriba,
es siempre víspera infinita
y el dios terrible de los infelices
se lava a cuatro manos las espumas,
los infusorios hijos, la Burbuja
y el hoyo funeral que la explica!

CARTA Y CANCION PARA ISABELITA

Ahora sé que tienes una casa en la pradera de la luna,
y sé que entre la seda del plenilunio,
dejas caer, en sueños, la sonrisa de tu alma.

Aquella que puede encenderse de súbito
en la cadera de la primera estrella
y en la pupila que en tu beso oculto
se abre e ilumina tu cintura.

Ahora sé que la niña que en Ti vive,
sonríe en el país del nomeolvides,
y que en un jardín aún no sembrado,
recoges, cada tarde, el sol oblicuo
para el tejido de alas de ensueño.

Ahora sé que viajas en tu éxtasis,
–inmóvil, fugitiva–.
Ahora sé que huyes de ti misma,
prisionera en tu bruma,
dispersa en tu íntima figura,
encadenada y libre
en la ligera espuma,
de la violenta y débil flor de tu escultura.

Ahora sé que las noches y los días,
las flores, las orillas y los límites;
los ríos locos y los lentos mares

se confunden en tu alma de tal modo,
que alcanzan a realizar en tu persona,
un cántico lloroso de alegría
y una alegría encantada entre dos lágrimas.

Ahora sé que, de noche, antes del cielo,
en el temblor del alma que arquea tu imagen,
golpeas desde el fondo del Universo

a una débil puerta que comunica
la canción de mi madre para su hijo
con los sedosos labios con los que besas.

Ahora sé que en tus manos, en tu costado,
en las inquietas gemas de tu epidermis,
y en los tenues oleajes de Amor y Olvido,

recibes con los pétalos de tus alas,
a esta alma que siendo sombra de tu Alma,
se convierte en Ti misma para integrarse.

A ISABELITA

En la profundidad del Universo
como la última hoja de los árboles
o la última barca de los mares,
–frente a frente–
a Dios en el último Vacío

y en el último ruedo de los Cosmos
estarás Tú,
de pensamiento a pensamiento,
de órbita en órbita,
Tres veces: en la luz, en la imagen, en la Forma

Madre, Mujer y Amiga.

Tres veces la corola
de la luz sobre la Sombra.
En un mar de abalorios y asteroides
En un mar de corolas y de siglos.

Tres veces el nombre
profundo y verdadero de la Vida.
Tres veces el nombre de la Madre de la Vida.

EL GRAN TODO EN POLVO

Del Gran Todo en polvo, el sol y el ananá
y el sentido que se oprime
contra la pared del astro medianero y
la esperanza como un aprendizaje
de la nariz en hilo del infierno,
nada sabemos. Estamos pintados dentro de la oscuridad
por manos contrarias a las nuestras
para reconocernos, más allá.
Y llenos de infinitos granos de roca, dormimos
sobre las rocas que nos
vigilan desde el Cielo.
Aldebarán, tus collares pasan en altísimos vuelos
sobre la granulación de las especies y
entre las fauces y los mares
se arremolina el sentido del peso universal.
La gran bala torácica nos aproxima cada noche
a nuestro corazón como a un eclipse,
hombres que vives arrimado al frontis
de tu casa de cal, los collares altísimos
de Sirio, llueven sobre tus ojos fijos
a otros collares y son polvo.

TAREA POETICA

Dura como la vida la tarea poética,
y la vida desesperadamente
inclinada, para poder oír
en el gran cántaro vegetativo
una partícula de mármol, por lo menos,
cantando sola como si brillara
y pinchándose en el cielo más oscuro.

Atravesábamos calles repletas de sal
hasta los aleros, y la barba
se nos caía como si sólo hubiera estado
escrita a lápiz.
Pero la Poesía, como una bellota aún cálida,
respiraba dentro de la caja de un arpa.

Sin embargo, en ciertos días de miseria,
un arco de violín era capaz de matar una cabra
sobre el reborde mismo de un planeta o una torre.
Todo era cruel,
y la Poesía, el dolor más antiguo,
el que buscaba dioses en las piedras.
Otro fue
aquel terrible sol vasomotor
por entre las costillas de San Sebastián
Nadie podrá mirarte como entonces
sin recibir
un flechazo en los ojos.

EL VELO

A través de la lejanía de los siglos y del sol,
a través de los barcos de café custodiados por papagayos
y de las palmeras muertas de flanco sobre el semen de las costas,
y a través del sol en lejanía de siglos acumulados
por los pueblos desaparecidos después de sus cánticos.

A través de los imperios, de los hechizos, de los archipiélagos,
de los túmulos, de las pirámides, de las hecatombes,
de los mástiles, de los istmos,
de las venas de magma enloquecido.
Oh Señor.

A través de los soles remotos con radios de cicatrices
y de los soles cubiertos de tumbas de arena repetida.
Y a través de los huesos dorados de las civilizaciones,
y a través de los haces de plumas de los ceremoniales
y de los varillajes de los grimorios.

A través de las llaves secretas de los coitos y de los crímenes.

A través de todo,
Tu Rostro, apenas, en vano,
como nada y como mucho,
como confín de todo y nada,
Tu Rostro,
en la picadura radiante del Velo.
Oh Señor.

PERSONA

Persona, por favor, de calcio, de líneas
de betún y buril, persona. Los hombros así,
bajo los hombros, como si colgaran para la carga
o la sombra.
Persona toda tú. En nombre del Padre. Persona.
Más cal sobre más piedra. Personalmente.
Y en lo íntimo, detenciones y límites.
Es de derecho y de plexo. Persona.
Derecho personal en polvillo. Iris del hombre.
Persona, ya te tocan. Vuelves. Te asombras
de estar en el mismo sitio, entre personas.
Ha reventado el albedrío y desangras.
Es tu persona de sílice contra la de pómez.
Persona, tú y sobre ti la Persona Infinita
que te ama, pisándote las huellas.
Persona, no te olvides,
sal de ti ahora mismo.

PROFESION DE FE

No hay angustia mayor que la de luchar envuelto
en la tela que rodea
la pequeña casa del poeta durante la tormenta.
Además,
están ahí las moscas,
veloces en su ociosidad,
buscando la sabor adulterina
y dale y dale vueltas
frente a las aberturas del rostro más entregado
a su verdadera cualidad.
El forcejeo con la tela obstructiva
se repliega en las cuevas comunicantes del corazón
o dentro de la glándula de veneno del entrecejo
cuyos tabiques son
verticales al Fuego
y horizontales al Eter.

Y la Poesía, el dolor más antiguo de la Tierra,
bebe en los huecos del costado de San Sebastián
el sol vasomotor
abierto por las flechas.
Pero la voluntad del poema
embiste
aquí
y
allá

la Tela
y elige, a oscuras aún, los objetos sonoros,
las riñas de alas,
los abalorios que pululan en la boca del cántaro.
Pero la tela se encoje y ninguna práctica
es capaz de renovar
la agonía creadora del delfín.
El pez sólo puede salvarse en el relámpago.

BREVE HISTORIA DE BASHO

La puerta se abre por una necesidad de terror
descubierta en nuestra alma por el duende
y
vemos el baile diagonal del polvillo
y al sol con un dedo fuera de la órbita,
desmostrándonos el paso de las nómadas a la gran ilusión.
Pero éstas son sustituciones
suertes
lapsus.
El santo ansía extender la vena central de su cuerpo
hasta el extremo mismo de la sagrada palanca
y, al desquiciar el mundo
sentir el tic-tac
de la piedra preciosa.

La bienaventuranza supone sus propias concupiscencias
sin bien ni mal.
Empleo sin empleo.

Cuando Basho el Poeta-Zen llegó a la edad del cordero
–siglo X d. de C.– y escribía "Las Sendas del Oku"
supo
que debía experimentar la entrada de las cosas
una a una
a través de la Puerta sin Abertura,
manteniéndose despierto bajo los párpados
de la segunda visión.

El Plexo Solar del Tao, tanteando con el dedo gordo del pie
el barro sedoso del Camino
a través de los caminos,
hilo de seda del tránsito respiratorio
que corta la grasa del aire
y alimenta imperceptiblemente como la nutrición
de una pluma.
Así, cuarenta años
maduró la atención de Sí Mismo
sobre todos los nones cambiantes.
Y llegó cierto día a orillas de un bosque
y
tomó asiento en la hierba.
Mil años esperándole a él solo
una rana cargada
de huevos color de perla de lodo,
estaba allí
detrás
a orillas de una charca
esperando
que el soplo del Macho empujara la carga encantada.
Y
saltó
y hubo ruido de agua y fue suficiente
y él oyó la armadura toda del Oído del Agua,
la forma sucesiva y la abrupta
y la entrada pura del charco de agujas
en el agua de vida
que ya estaba en El.

PALABRA PERDIDA

Embrujar el Poema de modo que todas sus palabras
girando de la circunstancia al centro
por el soplo del mar entre las columnas,
se conviertan en la

PALABRA

La creación se apoya en un solo punto antes de trepar
en torno de la Vara.
Sin ese punto, el virgo deviene agua.
Como el olvido de sí mismo,
el centro está en todas partes.
Up.
¡Zape!
¡Hágase!

Instinto de los bazares
corpúsculo de fuego en la media de seda
el mar enrollado bajo la lengua
apoyo de las criaturas que vuelan de noche
cáliz de oro del prestidigitador.
El huevo explica la parte más delgada de los puentes.

Y
la cabeza cortada continúa su cuenta.
Mas, apenas has escrito la primera palabra
cuando ya sobreviene la muerte de los párpados;
muere a continuación el lado izquierdo
y luego
el derecho.
Pero AQUELLO ha desaparecido
Irremisiblemente.
Las células de la mejillas sonríen aún
pero están muertas,
y aunque ya han sido sustituidas
sonríen
desde
la Otra Cara.
Internándose más
el Poema puede estallar al otro lado de su rostro.
Procura entonces
retirar delicadamente de entre sus labios
la diminuta flecha envenenada.

NARRATIVA

VINATERIA DEL PACIFICO

No temía el hambre. Sabía darme trazas y siempre pescaba algo, sobre todo en los mercados. Lo que temía era la noche. La noche azul y fría de los portales. El sueño insostenible en los quicios de las tiendas cerradas. Ese mudo temblor del que pretende acurrucarse contra sí mismo, sin una manta, sobre el empedernido piso de cemento. Sin embargo, fue la desnutrición –y quizás la hueca y bostezante desesperanza– las que me tornaron un guiñapo abúlico desorientado y soñoliento. Tenía ya 18 años por entonces.

Al salir de una calleja oscura, volví la cabeza para atender. Alguien había prorrumpido a mis espaldas: ¡Muchacho¡ ¡Pero en el mismo instante sentí que no podía enderezar la cabeza sobre el cuello. Mis tendones crujieron, retorciéndose, y quedé inmovilizado. Un sudor frío me humedeció el rostro y para no caer me apoyé de espaldas en el muro. La señora que me había llamado se aproximó agitada. Era una mujer alta y gorda, de edad madura, morena y maternal.

–Quería que me llevaras este cesto –dijo, con un ligero tono de disculpa. Yo quise sonreír con el rostro empapado en angustioso sudor y no conseguí esbozar sino un gesto grotesco que me causó un vivo dolor en los pómulos. Ella debió comprender, según la vi agitar sus párpados oscuros y carnosos.

–Ven, dame el brazo –dijo. Y me tomó del derecho, llevaba ella misma el cesto dicho, y se recriminaba al conducirme. "No debí gritarte así: yo no sabía que estabas para caerte de debilidad. ¿De dónde eres?– ¡Ah!, ¡entonces, mi paisano! ¡Qué gusto! Debes ser un buen chico. ¿Y sin trabajo? ¡Qué casualidad! Necesitamos un muchacho como tú. Pero, camina, camina. Ya llegamos. Pero mira ese letrero: es el de la tienda de mi marido".

Yo parpadeé y un largo suspiro de ternura y sueño se me escapó. Vi un letrero de tablas verdes. Grandes letras negras corrían sobre él diciendo: "VINATERIA DEL PACIFICO".

No sé lo que me dieron a beber y a comer aquella tarde. Al día siguiente me desperté con el sol. Me encontraba dentro una hamaca, en un pequeño cuarto con aspecto de camarote. Y sentí gran vergüenza. Noté que la vida había vuelto a mi cuerpo; el ansia de la vida mejor. Si bien, no me sentía aún fuerte. ¡Qué extraña era mi situación! Recordé los sucesos de la víspera y pensé en lo inusitada que iba a ser mi presencia en aquella casa, después de haber dormido ya en ella, traído por la adversidad. Desde entonces conservé siempre una íntima sensación de angustia.

Abrí tímidamente la puerta. La señora se desayunaba en el corredor. Sorbía su café negro y, a cada trago, miraba la lejanía azul, centelleante, de sol estival. Saludé y me aproximé vacilando.

—Ven —dijo—. Toma. (Y me llenó una taza). Luego llamó con una voz vieja, dulce y algo dengosa:

—¡Lauro!

Apareció un gigante, escurriéndose por una pequeña puerta de fibra.

—¡Ah ! Ya. ¿Es el muchacho? ¿Cómo te llamas?

Sentí que su voz era amiga de las bromas y de las palabras que producían consuelo.

—Rodrigo, —repuse—, y lo quedé mirando con suave y confiada tranquilidad.

—Alma sencilla, eres mi ayudante, —exclamó, riendo con tono sonoro y contagioso, y me palmeó un hombro.

Era un serrano aindiado, que había padecido no sé qué indecibles tribulaciones y había conseguido al fin hacer una pequeña fortuna. Estaba ya calvo y su cogote producía hilaridad por los gruesos y brillantes pliegues de gordura que se escalonaban hasta bien avanzada la nuca. Iba siempre en camiseta de mangas cortas; siempre en zapatillas de suelas de soga de cabuya; y, siempre, con la boca del pantalón más abajo que el ombligo.

Me percaté que no tenían servidumbre. La señora (¿cómo se llamaba? Ah! Ya! Lolita!) hacía el mercado o encargaba las compras y preparaba las comidas en una cocinilla de gas. El marido, expendía personalmente el aguardiente y el vino. "Vino de Uva Estrella del Pacífico", que así rezaban las etiquetas verdes con leyenda en negro, como el letrero. Se mantenían plebeyos y sencillos, y esto me agradó íntimamente. Un muchacho que les servía habíase escapado tres días antes, con un reloj. Yo iba a sustituirlo.

"Lavas las botellas en aquel cubo con aquellos cepillos: las pones a escurrir en aquellas horquetas; las envasas, las corchas; les pegas las etiquetas; eso es todo. Total: dos o tres horas diarias, porque el negocio

es corto", me dijo él. Ella, a su vez me pidió: "En cuanto te levantes, tomas la manguera y riegas el jardín. Lo riegas luego a las nueve; luego a las once, luego a la una, a las tres . . . en fin, todo el día. No quiero que el verano me lo mate. Es mi cariño". Además, debía barrer la casa por las mañanas y llevarle la comida al perro, a sus horas. El viejo me hizo conocer aquella misma tarde al animal. "¡Laurel! ¡Laurel!", gritó, aproximándose. Luego, comenzó a amonestarlo como a un chico, respecto del comportamiento que debía mantener con relación a mi persona. Pero el animal no lo quería escuchar. Sacudía la cadena y forcejeaba dirigiéndose a mí, con gruñidos afectuosos. Don Lauro sorprendido se quedó admirándome. Me acerqué con una seguridad mayor que mi propia razón, y le acaricié las orejas y el enorme lomo dorado de león. El, con la cabezota cobriza y cálida, me golpeó los muslos, como un viejo conocido. Nunca he podido explicarme esta repentina amistad.

Desde el siguiente día, pude entregarme a las ocupaciones que me habían señalado. Me placía sobre todo regar el jardín. Todo en él, era adelfas y rosales, distribuidos en dibujos circulares. A mí, se me hacía extraño y desusado la existencia de un jardín como aquel en un barrio en el que las viviendas eran escasas y asfixiantes y en el que solamente a grandes trechos se encontraba un solar árido, que ardía en miasmas y vaharadas tenebrosas. Esta impresión, se me vuelve angustia todavía hoy, después de tantos años, sobre todo cuando me enfermo del pecho y tengo fiebre. Vuelvo a mirar el jardín, con los párpados hinchados y rojos, y lo veo rodeado de muros verdinegros y polvorientos, imbuidos de un temblequeante fuego, morboso y destructor.

¡El lavaje de las botellas era otra cosa! Se trata de una operación que reblandece de una manera cómica las yemas; poco después, la piel que rodea las uñas se pone tumefacta y se abre en pequeños pétalos que arden todo el día y continúan ardiendo hasta cuando uno se encuentra dormido, de modo que se sueña con escarbar los bordes del infierno o con estar remordido en la puerta de una cárcel.

Sin embargo, a los dos meses de realizar dichas ocupaciones, ninguno de sus detalles me molestaba ni me exigía atención. Fue al cabo de este tiempo, en el que doña Lolita, seguramente de acuerdo con el marido, empezó a quejarse de una singular jaqueca, proveniente de "tanta mala noche". Al escucharla, alcé la mirada. La suya me había estado esperando.

—Sí, —me dijo—, yo y mi marido velamos mientras tú duermes como un lirón en tu hamaca.

El viejo intervino: —Trabajo también de noche y quiero que me ayudes.

Al escuchar su última palabra, repentinamente recordé aquellas del primer día: "Alma sencilla, ¡eres mi ayudante!"

—"Trabajo, o mejor, curo. Soy una especie de médico, hijo. Aquí hay muchos enfermos del pecho y la paleta, tú sabes. Y tienen verguenza

de los doctores y la gente. Algunos de ellos, vienen acá por la noche. Yo los curo con vino".

Escuchándole, no sé por qué, pensé con penosa claridad en la pequeña bodega situada tras el establecimiento de licores, junto a la salita de los bebedores. En ella iba yo a envasar las botellas que se alineaban en la estantería y las pocas que se expendían. Era una pieza oscura y fresca, con piso de cemento. Próximo a uno de sus muros, veíase el único tonel del negocio. Parecía más bien un gigantesco cubo, pues era más ancho que alto. Debía tener un metro sesenta desde el suelo hasta la boca, y ésta, dos cincuenta de diámetro. En verdad, no se parecía a los usuales. Frente a él, alzábanse –un puño sobre otro– los barriles repletos procedentes de Chile; y, al lado derecho, en un ángulo, se encontraba una ducha de agua natural. Este detalle producía siempre un vago malestar por lo desusado. No estaba en su sitio: era claro.

Don Lauro continuó: –Cuando tuve tu edad, se me pegó la tisis. Estuve un año entero sufriéndola. Me tecleaba todas las costillas, noche y día. Un amigo leal me llevó por entonces a un negocio como el que ahora tengo. Durante el día daban vino a los sanos y por la noche a los enfermos. Al cabo de un mes de seguir ese tratamiento, me vi curado por completo. Luego, comencé a engordar y ya me ves: un oso. (Aquí rio jovialmente). Hice dinero con las fuerzas adquiridas y puse este negocio. Negocio de dos caras hijo. Cierta noche golpeó a mi puerta una muchacha flaca, vestida de negro. Estaba picada. Se llamaba Lolita: ahí la tienes ahora (guiñó los ojos con alegre malicia y los clavó en su mujer). Y cuando estuvo buena, nos casamos.

Se puso de pie apoyando la mano derecha en una rodilla y mientras se alejaba, repitió: –¡Alma sencilla, eres mi ayudante!

Permanecí en silencio mirando el borde de la mesa y exigiendo a mi imaginación una respuesta: ¿cómo se curan con vino estos enfermos? La voz de doña Lolita me alzó la frente hacia ella.

–Desde esta noche, hijo, te levantas a las doce –justo– hasta la una de la mañana. Y acompañas a Lauro detrás de la puerta de calle hasta que llame algún pobre enfermo. (Suspiró con ternura y se llevó una mano a la parte superior del seno izquierdo, como si buscara el lugar de algún antiguo hoyo, hoy relleno al fin).

• • •

Debían ser las doce. No dormía. Esperaba, cuando escuché los pasos de plantígrado del viejo. Salté de la hamaca y salí.

–¡Ah, no dormías!

Me precedió con la linterna. Laurel, el perro se aproximó a nosotros. Lo echamos enérgicamente hacia el jardín, nos dirigimos al zaguán sobre el que se abría la bodega y tomamos asiento en un banquillo tras la puerta. Don Lauro sacó un reloj y proyectó sobre él el chorro dorado de la linterna: las doce y diez. Un minuto después, oímos unos toques de nudillos en la puerta.

–¿Quién va? –dijo, aproximándose.

–Deseo tomar un vino, –contestaron.– Abrió la puerta y entró una sombra. Mi patrón echó las aldabas y encendió la linterna. Una señora envuelta en una manta de muselina negra, se alzaba ante nosotros.

–No se aprensione, es un chico de confianza, dijo el viejo, volviéndose hacia mí, con una sonrisa dura. Luego, hacia ella:

–Y ¿cómo vamos?

–Muchos dolores aún. Se dijera que tengo fuego en las espaldas, sobre todo por las noches, cuando me hallo acostada.

–Cuestión de dos semanas más . . . Ya pasará . . .

–Aquí tiene, cortó la mujer, y le extendió un billete de cincuenta. Don Lauro le franqueó la bodega y encendió el pequeño foco del local. La mujer se encerró y nosotros volvimos al banco. Yo me puse a escuchar atentamente, a pesar de que el rostro me ardía en la sombra y que la sangre me murmuraba en las sienes y los tímpanos como un arroyo loco. En primer lugar, pude percibir un confuso ruido de ropas de diversas consistencias; luego oí claramente el chasquido de un rosario contra unas maderas: sonaron unas medallitas. Después, el doble y sucesivo golpeteo de los zapatos al caer al piso y, a continuación el rumor de la escalerilla de gradas al ser arrastrada "Seguramente la está apegando al tonel", pensé. Y la oí subir; los peldaños crujieron uno a uno. La escuché quejarse como ante un esfuerzo desacostumbrado, y en seguida distinguí el inconfundible ruido de un cuerpo al zambullirse. Durante los diez minutos siguientes, pude oír el chapoteo peculiar que hace una persona al bañarse en una tina; con la particularidad de que aquella señora, suspiraba al mismo tiempo, de un modo entrecortado y rezaba fervorosamente. Al término de los diez minutos, la oí quejarse nuevamente, y descender a continuación la escalerilla. Sus pisadas húmedas y melosas sonaron como grandes lenguas, al dirigirse a la ducha. El agua fresca cayó copiosamente sobre ella: se enjuagaba la vinaza. Poco después apareció. Estaba conmovida: temblaba suspirando. Agradeció con palabras entrecortadas y ganó la puerta, hacia la noche de donde había venido.

Cuando nos vimos solos el viejo me ordenó entrar en la bodega. Tras la puerta había un pedazo de cáñamo en un cubo de agua. Con él frotó la escalerilla y luego las huellas vinosas del piso. Y salimos aprisa, porque alguien había llamado nuevamente.

–¿Quién va?

–Soy yo, quiero un vino.

Distinguí que una sombra gigantesca se escurría por la puerta entreabierta. Tras ésta, mi patrón encendió la linterna y saludó al extraño cliente:

–Buenas noches, míster. ¿Qué tal?

–¡Oh, mucho dolor, mucha tos, mucho sudor! . . .

Era un inglés altísimo. Quizás dos metros. Llevaba un sombrero pequeño y flexible, de forma distinguida, aunque algo despreocupado.

La cara caballuna, pero simpática: enorme tórax, dentro de una americana clara.

Extrajo unos billetes y se los dio a mi patrón. Tomó otro y me lo extendió:

—¡Chico, toma!

A continuación se encerró. Nosotros volvimos al banco. Tres minutos llevábamos sentados, cuando el viejo empezó a roncar junto a mi hombro. Me puse en pie y con gran cautela me aproximé a una raya dorada abierta en las maderas de la puerta de la bodega. La luz eléctrica de aquellas horas —iracunda y blanca— hacía resplandecer el pequeño local y le confería el sortilegio de una visión alucinante. El gringo estaba ya de pie dentro del tonel de vino. El agua (¡quiero decir el vino!) le llegaba hasta la base del esternón. Se recogía él, hundiéndose hasta el cuello, para emerger dorado y rojizo, como un ídolo palpitante y doloroso. Con el tórax fuera, alzaba los brazos y los llevaba gradualmente hacia los costados en tanto que dejaba caer su brillante cabeza hacia atrás en gesto de evidente imploración. Volvía a hundirse y podía yo adivinar la desesperada intensidad con que se frotaba el pecho, los costados, las axilas, las paletas. Claramente veíase que deseaba embeber todos sus poros con el licor rojizo que habría de salvarle. De pronto se irguió súbitamente como calculando el tiempo. El vino oscuro y brillante, descendió por su tronco como un manto escurridizo. Se asió del borde que miraba hacia la escalerilla y, por el modo gradual con que emergía su enorme cuerpo descarnado, comprendí que también en el interior del tonel y adosados a su cóncava pared debía haber unos peldaños.

Rápidamente ocupé mi puesto junto al viejo que aún dormía. Lo desperté palmeándole un hombro. —¿Qué? ¿Me he dormido mucho? —inquirió—. Extrajo el reloj y consultó la hora: cuarto para la una. A poco salía el inglés, y se despedía. A mi vez despedíame del viejo y fui a buscar mi hamaca.

Me desperté muy temprano, lleno de intensa preocupación que en los primeros instantes no logré concretar. Luego, los sucesos de la noche pasada se recortaron ante mi vista interna y me horroricé al considerar el tiempo durante el que había envasado de aquel vino que me humedecía las manos. Furtivamente había también tomado alguna vez un sorbo. Pensé también en los clientes que bebían día a día y noche a noche en la pequeña sala del establecimiento. Y angustiado, resolví huir. Pero no tenía un lugar en donde arrojar mi estrecha sombra. Pensé en amenazar al viejo con delatarle a la policía a fin de que comprara mi silencio y me allanara el camino de retirada. Pero me sentí confuso con sólo imaginar los rostros y los interrogatorios de los hombres de la justicia. Entonces, sinceramente, decidí tomar el dinero de la caja de doña Lolita y alejarme en silencio. Sería al día siguiente. Así, vino esa noche. Y era la última que me prestaba a servir de ayudante en aquel extraño y repugnante tratamiento.

Esperamos hasta las doce y veinte, sin que nadie llamara. Sólo el viento de la inmensa noche azul tamborileaba a veces, sobre una perdida hoja de zinc. De pronto tres golpecitos a la puerta.

–¿Quién va?

Al otro lado sonó una tos breve y seca. Un silencio, y luego:

–Soy yo. Deseo un vino.

Cuando la ligera sombra estuvo ya dentro de la penumbra del zaguán, el viejo, como siempre, encendió la linterna. Era una muchacha metida en su saco de pieles. Su falda era breve y oscura: llevaba la cabeza hundida en una caperuza de terciopelo negro

–Señorita, es mi deber servirla, –dijo don Lauro–. Ella abrió la boca de labios finos y tristes y quiso decir algo pero no pudo y suspiró. En seguida creyó deber suyo sonreír y lo hizo pálidamente Sus anchos ojos oscuros se volvieron lineales y en su fondo pude ver, por un instante, un luminoso abismo de la más pura melancolía. Entró y aseguró la puerta tras sí. Al volver al banco cerré los ojos y concentré todas mis energías en los oídos. La escuché desvestirse con tanta claridad que por momentos creía tenerla ante mis ojos. La oí subir, zambullirse y agitar el líquido bermejo. Cuando el viejo dormía ya, la joven tuvo un acceso de tos. Se repitió por tercera vez, y era como el derramamiento de un canastillo de frutas secas. Después, un quejido. Luego silencio. "Ahora se estará frotando suavemente", pensé. "Suavemente, porque tiene senos y no pecho plano y duro como el inglés".

Un golpe de mi patrón me despertó.

–¡También tú te has dormido!, –exclamó.

¿Y qué, no sale la muchacha?

Y consultó el reloj. Era la una y diez de la mañana. Me entregó la linterna y se acercó a la puerta. Miró por la ranura y se volvió de pronto, con los ojos desorbitados. Pegó uno de sus enormes hombros en la juntura de las puertas, y a la primera embestida saltó dentro la aldaba. Entramos. La mano derecha de la joven –férrea en su crispatura– tenía los dedos hincados al borde del tonel. Sus cabellos negros y luminosos flotaban en la tranquila superficie del vino, circuyendo el óvalo de la cara que miraba hacia el tumbado. Y, entre los cabellos y rodeando el rostro exangüe, flotaba también una gran mancha de sangre.

–¡Maldita sea!, –gimió el viejo–. Me tomó por los hombros e imploró:

–Tienes que ayudarme y hacerla desaparecer. Y yo nuevamente recordé su rara frase de ese primer día:

–¡Alma sencilla, tienes que ser mi ayudante!

En este momento, alguien, desacostumbradamente golpeó con extraordinaria energía. A gran prisa, di vueltas al interruptor, y el foco se apagó; pero como si brotase de la luz que acababa de morir, emergió la de la linterna. Oprimí el botón y el mecanismo falló. Entonces el viejo me la arrebató y desesperado como si se tratara de una bujía, la hundió en el tonel. Una gran gema rosácea, y luego la oscuridad.

En tinieblas y en silencio, de pie junto a la joven muerta, permanecimos tal vez media hora. Y, silencio: quizás todo había sido una alucinación, una broma pesada de la horrible noche. Volvimos a encender la luz.

—"Llevémosla al jardín. A buena hora, todo este tiempo lo has regado y la tierra debe estar blanda", decía el viejo, mientras la sacábamos desnuda y dorada por el vino que le besaba como una huidiza seda mortuoria. El la tomó por las axilas; yo por las pantorrillas y avanzamos. Laurel, el perro, se nos aproximó cuando entrábamos en el patio. Rápida pero cuidadosamente, asenté los pies del cadáver y tomando al animal por su collar lo enganché a la cadena.

En tanto, don Lauro la había depositado sobre las adelfas del jardín y un metro más allá estaba con una pala angosta y fina. La tierra estaba suave, en verdad; además el hombre poseía una fuerza extraordinaria. Pronto estuvo hecho un sepulcro longitudinal, una suerte de cuna mejor. La acostamos dentro y la cubrimos en seguida, echando directamente sobre el cuerpo desnudo las adelfas arrancadas de raíz. Cuando nos alejábamos, dije:

—Hay que matar al perro.

—¿Por qué, hijo?

—En cuanto se vea libre, escarbará en ese lugar.

—¡Verdad!, —exclamó—. ¡Ahora mismo! ¡Espera!

Se dirigió al interior y dos minutos después volvía con un pedazo de pan envenenado. Yo le tiré el mendrugo.

—¡Laurel!, come.

Y nos alejamos. Desde mi hamaca, oí sus ladridos de dolor. Después de una hora se calló, pero seguí escuchando durante mucho tiempo el ruido de su gran cadena de cautivo.

Antes de que clareara bien, me sustraje el dinero de la señora (eran quinientos sucres) y salí. ¿Qué dirían? ¿Qué dirían de mí? Debieron padecer horriblemente suponiendo que había salido a delatarles. Pero, después —quizás después—, adivinaron que había huido por terror.

Alquilé una pequeña habitación en el otro extremo de la ciudad y leí ávidamente los periódicos de los días siguientes. Por fin, al cuarto, encontré el anuncio que esperaba: "Muchacha desaparecida". El anunciante no ofrecía gratificación alguna. Decía ser "un padre desolado", e imploraba alguna noticia sobre su única hija, desaparecida el 17 de agosto, por la noche. Ella se llamaba Lía Maruri Chaide, y el padre vivía en la calle . . . (¡No, no digo!) Me aprendí de memoria la dirección y al otro día hacia las cuatro de la tarde me situé en las inmediaciones de la casa. Al cabo de media hora, salió un hombre del departamento señalado en el anuncio. Pasó a mi lado, lento y desvaído. Tenía el aspecto de viejo burócrata, celoso de sus obligaciones desesperantes. Era menudo de cuerpo, aguileño y pálido. Sus párpados rojos; perdidos sus ojos. Sobre su pequeña cabeza de ave llevaba un sombrero de mocora negro. Atravesó la calzada y se acodó en el barandal férreo, frente a la ría. Seguramente pensaba verla llegar cualquier día, cansada de su pequeña y loca aventura. Sí, ella regresaría para él, abandonado y viudo. Pero yo sabía otra cosa. Ella ya no regresaría nunca. Hubo un instante en el que quise acercarme y decirle la verdad. Pero no pude. Alguien me gritaba adentro:

"¡No por Dios! ¡No! Déjale con su esperanza. ¡Deja que su dolor sagrado se vaya adelgazando en el curso mortal de la esperanza!"

Y, para siempre con el secreto, me alejé.

LA BATALLA

El fuego comenzó poco después de medianoche, cuando la mujer había dejado de quejarse, y entregando el rostro a su perfil verdoso, empezara a emitir aquel estertor acuoso, en cuyo fondo parecía temblar una lengüeta de baba como en un estrambótico instrumento.

Fue entonces, cuando la hija, presintiendo lo fatal, rompió en agudos sollozos que fueron imitados por el hermano. Tenía éste, ronca y viciosa la voz. El marido, aturdido y cansado, se limitaba a rascarse la cabeza cubierta de los rizos que tanto le envanecían. "Maldita sea", dijo, cuando reventaron cerca los primeros disparos. Vio la hora sobre su muñeca: la una y media de la mañana. Se aproximó a la ventana y a través de los cristales sucios de grasa de cerdo, adivinó la oscura mole del Cuartel, descubierta saltarinamente por los fogonazos. Cerró las maderas y volvió a decir su "maldita sea" de siempre, en voz baja.

Había sido soldado y sabía lo que aquello significaba. Era otro cuartelazo más.

La tienda quedaba a quinientos metros del cuartel. Tendrían que escuchar la horrible fiesta durante horas, sin asomar las narices por temor a las balas.

Apagó el foco, cuya luz cerníase peligrosamente a través de las junturas y encendió una pequeña vela a la cabecera de la moribunda.

Moría sin remedio, sí. Y él iba a quedar viudo con una facilidad que ahora le admiraba. Sin percatarse, estaba ya haciendo planes para casarse con su actual querida; veía las escenas de la boda, sonreía. "Unos viven, otros mueren", pensó, con aquella cabeza de clavo, estrecha y dura, coronada de los rizos que le enorgullecían y que sus mozas gustaban acariciarle en la cama, diciéndole invariablemente: "zambito".

Ella, la moribunda, le había llamado también así. Y oyó traídas por el recuerdo esas palabras: "Zambito, cásate conmigo; no tendrás que preocuparte de nada". El era entonces un pequeño y ruin soldado, pero se untaba ya los rizos con grasa y se cuidaba el bigotillo. Sabía que gustaba a las mujeres maduras, por su aire de picardía infantil. "Tengo dos hijos" le había dicho, entonces, la moribunda. "Contigo, serán tres". "Zambito, tengo plata y no tendrás que trabajar". Qué extraño era verla ahora

agonizante, y escuchar este estertor animal en la garganta por la que, un día, habían escapado esas palabras de ternura y deseo. Y ahora, precisamente ahora, el tiroteo maldito. Ahora que se necesitaba salir por el médico, y quizás por los certificados y el ataúd. "Le enterraré por la tarde cuando baje el sol. La caminada al cementerio es una cosa muy pesada". "Procuraré no gastar sino lo justo. A un muerto ya no le interesan los detalles". "Y, por mí, adiós; que los hijos se arreglen por su cuenta; yo, sin ella, no soy nada para los huambras; a lo más, un prójimo, y adiós". "La muchacha que siga matando los puercos y haciendo las morcillas; el hermano puede ayudarle, aunque es una pura pendejada". "Tienen esta tienda; quedan tres puercos en el chiquero, y plata en el baúl colorado. Por mi parte, adiós. Estoy asegurado a Dios gracias. Con la plata que ella me deja . . . por algo hay que venderse . . . hay que vender caro lo que es de uno".

La moribunda emitió un chillido de rata aplastada; casi no se le oía ya. De sus labios manaba continuamente un hilo verdoso con estrías amarillas. Había sido tan gorda y tan jovial. Llamaba la atención de todos; los viejos querían pellizcarla, al paso, y le susurraban alguna palabra arrugada y sucia de rancia saliva. Entre sus pechos pomposos se recalentaba una medalla de oro. Pasaba con una batea llena de frituras y morcillas, sobre la cabeza, mirando en derredor con sus ojazos de gitana o de gata enlunada. Y ahora . . . allí, chillando como una rata bajo un fardo, reducida a un puñado de huesos que ni siquiera llegaba a dibujarse bajo la frazada, y echando por la boca el hígado podrido en forma de pus verde. Era de verla cuando derribaba un cerdo y lo cubría de paja seca a la que prendía fuego. Mientras las llamas danzaban sobre el cuerpo de la bestia muerta y el cerdo áspero y sustancioso crepitaba, ella, al borde de la pira, remedaba un ídolo sensual y alegre recibiendo el sacrificio. Con el antebrazo desnudo se alisaba los cabellos húmedos; sobre su cabeza revolaba el gran cuchillo y sonreía sobre el negro enemigo oloroso a sangre y grasa. "Y ahora, allí, la bestia moribunda es ella; y yo aquí, ante este sacrificio que no me interesa ni una cáscara". "Nunca he podido mirar el dolor de los otros; ¡que cada uno se vaya al cuerno como pueda!". "Ella misma tiene la culpa de su enfermedad: su gula, su terrible gula; qué manera de tragar. Ni la lepra come de ese modo. Bueno; y si esto dura más, yo abandono el puesto. Aquí están sus hijos, gracias a Dios; ellos le deben la vida y no yo, maldita sea".

Tomó el pañuelo por centésima vez en esa noche y ahuyentó una mosca del rostro de la mujer. Era increíble: esta mosca trasnochaba como un libertino alrededor del lupanar.

Los sábados por la tarde, y los domingos, venían de la ciudad, por aquel caminillo empinado y tortuoso, bajo la móvil y copiosa sombra de los eucaliptos, grupos de pequeños empleados, soldados en traje civil, muchachos sin oficio, gallofeantes, y algunas muchachas ambiguas en trance de alegría. Eran los semanales amantes de la carne de puerco, de la carroña de oro negro y del pálido aguardiente salvaje, que llega a

medianoche, bajo los húmedos ponchos de los contrabandistas. Se acomodaban en el corredor abierto, frente a dos largas mesas flanqueadas por bancas de las mismas dimensiones. (Ahora, las mesas descansaban, una sobre otra, con los tableros pegados, por lo que la de encima tenía las patas al aire, con rara cópula inmovil. Las bancas cohabitaban, asimismo, debajo de las mesas). Pero, entonces, toda esta madera pintada de azul barato y recubierta de invisible grasa, alegrábase al contacto carnal de la gente divertida que engullía la carroña ardiente y sorbía vasitos de aguardiente pálido y sombrío.

La mujer y la hija pasaban entre las mesas, sirviendo morcillas, moradas y turgentes; frituras retorcidas, algunas erizadas de cerda negra; mote blanco y humeante, que remedaba una masa de encías sin sangre. El, se encargaba del expendio de aguardiente que repartía el muchacho en pequeñas limetas de color yodado. Alguien pedía la baraja. Alguien salía al galpón, alejábase unos pasos y pegado al muro orinaba con la cabeza baja, dirigiendo el líquido y tambaleando con él. Alguien miraba hacia el extremo del corredor y veía al cerdo de la semana, colgado de una viga. Sólo la cabeza estaba entera aún; desde el cuello hasta el trasero, había sido prolijamente descarnado por el cuchillo de la puerquera. Y ahora, pendía allí casi sonriente –abiertos los costillares como un sangriento chaleco– mirando con ojos picarescamente entrecerrados a los que deglutían lo que había sido su cuerpo de chancho en la regalada y negra vida del chiquero.

¿Cómo suponer siquiera que ella empuñara tan diestramente el largo y afilado cuchillo de carnicero y redujera un monstruoso cuerpo animal a su somero esqueleto? El esqueleto era ella, y vomitaba un interminable cordón verde de cuyo extremo tiraba irrevocablemente la Muerte, sin ser tocada por las balas, las feroces pulgas pálidas que buscaban, ansiosas, un cuerpo de hombre a lo largo de la noche llena de abanicos silbantes.

"Pero, ¡a qué hora acaba de morir, maldita sea! Y, ¿cómo le entierro si continúa este tiroteo que nos despedazaría al asomarnos? ¿Y si el fuego se prolongara más de un día? No quiero ni pensar en eso, con lo que hiede desde ahora. Si al menos tuviéramos otra pieza o un patio . . . Lo único bueno, es que ya no es forzoso guardar luto; no tengo traje negro, maldita sea. Me pondré una banda en la solapa, y ¡adiós! Sólo por la muerte de una madre se debe mandar a teñir un terno claro en negro aunque se pierda el vestido y se ponga rojizo a los dos meses. Además el luto envejece, y uno debe cuidarse mucho si no quiere impresionar mal a las mujeres! Y, a propósito, ¿cómo he podido aguantar durante cinco años este ambiente de porquería nebulosa y oscura?" La suciedad grasienta y pegajosa, oliente a muerte y a sangre, enturbiaba los vasos, las botellas, los zapatos, las sábanas. En esa tenebrosa densidad, dormían, respiraban, copulaban. A veces, las bocamangas de casimir ostentaban unos horribles brazaletes de manteca y toda la ropa olía a fritura y salazones. Y ella, tan gorda y tan ardiente, sabía a cuerpo de animal

recién despostado, y sus senos despedían un cálido tufo de chuleta. Eso, eso, le había entusiasmado a él durante ciertas noches de ternura y de animalidad. Adiós.

Levantó la cabeza y se acarició los rizos; se quedó mirando sin comprender, el rostro del hijastro al que había vencido el sueño quebrándole la cabeza hacia atrás, sobre el muro al que se había arrimado, sentado en el suelo. Algo le sonaba desapaciblemente en el fondo de la nariz. La mujer, casi no respiraba; su agonía se adelgazaba perceptiblemente. Al otro lado del caramanchel, escuchó el tierno gemido de la muchacha. ¿Por qué se quejaba así? ¿Era tal vez el deseo que empezaba a moverse en el cuerpo de la adolescente? A él, nunca le había atraído la hijastra; de otro modo, no estaría gozando aún de su pequeña media luna de virgen. Pero, ahora, ¿por qué se quejaba con aquella dulce y sinuosa debilidad? ¿necesitaría tal vez, desde el fondo de su dolor y sin saberlo, un par de manos de hombre? Se puso de pie, cautelosamente, mirando el rostro del chico y el de la agonizante, y se dirigió al rincón en donde gemía la muchacha. Estaba tendida de bruces en su pequeña cama de madera, y a pesar de la penumbra se podía ver el movimiento de sus espaldas. Se aproximó y le pasó una mano por los cabellos, fingiendo querer calmarla. Le acarició los hombros y la muchacha, calló. Parecía esperar que las manos posadas sobre ella, continuaran su recorrido. El, cobró valor interpretando aquel silencio como un estado de atención y de espera. Deslizó las manos a lo largo de las espaldas de la chica; oprimió los riñones y le acarició las nalgas como si las estuviera modelando. Ella, en el mismo silencio que había guardado, se volvió repentinamente sobre el lecho, se incorporó veloz y le descargó un furioso rasguño en el rostro. "¡Atiéndale a mi madre, so cobarde!" gruñó en voz baja, mordiendo rabiosamente las palabras. Traspuso, aturdido, el caramanchel, descolgó el pequeño espejo y, aproximándose a la llama de la vela, se contempló con amargura. Tenía tres sangrantes surcos en la mejilla izquierda; uno de ellos, el mayor, arrancaba del lacrimal y terminaba en la comisura de la boca, creando la ilusión de que había llorado sangre. "Si me preguntan, les diré que ella me arañó inconscientemente, en las convulsiones de la agonía". Pero, el mismo instante en que armaba mentalmente la cobarde disculpa, oyó expirar apaciblemente a la mujer; y, aterrado, vio cómo se extendía el descarnado cuerpo. No pudo dominarse y llamó a los hijos. Pero, en tanto que el muchacho dormido acudiera desde el fondo de su sueño, y la chica atendiera desde su turbación, se hizo un brevísimo silencio, casi mágico. Fue como si el alma de la mujer se irguiera, muda de dolor, helando la atmósfera de la habitación. En esa delgada pausa de anhelante parálisis, escucharon —como el rumor de un mundo irreal— la múltiple reverberación de la fusilería en la noche.

También ya en los vericuetos de la ciudad, reventaban los disparos y mil ecos agudos eran devueltos por el inmenso espaldar de los montes circundantes. Los gallos —alarmadísimos— cantaban detrás de la tienda.

Sus corazones de pequeños combatientes, se entusiasmaban adivinando el encarnizamiento de los hombres; y con sus redondos y brillantes ojos color de incienso, y con sus cloqueos enardecidos, contribuían a atizar la sangrienta llamarada.

En seguida, y cuando el hombre iba a nombrarlos por segunda vez, saltaron, el chico desde su sueño; la muchacha desde su cama, y dando alaridos, cayeron sobre el cadáver de la mujer, sobre sus pies, sobre su rostro, sobre su vientre, sobre sus senos –hurgándole de amor desesperado, como cachorros hambrientos que encontraran de pronto a la madre hinchada de leche.

• • •

Antes del alba, llegaron las misteriosas moscas: diligentes, lascivas, tercas, obstinadas, pertinaces, porfiadas, testarudas; dirigidas por la Muerte que las conduce a ojos cegarritas, y provoca en sus mínimos vientres purulentos el nacimiento de la pálida chispa de la ironía por la cual suelen posarse hasta dieciocho veces consecutivas, en la frente del anacoreta y sacarle de su beatitud a fuerza de comezones.

Habían adivinado desde la montaña, la cadaverina sustanciosa y fresca. ¡Qué gran día para ellas! Parecían desprendimientos palpitantes de la fusilería que crepitaba en la borrosa mañana.

(El, en otras mañanas, en otras albas, sentía que ella se inquietaba en el lecho, a su lado; y sabía lo que deseaba. Quería un peso activo y ardiente sobre su cuerpo. Movía las caderas, se apegaba, mimosa, y sus labios dejaban escapar un tierno gruñido de deseo).

Las moscas venían a posársele en la cara, uniéndole a la carne de la muerte con invisibles hilos que le causaban un prurito dulzón y molesto a la vez. Entonces, pensó en la gran batea llena de chicharrones y tostado, y dejando el banco, fue a echar una mirada. Estaba bien cubierta con un mantel mugriento sobre el que se paseaban con desesperación las moscas, las moscas, las moscas Parecían llorar, gruñir, implorar como minúsculas beatas negras, atacadas de cachondez, sobre un inmenso lecho oliente a cerdo. Querían entrar en la sarna, ¡por el amor de Dios!

La muchacha empezó a llorar con ritmo de plañidera; adivinábase que no quería gastar de una vez toda su energía y la iba calibrando prudentemente a fin de realizar su dolor durante el mayor tiempo posible. El chico dormía en su rincón, y a veces, se estremecía sin despertar; quizás el fantasma de la muerta le acariciaba con sus dedos sin uñas; o tal vez, a pesar de la densidad del sueño, le picaba en las narices la cadaverina que ondeaba ya en la habitación como una gran bandera de aniversario, al viento.

En la penumbra del cuarto, latía y circulaba un azoramiento extraño, una sórdida y desleal compunción. Tal vez, el fantasma de la difunta, añorando sus cuarenta y cinco años de carne corporal, flotaba sobre su mismo lecho, dando inauditos alaridos, en memoria del enjambre de sensaciones, que ya no podía gustar jamás. Y las moscas atravesaban el

lacrimoso espectro, como atraviesan la neblina y los vahos inmundos, porque sus mínimos espíritus están ceñidos desde hace milenios con el espíritu humano y lo odian con tanta pureza, que, a veces, llegan a ignorarlo.

Entre las moscas adultas, había también unas moscas pequeñitas y soñolientas. Revolaban con una suerte de milenaria fatiga y estaban afinadas y casi dulces, por haber sorbido durante millones de generaciones las lágrimas de los muertos. Ya habían desovado en la conjuntiva y en los labios de la mujer.

Afuera, terminaba de clarear, y como para señalar fervorosamente el nuevo día, reventaron los primeros cañonazos, zurcidos por el continuo y deprimente ladrido de las ametralladoras. El fuego estaba dirigido al Cuartel y los gruesos impactos hacían retemblar el suelo de la colina. Las moscas, comprendiendo oscuramente el encarnizamiento de los hombres, se enfurecían, aleteaban su polvorienta espuma.

El sol enrojeció las junturas de la ventana y en la puerta de madera, fresca aún, encendiéronse los ojos rojizos de la resina. La tienda se vio envuelta en una semiclaridad suficiente para no equivocar los objetos. El hombre se decidió al fin, y extrajo una sábana del fondo de uno de los baúles; la midió largamente con la vista y luego la rasgó en tiras iguales. Fue a la cama y descubrió a la mujer. Un hedor belicoso a orines y podre, se alzó, mareándole. (Ah, esa tarde, esa tarde situada no sé por qué tan allá, tan atrás de cierto tiempo de humo que quizá no existió realmente. En la quinta de los Villacrés, adonde se dirigieron muy juntos, amándose. Ella, tenía cosquillas en la cintura. Estuvieron acostados en el llano, detrás de una cerca de pencas; los tréboles eran tan abundantes, que uno terminaba por ver tréboles oscuros en el cielo, cuando alzaba los ojos. Entonces él, levantándose y sintiéndose aún húmedo de amor, se puso a recoger unas ramas secas de aliso, y les prendió fuego. El humo les perseguía a ratos, como una vaca azulosa, y ellos, abrazados, pretendían esconderse cada cual en el cuerpo del otro. El humo embestía mansamente, lentamente. Pero les vencía el aroma y el ardor de la vida).

Le quitó del cuello la cadenita con la medalla de oro –ya fría– y se la guardó en un bolsillo.

Bajo la gran camisa de dormir, el cuerpo de la mujer aparecía como una simple arruga de ésta. La envolvió en las sábanas del lecho hasta que consiguió formar una especie de muñeca de trapo. El pelo era inmenso y olía a manteca de cerdo, a sudor nocturno, y –cosa rara– parecía estar vivo, por su cuenta. "Seguramente el pelo no muere; desaparece como el humo, sin morir".

Cuando envolvía las piernas de la muerta, la muchacha despertó bruscamente. Al principio, no comprendió lo que ocurría, pero segundos después, se lanzó sobre el hombre, sollozando y reclamando el cuerpo de la madre. El, se vio precisado a empujarla contra la pared y le golpeó la cabeza. –Estúpida, esto ordena la Santa Iglesia– dijo. Y volvió a su tarea de amortajador. La chica se arrodilló a los pies de la cama y en

medio de los hipos del llanto, rogaba a la muerta que no la abandonara. El hermano despertó sobresaltado, con la cabeza horriblemente desgreñada; parecía tener una gigantesca araña negra a guisa de aureola. Abrió los ojos desolados, los desorbitó; se le regaron como aceite en el rostro escuálido. Parecía mirar las cosas desde la hueca e insulsa niñez del Limbo. No comprendía qué se hallaba haciendo en la cama de su madre esa larga muñeca de trapo, sin rostro. Y, sin saber lo que hacía, imitó a su hermana, o quiso imitarla, pero no pudo llorar; estaba seco, y de su garganta salió únicamente un ronquido árido y falso.

Cuando el hombre volvió a su silla, sintió en las muñecas, en los antebrazos, debajo de la camisa un picante hormigueo y reconoció que eran los piojos de la mujer. Experimentando el frío de la muerte, abandonaban instintivamente el cuerpo en el que habían engordado ociosamente. Venían de las axilas, de la mata del pelo, desde la gran mancha verde del abdomen, de las costuras del camisón, del cerrado vello triangular. (Ellos, no bajan a los sepulcros porque tienen terror a la muerte y detestan el contacto con la pululante gusanera).

Afuera, en el esplendoroso día de agosto, ladraban las ametralladoras y pespunteaba el aire la irónica pifia de las fusilerías. A veces, en la puerta de la tienda iban a clavarse las balas perdidas, y era como si la Muerte llamara con sus nudillos redondos. "Y si esto durara un día más" —pensó con ligero terror. Recordaba claramente las revueltas y cuartelada de otros años; eran frecuentes y caprichosas, pero no duraban más de un día. "Si esto se prolongara hasta mañana, qué horror, encerrado en esta podredumbre". Entonces, decidió lo que haría en caso de continuar la cuartelada.

Al atardecer, el fragor se mantenía en toda su fuerza, y no se lograba adivinar en aquel ámbito sonoro el más débil síntoma de debilitamiento. "Esperaré a que anochezca" —pensó. Y en su imaginación viose ya hospedado en la cantina de su compadre Hugo Terán. El establecimiento estaba situado a unas seis cuadras de allí. El se iría escurriendo a través de la oscuridad. "Ya está", se dijo y cerró un puño fuertemente.

La cadaverina trasminaba las envolturas de la gran muñeca de trapo y se expandía en la atmósfera confinada de la habitación. Tornábase difícil de respirar y era intolerable la sensación viva de estar absorbiendo incesantemente una sustancia casi nutritiva por lo densa y, sin embargo, letal. Las moscas danzaban cada vez más lentas, borrachas, cantando en el seno de los efluvios mortales. A veces, se golpeaban contra la pared y caían al suelo para dormir su beodez.

No habían comido en todo ese día, y por otra parte, nadie había sentido hambre. La sed, en cambio, les obligaba a recurrir con frecuencia a la tinaja de agua; pero, a última hora, el líquido había adquirido un tibio gusto a aceite carnal.

"No, Dios no exige tanto de sus criaturas" —pensó. "Ellos son sus hijos; salieron de las entrañas de ella y están obligados a soportarle. Yo, no: no puedo más". "Volveré para enterrarle cuando el fuego termine".

Antes de que oscureciera completamente los muchachos buscaron sus sitios para dormir, y poco después se les escuchaba subiendo y bajando rítmicamente en la profunda respiración del sueño.

Encendió la vela (procuró rasgar delicadamente el fósforo) y se dirigió al baúl de la mujer. Sacó todo el dinero en billetes, y se lo guardó. Apagó la vela y atendió un instante, pues había oído moverse a la chica. Pero, no era nada. Dormían; estaban húmedos y blandengues de sueño y debían flotar cerca de la tibia y dulzona alma de la madre, llorando a tontas, e ignorando su mismo llanto.

Sin tropezar, llegó a la puerta de salida, separó las aldabas y se escurrió de costado. El aire estaba fresco y lo aspiró con ansia; en seguida emparejó las hojas de madera, y como si hubiera recibido una orden militar, se encogió y empezó a descender. Se deslizó así unos doscientos metros. Pero, de pronto, sintió que algo delgado, sobrenatural, planeaba sobre él; la respiración se le secó en las narices: estaba bajo el haz de un reflector. Encogióse más aún, inmovilizándose, y recitó mentalmente una jaculatoria en la que nunca había pensado antes. El círculo luminoso —como el alma de la luna— arrastróse por la colina y flotó sobre las faldas del viejo volcán. El, no se había movido aún, pero comprendió que estaba a salvo en la oscuridad; entonces, aspiró con delicia agradeciendo a la vida; mas, antes de que hubiera arrojado ese aliento de felicidad, una bala sorda y extraviada le mordió los rizos. Saltó de un lado como gato y cayó interrogando aún con el fondo de su alma: "¿por qué?", "¿por qué?". Y su alma quedó en tinieblas.

Los muchachos permanecieron junto a la gran muñeca dormida, todo el día siguiente. A veces, mirábanse en absoluta mudez y llegaban a desconocerse, rayados por el sol que atravesaba las grietas, como dos estúpidos animales diferentes, reunidos por un loco en una jaula de barrotes de oro.

El chico, retuvo todo el tiempo la imagen del padrastro ausente, moviéndose detrás de él y diciéndole algo que no llegaba a entender. "Toma, toma, como yo, mucha hierba: eso despierta, y sígueme".

Con este ininteligible pensamiento, se durmió al atardecer. Cuando despertó, estaba rodeado por la oscuridad y el rumor sordo de la batalla. Se acordó de su hermana y la llamó: —¡Aguedita, Aguedita! Pero no obtuvo respuesta. Un cañonazo, reventado cerca, le produjo una viva contracción en la garganta y procuró extender el cuello como si quisiera mirar un objeto colocado detrás de un obstáculo. Fue en ese instante cuando vio en un lugar impreciso y fofo, que Aguedita y la blanca muñeca de trapo formaban un solo bulto y vivían entrefundidas como únicamente les es posible a las mujeres, sin incomodarse, mezcladas, copuladas, sintiéndose, amándose, una dentro de otra, dos cuerpos en uno solo, y una sola mujer las dos. El, en cambio, estaba abandonado. Las mujeres, las hermanas, las madres, se acompañaban entre sí, ocupando al mismo tiempo el mismo sitio, dulce y tranquilo. Esto, no se representó él a

sí mismo, pero al comprenderlo, pudo abandonar sin remordimiento la tienda y, aunque no supo a dónde iba, llegó a la cantina del señor Terán.

La muchacha despertó cuando promediaba la mañana. Tenía la cabeza adolorida y hueca y sentía con todo su cuerpo que el cuarto giraba lentamente y ascendía por la colina como un gran carro soñoliento. La luz del sol, entrando por las grietas de las puertas, la condujo a la realidad. El hermano había desertado como el padrastro. Y la blanca-madre-muñeca de trapo-dormida, estaba allí, arropada en su silenciosa descomposición. Las moscas giraban ebrias y coléricas e introducían en la atmósfera de la tienda un movimiento semejante al de la ebullición.

No experimentaba ya hambre ni percibía el olor de la cadaverina. Una especie de sueño y de ebriedad dulce le reblandecían el cuerpo y los movimientos. Empezó a reír suavemente, como a un recuerdo tierno, un poco humorístico. Luego, tambaleando, se dirigió al lecho de la madre y se acostó a la diestra, adoptando la misma postura de la amortajada.

Ahora sí, dormiría, dormiría suavemente al lado de la bella y blanca muñeca dormida, y juntas, se alejarían por el horizonte hacia la inmensidad de Dios. Huirían para siempre de los hombres, de todos los hombres del mundo y especialmente del hombre-animal-padrastro y del hombre-animal-hermano y de los puercos, cuyos cuerpos veía confundidos y refundidos en uno solo, huyendo por la montaña, y escondiéndose del Amor entre las grietas tapizadas de fango y de cochambre. Así huían los dos cobardes animales embutidos en un solo cuerpo bestial; y ella observaba sus rostros, uno dentro de otro, con las facciones contraídas por el miedo, temblando y combinándose entre sí. Era horrible pensar que tanto el muchacho como el padrastro habían permanecido algún tiempo, cada cual a su manera, dentro del hondo cuerpo de la blanca-madre-muñeca de trapo. ¿Por qué la abandonaban ahora, arrastrando entrambos girones de las entrañas de la mujer dormida? De pronto, alcanzó a ver la cara del animal-padrastro-hermano y se aterró al observar que a través de las aberturas de los ojos, fluía alternativamente la mirada del uno y la del otro. Asustados, avergonzados, la veían y escapaban riendo y llorando.

Al día siguiente, hacia las dos de la tarde, cesaron los fuegos, y los que habían cercado la ciudad entraron victoriosos. Había terminado la batalla: empezaban los servicios de la Muerte. En cuanto el muchacho comprendió esta necesidad, se despidió del señor Terán y echó a correr hacia la tienda que había abandonado. Durante el trayecto procuró fatigarse artificiosamente para encubrir su cobardía. Abrió las puertas y vio a su hermana tendida junto a la amortajada, y guardando la misma posición de la madre-muñeca de trapo.

—¡Aguedita, dame para el ataúd! —imploró con temor. La muchacha giró —lentísima— el rostro cadavérico. Le sonrió con una especie de suave moho de sepulcro y de ternura.

(¿Cómo, qué era aquello? ¿La mitad del animal-padrastro-hermano retornaba? No comprendía. La cabeza de la muchacha estaba poblada de sombras de bestias. Había sobre todo cerdos de hocicos pálidos e irónicos. Se evaporaba lentamente por mil agujeros. ¿Cómo quedaría la otra mitad? ¿Y la otra mitad de ese oscuro animal-padrastro que solía acostarse con la blanca-madre-muñeca de trapo?).

Ante el pálido y espectral estupor de la hermana, el chico sollozó.

—¡Perdón, Aguedita! Te ruego me des dinero para el ataúd . . .

Los inmensos y desencajados ojos de la muchacha parpadearon lentos, estúpidos. Volvió a sonreírle con ese tenue y delicado moho de sepulcro, de nostalgia y de ternura.

— . . . los puercos . . . —dijo con su voz más dulce.

En seguida, volvió el rostro hacia el tumbado y su cuerpo empezó a estirarse, a estirarse, a estirarse con un claro crujido de articulaciones, hasta que llegó a adquirir la misma y exacta longitud del cuerpo de la blanca-madre-muñeca de trapo. Y quedó inmóvil.

EL CONDOR CIEGO

—HUELO A CARNE QUEMADA —dijo el viejo, y alzó hacia el aire enrarecido su perfil ganchudo.

—Sí, carne quemada —repitió moviendo la cabeza tras el sutil efluvio.

—Son los indios de la Hacienda "Ingachaca" —dijo Huáscar, desde su sitio.

—¿Los indios? . . .

—Están marcando el ganado en las lomas del frente —explicó Chambo.

Se hallaban a dos mil metros de distancia, podían observar con claridad la operación y percibir la chamusquina. Es decir, el viejo no podía ver. Pero había sido el primero en olfatear. Sus ojos claros y duros, color de incienso, estaban transparentes, pero no veían ya. Sin embargo, podía percibir a dos mil metros y más, la pequeña putrefacción de una rata campesina, si el viento soplaba favorable.

La Hacienda "Ingachaca" era una mancha verdinegra, rodeada de lomazos y grietas. Un río —un hilo imperceptible— bañaba los terrenos de sembradura y se hundía entre las depresiones cubiertas de vaho matinal. Lagatas y numerosas humaredas, demoraban en las profundidades.

El viento de la altura soplaba en la hoguera de los cóndores, pero no conseguía arrancarles de la sombría obstinación de su atalaya.

De súbito, en la remotísima llanura del mar, a través de soñolientos bancos de nubes, penetró un rayo de sol delgado y tierno. Viniendo desde oriente, había rebotado en una garganta baja del Illiniza.

—Ya se despiertan los gusanos —dijo Huáscar.

—Ya se despiertan, debajo de los loros. ¡Grr. . . top, top!

Conversaban sobre un estrecho balcón de granito negro, lleno de lascas y excremento. Atrás, en la oscuridad del muro, entre enormes colmillos de piedra, estaban los nidales, casi desnudos. Olían a fiera.

Desde las ásperas patas de los rapaces, clavadas en el borde erizado, caían largas flecaduras graníticas bordadas de hielo. El ciego arrastró el ala derecha, y se volvió:

—Sarcoramphus, elévate y otea a la comarca. ¡Esperamos! El aludido salió de su ensimismamiento, y giró acrimonioso.

—¿Mientras mis ojos vean . . . ? —exclamó. Su talla oscura crujió agitada por el viento, sobre el perfil de la roca. Andaba lentamente, con la cola un poco estirada hacia un lado.

Hubo un tardo rumor de abanicos. Corrió unos segundos con las alas entreabiertas, y las extendió violentamente, hasta el fondo tenso de la envergadura. Estaba en el aire. Recogió las patas y giró frente al grupo, saludando con trágica solemnidad.

—¡Grr . . . top, top!

Al cabo de un momento reapareció alto y distante, con las alas tensas, casi inmóviles, y el cuello curvado hacia abajo. El sol naciente le arrancaba destellos acerados que se pulverizaban en la tempestad de las vibraciones y volvían a integrarse.

El sol subía paulatino. Inesperados resplandores, escintilaciones, biseles fúlgidos, vetas radiantes y ásperas esquirlas, brotaban —asustadas— de la mágica orografía. La nieve devolvía una mañana inverosímil desde el límite de su reposo duro.

Inmovilizados en suntuosa acrimonia, miraban las inmensas almenas nevadas; las escarpas vertiginosas; las cuchillas murmurantes de hierba; el altiplano servido en infinitas terrazas de sustancias; las ingles de los pequeños valles, colmadas de vapores fecundos.

Es asombrosa la acuidad de su mirada. Desde inaccesibles oteros, o desde el aire —perdidos entre las nube— clavan sus pupilas casi ígneas, en la lagartija friolenta que asoma un instante entre las grietas de las cercas; o sobre el conejo fatigado de vejez y correrías, que la muerte vapulea en el pajonal.

Fríos, pétreos de poderío y mal humor, prefieren los caballos espatarrados, a los toros cimarrones que mueren solitarios, sobre sus cuartos traseros, en lo más desolado de los páramos.

Cuando marchan sobre la nieve, bajo el sol del mediodía, se detienen a veces, y ladeando la cabeza con aquel tic suyo tan noble y humorístico, observan minuciosamente la masa esplendente; distinguen

las estrellas radiadas; las cristalizaciones columnarias; los finísimos canales neumáticos y las miríadas de naderías que forman la catedral helada.

Sarcoramphus volvió entre una oleada de ázoe. Describió un giro sinuoso ante el balcón y recogió las alas.

Imperturbable, sin transparentar su emoción, fue a alinearse al lado de sus compañeros.

–Hay comida suficiente –informó, sin dejar caer aquella especie de frío monóculo de la solemnidad.

–¿Algo nuevo? –inquirió el ciego.

–Sí; para ti un hombre y una mula rodaron anoche en Quebrada Seca, al pie de las solfataras. Cadáveres frescos, ¡descansen y vuelen!

–Oh –exclamó Huáscar–. ¡Grr . . . top, top!

–¿Qué quieres almorzar: bofes, hígado, abomaso . . . ?

–El corazón del hombre y sus testículos . . . ¡Necesito volar!

–¿Volar, tú ?–preguntó Chambo, con respetuoso interés.

–Mi último vuelo . . .

Los ojos de color de incienso se iluminaron de salvaje entusiasmo. Pero los veló con perspicacia, enseguida.

–¡Díganle a Amarga que le espero esta tarde!

Hundió el cuello rojo y la gorguera entre las alas y se deslizó en la penumbra del nidal.

Huáscar, Sarcor y Chambo, saltaron sucesivamente al vacío con rumorosa corpulencia, y pronto, cada cual fue la boca de un gran deseo, bebiendo a raudales el espacio.

–Con vuelo tenso y potente, ascendieron hasta ponerse sobre todas las cumbres y los cráteres, y dibujaron tres lentísimos círculos entrelazados:

–¡Mira la Quebrada Seca!

–Es un indio . . . ¡un indio joven!

–La mula está gorda . . . ¡gorda !

–Y la quebrada, ¡la quebrada!

A pesar del contradictorio océano del viento, cada uno de los rapaces percibió distintamente la fragancia de los azúcares negros de la muerte, correspondiente a la bestia y al infortunado jinete.

Eran viejos bebedores de efluvios mortales. Y, sin olvidar el pedimento del ciego, hicieron su íntima elección.

El cóndor ciego parecía dormitar sobre sus poderosos tarsos, emplumados hasta los talones. Su plumaje negro, acerado, recorrido por largas plumas nevadas y grises, emanaba funesta potencia. Su cresta estaba hinchada aún de sangre rapaz; pero sus ojos velados por la membrana nictitante, aparecían contradictorios. No dormía. ¡Veía el sol de un abril lejano –casi vapor de sol y de recuerdo–, en ese nivel de los grandes rayos, al que no llega el humo de los montes! El y Amarga revolaban oteando la comarca. El Pastaza fulguraba abajo. A veces lo

escuchaban, como un inmenso plumero de metal sacudido en el viento. El y Amarga revolaban, revolaban, siempre. De pronto, vio él una ternera extraviada, mugiendo lastimeramente al borde de un desfiladero. La garganta se le hinchó de extraña pasión y giró alrededor de Amarga, gritando:

—¡ Voy a separar tu desayuno!

Y como un relámpago negro, descendió de un solo rasgo los mil quinientos metros que le separaban de la víctima. La ternera se encogió al sentir el huracán viviente sobre su cuerpo. Pero él, con un aletazo matemático, lanzó a la bestezuela dentro del desfiladero. Amarga bajó enseguida y devoraron juntos ¡Cómo resplandecían los bellos ojos de su compañera entre el humo picante de las vísceras frescas!

Regresaron apenas pasado el mediodía. El ciego dormitaba de verdad. El aleteo lo sacó del sueño. Irguió la enérgica cabeza sobre el plumaje y preguntó:

—¿Qué tal estuvo . . . ?

—¡Oh . . . Grr . . . Top, top! —confesó Chambo que tenía desocupado el pico color de cuerno. Huáscar y Sarcoramphus se aproximaron de lado, majestuosos; y depositaron ante las patas del ciego los sangrientos manjares señalados. Sin contenerse, el ciego empezó a devorar.

Terminó el fúnebre almuerzo; restregó el pico sobre las rocas y agradeció:

—El indio era joven . . . ¡Descanse y vuele!

—¡Descanse y vuele! —confirmó Chambo convencido.

—Y muera conmigo otra vez . . . ¡esta misma tarde! —exclamó el ciego con repentino aire de misterio.

—¿Qué nos quiere decir?

—Nada. Si ven a Amarga, ¡que venga al atardecer!

Con pausado tranco se dirigió al extremo del balcón. Por ahí mismo descolgábase una rugosa masa de lava petrificada. Del incendio rumoroso de su terrible juventud, quedaba su silencio poderoso y mineral, salpicado de musgo rojizo y duro como limalla de cobre.

No se había vuelto aún, cuando los oyó elevarse. Sintiéndose solo, se recogió para digerir. Y mientras se adormilaba, oía ese silencio lúcido que florece en las cumbres, como la sublimación de todas las batallas.

Mediaba la tarde cuando regresaron. El ciego les esperaba en el sitio acostumbrado. Luego que todas las alas estuvieron cerradas interrogó:

—¿Han visto a Amarga?

—Amarga no ha sido vista —respondió Chambo contrariado.

—¡No ha sido vista!

El ciego no protestó. Se limitó a limpiarse el pico en la roca.

—Es tiempo. Subamos a la piedra negra —propuso, y empezó a ascender. Le siguieron en silencio, pero iban pensando: "¡El lo sabe todo! ¡El, nos enseñó a dispersar un rebaño y a separar a la víctima! ¡El,

nos enseñó el golpe de flanco que derriba! ¡El nos enseñó a elegir las nubes que hacen invisible nuestro plumaje!"

Se detuvo en una planicie angosta que terminaba a pico sobre el Occidente. Parecía un gigantesco trampolín encallado sobre el cielo. Al fondo, bajo el sol oblicuo, fulguraba el mar lejano, como una piedra pura, derretida. La costa remedaba solamente un reflejo que se persiguiera en su vaivén, desconociéndose a sí misma.

El ciego sacudió la dura cabeza y dijo:

—El hombre descanse y vuele. Muera otra vez, conmigo—. Luego empezó a correr a lo largo de la rampa, hacia el sol occiduo. Sus alas se fueron desplegando poco a poco en la carrera. Las largas plumas blancas, las remeras, se prolongaron en la línea máxima de la envergadura. Extendió el libre cuello y recogió los tarsos. Así entró en la atmósfera.

El grupo de sus compañeros avanzó en silencio hasta el tajo de la rampa.

—"El, nos mostró la ciudad del hombre, entre gusanos. El, nos mostró la unión sudorosa de la tierra con el mar. ¡El, nos mostró los árboles duros, encerrados en la miel del océano . . . !"

El ciego ascendía serenamente, adivinando la inmensa candela de la tarde. Ya era una sola mancha horizontal en la ilimitada transparencia, sobre el mar. La sal húmeda y bullente de la profundidad le llegó al sentido. La aspiró con gusto mortal para el último gesto. Enseguida, sabiéndose ya sobre el abismo, cerró las alas de golpe.

Miraban. Un cuerpo oscuro y apretado cayó girando como un fruto negro. El mar no sueña si hay un corazón que lo busca y lo pierde en un combate de íntimo rumor.

UN CUERPO EXTRAÑO

PUEDO ASEGURAR que durante todos aquellos años fui un sincero buscador de Dios.

Consideré absurda la religión heredada y me entregué a la gran búsqueda. Fueron años de anhelo y de revelaciones; pero, también de desencantos. Varias fraternidades secretas me dieron su bienvenida. Leí ávidamente los textos herméticos; me fascinaron las misteriosas teogonías; llegué a creerme predestinado a fabulosos avatares.

Pero Dios, el Desconocido, estaba lejos, ¡inencontrable!

Hasta que un día, fatigado de búsquedas y falsas adivinaciones, olvidé el camino de los colegios esotéricos y me encerré humildemente

en mí mismo. Fue entonces, en el fondo de aquella ignorada clausura, cuando encontré la huella del Señor. Este hallazgo inefable cambió totalmente el rostro de mi vida. Me oscurecí lleno de alegría, y los Libros del "Banco Industrial" –en el que trabajaba– se vieron mejor llevados por mi mano. Fui ascendido. Una suerte de constante distinción vino a aureolarme; yo la dejaba resplandecer, lleno de gratitud.

Mas, he aquí que un cuerpo extraño, llega, parpadea un instante frente a mí, y me dice: "Basta; desencántate una vez más. ¡Amame a mí sola!" Luego, al despedirse, me habla otra vez: –"Adiós. Nada de pactos, nada de epitalamios. Permanece solo. ¡Vuelve a tu terrible Dios!"

Y, el cuerpo extraño, desaparece.

Aquella amarilla y helada mañana de marzo, el panadero no vino. Salí a prisa; adquirí un pan de medio kilo, y a mi regreso al cuarto encuentro una mujer, llamando a mi puerta.

–Señora . . .

Ella se vuelve, lentísima, como una estatua animada por la primavera. Y me mira, parpadeando. Luego, se aproxima hasta casi rozarme y me dice:

–¡Hermano, sólo usted puede salvarme! ¡Abra, entremos!

Pasa su maletín a la mano izquierda y me arrebata el pan. Busco la llave y entramos.

–Pase usted, señora . . .

–Gracias, muchas gracias –dice, y la miro introducirse como en una cámara encantada. Mira el cielo raso oscuro, admira las paredes, parpadea largamente frente a la ventana. Olvida el pan en la mesa del centro y corre hacia una esquina, pues ha descubierto el viejo diván rojo. Allí, se acurruca en un ángulo, como acometida por un raro escalofrío, y me dice–: Hermano, diga que nadie me arrancará de aquí. ¡Nadie!

Y yo, sin percatarme, repito tontamente–: ¡Nadie, Señora! Luego, comprendiendo mi necedad, me rebelo y cometo, naturalmente, un nuevo disparate: –Señora, puedo saber ¿a qué se debe el honor de esta . . . visita? Porque, yo, no la conozco . . .

Ella, presa de repentino estupor, me contest: –¡Qué raro que usted no me reconozca, hermano! Hace cinco años, asistíamos a la Escuela de Logosofía del Doctor Fertus. Cierta vez, pronunció usted una conferencia sobre el sentido oculto del Sermón de la Montaña. Nunca podré olvidar su voz cuando explicaba la secreta intención de Jesús al aconsejarnos: "Vuélvele también la otra mejilla . . . " ¿Recuerda?

–Recuerdo la Escuela y la conferencia . . . pero, a usted . . .

Entonces, ella salta desde el diván y se me aproxima con aire de misterio: –No importa que no me recuerde; yo sé que soy fea. Los hombres miran detenidamente sólo a las bellas. Pero, en cambio, soy un alma hermana de la suya, ¡y estoy en peligro!

Ahora, miro su rostro: es realmente extraño, pero no se puede contarla entre las feas. Hay algo así como una ligera bruma en torno a su

cabeza. Los ojos desencajados y los labios siempre temblorosos y pálidos, inquietan un poco. La nariz es fina y recta; su frente, distinguida, sin duda. Lo que me disgusta, es la barbilla un poco cuadrada.

—¿Qué peligro, señora? —interrogo.

—Mire: No es que yo tenga cuentas con la policía. Soy pura. Cuando voy por las calles, me siento bruscamente desnuda, y me sonrojo. Me ocurre siempre. Ahora mismo, estoy como desnuda ante usted. Y no me sucede únicamente en las calles y al atravesar las plazas, sino cuando me veo a solas con un hombre. Es tal este sentimiento de desnudez, que me recorren escalofríos y, a veces, estornudo. Esta es mi pureza, hermano. Jamás he sentido una sombra sobre mi rostro. No hice mal a nadie. Mi peligro actual es algo difícil de explicar. ¿Ha sentido usted alguna vez, que todo su ser, cuerpo, alma, espíritu, se hallan al borde de la destrucción total? Algo semejante me ocurre a causa de otro ser. Le ruego, hermano, me permita refugiarme en su habitación durante algunos días . . . Luego, compraré mi boleto y partiré al amanecer. Créame que no seré una carga para usted, cada mañana puede comprarme —si quiere— un pan y un pedazo de queso; con esto, tengo para todo el día. Si le es posible, me ofrecerá una manta; si no, me acurrucaré en este diván envuelta en mi abrigo. No hablaré; no me asomaré a la ventana; no miraré "sus cosas". No sentirá usted mi cuerpo, en forma alguna. Si su corazón está ya despierto a las percepciones extrañas, únicamente adivinará la vecindad de un alma . . . De un alma, delgada, infantil, ¡perseguida por un Monstruo!

A pesar de la vehemencia de sus palabras, sus ojos habían conservado una claridad sedosa y tierna. La firmeza irreal de los inocentes y de los mártires irradiaba de la piel. La contemplé enternecido, y en un instante, comprendí que me encontraba frente a un ser singular y desdichado. Decidí sacrificarme y toda mi voluntad quiso servirla.

Corrí a la alcoba y traje una manta y un almohadón, y los dispuse sobre el sofá. En seguida le pedí disculpas y salí en busca de alimentos. Cuando regresé con un paquete bien provisto, ella se encontraba en actitud de plegaria bajo un cuadro que representaba a Cristo despertando a Lázaro de su sueño mortal.

Al sentirme entrar volvióse, lentísima, como la primera vez que la vi.

—Hermano —suspiró, y la vi avanzar hacia mí. Se había quitado el ancho abrigo y su cuerpo parecía haberse librado de una envoltura nocturna. Era un tallo ondulante, cubierto por un fino vestido de color violeta. Vino flotando a través del cuarto. De todo su cuerpo emanaba un efluvio oscuro y brillante al mismo tiempo, y ella parecía jugar inocentemente con esa bella y peligrosa electricidad.

—Gracias —me dijo—. Le pido a Dios que esta importunidad mía sea cambiada para usted en un recuerdo puro.

Miró el pequeño reloj que ardía sobre su articulación nevada y agregó: —Márchese a su oficina; llegará con retraso.

Frente a los Libros del "Banco Industrial", me sentí acometido por una verdadera fiebre de laboriosidad. Un desconocido amor por mis tareas ponía tensos mis nervios y me hacía ansiar mayores responsabilidades. Mi corazón saltaba aguijoneado por la deliciosa embriaguez. Me sabía poseedor de un secreto que hubiera hecho feliz al más siniestro de los hombres. Mi alma cobijaba a otra alma y mi espíritu velaba desde ese instante por la seguridad de otro espíritu, amenazado ahora por las oscuras fuerzas del abismo. Una especie de inesperada boda mística se había consumado entre mi corazón y una sombra vestida de color violeta. Mis compañeros desconocían la misión que me había sido confiada, y esta circunstancia me obligaba a considerar mi vida como una cumbre en la que la soledad y el misterio brillaban en una fiesta inalcanzable para los demás. La embriaguez de la predestinación me poseía enteramente. Ahora, mi ser se realizaba ya en su más honda esencia.

Desde que la vida me había revelado el misterioso designio de la Divinidad, mi mayor afán consistía en ayudar espiritualmente a alguien. Y esa misma vida reveladora ponía en mis manos un ser menesteroso de socorro interior, un alma amenazada por las fuerzas subterráneas, una mujer que temía la disgregación de su espíritu y de su cuerpo. Un Monstruo –quizás todo su pasado individual y el pretérito rugiente de la raza– la asediaba. Un dragón arrastrábase por las calles y las plazas, buscándola. Nadie la tocaría ya; estaba segura creyendo en mí como en un hermano que conocía todos los secretos juegos de las fuerzas invisibles. Junto a mí su corazón se fortificaría silenciosamente en la comunión sucesiva de las horas; luego, curada, partiría cualquier mañana, dejándome aquel "recuerdo puro" del que me había hablado.

Aquella tarde, mientras tomaba mi comida en el restaurant acostumbrado, elegí la mejor manera de proceder con mi "hermana", para no echar a perder su confianza, y con ésta, la curación de su alma.

Volvería siempre a casa alrededor de las diez de la noche, cuando ella, libre de sus naturales cuidados, se hallase ya acostada; y todas las mañanas, saldría yo muy temprano, dejándole sus provisiones, antes de que despertara.

De acuerdo con este plan, aquella misma noche estuve de regreso a las diez. La sala se hallaba en penumbra. Mi primer descubrimiento fue el de su respiración aterciopelada y rítmica. Después adiviné la forma oscura de su cuerpo yacente en el sofá; por fin, me sorprendió una vaga radiación como de oro, combado en la sombra, brotando de todas las cosas. Durante unos segundos me detuve interrogando anhelosamente a esa penumbra que fosforescía. Y, de pronto tuve la mala respuesta de los muebles, de los muros, de la cenefa en altorrelieve. Todos habían recibido la atención amorosa de mi "hermana", y la caricia purificadora

de algún paño manejado por sus manos, les había limpiado de la pátina y del polvo. (Empezaba ya a hacer resplandecer las cosas que tocaba). Agradecido, le envié un pensamiento de ternura, y como si respondiera, suspiró dormida y se movió ligeramente.

De puntillas, atravesé la sala y penetré en mi alcoba. Encendí la lámpara pequeña. También aquí, sobre mi angosto lecho de soltero habían andado sus manos diligentes, pues una esquina de la manta –doblada como la de una página– mantenía abierto el lecho que me esperaba.

Hacía media hora que me había acostado, cuando la oí suspirar profundamente. Me incorporé a medias y coloqué la cabeza sobre las manos entrelazadas, esperando vagamente algo que no alcanzaba a comprender. De pronto, su voz cálida, llena de transparencia en la oscuridad:

–¡Señor, tráelo a mí; tráelo!

La extraña petición quedó temblando en la atmósfera nocturna y por un instante creí que su anhelo me tocaba con una mano de fuego, pero una nueva frase vino a desconcertarme.

–¡Señor, úneme a él; mi cuerpo está oscuro y necesita arder!

Y, a continuación, con una vehemencia casi siniestra:

–¡Bestia, animal oscuro, te odio!

El eco interior de estas palabras, detuvo en mí un remoto deseo de correspondencia sensual, y me hizo comprender que el amor que ella invocaba era únicamente espiritual, y que jamás podía dirigirse a mí, ya que rechazaba al animal, a la bestia subyacente en todo hombre.

Esta certeza calmó mi ansiedad y aflojó mi atención, dando lugar al sueño.

Salí temprano, dejándole las provisiones del día, y no volví sino cuando el reloj de los Franciscanos tocaba las diez de la noche.

Cuando abrí la puerta, sentí el extraño perfume de su cuerpo, dando vueltas en la habitación como un animal fosforescente.

Pasé a mi habitación y me acosté a oscuras. Casi en seguida, le oí suspirar entrecortadamente y su voz se dejó oír como en la pasada noche.

–¡Angel mío, ven, ven! ¡Tú sabes cómo detesto al Monstruo!

Una duda sombría que casi llegó a aterrorizarme, me obligó a hablar:

–Hermana –dije– ¿duerme usted?

–No, hermano, estoy muy despierta –contestó con voz tierna, ligeramente dolorida.

–Si es así, le pido que se domine –repuse–. Usted encontrará al ángel en el fondo de su mismo corazón y el monstruo quedará vencido para siempre. Le ruego procure dormir . . .

En cuanto terminé de formular esta súplica, sentí como un muro su silencio y percibí que el aire de la habitación se helaba instantáneamente. El silencio se tornó tan espeso que temí ahogarme en él; hasta que la escuché suspirar y cambiar de posición. Estos pequeños rumores adelga-

zaron la inmensa capa oscura que amenazaba asfixiarme y tuve valor para esperar, perdido en la noche de mi mismo cuarto, la llegada del día. Sin embargo, el sueño me sorprendió mucho antes de que se rayara de luz la ventana.

Como en la víspera, salí después de cumplir con mi deber de aprovisionarla y me di a deambular por las calles envueltas aún en el frío de la mañana. De pronto, recordé que era Domingo y experimenté un gran alivio al pensar que podía dar un largo paseo por las afueras. Habiendo decidido mentalmente mi itinerario, me dirigí a un restaurante en busca de desayuno. Allí, sobre la mesita, abrí el diario y lo comencé a hojear. Buscaba espectáculos para la noche. Pero, he aquí que, desde un ángulo de la novena página, alguien me hace un guiño dulce, hierático. ¡Yo conozco este rostro! Sí; es el rostro de mi "hermana", el rostro de la mujer que desde hace dos días se aloja en mi cuarto.

"DAMA EXTRAVIADA" –dice el anuncio–. Luego, el marido informa que su mujer abandonó el hogar hace dos días, víctima de alienación mental. Al pie del texto, se lee la dirección de la casa. Yo, la anoto prolijamente. Pero, sólo al guardarme la libreta, comprendo que la anotación –este acto de tímido– me ha sido sugerida por la inconfesada resolución de informar al marido sobre el paradero de su mujer. Además, me percato súbitamente que el terror envenena ya el fondo de mis actos. Y me digo que es mejor dar aviso a su casa; ya que mi cuarto constituye para los dos un lugar ambiguo y peligroso. Durante un segundo, creo experimentar un acceso de irritación por la farsa de la que he sido víctima; pero una voz socarrona, me dice que todos estos sentimientos míos son falsos y que lo único real es mi tremendo miedo. Tiro el periódico y salgo decidido a vengarme de mis temores y del engaño en que he vivido durante las últimas horas.

Iba despacio por la vereda de las casas de números impares, cuando descubrí al frente la que buscaba. Era un edificio de cuatro pisos, revocado de cemento gris–estiércol, con sus veinte y cuatro ventanas herméticamente cerradas. Parecía un gran mausoleo olvidado desde siglos. Crucé la calle y me detuve ante la enorme puerta de planchas de hierro, oxidadas. Timbré largamente, pensando que sólo así podía llegar a todo aquel inmenso edificio. Pero, antes de que retirara la mano, chirrió la puerta y asomó en la abertura una señora pequeñita, casi albina.

–Señora –dije– he venido a indicar el paradero de la . . .

–¿De la Señora . . . ?

–Sí, el mismo.

Cerró los ojos y se encogió como si hubiera sentido la picadura de un tábano en la nuca, dejó entreabierta la puerta y corrió hacia el interior, dando pequeños gritos de loca. Poco después apareció un criado vestido de blanco y me condujo a una habitación del segundo piso.

Un hombre gigantesco que se encontraba arrellanado en un diván, se puso de pie; luego, me invitó a tomar asiento. Tendría unos sesenta años, pero se le veía muy vigoroso. Sus párpados extraordinariamente gruesos, estaban recorridos de gordas arrugas y provistos de pestañas oblicuas, como las de los cerdos. En los pómulos le crecía un pelo sucio. Entre sus labios entreabiertos, parecían sonreír con asco, unos dientes amarillentos retorcidos, montados unos en otros.

–Caballero –habló– ¿dice usted que mi mujer está . . . ?

–En mi cuarto –repuse.

–¡Vaya! Qué buen sitio . . . –dijo con sorna.

–Hace dos días me pidió hospedaje. Me habló de que era perseguida por un . . .

–Por un Monstruo: ¡yo, yo mismo caballero! En eso, ella se parece al alma humana: ¡siempre perseguida por *su monstruo*. ¡Ja, ja . . . !

Sonrió con asco, enseñando los dientes amarillos, jinetes unos sobre otros.

–Bueno; vamos allá, caballero. Ya estoy acostumbrado a estas molestias.

–Vamos– dije, y me puse de pie.

Se dirigió a un "Cadillac" negro estacionado frente a la puerta de servicio. Me invitó a subir y se puso frente al volante. En seguida, su cuerpo, sus movimientos y su rostro adquirieron ese aire de cómica solemnidad que adoptan los niños al sentirse dentro de sus carros de juego, y ser admirados por los mayores.

Durante el trayecto, esta impresión inicial se afirmó definitivamente en mí, a la vista de ciertos detalles, y por fin, llegué a convencerme de que iba al lado de un niño disfrazado de ogro.

Mantenía abandonado displicentemente el brazo sobre la ventanilla izquierda, y su gran mano derecha velluda y ensortijada, hacía todo el juego sobre el volante. Arqueó el abdomen y echándose hacia atrás, se volvió hacia mí. Con gesto severísimo, me confió:

–Caballero, ¡ignora usted cuánta responsabilidad pesa sobre el hombre que conduce un carro! Yo, nunca he tenido un accidente, ni lo tendré en los días de mi vida, porque manejo con los cinco sentidos ¡alerta! ¡Además, poseo una vista de águila!

(Y me atravesó amistosamente con sus pequeños y encapotados ojos de cerdo).

Llegamos. Antes de abandonar el coche, me hizo esta advertencia:

–Caballero: entre usted primero, y salúdela con toda naturalidad; siéntese, encienda un cigarrillo y charle un par de minutos con ella. Entonces, yo golpearé a la puerta: se levantará usted a atender y entraré yo, echándole a usted hacia un lado, como si me hallara realmente ofendido. ¿Estamos . . . ?

–Convenido –dije–, advirtiendo en esta sugerencia suya una delicadeza especial que me salvaguardaba ante la opinión de la mujer. El, el Ogro,

no quería que yo apareciese como un delator. Sin embargo, el precio de esta delicadeza constituía la inevitable representación de una farsa.

Salí del carro y me dirigí a la casa. Abrí. Mi "hermana" se hallaba hundida en una butaca, con la cabeza quebrada hacia atrás, como si ofrendara su bella garganta a los dioses.

—Hermana —exclamé.

Sólo entonces, se percató de mi presencia y fue enderezándose —lentísima— como si regresara de un éxtasis. Luego, vino hacia mí, súbitamente.

—Hermano mío —dijo— le esperaba. Sabía que vendría. Estoy tan angustiada: no son sueños ni fantasmas los que me acosan. Son cosas y seres reales; mis clamores nocturnos son conscientes. ¡No crea que hablo en sueños ni pretendo que me consuele un Angel del Señor! ¡No! ¡Quiero sus brazos, hermano! No quiero dormir sola, como un huésped desconocido . . . ¡Le amo!

Una súbita turbación me hizo vacilar, y sentí una agudísima quemadura en el corazón. Y comencé a parpadear como si quisiera recordar un maravilloso idilio robado por el Tiempo. El amor había dormido en mi habitación durante dos noches y yo —estúpido— ¡no lo había reconocido! Ahora, la revelación llegaba demasiado tarde para poder hacerme feliz.

—¡Hermano mío, amor mío! —clamó ella queriendo sacarme de mi doloroso estupor.

—Amor mío—alcancé a decir—. Prométeme volver . . . No sospeché que . . .

—¿Por qué *volver*? —dijo ella, asombrada, con un trémolo de irritación en la voz.

En ese instante, sonaron en la puerta los golpes convenidos. Sonreí como un idiota ante una mariposa, y fui a abrir.

El ogro metió su gran mano velluda, me hizo a un lado y penetró en la sala. Se hizo un silencio en cuyo seno permanecimos como oscurecidos algunos segundos. Hasta que él, abriendo teatralmente los brazos, sollozó:

—Mireya, amor mío . . . ¿Otra vez?

Y avanzó hacia la mujer, que permanecía inmóvil. De pronto, sacudió ella su cabellera de niebla y rugió:

—¡Fuera de aquí, animal!

—Mireya —clamó él humildemente y fue a arrodillarse ante mi "hermana" que, despreciativa, se tumbaba en una butaca.

Ante esta escena, me persuadí de que bajo la piel tenebrosa del hombre, del marido, escondiase una suerte de ángel guardián; en tanto que tras la apariencia angelical de la mujer se retorcía el pálido espectro de un súcubo.

De repente, Mireya se puso de pie y se dirigió a mí, tuteándome con una ferocidad radiante que enronquecía su voz:

—Me has traicionado —aulló— ¡además de cobarde, eres también delator! Me lo imaginaba.

–Hermana –logré decir– no soy traidor . . .

–No puedes disculparte –gritó–. Ahora mismo, cuando te declaré mi amor, ¡te arrepentiste de haber avisado mi paradero a este . . . hombre! Habiendo descubierto demasiado tarde que te amaba, me pediste que volviera; es decir pedías mi regreso, ¡después de haberme entregado a este animal . . . !

El marido, aún de rodillas, volvióse y me miró con irritante compasión: sacudió su manaza en el aire como si me enviara una bofetada. De sus dedos ensortijados, volaron hacia mí las mínimas estrellas burlonas de sus sortijas.

Ella miró aquel gesto y continuó, dirigiéndose a mí:

–Tu Dios, tu Dios nocturno, hecho de ideas absurdas, de ansiedades y de temores te obligará a traicionar constantemente tu verdadero ser. Oyeme, tú; ¡sólo un verdadero amor es capaz de lealtad!

–Mireya –intervino el marido, poniéndose de pie.

–Mireya, vuelve a tu casa . . . Nada te faltará en ella.

–Me hacía falta este hombre –bramó la mujer, señalándome–. Pero, ahora que le conozco, ¡maldita la falta que puede hacerme! ¡Creí que podía apasionarse y olvidar por una sola hora a su Dios; pero estos egoístas prefieren ahogarse en el flujo de sus mismas entrañas podridas, a cambio de un cielo en el que nadie pueda ir a pedirles un mendrugo de humanidad!

Temblando de furia, fue hacia el sofá y empezó a meter sus cosas en el maletín.

Cuando estuvo lista, sonrió de modo indefinible, corrió hacia su marido atónito, y le besó, rodeándole el cuello.

–Ignacio, amor mío, ¡llévame contigo! Sé que eres tremendo; sé que hozas en mi cuerpo como un cerdo y que me pisoteas cuando quieres, pero, de todos modos, eres muy superior a cualquiera de estos ángeles estúpidos.

Me dirigió una mirada brillante de furia y de cinismo, y agregó:

–Cretino, ¿no sabías que una verdadera mujer no puede solicitar sino a través de un sueño, de una ardiente mentira o de un hechizo?

El marido tomó el maletín con el gesto de un cumplido "botones". Se abrazaron y salieron.

Retrocedí unos pasos y caí en una silla. La atmósfera de la sala titilaba, picada como por millares de pálidas agujas. Cerré los ojos hasta sentir perdida en mi propia tiniebla la redonda amargura de los globos. Y, en ese instante, emparedado en mí mismo, comprendí que había perdido de un solo golpe, lo ilusorio y lo real, el cielo y el abismo; lo angélico y lo tenebroso, y que en la boca me quedaba tan sólo una cáscara inútil.

EL RECIEN LLEGADO

ESTABA ARRIMADO a la pared de la tenería, cuando vio pasar volando–azul una gruesa mosca queresera proveniente de los rojizos desagues de la curtiembre. En el instante en que la tuvo frente a sus narices, le tiró un bocado de corte perfecto y la atrapó entre los labios.

Haciendo cómicos visajes, gozó del susurrante prurito del aleteo y la escupió en seguida, entre alegre y asombrado.

"Pobrecita" –pensó con graciosa superioridad y quiso reír, pero de su boca ancha y prominente, se escapó tan sólo un leve gruñido de júbilo, semejante al que emiten los fox–terrier al jugar con los niños: "gau, gau, gau"

Hacía años, doscientos o quinientos, no la hubiera escupido. Eran tan sabrosas esas moscas de la carne, y de adehala, antes de ser tragadas producían deliciosas comezones a lo largo del paladar. Sentirlas agonizar entre éste y la lengua, era un placer tan delicado que, a veces, se quería aullar agudamente como en el hipócrita pinchazo de un espino.

"El" pensaba en estas cosas –o las recordaba– cuando vio que un hombre le llamaba por señas: –"ven acá"–, desde el portón de la curtiembre

Dio un pequeño salto, le brillaron los ojos, redondos como cuentas de cristal, y corrió a ponerse a órdenes del zapatero.

–Patrón, yo . . . aquí –dijo y sonrió con su encantadora fealdad. Porque tenía el rostro hecho como de trapo viejo, de viejas espumas sucias, de laboriosa torpeza y de ternura. De risibles ternuras. Su pequeña y chata nariz, parecía estar labrada en goma rosada y aunque siempre estaba húmeda no se podía afirmar que fuera una nariz desascada. Alrededor de los ojos –brillantes y saltonas cuentas de vidrio– naciale una tupida vellosidad semejante a la espuma que se recoge en los bordes de las cañerías en los días lluviosos. La frente era pequeña y se veía reducida más aún por el pelo –un pelo lanoso y polvoriento– que le descendía en punta hasta las cejas hechas de un polvillo borreguil. La boca era generosamente larga y, a ratos, asomaba por ella, inmoderadamente, una lengua, roja, limpia, palpitante de saliva. Pero tenía unas orejas pequeñitas, abarquilladas y con la punta hacia atrás. La cabeza, maciza y achatada como un puño, encontrábase cubierta de una pelambre de color albino, y le descendía muy pegada a la piel, hasta más abajo del cogote.

Le habían regalado una especie de blusón de lana áspera que le ceñía como un verdadero pelaje; y unos pantalones de adulto, enormes, que se le abullonaban en el trasero, e iban a enroscársele estrechamente en los tobillos por medio de unas cuerdas.

El zapatero le acarició la cabecita y le indicó una especie de zurrón rojizo y rezumante. Era una piel recién sacada del noque del curtidor. Se inclinó, sonriendo siempre, y sin esfuerzo aferró la pieza y se la tiró a las

espaldas. Sin decir palabra, encorvado y ligero, echó a andar, gustosísimo, delante del zapatero.

Con su paso corto y saltarín y sus pies menudos, casi redondos, remedaba la marcha característica de los perros camino del hogar, después de un paseo callejero.

Durante el trayecto volvió repetidas veces la cabeza medio tronchada bajo el húmedo fardo y saludó con la mirada sonriente al zapatero; le pedía su aquiescencia; deseaba congraciarse a toda costa y, de no ir cargado, seguramente hubiera intentado una cabriola de gratuita alegría.

Poco antes de llegar al taller, apareció por una esquina un viejo militar en retiro, armado de siniestros bigotes y de un bastón que blandía con chocante petulancia. El pequeño le vio y se detuvo al instante. En sus rodillas, circuló vivísimamente un frío ancestral. Viró en redondo y corrió a ampararse detrás del remendón.

—¡Usted, delante, patrón . . . yo, nada! —suplicó.

El de la lezna, sin comprender el justo terror del pequeño, volvióse admirado:

—Hombre, ¿qué te pasa? Camina . . .

No contestó. Miraba al viejo militar retirado con el bastón, que en ese mismo instante cruzaba ya la calle y se perdía por la esquina opuesta.

—Ya se fue, patrón . . . ¡Yo, nada! —gruñó, sacudiéndose de alegría victoriosa, y sorteando el cuerpo del zapatero, corrió a ocupar la delantera, no sin mirar cautelosamente la bocacalle por la que había desaparecido el bastón con su militar retirado.

Debía frisar en los treinta años, pero su estatura y su sonrisa recién llegadas del perfil del primer niño del mundo, le achicaban el tiempo y le daban ese aspecto que tienen los pequeños minutos caídos sobre el pasto desde la Cuenta General del Cielo.

Antes de bajar a engrosar la copiosa hueste humana, no había sido ángel, no había sido duende, no había sido ni mono. Tampoco había gozado de la dudosa progenie adánica, porque de ser así, en alguna vuelta de la Gran Rueda, hubiera merecido la distinción consagratoria de infernalizarse. El, no había conocido el Cielo de los espíritus humanos, ni el Limbo de los aplazados, ni el Infierno de los réprobos. (Los blancos fox-terrier y todos los animales menores, al morir, pasan a un estado crepuscular cuyo medio interno se halla orlado por nubes de leche materna. A la hora del renacimiento, esta dulce sustancia les conduce a un nuevo regazo carnal y, otra vez, a ladrar todo el día, y a recibir bastonazos o platillos de leche en las casas de los ricos).

Quinientos años atrás, y antes de encarnar en su actual cuerpo humano, el pequeño había sido un distinguidísimo fox-terrier de propiedad de una bella literata inglesa, en el Condado de York.

Su madre de hoy, era una pobre idiota que al desembarazarse de él, le había acunado como expósito en un basurero. Así, no conoció a su padre ni a su madre; y como su existencia inmediata anterior sobre el

Mundo, había sobrellevado en cuerpo y condición de fox-terrier, mal podía, al ascender al soberbio Grupo Humano, ocupar la categoría de un niño normal, y peor la de niño rico. Debió nacer así humilde, tontuelo, puro, desinteresado, leal, nosequién . . .

Apareció de pronto cierto día jueves, frente al mohoso portón de la tenería de los Muller.

Cuando los niños le descubrieron, encontrábase de cuclillas, atentísimo como todos los miembros de su raza anterior, ante la boca de un sumidero. Zancudo que salía, iba a dar –soñoliento y flébil– en la perra mano del pequeño cazador.

Uno de los chicos –un pecoso, con la nariz respingada– se le aproximó resueltamente:

–¿Qué haces aquí?

–Nada. ¿Yo? . . . nada . . . sufro.

–Y, ¿de dónde vienes?

–¿Yo? Nada, vine . . .

–¿Y quién eres?

–¿Yo . . . ? No sé quién . . .

–Entonces, puedes llamarte aun cuando sea José.

–José Nosequién –gritaron a coro los otros niños y le quisieron súbitamente. El les enseñó a jugar como juegan los perros, es decir, sin deseo de ganancia, angelicalmente.

Pero, en cuanto los adultos le llamaban, acudía, solícito, y se echaba encima los inmundos fardos, o lavaba los pisos de las fondas, o transportaba salivando copiosamente –pero honestamente– las grandes ollas de hierro colmadas de caldo de mondongo.

Cuando los niños estaban en la Escuela y no había menesteres para él, correteaba solo, retorciéndose de tanto en tanto, y corveteando con cómicos escorzos, parecía querer echarse un mordisco en las espaldas (o en el lejano rabo). Alguna vez, deteníase y se aproximaba al muro más cercano; alzaba el pie izquierdo, lo apoyaba tinosamente en la mampostería y orinaba mirando hacia un costado

Un solo defecto llegó a empañar la cándida animula de José. Se dice que en cierta ocasión, cruzó por el camino del pequeño, un fox-terrier redondo, níveo y perfumado, ostentando una cinta color rosa alrededor del cuello. José lo vio, encendiéronsele los ojos, arriscó la nariz y sin vacilar un segundo, se inclinó a coger una piedra. Al verlo, el fox-terrier lanzó un gemido angustioso y desapareció como esas motas disparadas por las carabinas de entrenamiento.

Al cumplir los treinta y dos años, José Nosequién desapareció intempestivamente del agrio y rojizo barrio de las curtiembres. Sólo una persona conoce la verdadera causa de esa aparente infidelidad. Fue una mañana de junio, luminosa. José acababa de despegar su pie izquierdo del poste que se yergue frente a la tenería, cuando divisó una esbelta figura, avanzando en dirección al edificio.

La párvula alma humana de José en la que mil invisibles hilos de su antigua alma animal se entretejían aún, comenzó a vibrar con la delicada atención del recuerdo.

La figura era la de una bella mujer inglesa. Avanzaba elástica, despreocupada, canturreando quedamente, robada el corazón por el fulgor de junio.

José Nosequién, la esperaba temblando. Brillaban sus ojos, parpadeaba nervioso. Un suave gañido se ahilaba en su garganta. Cuando la tuvo a pocos pasos, lanzó un gruñido cariñoso como quinientos años atrás. Corrió hacia la dama, sonriéndola y describiendo vivas cabriolas de congratulación (como hacía quinientos años, allá, lejos).

Los cinco siglos pasados, fueron en ese instante sólo el delgado velo de un sueño que inmediatamente se desvaneció. La había reconocido con la oscura y dulce porción de lo que fue.

Lanzó otro gruñido de ternura y saltó sobre la asombrada y hermosa mujer. Por un segundo se empinó sobre sí mismo en dolorosa distensión y colocó sus pequeñas manos sobre el hombro derecho de la bella extranjera. Abrió la ancha boca roja, sacó la lengua humeante y, amorosamente, le regó el aliento sobre el cuello.

La mujer lanzó un chillido, nerviosa, ávida, asombrada. Y gritó:

—"Little, Little".

José al oírla, retiró las manos; sus ojos redondos se humedecieron; encogióse avergonzado, húmedo de humildad; describió una vuelta anhelosa en derredor de la bella, y enloquecido de un infinito afán, echó a correr y desapareció.

EL HOMBRE QUE LIMPIO SU ARMA

La víspera de la fiesta de La Candelaria, por la tarde, Simón Atara, el guardián de la Empresa Eléctrica, se hallaba empeñado en la limpieza de su viejo revólver. Siempre que se dedicaba a este pequeño menester ponía una cara misteriosa; y, si advertía que alguien le observaba, su expresión era la de un alquimista abstraído sobre el crisol.

Aquella tarde, aún le dolían los globos de los ojos. El recorrido nocturno le enfriaba, a veces, hasta el corazón. Cerca de la caseta de los transformadores, al borde de la pequeña represa, había encontrado un asno vagabundo. Con sus enormes ojos insomnes el burro le había mirado un instante, y luego, comprendiendo que se encontraba frente al "hombre" guardián, habíase apresurado a descender la rampa y perder-

se. Hacia el amanecer, divisó una sombra entre las matas. Se palpó el arma y apuró el paso. Encontró una especie de mendigo, desvelado.

–¿Qué haces aquí? –le interrogó.

–No tengo sueño, hermano. Salí . . . un momentico.

Los ojos le dolían y empezaban a ponérsele duros como el vidrio. En ese momento descubrió con el oído derecho un pequeño ruidito hacia ese lado y adoptó en seguida el aire interesante del viejo armero. Sus manos grandes y torpes parecían –entonces– tener más dedos que otras veces. Empezó a rastrillar (chic-chic-chic). Y de súbito, reventó un disparo. Lo imprevisto de la explosión le arrebató el arma de las manos y le aturdió durante unos segundos. ¿Cómo podía haber olvidado esa bala?

Se inclinaba ya a recoger el arma cuando oyó un murmullo exaltado y un grito. Miró hacia allá y vio a un muchachito que pedía auxilio, y a los pies del pequeño, el cuerpo yacente de otro chico, con la camisa ensangrentada.

En seguida, sintió que los bordes del galpón percibidos por sus ojos, se erizaban de súbitos peñascos negros. Las lavanderas salían detrás de los chaparros, repentinas y rabiosas como avispas, y venían hacia él, blandiendo pequeñas llamas de color blanco.

Una angustia insoportable le torcía el corazón. En su turbación alcanzó a exclamar, desesperado:

–¡Le maté!

–Le mataste –confirmó una voz suspicaz, maligna.

Se volvió y vio, a sus espaldas, al hombre que cuidaba los grandes carretes llameantes, tenía aún abierta la boca, y se veía el hueco alargado por el que habían caído las palabras de condenación.

Tomó el revólver –con el tambor colgante como una víscera– y echó a correr pegado a los muros del edificio que resonaba como una gran urna repleta de moscardones.

Llegó al puente y se detuvo un momento, miraba el fondo. Tiró el revólver y reanudó la carrera; pero en cuanto sintió bajo sus pisadas el grano ardiente y duro del nuevo pavimento, decidió entregarse. La sensación del árido cuerpo de la carretera; su solidez brillante y su presencia casi infinita sobre los campos, le paralizaron. Comprendió inmediatamente que huía sobre el lomo de un ser que le entregaría irremisiblemente a sus perseguidores.

Ladeó el cuerpo (temblaba) y se pegó a la cuneta, bajo la difícil sombra de los espinos.

Era un hombre desgraciado. ¡En dos minutos!

La desgracia le había despeinado furiosamente, y su pelo tenía no sé por qué, tierra, polvillo sucio. Su camisa estaba desgarrada; tenía los ojos desencajados y sus labios y manos temblaban. (Porque había olvidado un proyectil en su alvéolo).

Al tirar el revólver en la quebrada, había mirado el agua estancada, gorda, verdinegra, entre las piedras. El cadáver de un zorro yacía al

borde, con el fino hocico sonriente de muerte. Tres meses antes, por la mañana, al despertarse, habíase prometido matar a la alimaña. Pero la bestezuela no había sido designada a la bala del guardián.

Dos policías llegaban por la carretera. Los vio venir y salió a su encuentro.

–¿Ha muerto? –preguntó, con los labios sinuosos de temor; mientras daba sus manos a los arcos metálicos–. ¿Cómo se llama; quién es el niño? –suplicó, sin saber lo que decía, en tanto que su cuerpo bajo el registro animal del cacheo.

–Como que no conoces el bocado que comes –exclamó uno de los agentes.

–¿Dónde tiraste el arma . . . ?

–Bajo el puente; no sabía . . .

La dureza de los que le conducían le hizo comprender que debía hallarse cubierto de un orín despreciable.

–Soy un hombre honrado –dijo.

–Eso, lo verán "ellos".

Poco antes del puente les salió al paso un muchacho.

Traía el revólver embarrado en fango.

Apoyado en la balaustrada de piedra, un viejecito, de blanco, semejante a una ave acuática, contemplaba el fondo del barranco. Cuando pasaron, se irguió con extraña altivez y estiró los brazos hacia atrás:

–Canalla –gritó– ¡canalla!

Llegaron. Estaba frente a la enorme puerta del cuartel. Todas las tardes, cuando pasaba, veía a través de ella la fronda verdinegra de los grandes mangos del patio; pero ahora, el edificio entero parecía resoplar furioso contra él, y contraer la gruesa piel de los muros como un monstruo en cuyo interior empezaran a hervir oscuras apetencias.

Los agentes que le habían conducido, desaparecieron súbitamente, devorados por el aire, a sus espaldas. Avanzó hacia él, un nuevo personaje. Era un policía alto y pálido, de hombros caídos; acariciaba constantemente su revólver medio hundido en el bolsillo. Contempló al prisionero, de hito en hito, con mirada cristalina y triste. Luego, sacudiendo desoladamente la cabeza coronada por la alta gorra picuda, dijo:

–¡Vuelves . . . !

–¿Yo . . . ? Nunca estuve . . .

–Digo que vuelves. Te he visto "antes". Parece que nunca hubieras soñado . . . sueños ¡Vuelves!

Atravesaron el segundo patio. Al fondo, en el paredón, estaban los calabozos. Le encerró y se alejó sin prisa.

Al mirar el pequeño muro que dividía los patios, quedó visible sólo su gorra, picuda, solemne. La gorra se detuvo un instante; parecía mirar algo; luego, se deslizó bajo el follaje espeso; mostró el pico, enseñó la cola, y desapareció.

Las paredes y el piso del calabozo tenían pústulas entreabiertas, rodeadas de costras blancuzcas, hediondas Sudaban. A veces, oíase un burbujeo cándido, como el de la boca de un niño dormido.

II

Alguien sacudió las rejas. Una sombra gorda se proyectó en el interior, sobre las pústulas:

—¡Eh . . . !

Frente a él, estaba un hombrecillo grueso y vivaracho Tenía enjoyados todos los dedos, gordezuelos, de lomillos peludos.

—¡Al fin te salió la pepa! —dijo—. ¿Qué piensas hacer? ¡Aquí estoy ya! ¿Tienes ahorros? La Compañía me ha encomendado tu caso. ¡Un asunto embrollado! La Compañía no tiene ningún compromiso contigo, estabas fuera del servicio y realizabas un acto completamente desvinculado. (¿De dónde sacaste ese revólver tan extraño? ¿Por qué consentiste que esos niños jugaran en terrenos de la Compañía?). Ser bueno es ser inagotable; y tú, ya lo ves, estás seco, y no son dos horas . . . ¿Qué dices?

—Soy inocente, doctor.

—Te lo creo, pero debes demostrarlo No se trata de un simple hecho mecánico. Se te escapa un tiro; mata a un muchacho; tú echas a correr gritando como un salvaje que ha tomado venganza y tiras el arma en un barranco. ¿Te parece? ¿Tienes dinero?

—¡Doctor, no tengo nada!

—¿Y tu familia? ¿Tu mujer?

—No tengo a nadie.

—¡Lo siento! Te repito que la "Compañía" no tiene ningún compromiso contigo, ¡Adiós!

Se fue. A los diez pasos volvió con aire misterioso.

—Dí, ¿qué eras "antes"?

—¿Antes . . . ?

—Sí, tus antecedentes. Lo que pudo haberte traído esto . . .

—A veces, sueño . . .

—¡No! Nada de sueños. ¡La vida, lo real! Piensa, y si ya no regreso, piénsalo para el que haya de venir. ¡Adiós!

Antes de que cerrara la noche se le aproximó un agente (tenía ya invisible la dentadura entre el humo). Tocándose el bajo vientre, le interrogó:

—¿Tienes necesidades?

—Sí.

Le sacó del calabozo y le condujo a una caseta en cuyo piso había una grieta humeante. Olía a heces, a sarro tremendo de letrina, a sol podrido, a cieno amoniacal.

Ahora, sólo repetía la palabra "antes"; pero no lograba ubicarse. Su pasado se estrechaba repentinamente a sus espaldas, y no encontraba un

solo día claro. "No tuve escuela. No, matrimonio, tampoco. Padre, no. Madre, sí; luego, concubina, en el mismo cuarto en que moría la vieja". "¡Amalia Mijares!" "Nunca". Sólo sueños. Sueños y coincidencias. Sueños en los chinchorros, en las camas de hierba seca, en los garajes. Sueños: Ellos sí, tenían ese aire de "antes" y de muy lejos, pero todo confundido como un huracán que nunca suena ni se deja ver.

III

Sus espaldas dormidas contra las pústulas del muro, se despegaron chirriando. Era otro día, sin duda: el tercero o el cuarto. No podía precisarlo. El tiempo entraba en la putrefacción general, y él descendía a ese "antes" nebuloso como a una edad de moho.

Vino el ordenanza y le dio un jarrito de guarapo a través de los barrotes. Lo bebió ávidamente.

El cielo estaba nebuloso y bajo. Parecía descansar como un viejo vientre sobre los tejados y las oscuras copas. Recordó la noche pasada. Se había despertado varias veces, sobresaltado, y cada vez, había escuchado la gran lluvia cayendo sobre el patio. Las ramas y las hojas sacudidas. Un viento furioso llegaba en grandes círculos desbordantes; se rompía sobre el pueblo, sobre el cuartel y los árboles. Entonces, desde las altas ramas, caían los mangos maduros. Caían sordamente y el patio resonaba. En ocasiones, descendían sobre las hojas de zinc de la letrina y el ruido era amenazador en medio de las tinieblas.

El ordenanza se alejaba ya con su jarrito, cuando Atara recordó la sonora caída de los frutos durante la noche, y le llamó:

—¡Chico . . . ! El muchacho se volvió.

—¿Oué hubo? —dijo.

—¡Pásame un par de esos mangos, chico!

En el patio enchareado veíanse varios, gruesos, amarillos. Algunos enseñaban la piel reventada por el porrazo. ¡Otros, se habían incrustado hasta la mitad en el barro y parecían almendras en un enorme pastel!

Después de comer los mangos, volvió a sentarse.

Contra todo lo presumible, experimentaba una opaca pereza de pensar en su situación. Sentía que todo había terminado, de pronto, contra un muro de nubes negras. Se había estrellado contra los "otros".

Los "otros", pensó con asco triste de solitario. ¡Los "otros"!

Y llegó casi a sentir la oscura, suspicaz presencia de los demás, urdiendo en la sombra de lejanos rincones, un instrumento para destruirle.

Esta vez no tenía remedio; lo presentía con rara claridad.

Los "otros" tienen amigos, son amigos entre sí; se buscan y se hallan, conspiran y de sus reuniones y consejos nace la riqueza, el curso de la vida. Y él, había sido incapaz de encontrar a los "otros". No tenía un solo amigo, aquel que se necesita cuando el propio rostro se oscurece y

abandona el día . . . Por otra parte, ni como hombre había sido capaz de sacarse de la sangre un hijo, o una sombra. ¡Nada!

Por eso, no se alarmó cuando al atardecer de cierto día de la quinta semana de prisión, fueron por él dos agentes. Uno de ellos, a guisa de explicación, le dijo:

—Te llevan al Distrito Atamaragua; a órdenes del Juez Carmona. ¡Qué viajecito . . . !

IV

Salió. Una camioneta de la policía, esperaba. Entró encorvándose como un animal y desapareció en la oscuridad. La puerta cayó con un sonido de cuchillo, y el vehículo se puso en marcha. Le pareció que había caído en un pozo, y que éste giraba sin cesar. Ahora, el pozo se inclinaba hacia la izquierda y retrocedía por el aire y el tiempo. Se deslizaba velozmente hacia atrás. Era, casi, un retorno hacia la nada. Duró dos, tres, cuatro horas. Al fin se detuvo con una sacudida. Toda trepidación cesó y pudo oír que los agentes descendían. Segundos después abrieron la puerta:

—¡Preso, puedes salir! —dijo una voz.

Descendió a tientas. Era de noche, ya.

Se habían detenido en una eminencia. La carretera brillaba en los topes de las ondulaciones, contra la luz difusa del cielo nocturno.

Simón Atara, se aproximó a la cuneta: estaba llena de flores menudas. Orinó mirando el horizonte: un pueblecito, en el valle, mantenía encendido un puñado de guijarros.

Se volvió. Los agentes bebían de una botella. El alma punzante del ron se expandía. Hablaron entre ellos, y, enseguida, el más alto se le aproximó:

—Preso, bebe un sorbo.

Simón Atara tomó la botella. Temblaba. La pegó duramente a los labios, un momento. Al devolver el frasco, miró la etiqueta bajo la luz azulada, y leyó: "Ron del Olvido". "¡Nunca, pensó, he visto un ron de esta marca!"

Pero, sabía bien, quemaba, y eso era suficiente.

Antes de que el vehículo arrancara, había perdido el conocimiento. Un sueño pétreo hacía rebotar en el piso su cabeza coronada de fuego.

Así, durmió cinco horas.

En la primera intersección del alba, bajo un cielo de hueso, frente a una extensión poblada de cordones, el coche policial se detuvo por segunda vez. Por el nivel interior de la carretera, pasaba una caravana de mercaderes de cobijas. El pelo de chivo dispersaba su olor belicoso y acre.

Los agentes bajaron a desperezarse. De sus bocas salían mechones de vaho.

Bebieron su ron y luego le abrieron la puerta.

—Preso, toma otro "palito".

Le vieron salir, arrastrándose, al filo pálido, desde la oscuridad del cubo. Cogió la botella y la alzó hacia la claridad escalofriada del amanecer. El líquido estaba ya oblicuo. Antes de resolverse, quiso releer la etiqueta, pues, tenía un vago malestar por el trago de la noche. La etiqueta roja, decía: "Ron del Recuerdo".

Sintió que se ponía lívido y una especie de calambre abdominal le obligó a abrir la boca. Estaba a punto de gritar. Les miró a los rostros: estaban ahí, indiferentes, con un poco de cansada piedad, mirándole. Seguramente, ignoraban las extrañas transformaciones.

—No, gracias, estoy muy débil —dijo.

En la dureza con que lanzaron la puerta, comprendió que les había disgustado.

Llegaron a la fortaleza cuando el oriente enrojecía. Pasó por entre inmensos muros que parecían de metal martillado o de piedra madurada al fuego. Oyó los largos picaportes roer las muescas. Una corneta brillaba como la misa, entre un fondo de torres huecas. En una pajarera, un viejo guacamayo trepaba por la tela metálica, hacia un rayo de sol.

Al fondo del tercer patio, estaba la celda.

Detrás de los soldados había salido un hombre inmenso, y le dirigía. Le vio un poco después que al guacamayo. Este hombre, tenía, asimismo, algo de rojo y azul entre las llaves. Y una edad profunda.

Antes de que le cerrara completamente la puerta, Simón Atara metió una mano en el abra, suplicante, y le preguntó:

—Diga: ¿cuándo me llamarán?

—Oh, el Juez Carmona es lo más alto que hay desde hace cinco días . . . ¡Quién sabe!

—Pero, entonces . . .

—Quita la mano, o te muelo —gritó el hombre. Y la puerta se cerró.

En el silencio que sobrevino, se le reveló aquella presencia: Era un ventanuco redondo, con los barrotes en cruz. Estaba a tres metros del piso. La voz inagotable del mar llegaba por el aire sucesivo y a ratos, como ilógica espuma de esa extensión, entraba la cháchara, la vaniloquia de una voz humana, bordada en el rumor de la marea. Iba y venía, como una falda. Burbujeaba a lo largo del día y de la noche. Quizá no era el mar. Tal vez, sólo el viento, que sabe mentir lo mismo, y remedar extrañas condiciones. Eran largas frases; siempre cambiantes, como el agua y el viento: "En esa hora, ya acarreaba el accidente a mi vida. Con estas manos que me desconocen yo aporté el suceso. Porque alguien vuela constantemente sobre mí, y ocupa mis descuidos como un nido lejano. Ahora, digiero los actos olvidados. Y el mar es un tejido de justicia . . . "

V

Hacia las once de la noche del undécimo día, fue bruscamente arrancado del sueño y de la celda. Cuando la luz de la "guardia" le iluminó, pudieron ver los soldados aquel rostro próximo a la calavera; aterrado, las sienes hundidas por la fiebre; el palor de la tabes consuntiva.

Le condujeron por las desiertas calles del poblado hacia una casita de las afueras. En un corredor, bajo una bombilla semejante a la yema de un huevo, los últimos cuatro jugadores de dominó, alzaron la cabeza.

Había llegado. Era un patio pequeño. Un hombre, muy alto, se paseaba. Entraba y salía de cierta oscuridad. Una mujer enlutada esperaba sentada en una silla. Cuando le vio aparecer entre los soldados, rompió a llorar con unos estremecimientos que hacían daño. Oíase su nariz humedecida.

El hombre alto –el Juez– encendió entonces otra luz que lo vistió de brillante negro; pero su rostro –muy blanco al parecer– continuó hundido en la sombra.

Empezó inmediatamente con el prisionero:

–Tú, colócate aquí. Así ¡No!

–Así. ¡Eso! Como si fueras a abrazarla de repente, o a lanzarte sobre ella. Recoge las pantorrillas. Quiero rehacer el cuadro . . . ¡Eso!

–Y usted, misia, muéstrele el vientre como para el agravio, así. ¡Ahora!

Simón Atara vio los ojos de la mujer. Estaban oscuros y transparentes como el humo. Su pelo tenía una líquida película de luna. (La recogería por el camino). Sin embargo, no era Amalia Mijares, a la que cierta vez en la playa desierta de Daraguaní, había pateado brutalmente en el vientre grávido. No era ella, la concubina muerta.

Se sacudió. Y retrocedió llorando. Exclamaba:

–No, doctor. ¡No es así; no es esto! Yo maté involuntariamente a un niño. Yo no sabía. ¡Yo no!

–¡Eso mismo! –dijo el Juez, con dureza–. No veías al niño, pero el niño estaba allí; jugaba o soñaba, con su pequeña vida, ¡con su camino que le hubiera llevado a hombre!

Se volvió a los soldados y les ordenó:

–A la celda N° 5.

En el camino se regresó, alzó el rostro hacia los soldados y les imploró:

–Por favor, ¿qué quiere el Juez de mí? ¿Quién es él . . . ?

–Humm –gruñó el que estaba más próximo–: el Juez Carmona es lo más grande que hay ahora. ¡El Manda! Como que escribió los Códigos; con la mirada emborrachaba a los tigres en los pozos, ahora, está probando unas leyes que van directamente a los crímenes . . .

–Ajá– dijo atrás una voz, "su" voz. Al oírla, temblaron todos y aceleraron la marcha.

Promediaba la mañana, cuando los soldados le condujeron al despacho del Juez Carmona. Un calofrío extraño le surcaba por las piernas al avanzar. Abrieron suavemente la puerta y le empujaron.

Estaba en un inmenso salón rectangular. Al principio no logró saber a qué lado dirigirse. A la derecha, lucía un gran ventanal que arrancaba a ras del suelo. En el centro, casi pegado al muro, se alzaba un escritorio sencillo; detrás, respiraba una sombra. Sin que le llamara, se fue aproximando. Un imán poderoso le atraía. A dos pasos del anciano se detuvo.

Debía haber sido cazador, domador de potros, arcángel de jinetes; boga, entre las grietas aulladoras del agua; espía del alba entre las montañas; general de guerrillas en las llanuras. Podía tener cien años, o más; pero sus brazos eran aún capaces de sacudir a un caballo empuñándole la piel del lomo.

Le coronaba un mechón de espuma gris, azulosa. Su rostro, surcado de finísimas arrugas, tenía la forma de una vasija india. En ella, los ojos — dos incisiones oblicuas— estaban constantemente velados por el polvillo de las pestañas entrelazadas. Pero, como aguja, su mirada buscaba el rostro del interlocutor. La boca de comisuras apretadas, demostraba en todo tiempo poseer una alusión irónica para todas las cosas. Habían caído ya sus cejas pero los músculos supraciliares, gruesos y prominentes, movíanse con áspera elocuencia.

—Tus cinco testigos llegaron anoche. ¡Me ha costado encontrarlos!

Simón Atara entreabrió los labios secos y aspiró ansiosamente: iba a decir que "su accidente" no había tenido testigos. Pero el anciano se anticipó.

—No me digas que nadie presenció el hecho. El tiempo tiene cuatro direcciones; la quinta ya no es tiempo sino unión de tiempos . . . De los cuatro costados de tu vida tengo informes; y . . . una mujer . . . ¡Anda! Siéntate: en el fondo hay un banco.

Atara dio media vuelta y se encaminó en silencio. Pegado al muro, entre la penumbra encontró el asiento. Un frío trágico se apoderaba de su corazón.

Desde "su" oscuridad, vio al anciano volverse hacia la pared y tomar un libro. El anaquel era alto y estaba repleto de textos de astronomía No leía otra cosa. Afirmaba que la astronomía le ayudaba a entender los hechos menudos y las grandes causas.

Desde "su" oscuridad, Simón Atara miraba el otro extremo de la gran sala y, a ratos, creía comprender el extraño ventanal. Arrancaba éste al nivel del piso y se elevaba hasta tres metros, grueso como un torrente, o una fogata de luces verdes. La vidriera estaba constituida por una inmensa plancha de cristal en cuya superficie entrelazábanse arroyos de hojas. Abajo, en lo que podía tomarse como raíces, la luz se volvía súbitamente negra.

(De pronto Atara sintió que aquella gran ventana podía ser su madre; o la gran mujer con la que se acostaban todos los hombres; o su tierra recorrida de surcos y caminos; o esa mujer que venía con los testigos; o la muerte, o la vida, o la Diosa de Dios . . .)

El anciano dejó el texto y se aproximó a la ventana. Su cuerpo envuelto en intenso negro se recortó por un instante sobre el rabioso ramaje; pero, en seguida, empezó a disolverse en el dibujo, al tiempo que las hojas y las ramas le absorbían la sustancia, como espesa savia nocturna, y engrosaban. Sólo entonces, cuando la fronda había engullido el gran cuerpo del magistrado, Simón Atara pudo distinguir los verdaderos perfiles del vitral: la fantasía del vidrierista había estampado en aquella superficie la carta geográfica de la patria. Era el suelo nativo, recubierto de hojas y de ramas, el que se ponía gordo de sombra, rugoso de oscura savia, cuando el cuerpo del Juez se pegaba a la extensión patrimonial.

Súbitamente el anciano se retiró. Hubo un sonido extraño; casi un chasquido de superficies húmedas al separarse. Y las figuras recobraron su transparencia.

VI

Media hora después chirrió la puerta y entraron cinco sombras agrupadas. Parecían inmigrantes. Todos miserables. Los testigos, quizá.

El alto, tenía las largas arrugas de los payasos definitivamente tristes. (Con las hondas arrugas transversas de los carneros y el sombrero sucio entre las manos, se acercó el segundo). Quién sabe de dónde, el tercero –delgado, el pelo amarillo y lanoso; titubeaba–. (El último, una especie de vagabundo, abúlico, ventrudo, andrajoso, buscó dónde sentarse).

¡De qué mares, de qué montañas, de qué horribles ciudades o escombros, o cuevas, o cuchitriles, habían salido! Pero estaban todos, y ella, con ellos. Ella: ya vieja, con sus medias torcidas, color de berenjena, rotas; sus dos dientes solitarios en el balcón podrido, sus ojos casi blancos, hialinos y suspicaces. Antigua prostituta –tal vez–; proxeneta judía, griega, apátrida. Y a pesar de ser tan diferentes, una suerte de velo común iba de un rostro a otro con un color de consanguinidad.

¡Y es que todos estaban ya asimilados por América!: tenían las bullentes arrugas solares alrededor de los ojos; el iris rayado de sonambulismo, la palidez mortal de las articulaciones, como miel en las manos.

–¿Es ese el hombre . . . ? –les interrogó el juez.

Se volvieron todos, a un mismo tiempo. (El anciano pudo mirar esas espaldas que conocían tanto las grietas y los surcos de los campos como camas supremas. Y ellos miraban hacia el fondo. Miraban, codeándose. El rostro de Simón Atara se les fue revelando lentamente: delgado, enfermo, alucinado. ¡Ya era otro!) Era el hombre: lo miraban, lo miraban.

¿En dónde había visto él la cara de payaso entristecido? ¿Y la de la vieja judía? (tenía las medias torcidas, color de berenjena, rotas) ¿Y al vagabundo gordo? Alguna vez pudo quizá encontrarle durmiendo a la entrada de un garaje deshecho. ¿Les había visto en sus sueños, o en las calles? No podía decirlo.

Le miraban y parpadeaban, confusos.

–Sí, el mismo –dijeron en coro.

Hubo un silencio, vacuo, en el que una sombra ridícula empezó a dar vueltas, y tuvieron la vaga impresión de que habían cometido un error.

–¿Lo pueden sostener con juramento . . . ? –clamó el anciano.

Tornaron a mirarle. Los cinco entrecejos se contrajeron de repente. Aquella repulsiva nariz engranujada y sin embargo pálida; esos ojos vagos medio desorbitados; ese cabello tieso, enorme, sucio; sí, todo eso era de él pero no era él mismo. En cambio el de pelo lanoso y amarillento, ¿no era el que trabajaba zapatos en su puesto del portalón? ¿Había conversado alguna vez con el de rostro de carnero; o le había topado entre los neblinosos parajes de algún sueño? El rostro de Atara empezó a temblar de un modo curioso, como si estuviera bajo el agua. Sudaba. Estaba a punto de ahogarse. Lo miraban; se frotaban los ojos. ¿Era él? Al fin lo vieron toser lastimosamente y llevarse una mano al pecho. Delgado, enfermo, alucinado. ¿Podía haberle cambiado tanto la prisión? Iban a ser tres meses ya. ¿O es que padecía alguna enfermedad secreta, muda, maligna? Tal vez.

–Sí . . . ¡ No . . . no ! ¡No es él! –dijeron.

–¡Ajá! –exclamó el anciano, con su más honda entonación.

Luego les arrojó una mirada fina, burlona. Estaban entristecidos, emporcados por el error y la confusión. Estaban vacíos, desamparados.

–Fuera de aquí –dijo con rudeza; y las cinco sombras salieron.

Simón Atara, en medio de "su" oscuridad callaba contemplando al Magistrado. Le vio tomar un grueso volumen y leer en él durante media hora, más o menos. Al cabo de ese lapso, le vio arrojar el libro y le oyó suspirar. Seguramente había olvidado la presencia del prisionero.

Se paseó un momento, mascullando algo confuso, y en seguida se aproximó a la gran ventana. Como otras veces, se pegó a la superficie.

Allí estuvo largo tiempo. (Sobre la mujer inmensa, o la Diosa de Dios). Oscuro dipodoclus asomado a la umbría del Génesis, con ansia de comprender los arroyos de vida que ya se habían abierto.

VII

Durante las semanas siguientes, Simón Atara pasó acostado sobre la pobre tarima, en la oscuridad calurosa de la celda. La enfermedad le corría las espaldas y las vértebras, como un lívido orín. Oía estallar; a veces, le surcaban dolores fulgurantes.

Hacia el amanecer de cierto día, fue sacado. (Había oído sonar el

cuerpo ruidoso de muchos ríos ya borrados, y los embudos de ciudades sepultadas por las tolvaneras).

Una especie de transconciencia fría y estática, le decía que todo estaba bien, hasta ese olor de animal moribundo en el que se reconocía.

Pero no lograba sentir su alma, aquel remoto lugar de oscuros verdores al que acudía de antaño, cada noche, el hombre que había sido, para bañar su rojo asno de greda.

Debían ser apenas las tres de la mañana.

Algún remoto gallo cantaba en el vacío, y el ruido de sus olas llegaba más bien como una noción medio olvidada.

Simón Atara sintió en torno suyo los pasos recios de los soldados de la Fortaleza; y, de súbito la voz tranquila, casi irreal, del Juez Carmona: "–Su alma ha muerto antes que su cuerpo: puede arrastrarse sin dolor".

Mientras atravesaban los resonantes corredores, Simón Atara creía comprender lo incomunicable de su situación; las raras mutaciones de las cosas, transferidas desde otras épocas; los hilos extraños que se habían pegado como una baba de otro mundo a su cuerpo; y, sobre todo, la conexión de ciertos instrumentos pardos –actuales– con los negros carretes de una edad negra, ¡sepultada y viva!

Llegaron, por fin, a una pequeña colina.

La brisa del amanecer despertaba en él las grietas de su enfermedad.

–"Es un culpable desconocido" –dijo la voz sentenciosa del anciano– "reclama, por lo tanto, un castigo desconocido". "Llévenle al filo del monte y abandónenle, a fin de que vaya por el filo del monte hacia lo ignorado que aún le falta cumplir su . . . " "¡Denle, pues, su desconocido resto de vida!".

Le vieron alejarse lentamente por el filo del monte.

La consunción, la fiebre, el esqueleto. Iba despacio. Vacilaba. El horizonte era su terror. Vacilaba. Iba. Tambaleaba . . .

El soldado negro que le había conducido hasta allí, dijo:

–Ahí va el hombre que limpió su arma.

– . . . su alma –corrigió un sargento.

–Su alma –repitió el negro, esforzándose.

LA ULTIMA MISA DEL CABALLERO POBRE

TODOS LOS DOMINGOS a las tres y media de la mañana desde el campanario de los Dominicos, un viejo lego soñoliento y bostezando, echa a volar sobre el burgo dormido las campanadas de la misa de cuatro. Al mismo tiempo las grandes hojas de la puerta central del templo giran hacia dentro, tiradas cada una por un fraile. Entonces, el vagabundo que se había acurrucado contra las maderas para pasar la noche, despierta sobresaltado y entra santiguándose y parpadeando por las brillantes luces. Se dirige a la última banca y, tímidamente, se sienta en un extremo, encogiéndose, con las manos hundidas entre las piernas, y comienza a dormirse temblando aún de frío.

El altar mayor destella como una cascada al sol y un ardiente y trémulo rocío parpadea en las nervaduras y los tallados recubiertos de pan de oro.

El misacantano de turno atraviesa el tenebroso laberinto de las crujías y se encamina a la sacristía. Los primeros fieles empiezan a llegar urgidos por el característico afán matutino de los madrugadores del Señor.

Eran gentes oscuras que durante el trayecto habían magnificado sus corazones con el eco fantasmal de sus pisadas, rebotando en las desiertas calles. Era un viejo sastre desterrado en un milenario sobretodo verde; unas viejecitas de manta color de agua podrida; unas viejas criadas, de polleras negras y rebozos negros; unas tejedoras miserables; unos artesanos enmugrecidos por el hambre; algún ex clérigo demacrado y miope; algún bebedor insomne atacado de repentina melancolía religiosa. Y, entre estos seres arrancados a la sombra de los suburbios, aparecían otros, extrayéndose de un dramático desamparo. Eran los ricos de otrora, hoy miserables, los nobles venidos a menos; los que habían sido despeñados por fuerzas ciegas desde sus antiguos nidos de caballeros. Ellos, aparecían con sus rostros espectrales y barbas sombrías de mugre y de olvido, con los codos de los abrigos despedazados, raídos los cuellos, los zapatos silenciosos y fofos de la vejez, los sombreros floridos de lamparones. Ellas traían el color del ayuno en los rostros entristecidos, las mechas del pelo secas y opacas por falta de vitalidad, los antiguos abrigos de terciopelo desollados como la piel de las viejas ratas; las medias rotas y retorcidas alrededor de las magras canillas, los zapatos con los tacos ridículamente huecos.

No habían logrado olvidar la rancia tibieza de la misa dominical y como su pobreza no les permitía exhibirse ya a la luz del sol, cumplían el precepto entre la penumbra del amanecer. Terminada la misa corrían como azoradas alimañas a sus lejanos agujeros; así su viejo pudor no se veía sacrificado.

Tras las puertas de sus sombrías cuevas, agonizaban en decoro silencioso hasta la misa del domingo próximo en que volvían con su

amor y su miseria a prosternarse ante el altar resplandeciente. Entre estos furtivos fieles del amanecer se contaba desde hacía ya varios años un viejo caballero llamado Matías Iriarte. Cuatro lustros atrás, su paso marcial había resonado en los salones aristocráticos; los gavilanes de su pluma de gobernador habían rechinado en los papeles oficiales; su puño de oro había descansado en los relucientes percheros de los hoteles metropolitanos y, en su solapa había ardido un clavel que se hizo célebre por su cotidiana infalibilidad. Los banquetes que ofrecía estaban aureolados de grande prestigio, y sus fiestas duraban siempre más de dos días. En una de éstas, hacia la medianoche, ardió la gran casa señorial y perecieron quemadas sus dos hijas. Lo demás se lo llevó el irrevocable viento de la ruina. Los amigos desaparecieron y el viejo caballero se ocultó como un hombre que ha perdido el rostro. Alquiló un zaguán de piso rezumante, con un cuartito sórdido en un flanco, y echando las aldabas se dispuso a defenderse de la insolente mirada de las nuevas generaciones. Cada semana recibía un sobre con una pequeña suma, enviada por un eclesiástico, pariente suyo; pero había semanas en que la modesta subvención no llegaba. Y así tornóse aguerrido en el ayuno y en el olvido. Descubrió entonces que únicamente los cuerpos padecen soledad en tanto que las almas mantienen una continua e inefable comunión.

Acariciándose el pulpejo de la oreja, meditaba con natural decoro en estas cosas y esperaba el momento de salir de su zahúrda en los brazos anónimos de los enterradores.

La noche anterior al primer Domingo de aquel setiembre, el viejo caballero dio incontables vueltas a su insomnio y llegó al amanecer con los ojos desencajados y la cabeza hueca. Antes de escuchar las campanadas estaba ya vestido y esperaba el clamor matutino a la luz de una vela que ardía junto a él titubeante y discontinua.

De pronto, por la dormida hondura del amanecer, volaron las primeras campanadas. El anciano salió. Al avanzar por las calles abandonadas y oscuras abrigaba la viva impresión de ser espiado desde el cielo, al mismo tiempo sabía que la piel de su rostro estaba terriblemente macilenta y que sus ojos no serían capaces de resistir la mirada de ninguna persona endomingada. Sin embargo, continuaba avanzando confiado en la protección uterina de la sombra. No tenía camisa este Domingo y directamente sobre su piel sentía el frote áspero del saco, cuyas solapas se encontraban unidas bajo la garganta con un imperdible. Marchaba con mucho tiento, pero su angustiosa prudencia de miserable no le impedía llevar erguida la cabeza.

En cuanto franqueó las puertas del templo se renovó en él ese ligero deslumbramiento de todos los domingos, en el que sentía que su pobreza se entibiaba momentáneamente. Se arrodilló dejando su sombrero sobre el banco y esperó con el rostro entre las manos la aparición del sacerdote. Pero no alcanzó a ver la salida del oficiante ni la ceremonia de

la misa. Sus manos cubrían su rostro y sus hombros se hallaban encogidos, de modo pétreo.

De pronto se despertó golpeado por un alto y sonoro ventarrón: era el órgano entonando, llameante, el kiryeleison de la misa de las ocho. Había dormido cuatro horas, de rodillas, con una especie de sueño anquilótico. La iglesia estaba repleta de fieles endomingados; el ambiente olía a incienso, a Lavanda, a polvos, a ropa nueva, a cabelleras recién untadas. Sin abrir los ojos escuchó vagos murmullos atravesando la música, y pequeños ruidos de rosarios y de chismes a sus espaldas y a sus lados. Mentalmente maldijo el insomnio de la noche anterior y luego su pensamiento se dirigió, rabioso, hacia la altura. Abrió los ojos irritados por un conato de llanto y sin parpadear los clavó en el tabernáculo. "Me has traicionado" —musitó—. "Sí, me has puesto en ridículo ante los ojos de esta gentuza enriquecida. Y yo que venía sólo por amor" . "Pero te juro que esta es la última vez que piso tu templo".

Se santiguó, sellando caballerosamente el juramento y se puso de pie. Cuando se volvió a recoger el sombrero, sus manos temblaban; giró los ojos y vio que se encontraba entre dos señoras de altos peinados. A la izquierda, entre las columnas, hombres elegantes con el sombrero entre las manos, miraban descaradamente a las mujeres arrodilladas. A la derecha, entre las formaciones de bancos corría el caminillo alfombrado hasta la puerta. Se arriesgaría por allí. Con una inclinación de gentilhombre, pidió permiso a las damas, éstas se echaron hacia atrás y él salió casi rozándolas. Sin detenerse a hacer la genuflexión, comenzó a descender. Centenares de ojos curiosos le miraban; él, bajaba, pasaba, atolondrado, Embajador de la miseria, en día de gala. En la mitad del trayecto se le cayó el sombrero. Lo recogió lleno de confusión y de rabia y al reanudar la marcha clavó los ojos en el torrente de sol que caía más allá de la puerta sobre la plaza, y más allá aún en un punto oscuro, cada vez más oscuro, que sólo él podía contemplar sin terror.

DURANTE LA EXTREMAUNCION

ESA ABURRIDA y lluviosa tarde de marzo, el cura de San Cristóbal bajaba muy pegado a la pared, enlodándose los grandes botines de caña en los charcos de la acera, y tiritando, a pesar de ir arropado en su gruesa capa. Dentro de un cofrecillo de plata en forma de ataúd, pendiente sobre su pecho, conducía los Santos Oleos —aceite de olivas y bálsamo, dulce materia pingüe— a casa del cobrador municipal Diógenes Sánchez. A su lado, el

viejo sacristán de la parroquia, sostenía en alto un paraguas verdoso, sintiendo caer sobre su hombro izquierdo, con molesta insistencia, las gotas que se desprendían de los extremos de las varillas.

Durante el trayecto rezaron hasta quince avemarías, repartiéndose equitativamente la tierna oración como una bella fruta, renovada cada vez.

El "sacramentum" se detuvo ante una puerta estrecha y sucia que daba acceso a un patio verdinoso en el que la lluvia caía como sobre un colchón podrido. Los pequeños sapos ocultos –casi misteriosos– croaban inconformes, entre los resquicios de las piedras y bajo los hierbajos salvajes que brotaban a orillas de los muros.

Subieron la escalera lentamente, haciendo esfuerzos por adivinar cada escalón en la semioscuridad del viejo recodo oliente a letrina.

Ante la primera puerta del corredor alto, se detuvieron; el sacerdote miró hacia el interior e hizo una venia compasiva; el sacrismoche depositó el paraguas en una esquina, sin cerrarlo.

Después de frotarse los zapatos en el umbral, entraron. Una señora escurrida, demacrada, con los ojos llorosos y el pelo revuelto, abandonó su asiento a los pies del lecho del agonizante y medio alelada aún, avanzó hacia el eclesiástico. Se arrodilló ante la magra figura y sollozó bajito, con lastimosa ternura, como si, de pronto, hubiera encontrado a aquel que iba a remediarlo todo. El clérigo le puso una mano sobre el hombro y le animó en voz baja:

–Levántese señora Sánchez.

La mujer se recobró y se puso de pie. Casi en seguida, escurrióse entre la mujer y el sacerdote una niñita de unos cuatro años y se arrodilló, imitando a la madre. Su pequeño y gracioso rostro sonreía con inocente felicidad, alzándose ante el Ministro.

–La bendición . . . –ceceó, encantadoramente, uniendo las manitas sobre la camisa, y esperó, sonriente siempre–. Cuando hubo besado la mano sacerdotal, se alzó maravillosamente y se dirigió al ángulo en sombras de donde había salido.

–¿Necesita algo, Doctor? –inquirió, ansiosa, la mujer.

–Nada, señora. Y, ¿desde cuándo está así . . . ?

–Una hora . . . Doctor. Le trajeron casi muerto. Se ha resbalado y se ha . . .

Llevóse la mano a la nuca, indicando el lugar de fractura, y volvió a sollozar bajito, como la primera vez:

–Y ahora –dijo, mirando con sus ojos húmedos el rincón– ahora, qué se harán mis seis . . . El fraile volvió el rostro y contó hasta seis niñas: estaban todas arrodilladas detrás de una cama baja, con los codos sobre el borde y las manos juntas como para la oración de la noche. Sus cabecitas descendían gradualmente desde la primogénita hasta la última. A través de la neblinosa atmósfera del cuarto, el cura bendijo aquel grupo lejano, casi irreal, que hacía pensar en una fotografía triste acurrucada en la lejanía del pasado.

En seguida se dirigió a la cabecera del agonizante, seguido por el sacristán. La mujer se apresuró a retirar un viejo instrumento que colgaba de un clavo detrás de la cabecera: era un irrigador de hojalata con tripa roja, remendada en varios sitios con pedazos de esparadrapo. Había sentido, súbitamente, un irritante pudor, atribuyendo inconscientemente al utensilio un carácter pecaminoso por sus glugluteantes servicios bajoventrales.

El sacerdote miró de reojo los ajetreos de la mujer y emponzoñando violentamente el entrecejo, se quitó la cadenilla de la que pendía la crismera de plata.

Echando una mirada al rostro del hombre –azulado, cadavérico– pensó en la antigua fórmula: "El enfermo ha de ser ungido en los ojos, por la vista; en las orejas, por el oído; en las narices, por el olfato; en la boca, por el gusto; en las manos, por el tacto; en los pies, por lo andado; y en los riñones, por el deleite propio de ellos". Pero, ahora, debía ser breve; era suficiente la unción en la frente. Empezó, pues, a farfullar una oración; abrió el recipiente, y recibiendo de manos del sacristán una mota de algodón, la humedeció en el óleo. "Per istam sanctam untionem indulgeat tibi Dominus". Inclinóse y signó con el pingüe licor la frente exangüe.

Al mismo tiempo, un escalofrío imperceptible recorrió las entrañas del moribundo y, en la fulguración de un instante, abrióse ante sus ojos cerrados, una brecha hacia la sórdida vida en que había chapoteado durante más de cuarenta y cinco años.

En el momento de la unción eran las cuatro de la tarde y llovía afuera. Escuchó la lluvia y sin abrir los ojos, vio el horrible tumbado de la habitación, constituído por grandes parches cuadrangulares de cáñamo enjalbegado –negros ya por el humo y las moscas– que en ciertos sitios formaban grandes vientres chorreantes de telarañas; en otros, abríanse desgarraduras enseñando el interior ahíto de negrura. Girando velozmente sobre la hora –las cuatro de la tarde– vio venir los fragmentos de las tres y luego, los de las dos, con sus líneas sucesivas, y él mismo, encontróse ascendiendo por ellas a lo largo de la calle, después del almuerzo y dirigiéndose por la misma calle, pero en sentido inverso, a la casa en donde almorzó al revés, empezando por el segundo plato y terminando en el primero (sopa de pan). Descubrió que llegaba a almorzar con apetito, pues ahora, remontando el tiempo de aquel mismo día, eran ya las doce y media. Supo que se dirigía al almuerzo, en cuanto se vio frente al instante en que había pensado en ello; pero, naturalmente, ahora, él se alejaba rápidamente del almuerzo, y se vio "anda de aquí para allá", con su vieja cartera de recaudador municipal, desenrollando la mañana que a cada instante se volvía más joven, puesto que no había llovido hasta después de la una de la tarde, cuando oyó aquellos truenos a lo lejos, retronar detrás de la montaña. Así reaparecían ante su asombro las horas transcurridas y eran reasimiladas por él, de cola; es decir, de atrás hacia adelante, de más a menos. Y rumiaba el tiempo devorado previamente, mientras la Eternidad, sonriente, permanecía ilesa e igual a sí misma.

Por la mañana clara iba él, y la última casa en la que había presentado las cartas del impuesto al predio urbano, al venir al almuerzo, resultaba ser ahora la primera, contemplada de este modo. Cuando llegó a las siete de la mañana en esta recapitulación, sintióse ágil y fresco, pero se renovó en su espíritu ese sentimiento de terror al pensar en su vida, porque había escuchado claramente al descender la escalera, que los clavos del tacón de su zapato derecho habían asomado y silbaban al rozar la piedra del último escalón. Entonces, había pensado: "Estos clavos salidos son peligrosos. Si llueve por la tarde, es posible que me desbarate, resbalando en alguna piedra mojada". Y no se había equivocado. A las tres de la tarde –vaga y tumultuosa hora de Jesús– él, Diógenes Sánchez, miserable empleado con mujer y seis hijas, había resbalado, fracturándose el cráneo. Qué horrible silbido el de los clavos salidos de su infeliz zapato derecho.

Todo aquel día –desde las cuatro, hora en que agonizaba– iba a perderse en la penumbra del amanecer, y se enroscaba en este mismo lecho del que ya no se levantaría vivo. Aquí terminaba el día revisado. Eran las seis de la mañana cuando había despertado al lado de su mujer que, a oscuras, se ponía las medias con un largo y susurrante movimiento, entre rezos entrecortados, para dirigirse a preparar el desayuno y aquel jarro de agua caliente con la que él se lavaba el rostro prematuramente envejecido. ¡Qué raro que a un hombre no le sea permitido –¿por quién?– vivir sino la mitad escasa de un día tal! ¿Qué iba a pasar con el resto? ¿En dónde y en qué iba a emplear ese misterioso "saldo"? Y lo más interesante era que no experimentaba miedo ni prisa alguna; gozaba de un delicioso frío de éter y de una paz en la que todas sus fibras se disolvían sin ansiedad ni dolor. Disfrutaba además del privilegio de contemplarlo todo sin abrir los párpados: las seis niñas estaban a su vista, arrodilladas en ese rincón, silenciosas, con los codos hundidos en el borde de la última cama y las manos juntas como para la oración de la noche. De derecha a izquierda, por orden de edades, aparecían sus queridos rostros: Violeta, diez años; Clemencia, nueve; Luisa, ocho; Susana, seis; Rebeca, cinco; Virginia, cuatro; (Virginia, se aparta de las demás y se aproxima a recibir la bendición del sacerdote "que en este instante, me unta la frente con una sustancia fría y perfumada; gracias, muchas gracias, me siento ya mejor"). Pero, he aquí que la primera en presentarse es la última. Virginia, de cuatro años, llegaba en primer término y ocupaba con su bello cuerpo de niña todo el campo de visión. El rostro de la madre, después de darla a luz, habíase transfigurado en una especie de gloria triste y huesosa, mientras alguien –una señora– hablaba de la placenta, en voz baja. Para esta niña no había habido ya pañales nuevos; eran trapos, jirones quemados por las orinas de la penúltima hija, guardados previsivamente.

Rebeca, de cinco años, la penúltima, venía en segundo lugar. (Desde este lado, las cosas cambian de edad y de lugar: ¡qué raro, Dios mío!). Tuvo buenos padrinos –el señor Martínez, la señora de Martínez–

gente rica y generosa; ambos murieron en aquel desgraciado viaje. De vivir ellos, la chica hubiera ingresado ya en una escuela; pero la lotería de la muerte se había interpuesto y ahora Rebeca estaba allí, arrodillada, sin zapatos y sin los dientes de adelante. Y era la que más comía de las seis; quizás por eso, no le importaban la humedad ni el frío y no le atemorizaban los lugares oscuros. Cuando se ponían a comer, había que separarla de las demás niñas, pues de otro modo, les arrebataba intempestivamente sus raciones y las devoraba en un santiamén, hinchando los carrillos de manera que parecían ir a reventar y contrayendo al mismo tiempo el entrecejo con cómica seriedad.

La antepenúltima, Susana, de seis años, llegaba a sus ojos como la tercera (desde el lado de arriba, era la cuarta). Ahora recordaba cómo le paseaba en brazos cada noche, y arrullándola, le adormecía sobre su hombro. Para ella, habían comprado por ultima vez unos pañales, hacía ya seis años. Recordaba (o veía) también la boca de la niña, aplastada contra el vidrio de una ventana, en la casa en que alquilaban por aquel tiempo. El, había salido para algo a la calle, y al regresar vio a la niña con sus labios chafados contra el vidrio, sonriéndole. La rosada mucosa labial, comprimida de ese modo, le repugnó vivamente: parecía riñón de carnero o vulva de mujer; algo pecaminoso, y lo peor, la niña aparentaba darse cuenta del morboso valor de su boca oprimida.

¿Quién venía, ahora? Alguien faltaba; lo había notado poco antes, y era precisamente el niño *Casi-Leopoldo*. Había nacido muerto, y por esta fúnebre circunstancia constituía una especie de foso o de vacío en la femenina cadena de las hermanas. "Nacido muerto", sonaba a burla. ¿Qué objeto había llevado a esa pequeña alma –anímula– a encarnar, moverse "adentro" unos tantos meses sin ser visto de nadie, y luego abandonar el cuerpecillo amoratado y roñoso? Zambullón de mal gusto en la carne, el de este espíritu irónico, para cuya existencia terrestre, ellos, ya tenían listo el nombre de Leopoldo, en caso de nacer varón, y el de Victoria en caso de resultar hembra. Había traído sexo de hombre, pero sexo muerto como todo él, y por esto fue *Casi-Leopoldo*. (El, pensaba siempre con amargura, que no había logrado hacer un hijo, sino un muñeco, un muñeco trágico en colaboración con la muerte).

Retrocediendo por el curso de las filiales apariciones, encontró esta vez a Luisa, de ocho años ya. Le veía andar siempre encogida de hombros, humildosa. Era muda, y quizás por esta razón, la madre le había dedicado a la cocina. "Mi cocinerita", la llamaba él, y la besaba. Cierta vez que llegó bebido, le abrazó llorando roncamente: –"Háblame, dime algo, hijita". El sospechaba que la hija podía hablar normalmente cuando quisiera (y ella también lo sabía); pero que una especie de Terror hacia las Alturas, paralizaba su pequeña lengua. "Luisa, Luisa-Misterio, te amo, adiós".

Contempló en seguida el rostro de Clemencia; tenía nueve años y estaba siempre lejos de todos, lejos de algún confuso modo, y nadie sabía por qué; lejos de sí misma y de los demás, huraña, voluntariosa, casi cruel. Esta pequeña hija les atormentaba con su precocidad y su

eterna mirada insolente. Había estado a punto de ser estuprada en una huida a los campos vecinos; había escapado al acto, pero conocía ya su misterio. (Sobre el entrecejo del moribundo tembló una sombra de dolor, y la imagen de Clemencia se desvaneció en el humo friolento de la tarde. Ella tenía en los cabellos algo de ese perfume extremo y definitivo de la extremaunción).

Y ahora, en último término, aparecía ante sus ojos Violeta, la primogénita, con sus diez años llenos de pureza. Le extrañó mucho encontrarla al último, siendo como era la primera hija. En aquel instante tuvo la vaga revelación de haber marchado toda su vida frente a un gran espejo que retrocedía al mismo ritmo de la marcha del Cuerpo-Sánchez, el que avanzaba repechando incesantemente su propia imagen, en tanto que ésta venía desde un fondo siempre nuevo hacia él, y él mismo, en carne y hueso, iba hacia ella, que llegaba sin fin, retrocediendo, recurrente. No pudo explicarse esto, pero lo sintió claramente como la huida de la hemorragia y la concordante llegada del desvanecimiento. Violeta, diez años de edad, cuarto grado de escuela primaria, llegaba a casa a las once y media de la mañana todos los días, con su cartera de libros y cuadernos; tomaba las ropas de sus hermanitas; cosía lo roto, planchaba, zurcía; les lavaba los rostros, les limpiaba las narices, tomaba la escoba y barría el dormitorio, sacando prolijamente los fofos cúmulos de pelusa que se agrupaban bajo las camas. Al anochecer, sentábase frente a la mesita enana y escribía sus deberes con una atención conmovedora. En seguida y a la misma luz de la vela, tejía en silencio las randas y encajes que vendía después en diversas tiendas de la ciudad, entregando a la madre todo lo que obtenía.

El agonizante vio como el cuerpo de su primogénita se iba aminorando progresivamente y regresaba de este modo a la infancia, cuando él la llevaba calzada con breves zapatitos blancos de vaqueta a visitar a la abuela. La contemplaba después durmiendo en su cuna de mimbre, cubierta con un velo color malva en el que se hallaban bordadas pequeñas mariposas de seda azul. (En este momento, recordó que pocos días atrás le había sorprendido llorando sobre las randas que tejía; se aproximó y le preguntó: "¿por qué llora m'hija linda?" Ella calló al instante; no pudo responder en seguida. Después de unos segundos alzó el rostro: —"Papá, a veces siento que todas las cosas del mundo se van a hundir en una de estas noches y yo me voy a quedar sola, llorando, sobre una piedra blanca como la luna".

—"No sea tontita", le había dicho él, acariciándola; pero al alejarse, sintióse confuso e intranquilo, porque aquel oscuro sentimiento de la hija, era una visión que le atormentaba a él mismo durante el sueño, cuando caía enfermo. "Mi alma debe estar muy unida a la de ella . . . debe haber algún hilo . . . ".

Una noche, once años atrás, estaba acostado al lado de su mujer y oían el silencio de la alcoba demasiado grande para ellos; de pronto, la mujer le tomó una mano, diciéndole: —"Tócale, sientes como que se

mueve". El extendió la mano sobre el vientre grávido de su compañera y sintió el forcejeo delicioso de la niña-crisálida en la ceñida penumbra del regazo materno. A la noche siguiente, le oyeron llorar; gemía tierna y oscuramente en su prisión uterina, adivinando ya el brillo siniestro y hermoso de las formas del mundo y de los días. "Cuando lloran en el vientre, son felices en la vida", sentenció entonces la mujer. "Sí será feliz", pensó el moribundo, conversando desde su lecho con esa voz que hablaba dieciséis años atrás. "¡Violeta-Feliz, te amo, adiós!".

Después de todas las niñas, e inmediatamente detrás de la primogénita, como una hija última y solitaria, vio asomar el rostro de su mujer. Desde este "lado", la encontró primeramente en toda la sazón de su gravidez, que poco a poco, fue desvaneciéndose como una nube, hasta que la contempló delgada y tímida como el primer día, cuando aquella mañana, bajo el sol de un domingo de Pentecostés, pasaba a misa, envuelta en una mantilla negra, con los ojos bajos. Usaba entonces unos vestidos largos y oscuros con el cuello muy alto, guarnecido de encajes que ella misma tejía; y se distinguía por su cabellera larga y lustrosa que se recogía en un gracioso rodete sobre la coronilla; esto, le hacía aparecer más alta; esto, y la actitud de noble dignidad que guardaba al andar. Después del primer mes de casada, su hermoso rostro fue perdiendo el brillo y el antiguo perfil de modestia y distinción, fue a acurrucarse en una figura sumisa, dolorida y opaca. Fue descuidando poco a poco el estado de sus vestidos y el arreglo de su persona hasta olvidar el peinarse cotidianamente como había sido su costumbre de soltera. Ese cabello, seco, apagado y roto a trechos, despertaba en él una punzante ternura mezclada con una sombra de melancolía. "¡Lolita-Despeinada, te amo, adiós!".

Ahora, él tenía once años menos y retornaba a su juventud, sintiendo alrededor del alma, la levedad de *aquel tiempo dulcemente girando los trompos franjeados de rojo y azul cuando alzaban los brazos dulces muchachas colegialas uniformadas.*

Trabajaba entonces como copiador de actas –chupatintas– y, a veces, a la madrugada –aún no tocaban las campanas– apartaba las frazadas y buscaba a tientas la bacinilla de hierro enlozado, y poniéndose de rodillas en el lecho, orinaba soñoliento aún, cabeceando peligrosamente, pero sin derramar el líquido amarillo-humeante fuera del receptáculo.

Cuando descendía al comedor de la pensión, la fragancia del café le salía al encuentro en el primer rellano *con los ojos oscuros y los senos panes blancos calientes cantaban echándose hacia adelante amasadoras sobre la pasta dorada redondeándose los niños ocultos por los maridos cuando regresaban borrachos y escondían el dinero sobrante en los zapatos Sinvergüenzas todo el tiempo y botarate sal de mi casa.*

El, había sido siempre el joven honesto, el muchacho en el que fían los mayores, mascullando la palabra "modelo" con admiración casi infantil, pero con viejo orgullo. Frente a la pensión había una panadería;

él contemplaba a las panaderas, entregadas a su tarea, con los brazos desnudos sobre la masa dorada.

Una de ellas –tenía él veinte años entonces– *de noche te espero aproximándose aún más y unidos sintió subirle las entrañas cuando quiso decirle espera espera un poco los ojos de la muchacha caídos ya no no todavía un poquito más de nuevo esta misma noche no podrá amasar pero sus manos en la oscuridad del zaguán como si viera mis botones siempre se ponen así caídas para el amor No no pueden venir basta ya y entonces nunca y abandonada ni tendré cara para regresar.*

A cada instante perdía su vida en la levedad del pretérito, reconquistándose en creciente disminución hasta sentirse angélico de ingravidez y de inocencia. Había nacido de un encuentro violento y ciego, en un miserable ataque de furor carnal perpetrado sobre su madre, una noche de agosto en el campo, mientras los fuegos fatuos de la pradera danzaban en torno al estupro. No conoció a su madre, muerta en el momento del alumbramiento, pero ahora la sentía encerrándole en su entraña de sombra encarnada y húmeda a cuyo fondo él se sabía atado por un fino cordón de seda, a través del cual experimentaba las alegrías y las tribulaciones de la desconocida carcelera. Pero, en este momento, la carcelera retrocedía, gimiente, para darle acceso a un mundo invisible. ¡Retornaba, al fin! Un ámbito extraordinario le recibió como un nuevo vientre y le acunó adormeciéndole, hasta el futuro nacimiento.

El cura de San Cristóbal, bajó el paraguas chorreante, ascendía ahora por el centro de la pedregosa calle. La lluvia había cesado, pero una llovizna rala, se pulverizaba aún en el aire . . . "Recuerdo el día que les casé –dijo, volviéndose al sacristán–, tenía ella un pelo negro muy lindo, muy brillante, y se peinaba con una gracia que nunca he vuelto a ver en ninguna otra . . . "

EL ULTIMO REMEDIO

Cierto día llegó el último remedio: un reclinatorio de raso para el cielo. Pero no lo pudo usar debidamente. Sin embargo, Manuel Crovo lo estuvo esperando durante dos años; sí, y cuando vino, se realizó una especie de boda, o por lo menos, una tentativa de boda en la que el sueño actuó como padrino misterioso, vestido de profundo terciopelo negro.

Margarita Rivas, la gorda bordadora de blusas y polleras de pacotilla, estaba realmente enamorada de su marido Manuel Crovo, el ex mercachifle hoy enfermo, ético.

Tenía ella una tienda con un altillo, medio desván, medio soberado, que miraba o parecía mirar a la calle de los Redentoristas, por un balcón de muñecas cubierto por un sobradillo de tejas renegridas. En el altillo tenían la cama matrimonial, la percha de ropas preservada por una sábana corrediza y los baúles de todo lo de guardar. Cuando a él le empezaron aquellos accesos, esas fiebres, esos sudores nocturnos, ella, sin dejar de quererle, separó cama, es decir, compró para él una cuja de hierro que colocaron frente al lecho matrimonial, como una bestia frente a su madre. Sin embargo, y a pesar de esta separación, él continuó reuniéndose con ella por la noche o al amanecer. Saltaba de su cuja de enfermo y buscaba a la mujer en la oscuridad. Ella siempre sentía la mano del marido sobre el vacío del riñón derecho, removiéndola: –"Margarita, despiértate". Y ella le acogía como a la Muerte, revestida de amor, movida de amor, con sexo de hombre. Luego, él retornaba a su cuja, y ella, satisfecha, plena, oíale quejarse durante horas, y toser secamente, con esa tos de tierra vieja que se desmorona poco a poco.

Desde el altillo se descendía a la tienda enladrillada por una escalera de caracol: la tienda, espaciosa, tenía todas sus paredes cubiertas de percheros de polleras de lana con la orilla bordada, y de blusas de zaraza en colores picantes. A través de una ventana, últimamente ensanchada, indias y cholas codiciaban las llamativas prendas. Frente a la tienda y casi bajo la escalera de caracol, se hallaba empotrada la cocina y desde ésta, salvando una mampara de vidrios ennegrecidos por el humo, extendíase hasta la puerta de calle un zaguán angosto como un gargüero empedrado de cantos rodados entre los que corrían dibujos florales realizados con amarillosos huesos de res.

En el centro de la tienda, ella –gorda, exuberante, infatigable– trabajaba inclinada sobre su "Singer" de seis gavetas. Era una jardinera en seco: sacaba de los ovillos policromos, centenares de flores, muchas inventadas a última instancia, y las iba estampando por la cotidiana magia del bordado a lo largo de las larguísimas orlas de las polleras y sobre las chillonas pecheras de las blusas. A un lado de la máquina, estaba siempre una banca colorada cubierta por una alfombrilla, que casi nunca veíase desocupada. La llenaban por turno una vecina y otra, esta amiga de aquí y esa de allá. La gorda bordadora charloteaba con todas sin desatender su labor, inclinada siempre, escuchaba, departía, contradecía y, a veces, echaba a reír con una jovialidad –llena de hoyos la barbilla y los cachetes– capaz de alegrar la tristeza milenaria y boba de un carnero.

Los días jueves salía con su policromo negocio al mercado. Muy por la mañana, se la veía armando en su puesto el toldo de varas sobre las que extendía una sábana cuadrangular cuyos ángulos ataba a los extremos de aquellas. Luego, rodeada de sus cajas repletas de blusas, polleras y gorras de niños, sentábase junto a la pértiga, sobre una banqueta en

forma de equis. Sus carnes rebosaban las dimensiones del asiento y su jovialidad, el perímetro del toldo. Vendía siempre más que todas las de su oficio y a la caída de la tarde retornaba con el bolso atiborrado de ganancia.

Desde que supo que el marido estaba enfermo, su jovialidad dio paso a un constante y tembloroso estado de ternura. –"Quiero cuidarte como si fueras m'hijo"–. El, con el rostro huesudo y ardiente, esbozó un gesto de asombro y defensa. –"Sí, como si fueras m'hijo; y desde ahora, bota toda esa mercadería y siéntate. Tienes que descansar. Me da vergüenza ser tan gorda a tu lado; ¡qué dirá la gente!"

Desde entonces, él se pasaba en el altillo, recostado, oyendo el run-run de la máquina.

Cierto día le confió que se sentía sano y deseaba volver a su trabajo. Ella se opuso, alegando que aquella repentina sensación de salud se debía probablemente al sueño tranquilo de la noche anterior. Pero él porfió y la mujer consintió finalmente en que se dirigiera a su antiguo proveedor de mercancías. "Te va a hacer daño; sabe oírme y quédate sentado", –le rogó antes de que el marido franqueara el umbral–. "Si me siento mal, regreso enseguida", le contestó él, poniendo en su voz ese lejano dejo de ternura obediente que tenía para con su madre.

Ya fuera, al sentir sobre el cuerpo el envolvente y tibio sol de la mañana, experimentó un profundo sentimiento de cariño y gratitud hacia la mujer que quedaba dentro sobre la máquina; y, pensando en sí mismo, sintió lástima de no ser ya capaz de amarla con la intensidad que se merecía. Por su parte, la mujer, en lo más oscuro de su corazón, alimentaba la torturante idea de haber sido la causa inmediata de la enfermedad del marido. Por esto, sentíase cada vez más dispuesta a agotar todos los recursos para salvarle y de no ser posible la curación total, se decía que lo atendería con la solicitud de una madre hasta el último instante.

Cerca del mediodía, volvió él vencido, con las mejillas cenicientas y los pómulos extrañamente encendidos. "Tenías razón m'hija" –logró decir– y fue a tenderse en la cama, acezante.

Desde entonces, la mujer le prohibió tiernamente toda clase de esfuerzos, y se aplicó –llena de recato– a la tarea de buscar el remedio salvador. Esta búsqueda estaba llena de dificultades y, a veces, tornábase sospechosa en el ambiente mezquino de la pequeña ciudad.

"A cualquiera que pregunte por qué estás así, le diré que padeces del hígado", –propuso ella, con dulce complicidad–. "Y también que tengo insomnios", –propuso él, tacteándose las mejillas sumidas. Y bajó a continuación la cabeza, avergonzado, pues desde que se le reveló el mal, se avergonzaba fácilmente ante su misma mujer.

Dos días después salía ella con dirección a un pueblo vecino, en donde –le habían dicho– residía un viejo indio curandero.

Sostuvo una larga conversación con el anciano, detrás de la choza, sentados ambos sobre unos cueros de chivo.

El indio debía frisar en los noventa años; tenía una ancha cara color chocolate; un bigote ralo, de tipo mongólico, le caía a ambos lados de la boca hundida; sus pómulos estaban aún tersos como los de un muchacho, y sobre ellos, oblicuos y maliciosos, brillaban furtivamente los ojos entrecerrados.

Empezó dirigiendo el rostro a la montaña y mantuvo la mirada perdida en la lejanía fulgurante de sol. Así, permaneció un cuarto de hora aproximadamente. A veces, extendía la mano derecha –enorme y nervuda– y, sin mover el rostro, se espantaba una mosca. Finalmente, manteniendo la mirada fija en el horizonte y sin cambiar de postura ni alterar la inmovilidad de sus facciones, fue describiendo con gratuita soltura y admirable conocimiento, todos los síntomas del mal, llegando inclusive a señalar ciertos pequeños padecimientos íntimos del enfermo.

La mujer quedó como hechizada al oírlo.

–Sí, taita, sí . . . –exclamó–. Dame el remedio y te pago cien sucres este mismo rato.

Al indio le tembló vivamente la piel del pómulo izquierdo; sonrió levemente al sol lejano y después de un silencio de diez minutos, dijo como entre sueños:

–Vale doscientos sucres, ama mía.

La mujer no opuso reparos y se levantó para buscar su bolso entre las faldas. El indio recibió el dinero y lo contó repetidas veces en profundo silencio, extendiendo y alisando cada billete sobre uno de los cueros de chivo. Los redujo a un apretado rollo y se los guardó entre la camisa. En seguida, juntó las manos, entrelazó los dedos en actitud de plegaria y se puso a contemplar sus pulgares que giraban lentamente, persiguiéndose. Parecía arrepentido del negocio. Por fin, levantóse farfullando algo, y, como un sonámbulo, se dirigió a una choza medio derruida que se agazapaba entre unos matorrales, al pie de la colina.

Retornó media hora después con su gran calma de resucitado a medias, y entregó a la mujer una bolsita de cuero llena de un polvo ceniciento. Eran las cenizas de los pulmones de siete alimañas desconocidas –según aseveró; y la curación tendría lugar al cabo de siete semanas.

Pasó el tiempo prometido por el indio, y el enfermo empeoró. La esperanza que habían alimentado tan anhelosamente durante ese lapso, se tornó en repentina decepción; y él, sintiéndose defraudado, vio con desconfianza todos los afanes de su mujer. Pero, ésta no se amilanó; su naturaleza sana y optimista resistió brillantemente el desengaño. Y, pocos días después tenía ya en su poder un misterioso e infalible recetario contra el horrible morbo. Entre otras especies, la lista aconsejaba sangre de gallo bebida en vaso de cuerno; bofes de gato recién nacido, refritos en nata; canilla de venado, reducida a polvo y tomada con miel de botija; huevos de perdiz, disueltos con su cáscara en limón y tomados con vino; caldo de "miembro" de toro, mezclado con la primera leche de una vaca; huevos de gallina, en formación, devorados crudos en la misma overa en la que maduran.

La última receta decía así: "Procure el enfermo conseguir una mujer robusta que está lactando, y obtenga de ésta le dé a mamar sus senos hasta dejarlos exhaustos y extraer de uno de ellos, una gota de sangre. La leche de mujer con una gota de su sangre es el remedio infalible para este mal".

Todos los tratamientos fueron puestos en práctica, uno después de otro, cada cual durante el tiempo prescrito; y todos le ofrecieron idéntica desilusión. Quedaba el ultimo: leche de mujer mamada con una gota de su sangre. Cuando consideraron éste, les palpitó vivamente el corazón, se iluminaron sus ojos, pero sus ideas, oscureciéndose, les entristecieron por igual.

Un jueves, día de feria, la mujer se hallaba bajo su toldo atendiendo el negocio. De pronto, una chola alta y blanca, con el pelo casi azul de puro negro, detúvose vacilando ante las perchas.

La vendedora la contempló con extraña atención. La chola traía un niño como de tres meses prendido a uno de los exuberantes senos.

–¿Qué buscas, hijita? –preguntó la vendedora.

–Un pollerita . . . una que sea baratita . . . –titubeó la chola.

–Todas estas son caras, hijita; pero en la casa tengo una de medio uso . . .

A la chola le brillaron los anchos ojos negros, y esperó parpadeando. La mujer experimentó una súbita compasión hacia la chola y le hizo una seña para que se le aproximara.

–Me has caído en gracia, hijita –susurró–. No gastes; guarda tu plata para otra cosa. Me ha nacido el regalarte la pollera que tengo en la casa.

La chola no creía; se le encendió la cara hermosa y tersa, y ofreció pasar al otro día por la tarde.

Aquella noche planearon prolijamente todos los detalles para la acción del día siguiente. Iba a llegar el último remedio y había que recibirlo con todos los miramientos a fin de que rindiera toda su eficacia.

Hacia las tres de la tarde, la chola apareció en el vano de la ventana; venía con el niño prendido al seno, como la víspera. La bordadora abandonó la máquina y se dirigió al zaguán para abrirle.

–Qué calor hace –dijo la bordadora cuando ambas estuvieron ya en el altillo.

–Mucho calor, señorita.

–¿Tomarás un vasito de fresco? –propuso la mujer, con la naturalidad más encantadora.

–Dios le pague, señorita –agradeció la chola.

La mujer bajó y regresó al instante con dos vasos de naranjada. Le extendió el que tenía en la derecha y estaba debidamente preparado de acuerdo con los planes de la noche precedente. La chola bebió ávidamente entornando los brillantes ojos. La bordadora bebía lentamente,

mirando por encima del borde. La convidada agradeció, y dejaron los vasos sobre el velador. Empezó el comadreo.

Pero, a poco, la lengua de la chola se entorpeció y un sueño invencible quebróle hacia atrás la cabeza. La mujer que ya estaba atenta, se aproximó a la narcotizada y le arrebató la criatura dormida, y la acomodó en la cuja del enfermo. Enseguidita, extendió el cuerpo de la chola a lo largo del lecho matrimonial: le abrió la blusa, bajó el escote de la camisa y le extrajo los grandes senos blancos y calientes. Azorada y emocionada, salió al descansillo y llamó al marido que esperaba. Febril, trémulo, subió con increíble agilidad.

—¿Ya está? —inquirió.

—Ya; todo salió bien. Entra y acaba pronto, y no te olvides que tienes que sacarle una gotita de sangre . . .

—Sí, sí . . .

Ella le cerró la puerta y bajó apresuradamente a hacerse cargo de la guardia en la tienda.

Manuel Crovo, más desfigurado y ardiente que nunca, se vio solo frente a la chola dormida, cuyos senos blancos, veteados de pálido azul, se alzaban rítmicamente, ofreciéndosele. Se aproximó a la puerta cerrada y puso una oreja en la cerradura. Escuchó a su mujer conversar con un hombre. Entonces, con el pecho a punto de estallarle, volvió frente a la chola.

(En cuanto la bordadora había entrado en la tienda, se presentó un recaudador municipal y fue este el comienzo de una discusión acerca de ciertos recibos duplicados sobre el impuesto al predio de los Crovo. Fue la voz del recaudador la que escuchó el marido al pegar la oreja a la cerradura. El funcionario se puso de acuerdo diez minutos después y salió).

Ahora, la mujer aseguró la puerta de la calle y subió precipitadamente la escalera para contemplar y asistir a su enfermo y gran lactante.

Abrió. Un ronquido oscuro y acompasado salióle al encuentro. Avanzó dos pasos y se vio frente a la escena: el hombre se hallaba de bruces sobre la narcotizada. Habíase deslizado de los pantalones como de una larga y doble cáscara, y estaba encallado entre los desnudos muslos de la chola.

Una llamarada de súbita indignación estuvo a punto de ahogar a la bordadora.

—Sinvergüenza, ¿acaso yo soy tu alcahueta? —logró decir, y le sacudió por los hombros.

Pudo entonces comprobar que el marido tenía la boca pegada a la almohada por una mancha fresca aún de sangre; y que se hallaba rígido ya en su postrer estiramiento de deseo y de muerte.

LEPRA

SIN TENER con qué llenar el tiempo, cursó abogacía y se doctoró como todos sus compañeros; pero, a diferencia de éstos, mostróse reacio a ejercer la profesión. Detestaba los códigos y el pululante mundo de los leguleyos y los chupatintas.

Entre los hornos de su tejería, rodeado de grandes eucaliptos sonoros, mirando año tras año crecer y tostarse al sol los maizales, sentíase en su ambiente natural.

No había conocido a sus padres; no tenía hermanos ni parientes. Acaso, sí un amigo.

Le placía el retraimiento de los largos senderos y, constantemente dejábase llevar por la llanura hasta el repecho de las colinas. Retornaba al atardecer, cuando los ladrilleros habían terminado ya su jornada, y al borde del arroyo, se lavaban las anchas pantorrillas enlodadas con aquella dulce agua que, a esa hora, se contagiaba de la tristeza de la hierba.

Pero su mayor placer consistía en las numerosas faenas de la tejería y en la elaboración del ladrillo pintón. Asistía entusiasmado a las tareas del moldeamiento; ayudaba a los peones en los trajines del traslado y la desecación, y no abandonaba un instante las inmediaciones de los hornos cuando la cochura transformaba los bloques oscuros y húmedos en sólidas piezas de oro anaranjado.

Así, hasta los cuarenta y siete años de edad, en que comprendió súbitamente la gravedad del aislamiento en el que se había amurallado. Estaba solo, bajo los crepúsculos de la llanura, entre las áureas pilas de ladrillos, bajo el follaje metálico de los eucaliptos y al borde de la tostada hojarasca de los maizales.

Por aquel mismo tiempo, la enfermedad le dio la helada confirmación de su soledad de hombre. De hombre que se abstuvo de buscar un corazón gemelo y rechazó un día a los que pugnaron por llevar ante él, sus rostros, sus afanes, sus almas.

Y ahora, la oscura, pero inteligente masa de los seres que vagamente le habían circundado, tomaba su desquite. Nadie quería oír sus quejidos nocturnos, cuando la náusea y los restantes malestares de la anemia, le mantenían insomne y febril. El amanecer llegaba a su ventana de solitario y le encontraba envuelto aún en opaca somnolencia. Y el aire de la mañana, le sorprendía con un tremendo gusto de podredumbre en la boca.

De este modo, durante el día se convirtió en una especie de durmiente al que un sueño entrecortado substraía al curso de las horas, en tanto que las cosas envejecían y se deterioraban inconteniblemente en torno. Y, por la noche, era una sombra insomne que desconocía sus bordes y se revolcaba en sí misma, buscando una salida hacia la aurora.

Cierta mañana, después de meses de esta existencia languideciente, se operó en él el saludable despertamiento. Contempló, entonces, un

mundo desconocido. Una sustancia ruinosa chorreaba de todos los objetos, como una alucinante flecadura.

Sin embargo, los peones, la vieja sirvienta y el muchacho que bañaba a los caballos en el río, no se habían apercibido de estas transformaciones. Era él solo, el alucinado. Odió repentinamente la sana madurez de las cosas que había amado y cultivado hasta hace poco. Pero no se atrevió a despedir a aquellas serviciales sombras que ejecutaban las faenas del campo, de la tejería y de la casa, por terror a quedar solo con el mohoso fantasma de su caducidad.

Sin embargo, aún no se le había revelado el *fantasma de plata podrida*, aflorándole a través de la piel como la transpiración endurecida de un animal que muere interminablemente. Esto, ocurrió poco después, cuando creyó sentir la presión de una venda en el antebrazo, y levantándose la manga, constató que se hallaba cubierto por una erupción de manchas en forma de lentejas. La extraña fungosidad le apareció en las articulaciones, en el cuello, y por fin, supo que le brotaba en el rostro y le oscurecía como al de los malditos, en cuya epidermis engrosa, sin cesar, la máscara de la bestia que encarnan. (Porque la piel proviene de muy lejos: viene del alma).

Ahora, todo el interés de su ánimo, retiróse del mundo de antaño y se encapotó bajo su piel que parecía florecer –lentísima– como una gran piedra cubierta de germinaciones. Pasaba las horas arrellanado en una vieja silla de espaldar de cuero, en el fondo del corredor abierto, mirando, sin ver, la doble mancha de los hornos, semejante a la de dos altos cruceros encallados en medio del mar de los maizales.

Entonces, ya los peones se volvían a contemplarlo, y en voz baja, se decían que el "doctor" habíase entregado a la bebida que roba el gusto por la existencia, por la actividad, y que provoca un perenne bostezo saburroso.

Una noche, mientras su cuerpo parecía descamarse como un enorme pez agónico, se resolvió. Y a la mañana siguiente, pidió al "cholo" que ensillara el caballo moro en el que acostumbraba a dirigirse a la ciudad. Oscuramente sabía lo que le esperaba; intuía el nombre y la irrevocabilidad de su morbo; pero quería escuchar el diagnóstico que le daría la verdad como un espantoso albergue.

Cuando se aproximó al caballo, el bruto retrocedió. La piel de su cuello, tembló recorrida por un largo escalofrío y sus grandes ojos color violeta, brillaron aterrados. El, comprendió. El animal se anticipaba al médico, había descubierto la podredumbre del amo y no consiguió dominar su primera impresión. Luego, sacudió la cabeza, como si dijera que "qué débil he sido", y se dejó dominar por el hombre.

El médico arrugó el entrecejo, se cambió de lentes y tomó un grueso volumen de su biblioteca. Leyó detenidamente durante un cuarto de hora, volvió a cambiarse de espejuelos y se acercó al enfermo.

–Permítame hacerle tres pruebas –dijo.

Le palpó las cejas; le exploró la sensibilidad en aquellas zonas de la piel cubiertas por las manchas y, con una aguja, le pinchó el dedo meñique.

–¿Siente? –interrogó

–No, doctor, ¡nada!

El dedo pertenecía a un hombre muerto, y sin embargo se movía.

–No quisiera tener que decirle el nombre de su mal; pero . . .

–Dígalo, doctor, estoy dispuesto a . . .

–LEPRA –aseguró el médico y empalideció profundamente. Una nube de ternura veló sus ojos.

–No se descorazone –agregó con la voz súbitamente emocionada–. Ahora, hay esperanza; la lepra es curable ya. Se ha descubierto felizmente el específico. Sólo que tiene que someterse a un tratamiento especial. Ahora que, en nuestro medio . . . Si pudiera usted costearse un viaje y los gastos . . .

–Tengo dinero –dijo él.

–Nuestros leprocomios, son cárceles para los enfermos. No cumplen su . . . Pero en el exterior, los pacientes son tratados científicamente. Allá en el Pacífico, en una isla, existe un célebre leprosorio . . .

–¡Iré a donde sea!

–Bien; hágalo pronto, pues este mal no se detiene. Yo le daré las direcciones y las instrucciones necesarias.

Guardó cuidadosamente el pliego de indicaciones y salió.

Una insensibilidad pétrea le endurecía el cuerpo y le ensordecía la mente. Se recobró solamente cuando el viejo caballo moro se detuvo frente a la puerta cerrada de la finca, y volvió repetidas veces el cuello, haciendo entrechocar las bridas guarnecidas de plata.

Al desmontar frente a la galería descubierta, sobre el antiguo pretil que había mandado construir su padre, sintió que el piso se ponía blando como la goma y que todo el edificio tambaleaba. Subió y se acostó. Era cerca del mediodía.

Cuando se despertó, había ya oscurecido. Los peones se habían retirado de sus faenas. En las colinas parpadeaban pequeñas luces indias. Desde la galería envuelta en sombras, contempló el campo oscuro, salpicado de fantasmas aún más oscuros, bajo el neutro cielo que empezaba a tachonarse en silencio.

Y, de pronto, sintió la inutilidad de toda tentativa de curación. Una cólera sorda contra el mundo le subió por la garganta, llegando casi a concretarse en un horrible juramento. Se dijo que sería el espanto de sus semejantes, a los cuales amedrentaría lleno de amarga complacencia. ¡Ojalá llegaran a informarse pronto y a huirle, temblando! Cerraría las

ventanas; las maderas iríanse pudriendo envueltas en negras germinaciones; la hierba salvaje empezaría a trepar por los muros; el techo se tornaría fofo por la podre y ¡se hundiría! El, siempre embozado en su poncho de Castilla, saldría por las noches a merodear los campos y aterrorizaría hasta a los perros vagabundos. Este iba a ser su gran desquite. La gloria de su cuerpo podrido.

Pero, al otro día, su actitud ya era diferente. Le postraba un profundo abatimiento, y a veces, una ola de ternura le envolvía e iba a desatarse en una lágrima a orillas de sus ojos. Al anochecer, echó cuentas sobre todos sus bienes, y se dijo que podía pagar los viajes necesarios para su curación. Vendería todo y partiría lo más pronto. Entonces, un cálido sentimiento de esperanza le dilató el pecho y alzó los brazos, como transportándolos a los de una cruz invisible.

Amaneció con sol extrañamente remoto y pálido, entre negligentes nubes primaverales. Al salir de su dormitorio, pensó que habían pasado ya cuarenta y ocho horas desde el terrible diagnóstico. En este momento, toda la ciudad sabría que el dueño de la finca de las tejerías estaba leproso. Su enfermedad afectaría mortalmente al negocio y, circundaría con un halo de horror sus prestigiosas propiedades. Recordó, arrepentido, su maligno pensamiento de la víspera. "Ojalá llegaran a informarse pronto y me huyeran, temblando".

Poseído por este oscuro sentimiento de contrición, penetró en el comedor. La mesa –como nunca– estaba desnuda. Todos los días, hasta la víspera, encontraba el servicio del desayuno sobre el mantel. Ahora, faltaban ambos. Unas moscas soñolientas revolaban en el aire blando de la sala abandonada.

Pasó a la cocina. El corazón empezó a golpearle lleno de culpa, aterrándose por momentos de su mismo rumor. La cocina –ancha como un lecho nupcial– estaba fría y oscura. ¡Nadie! En un ángulo se amontonaban los cacharros sucios de la víspera. Y nadie. Casi corriendo, se dirigió al cuarto de la vieja cocinera. Estaba abierto. Dentro, veíase un catre desnudo, con las tablas retorcidas. Nada más. Volvió la mirada hacia los hornos, hacia el bosque y los galpones. ¡Nadie! ¡También los ladrilleros sabían! Todo el mundo sabía que él era un leproso. Se acordó del cholo Juan Manuel; tenía una pequeña habitación de adobes, allá, tras de los hornos. Bajó la escalera y empezó a correr hacia aquel sitio. Pero cuando ya llegaba, vio que a su derecha, por entre los surcos de las hortalizas, iba el cholo, con un hatillo de ropa bajo el brazo. Y corría.

–Juan Manuel –gritó desesperado–. Juan Manuel, ¡hazme un favor!

Y como el muchacho no se detenía, corrió tras él. El chico llegó a la tapia, lanzó hacia el otro lado el hatillo y empezó a arañar entre las junturas de los adobes. Al fin coronó su escalamiento, y temblando, se recortó contra el cielo. Entonces, Se volvió hacia el amo.

–Juan Manuel –le dijo éste–. Juan Manuel, ¡hazme un gran favor! Oyeme, baja.

–¡No patrón, no! –gritó el chico–. ¡Usted está *llazhaco*!

Titubeó una vez más; entreabrió los brazos midiendo la altura, y saltó. El hombre percibió claramente el golpe de la caída y, a continuación, el rumor decreciente y misterioso de la carrera del cholo por el prado.

Ahora, volvía. Y sus pasos resonaban extrañamente dentro de su cuerpo: denunciaban la Nada. Regresaba como si hubiera visto el borde de ese abismo en el que terminan todos los esfuerzos de los hombres.

Contemplaba las hileras de hortalizas: como él, estaban destinadas a podrirse en el inexorable encierro.

Dirigióse al portón y echó los cerrojos. Aseguraba su tenebroso dominio. Subió a la despensa; tenía víveres para mucho tiempo. Cortó un pedazo de queso y lo devoró furiosamente. (Desde hace algún tiempo, había olvidado sus antiguos modales y prefería servirse todo con las manos. Algo, en su interior, relacionaba estos profundos gestos animales con la ancestral podredumbre que hoy afloraba a su piel).

Al anochecer, prefirió no encender ninguna luz. Sin saberlo, ansiaba identificarse con la noche primitiva.

A eso de las nueve, salió a la carretera, embozado en el poncho. Recorrió durante media hora, las inmediaciones de la finca y aun se atrevió a aproximarse al puente. Deseaba vivamente asustar a alguien, verlo huir despavorido; pero no se cruzó con nadie. Decepcionado, vacío, retornó a la finca.

Antes de las nueve de la mañana, escuchó unos golpes en el portón. Eran golpes agudos, febriles. Debía ser un niño, pues claramente se adivinaba que se valía de una piedra. Bajó. Un poco antes de extender sus manos a los cerrojos, oyó un suspiro ahilado de ternura, a través de las gruesas maderas. ¿Quién podía ser?

Abrió. Frente a él estaba una señora, pequeñita, magra, insignificante. Ante todo, venía un sombrero; un sombrero de plato, de antiquísimo terciopelo negro que hoy pintaba gris-rata; estaba adornado de pequeñas flores artificiales, ajadas, polvorientas, cáscaras, mejor. Luego, venía un rostro: sobre la frente, inmediatamente debajo del increíble sombrero, ondulaban unas crenchas incoloras, delgadas como el papel y pegadas a la epidermis con agua de goma. No había cejas; pero podía teorizarse sobre dos hilos muy tenues de vello sin color. En seguida, encontrábase un par de ojos santones, nerviosos, iluminados por una gota pura de tristeza y de hambre. (¡Amor!) Entre estos, dulcemente inclinada hacia la boca, pacía, apacentábase la nariz, pequeñita y curva como pico de perico, formada por dos hojillas de cartílago casi transparente, pero con la punta rojísima y húmeda de humorismo. Bajo esta punta gentil, hallábase la boca, redonda e inquieta como una chinche y tan roja, que parecía una gota de sangre recién caída de la roja punta de la nariz.

Cubríase la señora con un viejo abrigo de lana, negro, que seguramente hacía muchos años, dejó de pertenecer a una persona gruesa. Sus medias eran como de viento y sólo podía saberse de su existencia, por

los innumerables zurcidos que las anudaban a la mirada del observador. Por fin, la señora hallábase como detenida dolorosamente, sobre unos destrozados zapatos de hombre, a los que había frotado hacía poco con algo semejante a la saliva.

—Señora . . . —dijo él, inclinándose.

—Primo, primo mío, ¿no te acuerdas ya de mí? —clamó ella y enrojeció súbitamente—. ¡Soy Alejandrina, hija de Isidoro . . . !

—Ah, sí, sí prima: perdón. Pero, pasa . . . ¿quieres pasar? —preguntó él, dudando íntimamente de que una persona tan frágil pudiera arriesgarse.

Ella denotó visible complacencia y pasó casi rozando el poncho del primo: detúvose en el sendero y volvió la cabeza. El, sin cerrar el portón —para darle a entender que podía escapar aún cuando quisiera— vino hacia ella.

—Es un honor para mí . . . —empezó.

—No, primo —cortó ella—he venido porque he llegado a saber que Dios te ha mandado esta prueba . . . esta enfermedad. Supe ayer que todos te habían abandonado (miró hacia el interior) y decidí inmediatamente venir a servirte. Yo sé lo que es un hombre solo.

Bajó el rostro. Extrajo a prisa un pañuelito de gasa amarilla y se lo llevó a la nariz que se le había humedecido. Por un instante, él la contempló en aquel acto, y la piedad, la gratitud y el escepticismo, giraron vertiginosamente en su corazón. (¿Venía ella por amor? ¿Era desinteresada su voluntad de servicio? ¿La había traído, acaso, el hambre y la necesidad de recompensa?).

Se pasó la gruesa mano por la frente, borrando aquellas interrogaciones y sintió que triunfaba en él una infinita comprensión humana. ¿Qué importaba que hubiera venido por esto, o por aquello? Había llegado; estaba allí, sobre su pañuelito de gasa amarilla; había sentido la necesidad de venir, la necesidad oscura, misteriosa; tal vez la necesidad inalienable de seguir viviendo como una pequeña flor parásita sobre el costado del viejo árbol que se podría de pie. Al fin, también ella era una auténtica necesidad humana. Y, por otra parte, ¡qué desesperada no debía de ser su miseria para que le hubiera obligado a dar ese paso tremendo con el que desafiaba a la gran contaminación, y a la vez, derrotaba a su natural terror de mujer! "Seguramente —pensó— su miseria debe ser igual, si no más insoportable que mi lepra".

—Gracias, prima —dijo él, con la voz llena de oscuros temblores—. Gracias; sólo que me temo mucho que yo . . . que este ambiente podamos incomodarte, causarte repugnancia, temor.

Ella, sonrió angelicalmente, negando con breves movimientos de cabeza aquellas suposiciones. Luego, sin transición, interrogó:

—¿En dónde está la cocina? Es ya hora de que te prepare algo. ¿Qué deseas almorzar primo?

Y, sin esperar contestación, volvióse hacia el interior y empezó a avanzar por el sendero. El, cerró el portón y la siguió, experimentando una emoción ligeramente parecida a la alegría y a la gratitud.

Desde aquel día, diose a deambular melancólicamente por los huertos, a lo largo de los linderos de los maizales, y en derredor de los hornos hoy fríos. Estos paseos constituían una especie de viaje hacia el pretérito, y enfermaban misteriosamente el campo y los jardines.

(Algún tiempo después, se llegó a saber que todas las bellas especies de rosas que cultivaba en el jardín central, habían muerto cubiertas de oscuras manchas moradas).

A la hora de las comidas, la prima le llamaba con chillidos o palmoteos, según la distancia a la que se encontrara el enfermo. Venía él y medio avergonzado, iba recibiendo de manos de la prima los viejos y elocuentes guisos familiares. Y, otra vez, a deambular, planeando cada minuto con mayor precisión, la venta de sus bienes y su viaje. Hasta que al séptimo día de estos paseos y de la llegada de la prima, advino lo esperado.

Era un hombrecillo gordo, de manos carnosas y cuadradas y de sombrero hongo. Discutió largamente con el enfermo, y al atardecer regresó con cuatro personajes más. Fue entonces, cuando se redactaron las escrituras que, comenzadas a la claridad natural de la tarde, fueron terminadas y suscritas a la luz de un velón.

Pocos días después se despedía de la prima. Ella anticipada ya, vino a la galería con aquel sombrero de plato cubierto de viejas flores artificiales y ese abrigo encantado por el tiempo.

—¡Primo, te vas! —exclamó desconcertada.

Y el temblor lacrimoso del desencanto traicionó su garganta. El vio los ojos de la mujer: le pedían, le imploraban algo. Sí, era la necesidad, la tremenda necesidad de inmortalizar el sustento, lo que centelleaba en esas pupilas.

—Perdóname, no debo abrazarte. Recuérdame. Adiós.

Y le extendió un sobre lleno de gruesos billetes de banco.

—Adiós, primo —exclamó ella y su boca redonda dejó escapar un largo suspiro de alivio. Estaba liberada, y además, tenía en sus manos el arma infalible contra las necesidades.

—Volverás curado; tengo este presentimiento —dijo—. Entonces, nos abrazaremos de alegría . . .

—Sí; tengo fe. Adiós, prima.

Ella desapareció sin ruido; no creía aún en la realidad de la escena. Apretaba entre sus manos el fabuloso sobre y temía que al pisar duro, el encanto pudiera reducirse a polvo.

El desapareció esa misma noche. Y los vecinos de la pequeña ciudad le fueron olvidando poco a poco.

Cinco años después, en las primeras horas de la noche, un hombre descendía de un carro de pasajeros frente a la Plaza del Norte, en la pequeña ciudad. De su diestra abúlica pendía un maletín de viaje como

única impedimenta. Y sin embargo, ese hombre venía de muy lejos, de un mundo casi inverosímil.

En los primeros instantes, no supo a dónde dirigirse y contempló sin mayor interés los edificios del otro lado de la plaza, envueltos en la semioscuridad y con algunas ventanas iluminadas. Después, ganó la esquina y se detuvo otra vez. Se palpó el bolsillo interior de la americana: allí guardaba todo su dinero; una suma que sólo podía permitirle subsistir durante quince días, modestamente. Entonces, pensó en un hospedaje nocturno. Recordó que en las inmediaciones de aquella plebeya y vasta plaza, existían unas posadas miserables, adecuadas para él; pero, en seguida la imagen de su prima vino a ocupar su mente y resolvió buscarla. Recordó las palabras de la mujer, proferidas cinco años atrás en la tarde de la despedida: "Volverás curado; lo presiento. Entonces, nos abrazaremos de alegría".

Anduvo a lo largo de diversas calles, interrogando a los transeúntes nocturnos. Finalmente cuando retornaba en busca del hospedaje, le informaron que la prima poseía una tienda de abastos, y le suministraron la dirección.

Llegó. El negocio estaba abierto. Ante el fuego tranquilo y blanco de la puerta, se detuvo, vacilante. Una señora regordeta y bajita se puso de pie detrás de los grandes frascos de cristal, a un costado de una alta nevera resplandeciente. El hombre avanzó unos pasos y tornó a detenerse. Ella salió de tras del mostrador, llevándose una mano al pecho que empollaba entre encajes.

—¡Prima —dijo él— he venido, al fin! ¡Estoy curado! Y suspiró, esperando el abrazo de bienvenida, ofrecido cinco años allá. Ella le miró un instante a los ojos y los surcos grisáceos de las mejillas, y comprendió que el hombre hablaba la verdad con respecto a su salud; pero al mismo tiempo advirtió la terrible miseria económica del visitante. ("Se ha gastado todo el dinero en la curación" —pensó). El, por su parte, adivinó enseguida, que la prima temía a la miseria más que a la lepra.

—Y, ¿qué podrás hacer ahora? —exclamó ella, con aire de fingida piedad—; y dejó traslucir un vivo afán de desembarazarse de la presencia del advenedizo.

—No sé. Siempre olvidé a los demás.

—Yo, por mi parte, querido primo, quisiera ofrecerte siquiera hospedaje . . . algo; pero tú comprendes, te suplico que comprendas: la clientela se alejaría inmediatamente al verte aquí . . . ¡Somos tan ignorantes y tan malos . . . !

(Esta última frase recitaba por su propia alma: así lo comprendió él, pero tuvo el valor suficiente para sonreír con piedad).

—Sí, prima; puedo perjudicarte. Adiós—contestó, con la voz repentinamente opaca. Y salió.

La mujer le siguió hasta la puerta:

—Primo, primo, te suplico que me perdones; todo esto, es más fuerte que mi voluntad. ¡Déjame tu dirección!

–No tengo dirección ya –aseguró él desde la oscuridad de la calle. Y no hizo ruido al alejarse.

("Ha instalado el negocio con el dinero que le ofrecí esa tarde como recompensa a su tremenda desesperación. Se lo merecía; además, lo ha hecho fructificar. No creo tener derecho a su ayuda. Ella, venció sobre su natural terror aquella vez y su valor le ha premiado; no yo. Quería yo, solamente su abrazo de bienvenida. Esta es mi necesidad actual. Ella necesitó aquel tiempo libertarse de su miseria sirviendo a un leproso; ahora, necesita defender su comodidad. Sería monstruoso si no la comprendiera").

Muchos días ha deambulado deshecho de fatiga, de hambre, de ansiedad. Ha metido su extraño rostro tajado de costurones en las salas de los juzgados, en los despachos municipales, en las casas de los viejos condiscípulos. Y su rostro no se ha sonrojado, porque es una máscara de carroña seca. Pero ha sentido la vergüenza dentro, como el quemante movimiento de un ascua. Rechazado. Negado. Pero, urgido por el hambre, y por la necesidad de tenderse a dormir humanamente, ha persistido. Finalmente, cuando de su vestido no restaba sino un fantasma de agujeros sostenido por el hombre, le han señalado *su sitio* y le han señalado *su ración* de pan leproso.

Ahora, está allí, sentado en su banquillo de guardián, vigilando "aquello" todo el día. Es un viejo edificio de ladrillo, corroído por las filtraciones pestilentes. El, desde su puesto, contempla el sombrío desfile de los ebrios que pasan a los urinarios; las mujeres pobres, hacia las bateas de cemento de la lavandería; las prostitutas, hacia los baños oscuros, alfombrados de siniestros mohos; los miserables, hacia las horribles letrinas amarillas. Emanaciones innombrables, borborigmos bestiales, aguas tenebrosas que desembocan en un planeta sumergido.

Pero los Domingos por la tarde, está vacante y hay fiesta pura en su corazón. Atraviesa la ciudad abandonada y baja al río. Coge esa orilla y remonta por ella, a través de los oscuros alisares. Llega a la cueva, penetra en ella, y después de un descanso en la frescura, se quita el saco; desprénde se de la camisa; vuelve a ponerse aquél sobre el tronco desnudo y sale a la orilla. Allí lava prolijamente la prenda y la pone a secar sobre las rocas que arden en silencio como los espejos de un palacio en fiesta. Retorna a la cueva y tendido sobre la arena, duerme. Cuando despierta, el sol está ya detrás de los eucaliptos, y es sólo una gran mancha de oro sin calor. La camisa está seca y cruje cuando él la va devolviendo a su tórax. Ahora, ha oscurecido. El, va saliendo poco a poco de los alisares de la ribera; pasa el caracol del puente y entra en las primeras calles de la ciudad, que continúa desierta. Y está a oscuras. Pero su camisa resplandece como una gran rosa blanca sobre el pecho de un fantasma errante.

EL VIENTO

En una de las últimas noches de junio, el Herrero se incorporó en su lecho. Tocó los hombros desnudos de la mujer y los cubrió. Inclinándose en la oscuridad, besó los cabellos desatados en calientes haces. Luego, atendió como si esperase una llamada. Y poco después, escuchó aquello. Fue como el estallido de una goma en el fondo del valle.

"Empezó el verano", pensó; y en su imaginación vio una nube de polvo girando sobre las casas y los campos.

Volvió a besar a la joven mujer. La muchacha se quejó dulcemente en sueños, y él, temeroso de despertarla, se fue escurriendo cautelosamente a su lado.

A poco, dormían respirando a la par.

• • •

Se habían casado hace un mes.

El le aventajaba con treinta y cinco años; pues, ella, justamente cumplía dieciocho, cuando él se había presentado ante las Reverendas Madres del Orfanato.

—¿La señorita Lucía Arcentales?

Había preguntado a la Madre Superiora, extendiéndole el expediente del Ministerio.

"Lucía Arcentales", corearon las muchachas de la Inclusa a lo largo del patio; y las voces volaron por el fondo.

Poco después, entró en el Locutorio la muchacha. Se pellizcaba las manos. Tenía encendido el rostro. Sus pestañas acanaladas le temblaban sobre los ojos.

Esa misma tarde, la desposó el Herrero.

• • •

La Herrería estaba a unos cincuenta metros de la carretera, sobre una eminencia. Desde aquí podíase ver el brillo de los prados, y los potreros cuajados de rocío. La Cordillera, al fondo, semejaba una trenza de humo azul y pardo. Veíanse los pequeños senderos bordeados de cercas de piedra rodada; las heredades cobijadas bajo eucaliptos gigantescos; las fincas circuidas por nogales y álamos blancos. Y, el río, de color aceituna, casi inmóvil. En las primeras horas de la tarde, el ganado descendía a él y bebía larga y aterciopeladamente.

• • •

A las siete, ya estaba martilleando un cono de hierro al rojo sobre el yunque. Bermejas esquirlas casi transparentes, volaban como pétalos a cada martillazo. Caían en tierra, volvíanse blancas y se pulverizaban.

—Anoche, mientras dormías, oí el primer viento del verano —dijo él, cuando la mujer apareció.

—Yo soñé que una nube de ángeles, pequeños como mosquitos, volaba sobre la casa, zumbando.

—Es el verano. Tienes que cuidarte del viento.

Ella pasó a la cocina y no volvió a aparecer sino con un jarro lleno de café humeante y un pan de centeno.

El Herrero tiró a la caja de agua la pieza que había labrado. El agua bulló, agitada; susurró un instante y retornó a su quieta frescura.

—Esta mesa no cojea nunca —exclamó.

Antes de tomar el primer sorbo, se santiguó con holgada lentitud.

De su diestra salió una cruz gigantesca labrada en hierro y aire, y se desvaneció en la atmósfera del taller.

• • •

Desde ese día las charlas sobre el verano, menudearon en torno a la fragua.

Después de la primera semana de julio, una cometa de segmentos rojos y anaranjados, elevóse en el cielo ventoso. Anunciaba las vacaciones.

Detrás del taller, las cañas del maíz, sonaban al tostarse. Sobre el monte, las parcelas de cebada adquirían ya un tono cobrizo. Y, en el río asomaron los lomos de las piedras.

Pero, de todos los indicios del verano, el más corporal aunque invisible, era el viento. Su rosa de treinta y dos pétalos se desesperaba en la mitad del cielo. Y siendo incorpóreo, su perfil ondulaba sobre los cañaverales y en el fondo sucesivo de las mieses.

Por la noche, oíasele gemir infantilmente en las rendijas de las ventanas y en los resquicios velludos de los encañizados. Lanzaba las puertas como un chalán borracho. Bramaba entre los toros que ventean a sus hembras. Y hacía entrechocar las ringlas de herraduras recién labradas, produciendo la ilusión de un campanario de gnomos. Pero, era entre los árboles en donde su rara sustancia adquiría el vértigo de la embriaguez.

• • •

Desde el sur, por el antiguo camino de Iramor, venían las recuas cargadas de aguardiente.

Llegaban primero los gritos de los arrieros. Se detenían invariablemente ante la herrería, por una herradura que chapaleaba.

Arriba, en la explanada del taller, se agrupaba la faena gárrula. Las mulas soportaban la herradura siempre que se les cubriera enteramente la cabeza con una manta. Los caballos se dejaban herrar estoicamente, y aun con cierta altivez. Como que siempre habían estado al lado del hombre en los combates y en los torneos, y habían muerto mezclando sus relinchos con los ayes de los agonizantes.

Las mulas no habían pasado nunca de la retaguardia, hasta la que llegaban cargadas de pertrechos.

• • •

El Herrero echaba la última pieza moldeada, aún caliente, en la caja de agua y se cruzaba de brazos para ver la partida de la caravana.

Todos esos caminos y la carretera estaban menudamente mordidos por las herraduras de las mulas y de los caballos. Y todo aquel herraje caminante había salido de sus manos. La férrea huella de su taller de forjador, se hallaba diseminada a todo lo ancho de aquel inmenso campo de verdores y frondas.

En las casas de las haciendas, eran las llaves, las cerraduras, las aldabas, los picaportes, las bisagras, los candados. En el campo, las rejas de los arados, las palas, las barras, las llantas de las carretas, los pernos y los ejes. En las ternillas de los bueyes, las anillas que perforan el cartílago, y las marcas de fuego en las ancas.

• • •

Una mañana aparecieron en la carretera los hijos de la hacienda Gonzálvez. Dos muchachos con sus hermanas. Llevaban anchos sombreros de pajilla.

La herrerita bajaba con su jarra, por leche, a la hacienda. También ella se cubría con un amplio sombrero sujeto por un barboquejo de cinta roja.

—Que no te lleve el viento, —gritó de buen humor el Herrero. Ella sonrió halagada y descendió a pequeños saltos.

Cuando estaba ya en la carretera, llegó el viento entre los flecos de la polvareda. Un sombrero de pajilla salió arrebatado del grupo de los Gonzálvez. La cabecita de una de las chicas, quedó descubierta y fue enmarañada. El sombrero giró ebrio de libertad durante un minuto, y quedó enzarzado entre las ramas altas de un eucalipto. Le miraban como a un ave encantada.

Otra vez arremetió el viento. Hubo torbellinos de ropas y de gritos. Los hombres se llevaban las manos a los sombreros; las mujeres, a las faldas.

El viento venció esta vez, en las de la herrerita que sostenía la jarra en la diestra. Se las tiró sobre la cabeza, y la mostró desnuda desde la cintura.

Ella, se acuclilló con rapidez y forcejeó por cubrirse, pero lo consiguió demasiado tarde.

El Herrero que había presenciado la escena, bajaba corriendo, entre celoso y paternal. "Alcahuetería del viento . . . "

Llegó frente a la muchacha y ésta se le echó, llorando, en los brazos. El la alzó mimosamente y se la llevó como a una niña.

Reían los muchachos, al verlos alejarse.

—Creo que te compré unos pantaloncitos —dijo él, mientras ascendían—. Ella contestó con un sollozo.

Cuando estuvieron en el dormitorio, la plantó en el centro y se dirigió a un gran baúl.

Extrajo la prenda de seda y la exhibió ante la muchacha. Ella tomó el pantaloncito y se dirigió al lecho para ponérselo.

Acertó a hundir de una vez la pierna derecha; pero al intentar hacer lo mismo con la izquierda, cayo de espaldas riendo sobre la cama.

El Herrero que contemplaba la escena, dio media vuelta y aseguró la puerta con las aldabas.

Vino hacia la muchacha y la acostó.

El pantaloncito voló a través de la habitación en penumbra, y cayó en una esquina. En ese instante retornó el viento. Estaba enloquecido.

• • •

Dio vueltas a la casa buscando desesperadamente una grieta, un resquicio. Escaló los muros, hurgó entre las tejas, oyósele sollozar entre el encañizado de la techumbre. Finalmente, vino a forcejear la puerta del dormitorio, irguiéndose sobre las patas traseras como un perro.

Por el ojo de la cerradura contempló a la pareja en su abrazo, y silbó con furia de ofidio, despertado bruscamente.

Se enroscó en sí mismo, levantando el polvo del taller; desperdigando las cenizas de la fragua y haciendo entrechocar las ringlas de herraduras y las ristras de aldabas y de llaves.

Giró enfurecido buscándose la cola, y se disparó a campo traviesa. Alanceó la fronda de los eucaliptos y los sacudió hasta exprimir largos lamentos de sus coyunturas. Se elevó empenachado de hojas secas, de briznas y de polvo. Trazó un inmenso caracol ululante, seguido de invisibles delfines y transparentes fieras. Y enfiló hacia el Sur, a esplendente velocidad.

Llegó al borde del gran precipicio en cuyo fondo se adivina, como una hebra de estaño líquido, el río encañonado; y tornó a elevarse contrayendo convulsivamente sus pálidos anillos.

Habiendo ganado la altura de los montes, abrió los brazos desnudos y gritó: "¡Aquilón, Aquilón, Padre Mío!".

Luego, cerrando los bellos ojos color de humo se dejó caer en el abismo.

1960

CABEZA DE GALLO

Sobre la colina cerníase una diabólica tormenta de vitalidad. Entre las parvas de bagazo rojizo y los galpones embanderados, entre el olor de la tierra recalentada y las emanaciones de los toneles, la plaza ardía como un horno encendido en la víspera. Oíanse disparos de pólvora vana. Grandes globos de colores cabeceaban en el aire; a veces, una racha de viento les

hundía los flancos y derivaban peligrosamente como criaturas golpeadas en el abdomen.

Ignoraba a dónde iba y con quiénes estaba. Todos constituíamos una gran familia enajenada, rodeada de vapores y espejismos. Las vociferaciones, los cánticos, y el estrépito metálico de las bandas de música, nos volcaban en el centro de una barahúnda boba, surcada por sacudidas de mecánica cordialidad. El aire resonaba y refulgía en torno a nosotros y alguien daba disparatadas vueltas al manubrio de esta máquina de sonidos y visiones. De un momento a otro, íbamos a ser paridos estruendosamente sobre un mundo encendido por los cuatro costados. La atmósfera como una matriz gigantesca empezaba a contraerse y sus musculosas paredes exprimían nuestros cuerpos hasta convertirlos en guiñapos. Era aterradoramente bello ser batido y molido con los dioses y las nubes, los caballos, las mulas y las cañas y los toneles y las tiendas de colores que crujían, y olvidar todos los límites dentro de aquel fluctuante cataclismo, mar de formas y percepciones. A ratos llegábamos al infinito y volvíamos repelidos por las cascadas del océano universal, tan parecido a un baño de cieno caliente. Los jinetes, ya borrachos, atravesaban la plaza con sus caballos encintados, y nos golpeaban sin causarnos daño. Todos los peligros se tornaban curiosamente blandos dentro de la holgada y calurosa cavidad de la fiesta: una entrañable demencia les quitaba el poder de herir. En cierto momento apreté los dientes para no ahogarme y logré recordar que me hallaba en medio del carnaval de la colina de Barriovientos. Experimenté entonces una punzante extrañeza a causa de mi propia reflexión, pues allí sólo había sitio para esa cosa inaudita que es la vida recalentándose dentro de la gran vasija del aturdimiento. Y no sé cómo me vi en una de las esquinas de la plaza, junto al hombre encargado de elevar los globos. En ese instante hinchaba con humo de chamizas un gran globo elíptico sobre el que estaba pintada una custodia con sus rayos de oro. En el centro de la base, a dos palmos del suelo, ardía una bola de estopa que mandaba el aire caliente al interior del globo. Las superficies vibraban y crujían contra el viento. Cuando estuvo lleno y a punto lo levantó hasta la altura de su rostro, le imprimió un movimiento circular, y el globo partió cabeceando hacia la altura.

En medio del resplandor de la mañana, las llamas errantes se volvían invisibles, pero aunque sus lenguas eran absorbidas por la luz del sol, no perdían su fuerza ascensional y las huecas figuras se empequeñecían cada vez más y tomaban los rumbos más caprichosos. Algunas, súbitamente desventradas por una espada de fuego, se precipitaban como guiñapos lacios en la lejanía, en tanto que otras eran arrastradas hacia los bosques o caían cerca de una casa perdida en el campo, o terminaban de arder sobre un tejado ante el sobresalto de los mayores y el asombro de los niños.

Seguí el globo en que iba pintada la custodia y llegué a una pequeña explanada en la que un grupo de personas rodeaba a un campesino

encorvado en la tarea de cavar un hoyo. A su lado, una mujer sostenía un hermoso gallo de plumas aceradas, brillantes, y de vistosa cresta.

La embriaguez de las primeras horas se evaporaba de mi cabeza y me dejaba en un estado de estupor que me obligaba a contemplar todas las cosas como si ocurrieran en una atmósfera imposible de compartir y al mismo tiempo, inevitablemente ligada a mi conciencia.

Con su mano en forma de cuchara, el campesino acabó de extraer los últimos terrones del hoyo y pidió el gallo a la mujer. El ave, con las alas plegadas, estaba envuelta en un trapo de colores. Las patas amarillas salían por debajo del trapo, atadas con una fibra de cabuya. El hombre lo tomó y le enterró dejándole fuera únicamente la cabeza, en torno a la cual apelmazó la tierra golpeando con el puño.

Las risas y las exclamaciones ahogaban los cloqueos del gallo, pero sus ojos, como dos gotas de cristal, miraban enloquecidos a todas partes.

El campesino limpió el cascajo sobrante de los lados y contempló satisfecho su obra. A ras de tierra brotaba una matita extrañamente insólita: un tallo erizado de plumas, una flor viva que se desesperaba por arrancarse del suelo.

Un muchacho gigantesco y flaco, de largos brazos huesudos, empezó a golpear las manos por encima del grupo. El que capitaneaba la diversión le vendó los ojos con un pañuelo, y otro le proveyó de un palo nudoso, de unos dos metros de largo.

Le condujeron a cierta distancia del grupo y le obligaron a dar varias vueltas sobre sí mismo, en tanto que recitaban una absurda letanía lugareña.

A continuación, le abandonaron todos a un tiempo y se alejaron de puntillas, a fin de despistarle acerca del lugar que escogían para contemplar el desarrollo de la acción.

El muchacho vendado apoyó el palo a modo de bastón, elevó la mano izquierda y recorrió con ella la atmósfera varias veces, sobre su cabeza, esforzándose por orientarse hacia el lugar en que brotaba del suelo la cabeza del gallo.

De pronto, se volvió con viveza.

Había oído una pequeña risa reprimida y ese detalle le dirigió.

A continuación, rieron todos los del grupo y le alentaron con palabras a seguir el camino que había tomado.

Empezó a avanzar tanteando el suelo con el palo, que ahora aferraba con ambas manos.

Un muchacho, desprendiéndose del grupo, se adelantó con gran sigilo y colocó un pedazo de mazorca de maíz en el trayecto del vendado. Este, descubrió la mazorca con la punta del palo, y creyendo que había alcanzado la cabeza del gallo, elevó derechamente el garrote. Cuando lo tuvo vertical sobre sí mismo, tomó una larga aspiración, la retuvo y en seguida descargó un golpe tan feroz que hizo pedazos la mazorca y aventó los granos en todas direcciones.

Todos estallaron en horribles carcajadas. El garrote volvió a elevarse buscando direcciones en el aire. Se orientaba como una aguja. Un

cloqueo furtivo semejante a una burbuja que se rompe, le dio el indicio decisivo.

Ahora avanzaba derecho.

Cuando la cabecita coronada de crestas rojas estuvo al alcance del garrote, una mujer lanzó un chillido nervioso. El vendado bajó el palo y empezó a rastrear el suelo con el extremo, sensible como un dedo. De pronto, el gallo se sintió tocado y emitió un quejido de sorpresa. En el pico entreabierto la lengua le palpitaba con afilado vaivén.

Ahora sí, el palo se elevaba contra el cielo, absorbiendo toda la energía y la maña de los brazos del vendado. De repente, descendió relampagueante.

El grito de los espectadores reventó con violencia y terminó en un murmullo de mal humor. El vendado había errado el golpe.

En ese instante por detrás de un corte del terreno, apareció un muchacho con los ojos desorbitados, y gritó:

—¡Favor! ¡Se quema la iglesia!

Hubo un segundo de parálisis. El silencio dio una vuelta completa alrededor de sí mismo. En seguida, un grito único se arrancó de las lenguas y todos corrieron hacia la plaza.

El pañuelo que había servido de venda, todavía anudado, cayó cerca de la cabeza del gallo.

• • •

Yo fui acercándome a él. Ambos estábamos alegres de que todos se hubieran marchado y de que ardiera la iglesia.

Movió la cabecita de derecha a izquierda y con una atención conmovedora, sus ojos de rubí reunieron la inmensidad.

¡Sentirse sepultado vivo y no poder aletear ya nunca ni estirar la pata con el espolón bajo la ala desplegada!

Lanzó un cloqueo de asombro y sacudió la cabecita. Miré hacia donde él miraba y vi a la gallina Clara-legor salir de entre la alfalfa. Venía preocupadísima. Llegó junto al enterrado, pero no pudo decirle nada en el primer momento. Un cloqueo oscuro le hirvió en el buche y la garganta sin acertar a salir. Era angustia con olor a maíz tibio y a gorgojos.

Clara-legor ladeó la cabeza como cuando empollaba acostada en el nido, y con delicada atención escuchó el bullidor espacio en el que se forman los puntos que pugnan por convertirse en pollos. Picoteó el suelo en torno al cuello del enterrado, y sus patas escamosas, no muy aseadas, empezaron a escarbar nerviosamente.

Esa fue la señal.

Comprendiendo que los jugadores podían volver, me apresuré a libertar al ave. A poca distancia vi la barreta del campesino y removí con ella la tierra apelmazada en torno al enterrado. En pocos minutos éste estuvo fuera. Lo libré de la mortaja y le desaté las patas amarillas.

En el primer momento, amortiguado el cuerpo por el entierro, cayó sobre el flanco izquierdo y quedó así, latiendo y acezando unos segun-

dos. Por fin se incorporó y se sacudió aparatosamente haciendo rebullir varias veces todas las plumas.

• • •

Cuando las aves se alejaron, una gran pluma de fuego ascendió a través de los árboles.

Bajé. La fiesta se había inmovilizado De todas partes acudían hacia la iglesia nuevos curiosos, pero ahora sus rostros tenían un vago aspecto de espanto El aire de jolgorio se había cambiado en malestar. Se desparramaba un humo ancho y negro con olor a cera de altar y a trapo viejo. A causa del sol no se veían las llamas, pero el calor que se difundía era un indicio de la gravedad Todas las puertas de la iglesia estaban abiertas y temblaban y la gente apiñada en torno dejaba arder el interior sin poder intervenir en nada Nadie tenía una gota de agua por esos contornos, y sólo un río angurriento, sin sonido, era visto abajo, serpenteando despacito por el fondo de una gran quebrada.

Cuando el incendio empezó a morder el altar compuesto en lo alto con la imagen crucificada del Patrón de la Fiesta, la gente cayó de rodillas murmurando y clamando un milagro. Pero no ocurrió nada

En poco tiempo las llamas devoraron todo lo que encontraban, con furia ruidosa y desmelenada Y sólo quedaron algunos escombros ralos, que al poco rato, caían como tizones negros

Yo fui de los primeros en entrar en el recinto humeante de la iglesia Todo era ceniza y mamarrachos carbonizados Pero cuando llegamos al lugar en que había caído el altar del Patrón de la Fiesta, entre los escombros renegridos y los adornos quemados, vimos el cuerpo del crucificado, que sin brazos ni piernas, apenas había sido tocado por el fuego. Su rostro, manchado de ceniza y envuelto a medias en un girón de cortinaje púrpura que no había llegado a consumirse, adquiría un punzante aspecto de gallo de riña maltratado y sangrante sobre el suelo sucio y descompuesto del combate.

• • •

Y de pronto, sus ojos de vidrio inertes y anhelantes, me recordaron vagamente los ojos diminutos y vidriosos de alguien a quien aquella misma tarde, había visto mirarme desesperadamente.

PACTO CON EL HOMBRE

ANTES DE MÍ, nadie puede vanagloriarse de una hazaña como la que cuentan estas páginas. Dentro del Mundo Luciferino al que pertenezco, no tengo antecesores en esta experiencia. Mi elección coincidió con el inicio del nuevo ciclo técnico del Mundo Humano, que reclama –para asegurar su relación con el cosmos–, el ingreso de una entidad luciférica en su medio orgánico, al tiempo que miembros de esa comunidad, se preparan para alcanzar corporalmente las esferas del universo planetario.

Dentro de las coordenadas cósmicas, este acontecimiento es una condición de la Ley de Simetría.

En una época reciente se dio una concordancia parecida en el plano humano, pero no ha sido tomada en cuenta por sus desaprensivos usufructuarios. El fenómeno se produjo cuando ciertos hombres avanzados, tras disciplinas específicas, alcanzaron las facultades de clarividencia y clariaudiencia. Coincidiendo con este tipo de adquisiciones, el mundo físico conquistó ampliaciones de visión y de audición en su propio medio, por y a través de los aparatos de radiografía y televisión. Nuestros descensos al plano de la humanidad constituyen verdaderos sacrificios que determinan los subsiguientes ascensos de ésta. Así, sus conquistas físicas están precedidas siempre por caudalosas perturbaciones de Nuestra Morada. Y nosotros no forcejeamos por evitarnos estas sacudidas que nos disminuyen. Una conciencia superior a la humana nos permite sobrellevarlas con sonriente aceptación, pues gozamos de una disponibilidad casi infinita.

En cuanto a sus triunfos morales puros –que siempre son individuales–, estos, en verdad, nos causan profunda tristeza. Sin embargo, esta tristeza no tiene por causa el egoísmo: se debe a ciertas depresiones correlativas derivadas de la contigüidad de nuestros reinos.

El último gran dolor de esta índole fue padecido por nosotros cuando el hombre adquirió su actual conciencia vigílica ordinaria y su poder de pensar sobre sí mismo. Una aterradora hemorragia de tiniebla soportamos entonces en bien de su individuación. Esto no lo saben los hombres. Ignoran, asimismo, que cuando hayan logrado entristecer por estos medios a todas nuestras sutiles Legiones, la furiosa alegría de nuestras faenas empezará a empalidecer con relación a ellos. Sentiremos entonces la necesidad de organismos nuevos y pasaremos a trabajar en el reino de los actuales himenópteros que, para aquel tiempo, habrán alcanzado un grado de evolución parangonable con el de la humanidad presente.

Este día está sumamente lejano; pero nuestra conciencia es capaz de conocerlo ya; sin embargo, no podemos describirlo adecuadamente con palabras. Vivimos activa y lúcidamente las ideaciones del Innombrable, pero nos vemos en la imposibilidad de comunicarlas.

En los umbrales mismos de esta extraordinaria época, fui escogido por el Príncipe de nuestras Legiones para la experiencia que, en las

esferas internas del plano luciférico, se llamó de este modo: "Insertamiento en un cuerpo físico humano, privándole temporalmente de su alma, y concienciación de sus sensaciones y de su cenestesia general".

Repito que constituye ésta la primera experiencia en el género por parte de nosotros. Esta reafirmación está especialmente dirigida a aquellos que, con ocasión de estas líneas, puedan pensar en los casos de *posesión*, o *endemoniamiento* registrados por la historia humana. Confieso que tales casos tuvieron "su" realidad. Fueron conseguidos por *Nosotros* en individuos débiles, tarados, o proclives a la mediumnidad natural. Pero tales *posesos* y *posesiones* no deben confundirse con el caso materia de este relato. Al tratarse de los poseídos de antaño, el alma de éstos no abandonó voluntariamente su cuerpo físico, que fue *cohabitado,* o compartido desordenadamente.

Ahora se trata de una ocupación exclusiva y total de un cuerpo humano a base de un pacto negociado a iniciativa nuestra con un alma individualizada, la que deberá separarse íntegramente de su organismo físico durante un lapso dado.

• • •

En cuanto recibí la orden de inserción, me dirigí a cierta populosa ciudad del Nuevo Mundo y busqué mi personaje durante un segundo de reloj. (Uso la manera corriente de medir el tiempo, en homenaje a los antiguos Monasterios en donde fue inventado el primer artilugio de relojería, y para facilitar nuestra comunicación). Un segundo es un lapso suficiente para sondear a un millón de habitantes del tipo medio. La práctica de sondeo la realicé al amanecer, durante el sueño de mis pacientes. No hice otra cosa que deslizar sutilmente en ellos el deseo de entregar sus almas a la Nada. Todos, sin excepción, respondieron positivamente. Y a continuación despertaron. Asistí entonces a sus cavilaciones, fantasías, cálculos y dudas. Y todos llegaron a formular, más o menos, la siguiente aspiración: "Si pudiera olvidarlo todo para siempre, ¡qué feliz sería!".

Centenares de hombres y mujeres y millares de adolescentes desearon el anonadamiento total. Muchos sujetos pertenecientes a credos confesionales anhelaron sus respectivos estados de cielo. Asimismo, fueron ellos los que suspiraron por su salvación personal, intransferible, libertada del peso de la existencia. Nubes de madres, como dulces cluecas, pensaron atravesar los aires, rodeadas de sus hijos pequeños (sin el marido) y sumergirse en el limbo sedoso del paraíso. Algunos demostraron simplemente deseos de dormir un sueño profundo, sin despertar, y ser relevados gratuitamente de sus obligaciones. Sólo uno formuló con claridad el siguiente pesamiento-fantasía "Si pudiera abandonar mi alma en algún lugar del espacio y conducir luego mi cuerpo de algún modo, vacío y despreocupado, por esas calles".

Era éste el personaje que yo necesitaba.

A continuación, concretándome en el interior de su dormitorio, en tanto que clareaba el día, produje un silencio profundo en su ambiente personal. Una débil moción se originó en su ser íntimo. Y exclamó pasivo: "Sí hubiera una droga capaz de privarme temporalmente del alma, y dejarme vivir en cuerpo únicamente, la tomaría sin vacilar".

Era un pequeño apóstata de la vida humana, pero quería salvar su alma, a la que amaba como a un cuerpo ideal destinado a un pantano incorruptible, "Si al menos por unas horas consiguiera abandonar esta alma y dar unas vueltas por ahí, vacío de mí mismo, ¡y solo!".

Escuché con nitidez este pensamiento (porque Nosotros escuchamos las más silentes ideaciones), y me deslicé hacia el viviente átomo de su conciencia y lo expandí. Me contempló interiormente como a un asterisco luminoso, pero escucho mi voz como procedente del exterior: "Yo soy capaz de realizar en ti lo que deseas –le dije–. Y, a continuación, le hablé: "Te propongo este PACTO: Si me prestas tu cuerpo durante esta jornada para la concienciación de sus sensaciones generales –libres de pecado–, yo te concedo el reposo de tu alma durante el mismo lapso, suspensa en un lugar del Espacio, y el recuerdo de este estado de paz, desde el instante de su reincorporación".

–¡Aceptado! –gritó, sin detenerse a pensar–. Y su voz vibró en el silencio del dormitorio. Eran las siete de la mañana.

¡Mi pacto con el hombre estaba sellado!

Ahora podía yo cumplir la misión que me había sido confiada. Intuí enseguida el atroz padecimiento que afectaría en forma supraindividual a todos los miembros de mi especie, a través de mi conciencia; así como las líneas de dolor singular que se grabarían en mi individualidad luciferina. Pero era necesario.

Mi incursión en la órbita humana posibilitaba el ingreso corporal del hombre contemporáneo en el Espacio planetario. Asimismo, mi angustia exigía la angustia posterior del alma de este hombre al terminar el pacto. Porque iba a sufrir terriblemente con el recuerdo de su momentánea liberación. Y yo le había ofrecido la memoria, el recuerdo de este estado pseudo-beatífico, desde el momento de su retorno al cuerpo. Asimismo, ignoraba él que este recuerdo se convertiría en su tortura y que sería la causa de su muerte voluntaria poco después.

Las cláusulas empezaron a cumplirse.

Con mi visión sutil vi retraerse el alma del hombre hacia el ventrículo izquierdo de su corazón. Ascendió al cerebro, se escurrió de éste por un punto situado en el tope del cráneo, y se agrupó sobre la cabecera de la cama, adoptando una forma vesicular, fosforescente, no más larga que una baya silvestre.

Entonces, lancé una mirada sobre el cuerpo vacío del hombre.

(Así debió mirar el Hijo del Carpintero, tras el expolio, la cruz en la que iba a tenderse para ser crucificado). Sentí una desesperación vertiginosa, y sin resistir más, oscureciendo mi natural brillantez, como una saeta me inserté en el cuerpo del hombre.

La primera impresión fue de insoportable ahogo. Me latían las sienes y todas las venas, adquiriendo una turgencia repentina, estaban próximas a estallar. En torno a la cabeza, experimenté la imposición de un cerco de espinas y mis espaldas comenzaron a arder como azotadas. La respiración me quemaba y una sed devoradora me escocía la garganta.

A las diez de la mañana abrí los ojos y los elevé hacia el sitio en el que viera por última vez el alma del hombre; pero no pude distinguirla ya. Mi vista luciferina, limitada al uso del aparato óptico de mi "huésped", no era capaz de vislumbrar los estados sutiles. La certidumbre de esta restricción me produjo un profundo acceso de angustia. Me incorporé lanzando un grito desesperado; pero volví a caer víctima del abatimiento, en tanto que un sudor viscoso brotaba de mi piel, escalofriada y ardiente a la vez.

Cuando después de una hora más, pude lanzar de mí los cobertores, contemplé en las sábanas centenares de manchitas rojas. Había sudado sangre. También en mí, como una vez en el Hijo del Carpintero, la hematidrosis había obligado a la sangre asustadiza a rebasar sus delgadas fronteras. Sin levantarme aún de la cama, retraje a mi memoria el día en que fue proclamada la Encarnación sobre este planeta. La Voz anunció en aquella ocasión:

—"El Señor es Contigo".

Desde entonces, a manera de capa imperial, se les dio la placenta.

• • •

Puedo dar una remota idea de mi estado si digo que me encuentro como un pulpo cautivo entre las valvas de una ostra.

Evitando la piedad, creo ahora sentir una vaga admiración por el género humano, sometido por millones de años a la pesadumbre de la encarnación, desde la sombría estrechez del feto hasta el día en que revientan.

Individualmente, yo no habría podido resistir las tres primeras horas de encierro en la carne de no haber estado sostenido por innumerables Legiones Luciferinas que, dentro de un vasto plan, se hallaban sutilmente ligadas a mi conciencia y la vitalizaban con sobrehumanas energías. Tuve, sin embargo, mi instante de flaqueza. Fue cuando las tinieblas me ahogaban. El necio y bestial temor a la muerte se apoderó de mí y grité: "Príncipe, ¿por qué me has abandonado?"

• • •

¡Extraño mundo el físico! Todo lo que hay en él es cortical y efímero. Golpeo con los nudillos esta pared y suena como una cáscara.

Minutos antes veía únicamente formas planas y chatas que parecían moverse a cada parpadeo. Ahora las superficies adquieren dureza y distancias, se agudizan y aparecen cavadas en la disposición de la perspectiva. Y . . . luego, a todo este engaño rodeante, llaman Espacio, noción espacial. Para mí no es sino una ampolla de la sensibilidad . . .

De todos modos, me toca vivir unas horas esta vida-conciencia, dentro de este espacio-tiempo.

Es mediodía. Asumo mi papel. Tomo "mis vestidos" y experimento en seguida un vago recelo de contaminarme con su roce. Como un animal que hubiera sido desollado, regreso a un pelaje flojo, después de una larga ausencia.

Me calzo los zapatos y siento vivamente el latido de la arteria dorsal del pie izquierdo. Bajo los ojos y, como un niño campesino, me contemplo caminar.

Trago saliva y estoy a punto de nauscar. Esta sustancia pálida y viscosa, no es "mía", y debo deglutirla como si lo fuera. La lengua parece fermentar dentro como un caracol ciego en su gruta. Recorro "mis" dientes y muelas, reconociendo los detalles de su disposición, y siento que estoy entre "sus" fauces. ¡Qué ironía!

Súbitamente, un bostezo. Ha sido irremediable. Entre la inhalación y la exhalación, "mi" aliento se ha conducido como un reptil en el interior de un caño, aguijoneado por el hambre. Porque es hambre lo que siento. "Su" hambre. ¡Sus ganas de tragar! Hambre de materias iracundas, hambre de embutidos de puerco, hambre de sanguijuelas y cochambre de cochino, hambre de cadáveres recalentados, hambre de mortecinas curadas al humo, ¡hambre de costillas revolcadas en salsas! No, no, no. Yo no acepto tu hambre. Vete al diablo. O . . . mejor, ¡vete al Hombre!

• • •

Doy un paseo a lo largo del dormitorio y la salita. Una ventana se abre hacia la calle. La calle se encajona abajo. Pasa por ella un desfile de seres diminutos. ¡Son ellos! (Los he reconocido). Hay a los lados de la vía unos árboles cubiertos de flores rosadas y lilas. Sí. Están en primavera. Y me pregunto: "¿En dónde podría sostenerse esta delicada superficie del tiempo si no tuviera el espesor del espacio?"

De improviso, suena el teléfono de mi "huésped". Tomo el auricular y escucho. Una voz de mujer vibra al otro lado del fono.

–¿Eres tú, Ricardo?

–Sí, querida –contesto–, imaginándome el rostro de la mujer que se ama a sí misma valiéndose del cuerpo ocupado por mí.

–Te espero esta noche, ¿sabes?

–Naturalmente, iré.

–No olvides traerme las ostras y el pan.

–Lo tendrás todo, querida –aseguro por él.

Sé que legiones de seres luciferinos atisban y registran todos mis actos y que seguramente sonríen allá, en el mundo de la eterna actividad silenciosa. Pero yo, dentro y a través del organismo que ocupo, aún sin llegar a consubstanciarme con él, percibo la tristeza milenaria de la carne, y no puedo reprimir el nacimiento de una emoción compuesta de piedad y de admiración por la capacidad humana de ejercer el heroísmo dentro de la más rigurosa esclavitud.

• • •

He descendido diez pisos emparedado en la caja del elevador. Es verdaderamente extraordinario observar cómo los hombres han logrado articular su voluntad infinitesimal con la Voluntad indivisa del infinito

No han conseguido eludirla, naturalmente, y la han captado y distribuido en múltiples sistemas ingeniosos. Por otra parte, el *libre albedrío* rodea sus manos como la masa del agua los movimientos del nadador y el vaivén inútil de los ahogados.

Una suerte de fuerza desterrada aligera su proscripción, y como un sorbo de viento, les sostiene sobre el abismo la ilusión de existir.

Ahora atravieso las calles

Las esquinas se arriman en el vacío. En el aire relucen estrellas de esmeril y se dilatan gases invisibles y pensamientos que pudieran envenenar instantáneamente a un coro de ángeles.

La carne huele de cien maneras, todas tremendas. Carne cocida al sudor; macerada en cremas y aceites, curada en naylon y sedas artificiales, asada en lujuria, en ictericia, en bacterias, en cosméticos. Y los caníbales, todos enfermos, pasan humedeciéndose los labios.

• • •

Este pequeño jardín se acoge bajo un gran árbol solitario cuyo nombre desconozco Tomo asiento en una banca, frente a un macizo de flores. Un mareo singular "me" da vueltas; seguramente se debe a alguna deficiencia de "mi" huésped. Debo parecer un hombre triste, un desterrado. Pero yo me siento misionero y vagamente conspirador.

Un perro-lobo se detiene cerca de mí Me mira y vacila un instante; por fin decide aproximarse. Pero cuando se halla ya a mi alcance, emite un quejido de temor y de inseguridad, sacude la cabezota y se aleja. Creo que me ha reconocido, es más sutil que los hombres.

Ahora es una joven señora que viene hacia la banca. Sonríe y se sienta en el extremo opuesto. Saca de su cartera un cigarrillo y me mira preocupada . . . "¿Tienes fuego? –pregunta.

Pienso en mi mundo de fuego y de luz y no puedo menos que sonreír. Extraigo el encendedor de "mi" huésped y le ofrezco la diminuta llama.

–¿Forastero, verdad?

–Desterrado –contesto.

–¡Qué interesante! –exclama–. Me atraen los hombres con historias fuertes. ¿Hizo terrorismo?

–Espionaje –le aseguro.

–¡Oh, entonces, nunca podrá dormir tranquilo!

–¡No duermo nunca!

–¿Pero esta noche puede hacer una excepción por mí?

–¡Imposible! Debo presentarme ante mi superior.

Se levanta fastidiada; tira el cigarrillo a medio fumar y, como el perro, se aleja también.

• • •

En sentido contrario, sigo una avenida de vitrinas iluminadas. El frío de la tarde y el frío de mi soledad terrestre me punzan más allá de la piel, en esa zona remota adonde los hombres llegan acaso alguna vez.

Un hombre envejecido prematuramente, con las espaldas encorvadas y motas de pelo blanco sobre los parietales, se cruza como al azar. Tiene profundas arrugas que no son precisamente de vejez. Es un antiguo payaso en la miseria. Se me aproxima oblicuamente y me dice con gran rapidez: "Señor, ¿será posible que yo pueda tomar una taza de café con los míos?"

Yo conozco su horrible pobreza; sé que es verdad lo que me dice, y sé al mismo tiempo que en un bolsillo de la ropa que llevo puesta, hay dinero. Pero no es mío. Y debo partir sin atar un solo lazo personal con nadie. Y sin desatar el más pequeño nudo.

Mi corazón se ha contraído de angustia. Durante un segundo he vacilado compadeciéndolo. Mas un rayo lúcido y glacial ha cruzado oportunamente entre el payaso y mi sombra.

El hombre me mira por un momento, casi sonriente. Luego echa un vistazo a sus manos vacías y hace ademán de quitarse unos guantes invisibles. Escupe un poco de aire sobre ellas, y exclama: —"¡Qué asco!"

Gira como sobre la antigua pista de circo, y lo veo alejarse con su andar estevado a lo largo de la cinta de piedra que bordea la ancha acera. Poco después se confunde entre las mesas ocupadas por los vespertinos bebedores de café.

• • •

Un reloj señala la hora.

El plazo del *pacto* está a punto de extinguirse. Debo ir a entregar a su dueño este cuerpo que ocupo.

Y yo también camino ahora sobre una cinta de piedras, sintiéndome más desamparado que el payaso.

Son casi las siete de la noche cuando llego a su edificio. Aquí está el dormitorio. Entro. No puedo remediarlo, pero me siento bruscamente culpable. Me desvisto y dejo el cuerpo en la misma posición en la que lo encontré por la mañana. Salgo de él y me devuelvo a los míos. ¡Qué bienaventuranza!

El alma del hombre desciende ahora y penetra en su organismo. Está ya en su cuerpo. Bosteza, parpadea, se sienta aturdido y desganado. Enciende la luz y consulta el reloj.

Repentinamente el recuerdo del Espacio fulgura en su interior, invade toda su mente y lanza un grito de dolor y malestar. Pero no podrá ya recuperar ese paraíso.

Yo salgo. El *pacto* ha concluido.

• • •

Empieza su terrible prueba, su feroz angustia. Yo sé que no podrá sufrir por mucho tiempo el encierro en su propio cuerpo, después de haber conocido la maravillosa holgura del espacio sin mancha, el verdadero lugar de las almas de los hombres.

A su lado se recorta una ventana. Yo sé que saltará por ella, desesperado. Será el salario de su heroica colaboración con Nosotros. Sin embargo, no lo olvidaremos. En las profundidades infernales se conoce también la gratitud y la alegría que sacude los palacios y las catedrales en los días de acción de gracias. Sin embargo

Allí está la ventana. Yo sé que saltarás.

CABALLO SOLO

EL FUE EL PRIMER hombre vestido de kaki que llegó a Cruzcal. Pasó por entre las altamizas podridas que bordeaban el pantano, y les encontró mirándole, embobados. Le esperaban. Habían estado observándole desde hacía media hora, cuando uno de los idiotas señaló la aparición de él sobre la colina.

Pasó ante ellos, atravesó la plaza en la que erraba una cochina hirsuta, seguida de seis cochinitos gruñones y, orientándose en un recuerdo de la infancia, empezó a subir hacia los potreros abandonados.

Al final de esas extensiones de hierba verdinegra, esponjada de terrible vida, alzábase la casa. En cuanto la vio, pensó que era demasiado para él. La miseria de los años pasados había restringido de tal modo su capacidad de poseer, que la simple vista del inmueble heredado le asustaba. Detrás estaban los terrenos.

Nadie sabe lo que hizo durante esos ocho días, encerrado en la casa. Acaso barría o ponía en orden las cosas; pero pensar en eso era no conocerle. Una abulia inmensa le licuaba el alma. Sin embargo, se le vio moverse como en sueños a través de los cuartos recubiertos de esteras negras, y de los corredores de ladrillos medio comidos. Vagó de aquí para allá y logro constatar que sólo dos piezas eran habitables. En una de ellas, dentro de una pequeña olla ennegrecida, encontró un rollo de viejos billetes de banco. Tenía para vivir sin cultivar la tierra por lo menos un par de años.

Por las ventanas sin vidrios vio los alrededores de la casa invadidos por la hierba salvaje, entre la que se alzaban unas dalias gigantes quemadas por la escarcha. Y, más allá, los campos incultos, con aspecto de haber sido revueltos por un huracán. El humus negro y vivaz esperaba en vano desde hacía más de veinte años, ser incitado por una semilla.

Al cabo de los ocho días, un lunes, atravesó nuevamente el pueblo. A esa hora no vio a nadie. Y retornó el jueves, con su mujer.

Venían sobre un caballo alto y viejo. Ella, sentada detrás, de medio lado, le rodeaba la cintura con los brazos descarnados, casi escrofulosos.

Los idiotas se abrieron, haciendo calle, y el caballo con su carga doble, pasó lentamente con las pestañas agobiadas de polvo.

Desde el día en que se instalaron decidieron ignorar totalmente la existencia de Cruzcal y de sus estúpidos moradores. Abrieron la traspuerta que daba a los jardines salvajes y decidieron que sus relaciones quedaban establecidas con Tasiche, una villa que blanqueaba, abajo, entre las quiebras del valle. Un largo camino en zigzag conducía hasta el poblado.

Una vez por semana iba él a la villa. Ida y vuelta, con más la hora que demoraba en sus tiendas, le tomaban el día entero. Traía todo lo que necesitaban para la semana: velas, arroz, sal, fósforos, azúcar y, sobre todo, el queso en hojas de maíz que le gustaba a ella.

El tiempo, que al principio parecía inmenso y amenazaba con devorarles, se convirtió gradualmente en una magnitud fofa y grisácea, a pesar de que los cielos se abrían en latitudes azules y largas horas soleadas, o se envolvían en nieblas errantes o en nubarrones que se deshacían en lluvia.

Ellos aprendieron astucias para no sentirlo. Se encerraban como fantasmas en oquedades sin pensamiento y medraban como los hongos. Aun el caballo se afantasmó como ellos. No tenía pesebre y, en cuanto se sentía libre de los arreos, después de subir del pueblo, vagaba adormilado en torno al caserón. El pasto abundante y vicioso que brotaba en todas partes, le ahorraba el esfuerzo de buscarlo más allá de los aleros. Al caer la tarde, entraba en el corredor y se inmovilizaba en un rincón.

• • •

Al cabo de un año, ella había engordado y se le podía oír entonando una cancioncilla nasal cuando se inclinaba sobre la acequia para lavar las ollas. Este fue, por otra parte, el único indicio de cambio en su manera de ser en medio de ese mundo insondable adonde no llegaban los rumores extraños al organismo de la tierra. Sólo —acaso— existía una contradicción de parte de ellos, frente a la terrible armonía elemental que les rodeaba. Durante el día cruzaban pocas palabras y se movían articulados al espíritu mecánico de la existencia; pero por la noche, acostados uno junto al otro, ocupaban una parte larga de la oscuridad y el silencio en poblarla con sus conversaciones. Hablaban siempre de lo mismo, y siempre los temas eran repasados con una dulzura lenta y fatal. Sus palabras daban vueltas sin fin en torno de la miseria de los años pasados, o de la imagen de Eudoxia de los Angeles, la hijita muerta a los tres años. La veían desesperarse por hablarles con la boca manchada de tierra, o quedaba muerta ante ellos, otra vez, en un zaguán siniestro, allá, en una casa que se pulverizaba poco a poco.

Una noche, mientras recordaban a la pequeña, la mujer calló súbitamente. El esperó unos momentos y se volvió –inquieto– en la oscuridad. Oyó, entonces, moverse un ronquido en el pecho de la mujer. La sacudió suavemente por un hombro. Un nuevo ronquido –esta vez oscuro, irreconocible– reptó dentro y llegó a los labios como un gemido de animal. Se sobresaltó; busco los fósforos y encendió la vela. Dio la vuelta al catre y vino a ponerse de rodillas a la cabecera. –"Matilde", clamó, pasito. Ella volvió con gran esfuerzo el rostro hacia la luz rojiza de la vela: –"Tuve una hija . . . ", alcanzó a decir y su cabeza se tronchó bruscamente. Ahora parecía sonreír una sonrisa de tierra.

En el primer instante él no supo qué hacer. Se inclinó y se mantuvo mirando la desaparición de la sonrisa muerta. Le alisó el pelo; volvió a llamarla, se asustó de su propia voz, y terminó abrazando el cuerpo que perdía poco a poco su calor.

El gran viento de la montaña parecía amontonarse encima de la techumbre. Ahogándose dentro, se aproximó a la ventana y la abrió. El aire del amanecer entró afilado de frío, oliendo a hierba dormida y a inmensidad. El cielo estaba tachonado, pero empezaba ya a palidecer. De rato en rato, el rumor del río encajonado en el valle ascendía en bocanadas.

Durante una hora o dos, estuvo escuchando el rumor del agua chica de la acequia y los chisporroteos menudos de las existencias escondidas entre las hierbas.

Una energía pálida y dolorosa le laceraba el centro del pecho. La vida que faltaba ahora a su lado, despertaba una vehemencia que había dormido en él, y casi había muerto durante la pasada miseria.

Por primera vez pensó en esos hombres que ejercen autoridad en los pueblos y ciudades. Aquí, no había ninguno. Estaba solo ante la informe y silenciosa presencia de la naturaleza, ocupada siempre en mil particularidades incomunicables. Pero ninguna autoridad. Ninguna dirección. La misma voluntad de Dios llegaba allá, en oleadas tardías y, a veces, retrocedía misteriosamente o cambiaba de súbito, quebrada en fuegos lívidos.

Pensó en el caballo. Lo ensillaría y bajaría a Tasiche en busca de un ataúd. Cerró la ventana, cubrió el rostro de la mujer y salió.

Al fondo del corredor, el caballo se dibujaba, inmenso. Sus grandes dientes molían acompasadamente; pero en cuanto le vio acercarse, cesó al instante de remoler y sus ojos, mansos e inquisitivos, se clavaron en él.

En un rincón del corredor se veía una brazada de hierba cortada la víspera. El hombre tuvo un presentimiento. Era la primera vez que Matilde había hecho eso, desde su venida a la montaña. "Ha querido alimentarlo para que vaya por el ataúd", pensó con amargura. A continuación descolgó la silla, pesada por el frío del amanecer, y se aproximó al animal: –También yo estoy solo ya" –le dijo a media voz, como si reflexionara.

Esperó a que terminara de comer. En la inmensidad se iban apagando las estrellas. El sentía su cara como si fuera de yeso, pero el centro del pecho continuaba doliéndole como al principio.

Cuando bajaba a Tasiche cantaron en los árboles los primeros pájaros. El caballo iba como siempre, sintiéndose solitario, las riendas sueltas; buscaba con cautela un lugar firme para cada pata. A veces, en los zigzags, un arroyuelo atravesaba de un lado a otro, y el animal se detenía a medirlo como si estuviera a orillas de un río.

Llegó a Tasiche cerca de las ocho de la mañana y, según sus cálculos, no estaría de vuelta en casa sino al filo de las cinco de la tarde. La cuesta era dura, y ahora debía llevar, además, el ataúd.

• • •

En el galpón de una carpintería del pueblo, encontró el cofre más indicado. Era una caja de tablas delgadas y resecas, pero estaba bien pintada de negro y tenía una pequeña cruz blanca sobre la tapa.

Sin detenerse a tomar nada, cerró la compra y montó. Pronto se perdió entre las últimas tapias y los matorrales; pero poco después, apareció en un recodo y siguió durante algunos minutos una senda horizontal.

Su figura estrafalaria se movía a los vaivenes jadeantes y angulosos del viejo caballo. El ataúd, atravesado sobre el pico de la montura, se mantenía en balance bajo las manos del hombre, y las riendas, casi sueltas, se mecían entre las crines colgantes que no habían sido cortadas nunca.

Montaña arriba, se iba empequeñeciendo el estrambótico conjunto de hombre-caballo-ataúd, y a ratos semejaba una cruz monstruosa enclavada sobre un pedestal de vacilantes estacas.

Hacia el mediodía se perdió de vista entre los repliegues y el arbolado, y los vecinos de Tasiche cesaron de intercambiar conjeturas y chismes acerca del hombre del ataúd.

Pero aproximadamente a las cinco de la tarde, los moradores del pueblo de Cruzcal que habían salido a las esquinas de la plaza-muladar, a exponer sus bocios a los últimos rayos del sol, vieron aparecer el caballo con el hombre dormido sobre el ataúd.

La bestia se movía penosamente, pero mantenía en equilibrio la extraña carga. Acaso dormido, con el pecho sobre la tapa del cofre y los brazos estirados aún, en el gesto de sostener las bridas, que ahora colgaban, lacias, sobre el cuello del jamelgo, la cabeza del hombre parecía descoyuntada, muerta. Así le vieron pasar los idiotas de Cruzcal, y sus voces roncas que salían empapándose en la masa tumefacta de sus cotos, expulsaron palabras huecas, semejantes a cascarones: "Ahí va el hombre solo de la casa negra de arriba —el caballo solo del hombre solo de la casa negra de arriba— y el ataúd del hombre solo del caballo solo de la casa negra de arriba". Y rieron sordamente, a coro. Los bocios temblaron como grandes buches sobre sus gargantas de horribles avechuchos.

El caballo se detuvo un instante frente al corredor de la casa, y se inmovilizó escuchando hacia arriba y hacia atrás. Momentos antes, en un descanso, había oído por última vez los latidos del corazón del hombre,

resonando en la caja del ataúd. Ahora, un silencio puro reinaba dentro del cofre.

Entonces, el caballo hizo un ruido con los belfos, sacudió la cabeza empapada en sudor y dio media vuelta.

Paso a paso ganó la llanura tapizada de grama virgen, iluminada a esa hora por el sol poniente. Así caminó hacia el reborde del inmenso talud. Nunca había estado más solo ni su carga en mayor equilibrio. El sol –ya frío– arrancaba del conjunto una sombra monstruosa y la proyectaba sobre la hierba oxidada por la luz oblicua del ocaso.

La sombra –larguísima ahora– desplazábase por la llanura. Se detuvo.

Y ahí quedó el hombre solo de la casa negra, sola, de arriba –el caballo solo del hombre solo de la casa negra, sola, de arriba– y el ataúd del hombre solo del caballo solo.

LA ULTIMA CENA DE ESTE MUNDO

DURANTE MUCHOS días después, esperábamos la llegada de las águilas y los buitres o de algún viejo cuervo. Durante muchos días en que el viento arrancaba un rabioso olor de biblia al Océano, esperábamos. Pero no llegaron. Debían haber muerto también ellos, súbitamente chamuscados sobre los riscos de Gatopungo, entre los manglares de Siam o de Formosa, sobre Madagascar, sobre los Cárpatos o los Urales.

La infección de las áreas nos sugería esperanzas de riquezas que hubieran sido aterradoras sólo treinta días atrás. Ahora, con el nuevo espacio unificado en la Conciencia Concreta y con el nuevo sentido de insertamiento y participación en el Tiempo, las reacciones emocionales eran diferentes –más exactamente, objetivas– y las nociones no se contraían a la vaguedad del pasado.

La Gran Infección, desarrollándose por áreas cíclicas que molecularmente correspondían a las velocísimas notas de una sinfonía de la reversión, o a los versos de una oda universal dedicada a la cueva de los rugidos y los sollozos, colgaba y se sacudía sobre la atmósfera del planeta como una formidable aurora boreal atravesada por los rayos de la séptima conciencia atómica.

Los tiempos, como los horizontes, se habían entrefundido. Habíamos llegado al "borde de los tiempos", al talud de lo que vuelve a lo Mismo.

• • •

Paseando por la alameda de ladrillos rojos y verdes, bajo las casuarinas gigantescas o asomado a la ventana de la gran Abadía, me era absolutamente imposible recordar algo que se pareciera a lo que una vez habíamos llamado Música.

Uno de los fenómenos de la Ola Concreta había sido la nueva formación de los mecanismos sensoriales de coordinación con el mundo, especialmente los del oído y la vista porque si bien es verdad que la "Infección" provino de "afuera", del Otro, o del No-Yo, los cerebros de los últimos hombres la habían adoptado, sobre todo, por su feroz ambición. De suerte que entre estas coordenadas, nuestra estructura fue transformada con todos los alineamientos correlativos. Todo el mundo –incluso los llamados inocentes– habían creado la estrella que el Apocalipsis conoce con el nombre de la "centella de Ajenjo". El mal ha sido siempre un artífice infatigable. Pero en aquellos días de nuestra residencia en la Abadía, pensar siquiera en el Mal era un absurdo, un anacronismo. Y con relación a nosotros, sólo existía el "hacer" como un avance ineluctable hacia el Sí Concreto de todas las cosas, hacia la pasión objetiva que no se compadece con las pasiones de la humanidad ordinaria de ninguna era, de ningún mundo.

Y entre las arcadas de la Abadía, bajo las casuarinas o a lo largo de las antiguas vías enladrilladas, oíase ahora el sonido no como en el antiguo mundo, sino como la verdadera música atareada en correr hacia "el gozne de los Tiempos". Pero era una música impersonal, constelada de preciosas cargas sonoras, de haces y remolinos de tonos perfectos en su geométrica complejidad, cuyo resultado en el fondo del alma cósmica es siempre igual a cero.

Ahora, al oír o ver, nos conservábamos idénticos a nosotros mismos. No éramos absorbidos por ninguna boca, por ningún color. Y recreábamos lo que percibíamos, porque ninguna sustancia deja de ser. Es decir, el mundo consumido por la Gran Infección y la última Isla que resistía, vestida de verde, en el extremo Sur, eran interiores a nuestra conciencia. No, apariencias como en el pasado, para nosotros y para los millones que habían muerto, asados en luz.

La música de hoy, aquí en la Isla, era, con todos sus ritmos, un diseño permanente de la inteligencia, de la comunicación de las formas que jamás han sido abolidas. Las notas habían dejado de ser los simples agujeros de música de nuestros terribles y tontos padres.

Sin embargo, nosotros –éramos Doce y El–, únicos sobrevivientes, aún seguíamos trabajando por la otra consumación, acaso la más feroz. Aliados del Caos, nos movíamos en el único plano en el que la Deidad asume todas las negaciones.

Nuestra Primera Perdición había sido el descubrimiento del "Otro", frente al Uno Mismo. En adelante, después de la Segunda Gran Infección, todos seríamos Uno contra Todo. Lo que fueron las *ideas fijas* para los obsesionados de ayer, seremos nosotros mañana para la Mente Universal. La enriqueceremos usando su propia sustancia, reflejada sin

fin en uno solo de sus más duros rostros: el brillo del Poder por sí mismo. Así, enloqueceremos al Omega eterno.

* * *

Habíamos abandonado el Continente faltando tres semanas justas para el estallido de la Gran Infección. La explosión ocurrió cuando teníamos ya dos días y una noche en la Isla. Repito: Eramos Doce, y él, Christian Huck, llamado el Decimotercero.

No nos sorprendió encontrar las antiquísimas ruinas españolas, ni la Abadía, admirablemente conservada. (Todos estos elementos contaban en la estructura del Drama Sagrado). Los misioneros católicos que habían pasado hacia trescientos años o más, por allí, habían enseñado a los nativos el arte de la destilación y el uso de los vestidos. Y Christian Huck era o había sido también sacerdote en algún lugar, y había ejercido la dignidad de confesor durante treinta años, de los cuales veinticinco se habían convertido en una horrible práctica. Había conseguido destilar con la masa de los pecados, iniquidades y ligerezas de sus penitentes, una suerte de pócima nutricia de tipo tenebroso y había realizado un metabolismo satánico para su propio espíritu, manteniendose sin embargo *puro*. Era un gran asceta negativo.

Esta condición de disciplina espiritual y humana en medio de un pantano de corrupción, es inadmisible para las almas ordinarias que desconocen los inquietantes procesos alquímicos del mundo psíquico. Pero es indispensable la mantención de una pureza total por parte del que aspira al poder, a fin de que cristalicen en su intimidad ciertas estructuras. Sólo después de una larga y consciente autocrucifixión, le es posible al hombre descender al Limbo y entenderse con las almas de los Grandes Muertos a quienes Dios necesita.

Christian Huck, que conocía lo que iba a suceder, alquiló un barco y nos invitó a seguirle. Según dijo, nos quería preservar, a fin de que el verdadero Bien y el verdadero Mal no fueran borrados de la Tierra . . . por "una fiesta de monos enloquecidos en la cual algunos de ellos volcaron una olla de plomo derretido".

Ya en la Isla, nos enseñó cosas preciosas con relación a la conciencia y a la vida. "Cuando la Gran Infección termine de fosforescer entre las piedras más bajas de la que un día se llamó ciudad de Nueva York, sabrán más cosas; y . . . acabaré diciéndoles la verdad".

Entretanto, él nos instruía diariamente sobre los *tres metabolismos* y sobre la trasmutación "dentro de la redoma". Nuestros únicos aparatos eran los sentidos físicos; el laboratorio era el cuerpo, y el fuego la conciencia. "El hombre que ha despertado puede nutrirse de alimentos inconcebibles", exclamaba. Así, llegamos a conocer que además del "pan nuestro de cada día" existían alimentos imperceptibles cuya sutilidad les permitía atravesar la piel y los tejidos orgánicos y asimilarse al ser interior, al alma. Eran dos estos inauditos alimentos: uno y otro habían

sido clasificados y proclamados por Cristo. El primero era el "agua de la vida eterna" y se lo asimilaba al ser consciente de todas las impresiones y percepciones de la vida cotidiana. El segundo se llamaba "la Luz del Mundo", y estaba relacionado con la trasmutación de los pensamientos, emociones y deseos, convirtiéndose en conciencia pura.

• • •

Otro día nos fuimos a fabricar con hojas de palma enana ciertas "cajas de conservas" para el sonido. Estos recipientes nos iban a suministrar durante la noche la primera forma alimenticia derivada de nuestras impresiones acústicas "ingeridas" en medio de la atención silenciosa consciente.

Cada cual tuvo pronto una caja parecida a las de cerillas. Por la tarde metimos en ellas un grillo campestre ordinario, y las llevamos a nuestras celdas de la Abadía. Allí quedaron sobre nuestros veladores. El pequeño ortóptero, de unos dos centímetros de largo, color negro-rojizo, con pequeñas manchas doradas en el arranque de las alas, nos esperaba dentro todas las noches. Sus cabecitas negras de ojos saltones, ignoraban que al frotar sus élitros en el encierro y emitir su chirrido característico, nos estaban entregando un hilo de inestimable alimento psíquico.

Recuerdo claramente el proceso de mi práctica personal. Me acosté después de las diez, cuando en la Isla se habían apagado ya todas las hogueras. Coloqué la cajita en una esquina del velador, y por medio de una contracción de la mente que Huck nos había enseñado, suscité un estado de sorpresa atenta que casi tenía mirada. Era mi estado de percepción vigilante. En aquel estado de No-Mente, mi conciencia, como la aguja de un nenúfar erguida sobre la superficie del agua, captaba lúcidamente el fino chirrido hasta llegar a aprehenderlo a lo largo de su aparente forma lineal en todos y cada uno de los átomos sonoros de que estaba compuesto. Sin embargo, durante la práctica, nuestra conciencia no se plegaba ni adhería al discurso del chirrido; no se abandonaba como antes a su fluencia. Alerta en todo momento, se observaba a sí misma y atendía a un tiempo a la exquisita y solitaria función de oír, desapegada y libre pero elevando el susurro anodino a la condición de un himno y extrayendo de ese acto una real quintaesencia psíquica. En una palabra, mi oído se oía oír y convertía el sonido en un ser viviente frente al universo físico.

Este ejercitamiento de la conciencia ante toda clase de percepciones e impresiones, debía durar todo el tiempo necesario, hasta obtener la continuidad absoluta de la atención consciente. Al mismo tiempo, la práctica de la trasmutación del pensamiento-emoción-deseo, debía marchar paralelamente a todos los episodios y acciones de la vida de cada discípulo.

La atención maravillosa que se aplica sobre los innumerables cambios, matices y saltos de la emoción, así como sobre las corrientes más anárquicas y esquivas del pensamiento y la astucia diabólicamente ascética que se usa para disolverlos, vaciarlos de contenido y devaluarlos

ante la mirada interior, es indescriptible. Cada caso y fracción de caso exigen una descripción que sólo puede ser comparable con la que demandaría la de la revolución de los electrones entre sí y en torno a sus respectivos núcleos.

(El misterioso y traslúcido Daimon crece y se despereza con todas estas nutriciones Adquiere la esbeltez de los hilos de las jarcias, de los látigos del domador, de los alambres enceguecedores del acróbata sobre la cuerda floja, del florete que rebota sobre el público, del gavilán que se posa sobre el féretro. Millares de canalillos de éter y capilares de fuego se despiertan y empiezan a funcionar en el interior de su cuerpo y conectan con las paredes eléctricas del Sistema Solar, que son ahora la envoltura placentaria de un embrión de Dios)

• • •

Durante esos largos meses de trabajo, Huck no cesaba de describirnos las aterradoras escenas que se habían desencadenado después de la oleada de Gran Infección sobre el planeta. Según él, sólo nosotros y los nativos de la Isla sobrevivíamos a los millones de hombres que habían sido un día sobre la Tierra. Eramos, pues, los sobrevivientes de la Quinta Muerte General.

Fue un día del vigésimo quinto mes de permanencia en la Isla, cuando Huck se decidió a hablarnos de una práctica de alta magia, la que de acuerdo con sus palabras "sacudiría nuestro universo hasta sus cimientos", promoviendo en él las características de un cuerpo orgánico capaz de recibir la descarga vital de un nuevo Génesis, sin ser despedazado. Y nosotros, sus discípulos –con El–, construiríamos el magneto adecuado. Para ello, al día siguiente que era jueves, debíamos renovar el misterio de la Ultima Cena, con el acto de la transustanciación del pan y del vino. El, como el ultimo Gran Sacerdote de la Tierra, imploraría el rayo para ese cuerpo Pero para lograr el éxito de la "operación" necesitaba –recalcó– de toda la energía consciente que habíamos acumulado durante esos veinticinco meses.

Sus palabras –por primera vez– parecían velar una intención inconfesable En aquel punto, El me miró Había leído lo que pasaba en mí:

–¿Qué piensas tú, Acab? –dijo

Me sentí confuso. Ninguno de mis compañeros hizo el menor movimiento Velaban sus propios pensamientos.

En cierto momento, experimente la impresión de que Huck me empujaba desde el borde de una cornisa hacia la nada Súbitamente él cambió Era la manera de su humor Me puso una mano sobre el hombro y exclamó:

–Has vencido sobre ti mismo, te felicito.

Al otro día, jueves, se nos hizo saber que la voluntad de Huck era la de que nos mantuviéramos en la actitud conocida con el nombre de "el que no emerge ni se mueve".

A las ocho fuimos a la Cena.

Mientras caminaba por los largos corredores de la Abadía en sombra, yo volví a pensar en Huck, como lo había hecho durante las horas del día. Me representé su dominio sobre sí mismo, sus inagotables posibilidades creadoras, estimulantes e inspiradoras, su insospechable moralidad: su terrible paz. Todas estas cualidades –me decía– ¿qué cosa encubren? Eran, sin duda, el resultado de años de labor y de un esfuerzo inmensurable; pero su dirección se confundía con las tinieblas.

Por un proceso ascético extendido a lo largo de terribles años de labor y de prueba, Huck había logrado cristalizar en él casi todas las condiciones que hacen a un "santo"; sólo que esa "santidad" no había sido sacrificada al Universo. Huck se había reservado esta fuerza. Para sí y –seguramente– para "otros" mayores que él y que se encontraban en la misma línea de desenvolvimiento. La suya era la santidad negra del Ego. Un estado acaso más difícil de penetrar que el del hombre que ha llegado al más alto renunciamiento.

• • •

A las ocho penetramos ordenadamente en el amplio refectorio de la vieja Abadía. La gran sala desde la cual se veía fosforecer el océano a través de los ventanales sin vidrios, tenía en su centro una larga mesa flanqueada por bancos rústicos y sobre ella unos ochenta cuencos de madera colocados bocabajo. Estaba así quizás desde hacía trescientos años.

Con la ayuda de algunos discípulos, Huck había preparado para esa noche una mesa en forma de herradura a la que debían haberse sentado en otro tiempo los superiores de la antigua Orden en torno del Abad. La silla de Huck estaba situada en el centro exterior del arco de la mesa y tenía tres asientos a cada lado. Los otros seis se veían dispuestos en el interior del semicírculo. Mi lugar se hallaba frente a El, un poco a la izquierda. Involuntariamente pensé en el sitio que ocupó el Iscariote durante la Cena del Cristo.

Tres grandes lámparas de aceite iluminaban esa esquina del refectorio. La luz lechosa flotaba como empapada en el dentaje del jardín, que se asomaba por los ventanales sin vidrios, a través de los cuales penetraba asimismo el continuo susurro de la noche.

El océano, visible por sus inacabables escintilaciones, se contraía y se exaltaba al son de una profunda duda.

El estaba ahí. Había entrado mientras contemplaba yo el ruedo de la noche sobre las aguas. Su cráneo recién afeitado a navaja, relucía surcado por lívidas líneas. Parecía tener una inmensa araña de hielo inmediatamente debajo de la piel. Sus cejas espesas hacían doble arco sobre sus ojos dotados de una cualidad eléctrica de prodigiosa movilidad. Miraba desde la espesura, como los tigres, como los dioses.

Ocupó el centro de la mesa, unió las manos en actitud de plegaria y se inmovilizó. Permaneció así acaso diez minutos. Hasta hacer tangible en la atmósfera del lugar su aura brillante como una rodela de acero. Tremendo arnés místico. En cierto instante, esta presencia suya "fuera del cuerpo", nos llegó a ser insoportable. Entonces El rompió ese estado por medio de una profunda respiración.

—Buenas noches para todos —dijo.

Sólo entonces descubrí un gigantesco pan rojizo y una jarra de vino, ante él, sobre la tabla de la mesa.

—Arrodíllense —ordenó.

Obedecimos. Tenía yo el borde de la mesa a la altura de mi garganta y no cesaba de mirar su rostro. Otra vez se abstrajo. Extendió las manos con las palmas hacia abajo sobre la boca de la jarra y sobre el pan. Entonces vi algo que me dejó aterrado. En el centro de las palmas aparecieron una manchas oscuras que cayeron en el vino. Eran "su" sangre. Se había estigmatizado voluntariamente y se desangraba sobre la jarra.

Volvió a juntar las manos. Imaginé que en esa actitud operaba su cicatrización. Y dos minutos después nos invitó a sentarnos.

—También a mí alguien me vende en esta noche, por temor —exclamó con una voz de calma helada.

Tomó la jarra y empezó a llenar las copas. En seguida repartió el pan, despedazándolo con las manos.

Hizo un amplio ademán como si alzara el reborde de un velo pendiente sobre la mesa y su semblante se transformó de un modo sobrecogedor. Fue como si nos dejara ver por un instante, a través de la piel, el horror de una condenación iluminada por una pureza que aún no desesperaba de sí misma.

—Comulgad conmigo —clamó con una voz imperiosa pero suave.

En cuanto elevó su copa, yo retrocedí y llegué hasta la puerta. Bebían el primer sorbo de "su" sangre. Entonces giré sobre mis pies invocando desesperadamente mi última voluntad. Y me vi corriendo por los viejos corredores de la Abadía. Atravesé los jardines y salí al campo.

Desde el fondo de la Isla, yo me opondría para siempre a él.

LA SIERRA CIRCULAR

Desde las afueras de la ciudad, ascienden ya las colinas, superponiéndose en juego de terrazas salpicadas de villas y jardines. Es una fiesta en la que de tarde en tarde alguien arroja un cadáver espléndido o un puñado de abalorios inútiles.

La carretera asfaltada, semejante a una tenia con cuello de encajes, sube en zigzag durante cinco o seis kilómetros, entrometiéndose en ángulos encantados y penetrando en arboledas que pueden ser ceñidas cómodamente con un lazo de vaquero.

En el último tramo, surgen diez o doce villas de estilo antiguo bajo grandes árboles tropicales y matas cuyas flores casi suntuosas hechizan a los locos y espantan a las libélulas y los pájaros.

La última villa cuelga casi sobre el valle. A veces parece sostenerse sobre un gozne de la roca, del que emergen unas raíces centenarias en trance de petrificación.

En esta villa habitaba Salmanazar con sus tíos. (De esto, hace ya mucho).

La tía abuela paseaba por salas y pasillos su resplandeciente silla de ruedas. A veces parecía moverse a soplos, o por la impulsión de ciertas reminiscencias medio sepultadas en terrenos inconfesables. Bajo su hierática máscara de polvos de arroz y sus pestañas verdosas sobre los largos ojos lineales, casi siempre entrecerrados, y los únicos que conservaban un brillo de vida, ella repasaba largamente esas evocaciones.

El tío, un ex clérigo, sesentón y millonario, moscardoneaba el día entero alrededor de ciertas agencias, compañías anónimas y direcciones de negocios, y continuamente estaba cobrando réditos, primas, utilidades, rentas y beneficios. Su única preocupación seria era su madre; esa anciana medio loca, clavada en su silla de ruedas, y su sobrino Salmanazar, un joven inválido sin lesión, dotado de una gran inteligencia plástica, ebria de sí misma, pero sin aplicación de ninguna especie a la vida práctica.

Su rostro cuadrado y rojizo de centurión y su cuerpo cuadrado también, pero no bajo, constituyen una presencia imperiosa que destaca en los despachos más cerrados, con la eficacia de un arcángel en medio de una nube de formularios.

La madre, la señora Emma, gira lentamente en su silla impulsada por Salmanazar, y se detiene al borde de la terraza, sobre el valle que parece arrancar de una gran rama retorcida, de cuyas nervaduras petrificadas, cuelgan pequeños cestos de pelo de coco sembrados de helechos crespos, mullidos, casi cristalinos y salpicados de pequeñas manchas de yodo.

Se detienen bajo la pérgola titubeante de sol y retazos de sombra esmeralda, y Salmanazar aproxima una silla de mimbre a la silla de ruedas.

El gozne de roca que, por debajo, tiene la forma de una proa maciza de acorazado saliendo de la base de la colina, se proyecta violentamente sobre el valle. Este se ensancha gradualmente como un inmenso abanico de refulgencias durante las horas de sol, y como una máquina de chirridos musicales durante la noche. Desde su flanco izquierdo arranca el bosque de cedros que va a perfilarse sombríamente en el pedrón de la montaña. Y ahora, en la orilla del bosque empiezan a moverse pequeñas

figuras humanas unidas a la vida del aserradero. La construcción de éste, en una blancura deslumbradora, de forma triangular y con techumbres dobles de cinc que rechinan como una brida mascada con impaciencia, ha sido erigida en menos de tres meses. Los camiones rojos son cinco, están ya en el garaje colectivo que se extiende frente al edificio, separado por una gran franja de piedra triturada que brilla como una salina.

Millares de grillos, de chipos, de saltamontes y otros artrópodos se han concentrado bajo la roca de la villa.

A veces, la señora extiende el cuello fláccido y escucha el himno en añicos de los bichos cantores. "Es la bandera de las mónadas y de las lentejuelas", dice, con el rostro hacia Salmanazar. Entonces, éste recuerda el largo y angustioso proceso de desintoxicación de la tía; recuerda sus delirios verbales y su riquísimo don de fabulación. Y siente una inquietud febril ante esos movimientos de resaca del antiguo mal de la señora, cuyas manos como de alabastro desgastado, pecosas, recorridas por venas azulencas y con aspecto de arácnidas alimentadas con agua y aire, tiemblan sobre el cobertor que le envuelve las piernas, recordando la vibración de los delirios alcohólicos durante los cuales sus dedos se le convertían en gesticulantes pararrayos bajo la tempestad del absurdo.

Pero ahora el aire está lleno de polvillo de sol y de polen, y aparece tenso y como reflejado por un gran espejo colocado en algún lugar del espacio. La construcción triangular del aserradero refracta la radiación múltiple de la atmósfera y sugiere el enroscamiento de un gran poder, preparándose para una intensa acción destructora.

Y Salmanazar mira al mismo tiempo las pestañas verdinegras de la tía, y recuerda el brillo de esos ojos azules, casi transparentes, cuando los vidriaba el alcohol, y se clavaban en él, mientras la voz zumbona y corrosiva le exigía: "Sobrino, ve a buscarme una botella de oporto. Ve: te ordeno". Y él iba. Pero son ya dos años que la tía no bebe una gota, y aun cuando la voz es la misma y los ojos titilan como cuentas de granizo azul, su alma alcohólica parece haber muerto en el fondo de sus viejas vísceras de *nylon* cirrótico. "No obstante –piensa él–, es siempre posible despertar a la hidra dormida entre cuevas simétricas y cómplices del páncreas y el hígado, y ponerla sobre la vidriera que frecuentan los alucinados y los guardianes de los más famosos serpentarios del mundo. Por ejemplo, si yo repitiera audiblemente el nombre de 'Ezequiel' creo que la hidra movería la punta de la cola".

Y se asusta de sus propias divagaciones, y aleja la silla de ruedas con dirección a la sala de música. La señora quiere escuchar sus canciones eslavas. Porque "Ezequiel" fue el personaje que pobló asiduamente los últimos delirios de la señora, días antes de que empezara el gran tratamiento de desintoxicación que toda la familia recuerda. Ezequiel, el terrible vidente hijo de Buzi, que vio el juicio y el castigo de Jerusalén, la abominaba. Porque la señora se sabía de memoria el primer capítulo del libro de Ezequiel, aquel en que el profeta cuenta su visión junto al río Quebar, cuando el cielo se le abrió y contempló unos seres resplande-

cientes, dotados de cuatro caras y cuatro alas, semejantes a ruedas de bronce bruñido que avanzaban rotando con la inmovilidad brillante de las hélices. "—Si yo pronunciara el nombre de Ezequiel, acaso la hidra que duerme en la cueva violácea del páncreas . . . porque Ezequiel Alcohol y Alucinación, son las ruedas dentadas de un mecanismo único, empotrado entre las vigas maestras de su esqueleto"—. Y, mira con ternura y lástima las espaldas huesudas de la tía.

Cinco días después, sobre las techumbres dobles del cine, a lo largo de pasillos y galpones, temblotean largas guirnaldas de flores de papel y cientos de banderines que pregonan la inauguración y bendición del aserradero. La mancha movediza de los visitantes y los curiosos ensuciando el valle, avanza rodeando a un clérigo vestido de oros sucios que va a proyectar el hisopo de agua bendita sobre las maquinarias y las dependencias. Y los escarabajos entran ya bajo las techumbres. En uno de los camiones rojos se ve una banda compuesta por un apretado ramillete de músicos uniformados de azul, que elevan sus trompas de cobre como flores monstruosas sedientas de agua del cielo. Una melodía erótica, casi bestial, envuelve a la concurrencia mosquinegra, y parece granularse en las capas superiores del aire como una nube de pedrisco. La bendición de los espacios acaso empieza ya a brillar sobre estas ondas mineralizadas por la pasión de los conquistadores, de los mártires y de los capitanes de la industria y del despojo.

Y así, esa tarde termina en ebulliciones exquisitamente preparadas por los reposteros y los licoristas.

Aquello empezó a las diez de la mañana del siguiente día, con un cielo límpido y un aire diáfano y excitante. Los camiones habían traído ya los primeros troncos de cedro y los aserradores los habían acostado sobre las grandes mesas de acero bendecidas la víspera. El primer silbido de las sierras circulares, cuya velocidad las hacía aparecer como simples halos, brotó de las ranuras metálicas en las que giraban y perforó la atmósfera como si la empalaran desde el fondo del valle hasta el cenit.

Salmanazar y la tía que estaban ya en la terraza, fueron sorprendidos por la desgarradura fulgurante y quedaron inmóviles de estupor.

Las chicharras pegadas a las ramas dejaron de cantar sus inminentes nupcias, y las lentejuelas y las mónadas del espacio se reabsorbieron en ámbitos exentos de sonido.

El silbido creció y se multiplicó en seis o siete hilos de fuego ininterrumpido. En cierto momento, los dientes triscados de una de las sierras, rayaron un falsete tenebrante, remedando el abrupto cambio de vibración de los grandes proyectiles, y la tía saltó de la silla de ruedas y cayó sentada en el piso de la terraza. La sombra ígnea de Ezequiel cerníase a través de los aires. Ella la vio y gritó el nombre bíblico con el furor enloquecido de una posesa. Se dirigió luego a Salmanazar y pidió: —"Una botella de oporto, sobrino. Pronto".

Salmanazar volvió con la botella y la tía se la arrancó de las manos cuando él se inclinaba para servirle

El silbido, como un látigo de fuego, enlazaba todos los niveles del aire, pasando a través de ellos por perforaciones súbitas que trizaban las más bellas y delgadas paredes de la estructura.

En cambio, el transonido que vibraba debajo de la línea original pulimentaba la locura embozada de aquellos que lo escuchaban con el alma predispuesta para los grandes vértigos

El cielo se pobló de discos incandescentes que revolaban en batallas oblicuas, rozándose con chisporroteos de centellas y relámpagos entretejidos como escamas. Rápidamente, todos los planos de la atmósfera fueron contaminados por la aparición de los seres resplandecientes de cuatro caras y cuatro alas, vistos por Ezequiel a orillas del río Quebar. De repente, un disco de luz cercenó el cuello de la botella, como una guillotina giratoria. Y la tía se empapó el pecho y se rasgó los labios con el pico erizado del cristal. "Ezequiel, Ezequiel", decía con la boca chorreante de sangre y de vino, y sobre ella, en la mitad del cielo, con sus cien mil dientes triscados, el sol aserraba los más hermosos sicomoros del paraíso.

Por su parte, las sierras circulares mantuvieron durante mucho tiempo la nueva visión de los seres alados, redondos como escudos bruñidos, en la mente de la tía. Porque las cosas más sordas, simples y aparentemente absurdas del universo son capaces de predicar la súbita buena nueva de la locura o de la bienaventuranza.

LA CARRETA DE HENO

La cara afilada, con el cutis muy fino y templado sobre los pómulos, y el aspecto retorcido como perteneciente a un cuerpo que hubiera sido hecho, y rehecho en diferentes épocas, escamoteaban su verdadera edad. Podía tener veinticinco años, o treinta y siete o cuarentidós Al oírle hablar se sentía la impresión de escuchar a un muchacho que está cambiando la voz.

Saltó de la acera de los talabarteros y la joroba le sonó de un modo extraño a través de la boca abierta. Se escurrió por entre los escolares que regresaban ya a esa hora y se metió en la tienda de bebidas

Había observado un insólito movimiento de obreros del campo A pesar de que no eran aún las cinco, unos quince peones, rodeando a Marcos Yara, habían entrado en el establecimiento

Su gran joroba era conocida y despreciada con ordinariez, desde hacía muchos años, en el pueblo. El lo sabía, y sintiéndose desgraciado y extraño a la vez, su amargura se convertía con frecuencia en una especie de insolente alegría. Desde que –niño aún– comulgara sacrílegamente, sentíase marcado con una señal que los otros ignoraban y que él la guardaba como un secreto diabólico, vagamente poderoso.

Sólo el capataz, desde que llegó y le vio aquel día subido sobre un burro ciego, le había palmeado con cierto afecto. Entró en el establecimiento por debajo de la puerta de batientes y fue a sentarse sobre un saco de aserrín. Desde allí, empezó a hacer reverencias y venias de saludo a los peones que se dignaban mirarle, y no perdía palabra de sus conversaciones.

Minutos después, estaba plenamente enterado.

Habituado a fisgonear durante toda su vida, había desarrollado de un modo extraordinario la facultad de comprender lo esencial de lo que los otros decían y de lo que callaban.

Supo que habían estado segando desde la mañana en un campo de heno y que a esas horas, todo el forraje estaba sobre una gran carreta de la hacienda "El Porvenir".

Marcos Yara partiría esa misma noche conduciendo el cargamento hacia el monasterio de "La Abrupta". Viajaría toda la noche y parte de la mañana siguiente. Los ojos del jorobado brillaban fascinados, escuchando, bajo su ávido parpadeo. En cierto momento estuvo a punto de adelantarse y abrazar las rodillas del capataz, para que le llevara en aquel viaje. Pero, vio que Yara extraía la cartera de apuntes y un fajo de billetes. Iba a empezar los pagos.

Aprovechó la entrada del camarero trayendo un nuevo turno, y se escurrió por debajo de la puerta de batientes.

Bajó corriendo la angosta y bulliciosa calle de los alpargateros y tomó el pasaje de la izquierda. En la mitad de la cuadra penetró en un zaguán resonante flanqueado de anillas de hierro; atravesó el patio y reapareció en el corralito. Abrió una puerta de una sola hoja y entró.

Dos años antes, unos estudiantes habían pasado por el pueblo y uno de ellos, como remate de una broma, le había regalado una chaqueta de cuero y la boina azul que pendían de un clavo sobre el catre. El jorobado usaba aquellas prendas únicamente los domingos y en ciertas solemnidades que sacudían al pueblo. Enfundado en ellas, sentía una gravedad supersticiosa y se movía muy despacio, observando de reojo la impresión que causaba en los demás. Esta especie de decoro rústico, le frenaba las ganas de corretear y dar saltitos sin motivo.

Se guardó la boina y acomodó bajo el brazo la chaqueta. Entonces salió.

A pesar de que no las tenía puestas, la conciencia de llevar consigo ambas prendas, le hizo sentir la necesidad de aparecer parsimonioso. Y tomó el aire de un pajarraco golpeándose la cola con las patas.

Cuando compraba una ración de pan y queso en la tienda de los Quiñónez oyó dar las cinco y media, y tembló al mirar el cielo verdoso, ya no tan claro. Metió apresuradamente la compra en sus bolsillos, y se alejó.

• • •

Abandonó las calles del pueblo por una vertiente agujereada de cárcavas calizas en las que resbalaban las recuas, y cruzó el puente, sacando la cabeza de tanto en tanto, para mirar el agua con su curiosidad inextinguible.

La corriente giraba espumosa en torno a una gran piedra azulada, semejante a un gran buey. Un día había visto a una paloma sobre esa piedra, y siempre estaba ansioso de volverla a encontrar en aquel sitio.

Dejó atrás el río, y se vio andando por la carretera. Asegurándose de que estaba completamente solo, comenzó un trotecito. Oscuramente intuía que la chaqueta y la boina se despojaban de su gravedad, al envolverse en aire del campo.

Se detuvo sobre una pequeña elevación y oyó golpes profundos en la mitad del pecho. La curiosidad que le devoraba frente a las cosas y a las gentes, al tratarse de su propio cuerpo se exacerbaba y le llevaba a prestar la más exagerada atención a todas sus funciones, convirtiéndolas en un malsano entrometimiento. El corazón golpeaba sobre algo semejante a un montón de cuero mojado en sangre y agua, y su punta avanzaba, goteante, hasta lo mas hondo de la joroba.

Se desentendió, asustado, sacudió la cabeza y recordó lo que le embargaba. Volvió la cabeza. Nadie. Marcos Yara no salía aún del pueblo, pero no tardaría en aparecer sobre la carretera.

Una estrella parecida a una gotita, girando en sí misma, avanzaba por el cielo enrarecido. El jorobado sintió la tarde entera como una cosa sin medida que empezaba a deshacerse. En cada cosa de la que se arrancaba, iba dejando una mancha de tristeza.

Unos muchachitos cantaban en alguna parte. El jorobado se enterneció súbitamente y sintió cobardía, pero al sobrepasar un grupo de árboles, vio de pronto el perfil hermoso de la carreta en la tarde. Se recortaba contra el cielo verde, y a cada paso crecía más. Los ojos del jorobado estaban absortos y sus dientes caballunos sonreían sin que él lo supiese.

En cierto momento, le pareció ver una cruz sobre la pila de heno.

El jorobado estaba siempre predispuesto a encontrar signos misteriosos en las cosas, sobre todo cuando el recuerdo del sacrilegio revivía en su memoria. Se detuvo y empezó a parpadear velozmente. " ¡Cónfilo!". Pero se puso alegrísimo al descubrir que lo que tomaba por una cruz era la extremidad de la escalera. Los peones no la habían retirado al terminar el remate de la parva.

Emitiendo una especie de silbido de triunfo, corrió hasta ponerse al alcance del fresco cargamento.

Sin tomar aliento se caló la chaqueta y la boina y empezó a subir por los travesaños. El ascenso le ofreció dificultades inesperadas. Cada vez que echaba un pie sobre uno de los travesaños, enredábase el otro en el borde de la chaqueta y tenía que dar una patadita para desembarazarse.

Por fin llegó al nivel superior, pero antes de decidirse a realizar los movimientos que le dejarían caer sobre la cúspide, lanzó una mirada sobre el horizonte y espió largamente la blanca raya de la carretera entrecortándose a través de los prados.

Allí estaba el puente sobre la piedra parecida a un buey bebiendo con la cabeza hundida. Una paloma se había posado cierta vez sobre el lomo del buey de piedra pero ya no estaba más. Ahora, la sombra de un hombre atravesaba el maderamen. Recordó el rumor de cañoneo que producían los caballos herrados al pasar sobre los tablones. El ruido del agua y el retumbo de las gruesas maderas, se revolcaban en caracol, y a él le encantaba ese estrépito de trueno. Le gustaban todos lo rumores grandes, siempre que aún no oscureciera.

La sombra del hombre salió del puente. Era Marcos Yara que venía. Entonces, se decidió.

Comprendiendo que no podía pasar la joroba por entre el claro de los travesaños, se aferró a la caña derecha, hizo girar su bulto deforme, penduleando los pies unas veces en el aire y otras sobre la caña, y logró finalmente trasponerse. Aflojó las manos y como un gran cuervo, cayó sobre el nido. La hierba se hundió con un crujido múltiple. Entre un tejido de susurros innumerables y un olor de tierra y sol encerrado en hilos tibios, envolviéndole, experimentó la primera embriaguez de su aventura.

El reborde del nido, erizado de espigas y paja verde, no le permitía mirar hacia el puente; pero, en cambio, contempló asombrado la cadena de montañas. Se habían aproximado maravillosamente al perfil del heno rodeante, y una misteriosa comunicación se establecía entre los tallos tiernos y las añosas cumbres. Se encontraba como en el centro de una cesta, en la mitad del cuerpo de la tierra.

Cuando había terminado de acomodarse, oyó la voz de Marcos Yara, abajo, maldiciendo a los peones. Los extremos de las pértigas se despegaron de la pila y poco después, la escalera caía hacia atrás.

El jorobado se recogió en sí mismo. Ahora, sentíase cortado de la tierra.

• • •

La luna apareció sobre el perfil de una montaña, como una burbuja que sale del agua sin romperse.

De pronto, una larga vibración conmovió la parva. Enseguida la carreta empezó a moverse lentamente. El jorobado abrió los brazos y estuvo a punto de lanzar un chillido de gozo. Sintió que se hundía y sus manos se aferraron al heno. A poco se estabilizó en lo compacto y la oscilación adquirió un ritmo suave, atravesado de oscuras vibraciones.

La luna había subido como tres varas y un lucerito tonto la seguía. El jorobado empezó a desesperarse por hablar. Su manía de charlar sin ton ni son, le hacía salivar como agua.

Oyó ruido de agua; y, otra vez, la piedra en la que un día se posara la paloma, indecisa, ante la ilusión de la roca aguas arriba y siempre inmóvil. El rumor le llevó de la memoria a los caballos que Serafín Malanga conducía a bañar en el remanso.

Al borde mismo del agua, los caballos gambeteaban entre huecos de arena que se llenaban al instante. Evocaban sus ánimos, titubeaban con vivos escorzos –sus pieles temblonas de círculos efervescentes–, antes de zambullirse. Después los veía –uno tras otro– nadar con hondos chapoteos, los lomos y las grupas unidos por un istmo, como guitarras de pelaje humeante. Resoplaban de gozo recorridos de victoriosas cosquillas y terrores líquidos, y extendían hacia la orilla opuesta sus delgadas cabezas de aves de cerveza y humo, perseguidas por llameantes cerraduras de espuma.

Media hora después las ruedas rodaban sobre un empedrado. Estaban entrando en un pueblo dormido. El jorobado se vio, de pronto, pasando a la altura de los techos. Una casa se alzó a la derecha y la carreta se detuvo. Cuando miró a ese lado, tenía ante sí el cuadro de luz de una ventana. Se encogió entre la hierba, y esperó, con los ojos pulverizados en nervioso parpadeo. Una puerta se abrió en el fondo y apareció una mujer envuelta en un brillante vestido nocturno.

Abajo, en el bar, unas voces devolvieron el sonoro saludo de Marcos Yara. La mujer se aproximó a la ventana, y suspiró hondamente en el vano de la puerta, mirando hacia el cielo oscuro. Luego, el jorobado la oyó aspirar el olor del heno. Enseguida, la vio sacar el medio cuerpo, extender un brazo y arrancar un tallo de la parva. Se lo llevó a la boca y empezó a mordisquearlo como hacen las cabras. El corazón del jorobado sonaba en el centro de la hierba como un manantial a punto de reventar la corteza.

La carreta empezó a moverse entre nuevos tejados, cada vez más bajos, y entró nuevamente en el campo borrado por la noche.

Ahora el jorobado empezaba a impacientarse porque no sucedía nada. Un grillo empezó a dar su chirrido desde algún lugar de la parva. Experimentó una alegría extrañamente pura ante la vecindad invisible del mínimo compañero.

De pronto, se alzaron unos mugidos apasionados. Nunca había oído el jorobado nada semejante. Tenían temblores de clamor humano. Más precisamente, parecían provenir de mujer. Al mismo tiempo, apareció por una desgarradura del ramaje, un grupo de campesinos, presidido por una joven que llevaba un farol. Se apresuraba hacia el lugar de los gemidos.

Marcos Yara debió haberse interesado, porque detuvo la marcha.

En una pequeña hondonada, hacia la derecha, descubrieron al animal. Los campesinos y la mujer del farol lo rodearon. Era una vaca

solitaria, atada a una estaca. Daba vueltas mugiendo desesperadamente y parecía querer levantarse la cola con los morros. Su vientre, enorme, giraba como una barca ladeada sobre un remolino. Al sentir la presencia de los campesinos, se calmó y mugió con modulaciones casi humanas. La mujer pasó el farol a uno de sus acompañantes, se aproximó a la vaca y le rodeó la cabeza con los brazos. En ese instante, el jorobado vio las voluminosas convulsiones del gran vientre del animal, y escuchó un mugido desgarrador. Y casi en seguida, descubrió al becerrito que se tambaleaba, húmedo aún, sobre sus patas larguísimas y endebles. La vaca sacudió la cabeza de los brazos de su comadrona, y se volvió hacia el crío para lamerlo.

Una hora más tarde la carreta entró en otro pueblo.

Después de haber contemplado el nacimiento del ternero, el jorobado iba como en suspenso, más allá de la parva de heno. Sin embargo, al pasar frente a la iglesia, volvió en sí, otra vez. Las casas estaban recogidas en sus sombras y parecían encajonadas en el silencio. Sólo una ventana brillaba en el edificio contiguo a la iglesia. Al contemplar esa luz, sacó todo lo que pudo el cuerpo deforme por la caparazón y aguzó la mirada. Fue sólo un segundo, pero el cuadro se grabó nítidamente en su memoria. Vio dos hombres acodados frente a frente, contemplando, fascinados, el tablero de una mesa sobre la cual se erguían unas pequeñas figuras de madera. Uno de los hombres era un clérigo gordo, metido en una sotana negra; el otro, un señor flaco de largos bigotes puntiagudos. Ambos, ingrimos, extrañísimos, permanecían recostados sobre sus codos en un acto incomprensible en mitad de la tierra y de la noche. Acaso, rezaban ante esos diminutos ídolos de palo del tablero. De repente, el clérigo, con un ademán violento y certero, movió una de las figurillas, y la situación del universo entero, cambió completamente, mientras el mundo dormía inmóvil en sus millares de casillas blancas y negras envueltas por la noche.

• • •

Sin comprender lo que había visto, se adormeció.

Tres horas después, abrió los ojos. La carreta avanzaba frente a una inmensa sucesión de terrazas que descendían hacia la concavidad humeante de un gran río aún lleno de alba. Una bandada de pájaros pasó chillando sobre la parva. Se dirigían hacia el sol. El jorobado unió las manos. Su aventura, su imagen deforme y su vida entera, partiendo del cuello de la matriz, entraban en ese gran horno llameante, en cuyo cerco de verduras metálicas en estado de fusión, todas las campanas de la tierra, los ladridos y los cantos de los pájaros se agolpaban para ser quemados como sarmientos. El sol respondía desde su antro caldeado con los coros de herreros y de caballos erguidos en medio de un trigo vertical, como en un gran estanque de armas matinales brotadas de una corpulenta putrefacción de santuarios y de objetos preciosos usados en

remotas liturgias. Y ahora, la carreta, en lugar de avanzar hacia "La Abrupta", descendiendo las terrazas geológicas cubiertas de xerófilas, hasta el nivel del río, comenzaba a elevarse cielo arriba. Más precisamente, lo que ascendía era la parva de heno con el jorobado en su centro, como un manojo de hierba. Los filamentos del heno relucían en la nobleza traslúcida del éter, y pronto, la masa del pasto se trasmutó en la sustancia preciosa de una custodia conteniendo una hostia. En ese instante el jorobado recordó que guardaba un pedazo de pan en uno de sus bolsillos. Extendió el brazo lentamente, casi con miedo, y descubrió la presencia del mendrugo. Pero, al mismo tiempo, sintió agudamente, como nunca, toda su deforme figura, el peso de su vida, tortuoso y chato a la vez, y experimentó un sufrimiento atroz. Su miseria, su joroba, su inutilidad, el signo torcido y horrible que cargaba sin objeto entre la risa y el desprecio de los demás, se le vinieron encima en medio de una confusión aterradora. Y sollozó tras de la nube que ocultaba el sol.

EN LA ROTACION VIVIENTE DEL DODECAEDRO

AQUELLA TARDE, como a las cinco, el hermano Silvestre Aumotz, de la Orden de los Frailes Menores, se hallaba dando los últimos toques a un mural en la antigua basílica del Redentor; y antes de abandonar su tarea, quiso contemplar el rostro del profeta sobre el que había trabajado durante esa jornada. Para tomar distancia, dio unos pasos hacia atrás, ladeando la cabeza a izquierda y derecha, al tiempo que contemplaba su obra. Dos o tres minutos estuvo así, valorándola, envuelto en el silencio anaranjado del enorme templo. A ojos cegarritas, espió por última vez el rostro y dio otro paso hacia atrás. Fue su último. Había olvidado las dimensiones del andamio y cayo violentamente al suelo.

Sobre las losas oblongas, carcomidas, su cabeza produjo el sonido de una gigantesca avellana cortada a la altura. Y sus miembros, después de algunos estremecimientos, se inmovilizaron y comenzaron a enfriarse.

Sólo a las siete y media –ya casi oscuro–, fue descubierto por el lego sacristán que descendía a cerrar la gran puerta del atrio. Minutos después era trasladado a su celda situada en el extremo del pabellón izquierdo del monasterio, frente a un bosquecito de cipreses negros por el que se filtraba el olor de los huertos ocultos. Allí, terminó de morir físicamente. Y envueltos en la quietud de piedra de los recintos monacales, se desarrollaron de modo imperceptible, los fenómenos con los que el cuerpo del monje-pintor, devolvió a ciertas inquietantes profundidades, el ser que lo había animado durante más de sesenta años.

• • •

De pronto, en medio del sonido de inaudibles rumores capilares, el sentido del monje, tornándose alerta y límpido, en el interior, percibió su propio cuerpo, y el lecho sobre el que yacía y las paredes de la celda y la presencia del monje que rezaba a los pies de la cama, y luego la masa total del monasterio. Y todo fue percibido como una sola gran unidad plástica a través de la cual fluían millares de canales dotados de sentidos de novedosa frescura.

Se desató de las extremidades de su propio cadáver, sintiendo la curiosa resbaladura de su "otro" ser por sobre las uñas y los cabellos, y experimentó una íntima alegría al ver su cuerpo con el rostro derramado debajo de sí mismo, por primera vez. Con un ligero esfuerzo de su nueva voluntad –una voluntad libre de agitación y de deseo–, se elevó y reconoció con gratitud "su" cadáver. Pensó: "Silvestre Aumotz", pero, ahora el nombre y el apellido vibraron en la oquedad de un receptáculo inédito, extraordinariamente elástico, y fueron vivificados por una esencia que parecía provenir de un bautismo remotísimo y actual, en luz.

El monje que rezaba a los pies del lecho, con un susurro casi inaudible, recitó los versículos siguientes: "En donde hundió su bastón, crecieron las lilas; en donde reclinó la cabeza se reunieron todos los zafiros". Y "él", los escuchó como la maravillosa vibración de un gran fuego geométrico que pugnara por taracearse a sí mismo en la sustancia móvil de los aires. "Gracias, hermano"–dijo desde su nueva condición–. El monje orante suspendió el rezo y dirigió la mirada hacia una esquina de la celda como si hubiera oído el rumor de un pequeño remolino.

Sin descubrir nada, volvió a posar sus ojos sobre el breviario y continuó sus plegarias.

Entre tanto, la memoria liberada del monje que había muerto, se incorporó con rapidez y revisó hacia atrás todos los años de su existencia penetrándolos con lucidez vertiginosa. Se le antojó un desplazamiento dentro de una larga escalera blanda semejante al pan reblandecido. Hasta que atravesando su niñez –como un increíble ídolo de celuloide y materias lácteas–, se hundió en el lejano y ya inexistente regazo materno; giró en la oculta forma vinosa del útero contempló sus paredes oprimidas de redoma en torno al feto: remontó la materia de éste y sintió el gránulo vivo del óvulo fecundado. Por fin, desprendiéndose de éste, ascendió por entre las vísceras de la madre hasta la cabeza y se encontró a sí mismo, con asombro, penetrando en el mundo de la carne por la coronilla de la progenitora, en forma de una partícula refulgente.

Después de mirar otra vez "su" cadáver, y contemplar la silueta del monje que oraba a los pies del lecho, Silvestre Aumotz ascendió un poco más en sí mismo, y sus sentidos desprendidos, fueron envueltos en una especie de involucro de éter capaz de trasladarse por el espacio físico y de recorrer los espacios y mundos paralelos al mismo, interpretándolos y surcándolos en cualquier dirección, con la velocidad de una inaudita lanzadera.

Vio a todos los frailes a la vez en todos los lugares y en cada uno de los sitios en los que se movían o se encontraban; y vio bullir la colmena maciza del monasterio, deslizándose ya hacia la noche, como un ancho barco de piedra rodeado de cipreses negros.

A la ocho de la noche presenció la cena de los frailes y vio "su" puesto vacío. Los hermanos hablaban de él, y le recordaban con afecto, en medio de un ambiente de aceptación no exenta de tristeza.

Presenció la forma en la que los hermanos se alejaban por los pasillos y se reunían en la capilla interior para los rezos de la noche.

Un poco antes flotó sobre la cabeza del lego encargado de la ropería y viendo el angustiado pensamiento que le ocupaba, pensó para él, el objeto que buscaba; en seguida el lego creyó recordar por sí mismo dicho objeto, y se dirigió a prisa a uno de los lavabos de la comunidad. Allí, sobre uno de ellos, junto a la canilla de agua fría, encontró una llave que había buscado inútilmente desde la mañana.

Cuando los frailes terminaron las oraciones nocturnas, vio cómo se dispersaban –después de cambiar venias mudas–, en busca de sus celdas, para el reposo. Y poco después pudo contemplarles metidos ya en sus lechos, esperando el sueño. Muchos pensaban en él; y él, se vio "retratado", en esas ideaciones.

Parecía esperar algo. Estaba situado en un lugar inseñalable, como equidistante con relación a todo y a todos. No estaba en el interior de la gran muralla que sostenía los pabellones, como eje; no estaba en el centro de las torres; no estaba en el espinazo de la techumbre coronada por los ástiles de los pararrayos; no estaba en el tímpano de la Sala Capitular; corazón del monasterio; y sin embargo estaba en el centro del mismo y contemplaba todo como por un ojo millonariamente facetado, de insecto, que contemplara desde la cámara del cáliz de una gran flor compuesta, toda la envoltura descomunal al mismo tiempo. (Envuelto en la noche física. Rodeado de pinos negros; setos de piedra, jardines y huertos coagulados y construcciones de cal y canto).

Desde allí, su mirada central, empezó a ver cómo los rostros y los brazos de los hermanos se descontraían en la espera del reposo. Las facciones fofas del aletargamiento. Dormían todos. Después, una cabeza aquí, otra allá, y al fin, todas entraban en el reposo. Al mismo tiempo, de las cabezas y los troncos físicos, se levantaban sus dobles etéricos, transparentes y penetraban en la materia "de que están hechos los sueños", y participaban en ellos. Eran actores y espectadores, a la vez. Soñaban todos. Deformados en masas contrahechas, con los ojos burbujeantes. Veían cruces, corazas, escapularios. Urdimbres y custodias, pasajes sexuales sobre hojas impresas. Columnas de humo rojo, atravesadas de vides y lanzas. Flores de papel y de piedra. Ruedos de seres caprinos, ángeles y mujeres de agua sobre vidrios ahogados en lágrimas. Utiles de escritorio y alas de pájaros en mares de arenilla. Grandes firmamentos convulsos por la angina debajo de norias que chirriaban oyendo los tumbos de los siglos. Caminos de espinas sobre largas mesas

de viandas amargas que se derramaban en los recipientes del agua bendita. Nubes de manos de mujer con las uñas negras, afiladas como púas. Murciélagos y palomas descendiendo a través de claraboyas. Y una voz: ("Aproxima la nariz para que dejes de mirar la Rueda").

Y afuera el cielo. La infinita irritabilidad de un casco de vidrio perforado por el último rayo óptico de un caballo desbocado sobre el plano de un acantilado.

Dejándolos enajenados, abandonó su sitio de Observador y concentró su mirada sobre los pinos bañados por la luna. Se deslizó por entre la fronda apretada, llena de polvo y de nidos, y se encontró sobre el cementerio conventual, entre los troncos mudos, solemnes. Estaba abierto ya su sepulcro. Olió la tierra y sonrió. Justamente a las paredes del cubo, afloraban cientos de raicillas que parecían cabellos eléctricos, ávidos de beber en lo oscuro la carga venidera.

Se elevó sobre la masa de los pinos experimentando una angustia nueva. Alguien le pedía auxilio desde un lugar lejano. Se dejó llevar allá, al tiempo que ponía de sí un impulso de vuelo desconocido antes por él. Y en un instante estuvo sobre el océano. Una pequeña embarcación se hundía ante sus ojos. Descendió lleno de un gran anhelo. Otros "invisibles", estaban ya allí y socorrían a algunos náufragos. El aprendió de ellos, al punto, la singular práctica. Se inclinó sobre una mujer que se debatía entre las espumas rabiosas y las olas, y haciéndose visible previamente, le susurró: –"Respire el agua naturalmente, como si se tratara de aire. Y no tema". La mujer hizo así y pronto se sumergió sin convulsiones ni espasmos. De este modo, entre su cuerpo físico y los vehículos sutiles, no se produjo el violento desequilibrio que caracteriza el ahogamiento ordinario y aleja al que lo sufre de la armonía necesaria para lo invisible.

Después de su primera intervención en el mundo subjetivo, retornó observando las profundidades extrañas del océano. Polvo irradiante en continuos, inmensos juegos cóncavos. Bullían miríadas de joyas fosforescentes, como en suspensión, sobre larvas semejantes a tizones verdinosos, saturados de amenazas.

Se detuvo y contempló la luna –la verdadera luna–. Era la primera vez. Una voracidad extraordinaria caracterizaba a ese bello cuerpo blanco. Dio un largo giro observándola. Desde todos los puntos de la Tierra, se alzaban –absorbidas–, grandes cantidades de sustancias humanas en descomposición. Eran emociones humanas en estado de podredumbre, volatilizadas. Hombres y mujeres, sin saberlo, alimentaban al astro con el producto del engangrenamiento emotivo y los desarreglos afectivos, que padecían. Constituían su monstruosa y callada cena, todas las noches. Y el satélite engordaba a expensas de aquellos desechos del alma del hombre.

Entristecido levemente, penetró en el monasterio.

A las tres de la mañana, la campana interior tocó a maitines. Los hermanos se levantaron a prisa. El, vio cómo algunos de ellos, que a la

hora del toque aún dormían profundamente, recuperaban con gesto desesperado, sus cabezas y troncos etéricos, del mundo del sueño. Le parecieron buzos arrancando la mitad de sus escafandras de un océano suspendido sobre sus cabezas.

• • •

Se congregaron en la capilla interior y comenzaron a cantar el oficio divino del amanecer. Maitines. La vibración del cántico ocasionaba maravillosas formaciones geométricas cuya irisación recordaba el juego de un gran caleidoscopio aéreo. Colores y líneas tenían una luminosidad indescriptible y la sustancia de que estaban hechos semejaba la palpitación del plasma vivo.

A las cinco de la mañana descendió a las dependencias posteriores del monasterio y penetró en la panadería. En el umbral dormitaba el perro que llamaban "Rayo". Ante la proximidad del "fantasma", el animal se inquietó vivamente. Volvió los ojos hacia el *invisible*, logró descubrir algunos de sus rasgos más activos, y huyó dando aullidos medrosos, y fue a refugiarse debajo de una de las artesas. El, entró.

Dos legos y un aprendiz trabajaban en la elaboración de la masa. Por sus intersticios corría, aún sin ser absorbido completamente, un líquido de fósforo. Los panaderos sobaban la masa para impregnarla y perfeccionarla.

Ante la boca del horno, el hornero atizaba y componía el interior con la pala. El monje-pintor le vio retirar los carbones encendidos hacia las paredes cóncavas del horno. Se aproximó y contempló las mágicas formaciones del fuego y de la candela. Ni la más brillante joyería terrestre podía igualar en esplendor a esta viviente vida ígnea. Tenía algo de sagrado y de fascinador. Bendijo mentalmente las primeras hogazas de pan que el panadero introducía en la oquedad caldeada, y se dirigió al depósito del trigo.

Durante su existencia terrena, el monje-pintor había sentido una predilección especial por este cereal y cuando chico había participado muchas veces en su recolección en torno a las aldeas de su país. Vio los gruesos sacos de yute pardo, rebosantes, y su mirada atravesó sin dificultad la urdimbre. Allí demoró unos instantes compenetrándose con la misteriosa estructura de los granos, en cuyos minúsculos compartimientos giraba a velocidades increíbles, una sustancia pulsante desconocida por los hombres que la usan en su alimento; y los granos mismos, antes de ser molidos, le parecieron pequeños insectos de oro y de fuego concentrados en una activa oración de partículas incandescentes y de anillos girantes en torno a una pira infinitesimal. (Estaban, asimismo allí, presentes las acumulaciones preciosas de la primavera anterior, y los esfuerzos sagrados de los hombres que trabajaron en el cultivo y la recolección del grano. Y vio el rostro —en hueco—, inefable de la antimateria. Pero, su mismo pensamiento calló prudentemente).

• • •

Antes de las siete de la mañana, se dirigió a su antigua celda. "Su" cuerpo estaba tendido todavía sobre el lecho, entre las mantas. Qué oneroso y estrecho le parecía ahora. Recordando su densidad y pesantez le acometió un acceso de terror. Había vivido emparedado en angustia, y atado con ligamentos esclavizantes durante más de sesenta años. Tembló.

Entre el follaje bruno de los pinos y el cementerio, revolaban ya a esa hora nubes de mosquitos y todas las moscas estaban despiertas en el campo. De súbito, una de ellas se sintió llamada misteriosamente. Era una mosca queresera. Anhelosa penetró por un resquicio de la ventana, giró ebria sobre el cadáver del monje y se posó sobre el rostro. Después de recorrerlo prolijamente eligió una de las comisuras de la boca y desovó en ella. El brevísimo rosario viscoso quedó allí, como clave invisible de los futuros festines subterráneos, de las metamorfosis y de la primera migración. Por aquel imperceptible rosario –pensó el monje– quedaba asegurado el deshilachamiento incoercible de su último gabán de caminante.

Poco después los hermanos penetraron en la celda y amortajaron el cadáver; le colocaron en un ataúd de pino y lo trasladaron al templo.

• • •

Mientras se desarrollaba la misa fúnebre, al día siguiente, él, dio varias vueltas en torno al maderamen del catafalco encubierto de telas negras, calaveras y tibias cruzadas de papel. Los cánticos hacían arabescos luminosos en el ámbito y escapaban por el alto ábside, en forma de vapores geométricos constreñidos por el gollete de cristal.

A la hora de la bendición, observó que ésta era una cosa real, una sustancia real, no un gesto litúrgico únicamente. Le vio salir, emanar de las manos blancas y huesudas del oficiante, y cristalizar finamente en el aire y dirigirse conscientemente, como polen de irradiante vidrio, a manera de ese "polvo de proyección" que los alquimistas obtienen de moler la *piedra filosofal* madura, a su tiempo en la Gran Obra. La pulverización se posó por un instante sobre los paños negros del catafalco y se infiltró por ellos hasta llegar al cadáver. Y lo envolvió y penetró como una unción química y espiritual, o como una galvanoplastia mística desconocida para él.

• • •

Después del oficio fúnebre, el cadáver fue sacado a través de los pasillos de piedra y los patios interiores, al huerto y al cementerio de la Orden. Y él fue tras su propio cortejo, acompañante de su mismo cadáver; atento a los actos que se ofrecían por "su" muerte.

Fue depositado bajo los pinos negros, dentro de un holgado cubo de tierra fresca, y escuchó nuevamente los cánticos litúrgicos, ascendiendo por él, entretejidos como redes de diseños solares a través de los cuernos y los pimpollos polvorientos de los pinos, sin que ni una hebra de esa luz se enredara en ellos.

Quedó al fin solo, como nunca. Oyendo aún los tañidos de las campanas acumularse en una ancha cesta de esferas y frutos de éter bronceados. Y, otra vez, solo. Experimentó el espacio en el centro, y arriba y por todos los puntos del pasado, del presente estar y del futuro. Solo el espacio y él mismo, y sintió pesar el infinito, como en añicos y como un todo, sobre sí mismo.

Luego, violentamente, estuvo en lo insubstancial. Percibió la huida de todo aquello que pudiera o pudo pensar alguna vez como línea o como ángulo. Nada. Entonces, empezó a sucumbir hacia arriba, hacia las alturas, o acaso, hacia el centro, hacia las profundidades de lo central, por un infinito número de radios a la vez, en una conversión– dispersión inefable.

Por un instante –o por siglos– percibió, en seguida, lo Obscuro. Fue una angustia sin participaciones, total, y sólo para el vértice, o la cerilla de su alma. El fango, la pesantez y la nadidad negra del universo, gravitaron como una sola nota sobre su recóndita percepción, de modo, al parecer, insalvable. (Padre, ¿por qué? . . .). Casi enseguida, adivinó la abertura. La respiración sobre cien playas siderales huracanadas por todos los asombros y la desgarradura del gran Día.

Pensó o recordó: "Aquí, en donde no ondea más la tela del nacimiento ni de la muerte". Era todo visión y ser en miríadas de seres sin nada y –todo– en la perfecta plenitud del uno.

ENSAYO

EVOCACION DE OMAR KHAYYAM

El amor llevará vuestros átomos hasta la más remota estrella

LAS CARAVANAS PARTIAN desde la línea azul del Golfo Pérsico. La tropa de las mulas casquifinas salía al anochecer, rumbo a la inmensurable gradería pétrea que asciende hasta el nivel primaveral de las mesetas, en donde cabecean, entre locas gramíneas, las primeras amapolas islamitas

A lo largo del inmenso altiplano, como navíos vesperales, se alzaban ya los paraderos, los caravanserrallos, fugaces albergues de los nómadas. En el patio amurallado, los pastores recogían al atardecer la trashumante manada de cabritos color de yodo viejo. Las golondrinas llegaban a la misma hora, en gozosas oleadas Chiaban apasionadamente; hacían abanicos en el aire, solicitándose Esquivaban la copa de espuma del pecho. Gallardeaban, estirando la media luna negra de las alas y la horquilla vibrante de la cola Luego, deshechas de ansiedad, buscaban un hoyo en la techumbre.

Abajo, los mulos agitaban sus errantes campanillas y con sus anchas lenguas rosadas, lamían las costras salitrosas de los muros.

Las ciudades amuralladas de rosaledas, asomaban después. Chiraz. Ispahan. Nishapur, la de las rosas anaranjadas. En esta última, nació Khayyam, hacia el año 1017.

Fue compañero del futuro Visir Nizam y de Hassam que fundara la secta de los ismaelitas.

Este resplandeciente y desencantado buscador de sabiduría y de vida, cursó los estudios más hondos, extraños y hermosos, en las cartas del cielo y en los sedientos planos de la tierra.

El Sultán Melik le confió la dirección del Observatorio Astronómico de Bagdad. El Poeta se encerró allí, con la cabeza descubierta y pura del sabio, cuando aún aceptaban sus colegas el capirote puntiagudo de los astrólogos.

En la fría torre estelar, rodeado de extraños astrolabios y cuadrantes, compuso las tablas astronómicas que llevan el nombre de Melik, reformó el calendario, escribió tratados de metafísica y de álgebra, disciplina que obliga a las letras a uniformarse de números. Pero, sobre todo, cantó. Cantó las rosas, el amor y el vino, con la voz ardiente y embriagada del profeta que denuncia la brevedad del tiempo limitador del goce.

• • •

Desde la vereda de arena de nuestra edad, los eruditos de casillero y los exégetas de su propio capricho, han pretendido enmarcar la pluridimensional figura de Khayyam, en sectas, escuelas y doctrinas, apoyándose en el sentido de algunos de los cantos que conocemos. Pero, Omar, poeta que puebla un confín inasible, ha resistido siempre a la petulancia de la captación clasificadora.

Fue más fuerte que las creencias, la credulidad, la duda y el mito orgánico de la muerte. Por esto, pudo trascender estos velos, rasgándolos con la vibración de un himno cósmico. Elemental como un río o como un astro, no puede ser concebido por los catadores oficiales ni por los resonadores de la poesía urbanística.

No fue islamita, ni adepto sufí, ni discípulo de los Vedas; aunque, en sus versos eclosionen siempre brotes que pertenecen a todas las primaveras religiosas del mundo. No aceptó discipulado alguno. Sintió consonancia, más bien, con todas las grandes verdades universales, sobre todo, con la escarceante verdad del incesante cambio y de la inmutable permanencia.

Ante todo, fue un dionisíaco de la muerte y de la inmortalidad; un fáustico erguido sobre la esplendente meseta pérsica, constelada por sus doce lagos de sal. Invocó la uva, la mujer, el goce del minuto irremisible; y lanzó contra las estrellas que amaba, un puñado de la rosada ceniza de la tierra. Pidió a los caminantes del tiempo fugitivo:

Envuelto de hojas frescas en túnica florida,
dejadme entre las frondas de una huerta escondida

Pero les ofreció renacer en la rama que chorrea por sobre su hombro izquierdo el viejo muro, y dejar caer las flores del nuevo nacimiento, sobre la fría cabeza de los nómadas.

Estuvo poseído siempre por el alma de la Tierra, por el alma de los seres, por el alma universal. Y se llegó a identificar con el divino horror de la espiral eterna. Con el cambio irreparable, con la irrefutable mutación, con la incesante faena de la sustancia inmortal, devanándose,

deviniendo, transfigurándose hasta lo infinito, al secreto impulso del espíritu proteico, del pneuma inexorable que fluye hacia su inalienable centro al través de la indecible arborescencia de las formas que mueren en la voluptuosidad de su propio movimiento.

Por esto, cantó:

Sólo nos resta una hora fugitiva,
de descansar sobre esta hierba en flor.
Después . . . vendrá otra hierba aún más fresca
del suelo que de amor se fertiliza,
cuando de tu ceniza y mi ceniza
la nueva savia en su eclosión florezca.

El, sabía que su alma, herida de infinito, debería ascender, girar, trascender; precipitarse al través de los mil heterogéneos filtros cósmicos, anhelando siempre la última alquitarada unidad. Y sus ojos llenos del verdadero resplandor del conocimiento, no cayeron por lo mismo en la contemplación de la trémula estrella del misticismo. De ser místico, no se hubiera erguido, como lo hizo, en esa suerte de rivalidad con los dioses. El misticismo supone siempre subordinación sentimental, pasividad asombrada, receptividad temblorosa de sugestiones que se hallan siempre proclives al deslizamiento por la fácil pendiente de las ilusiones de tipo sobrenatural.

Omar fue metafísico: una mente ardiente y activa que había penetrado en el conocimiento directo de los principios universales.

Intervino en el Universo con la mente, a diferencia de los místicos que participan de modo sentimental.

Es este alto método el que le hace aparecer, a veces, como blasfemo, satírico o inconforme. En el fondo, es un irremediable buceador de lo eterno en lo precario, de lo inmutable en lo perecedero. Su aorta ancha y rumorosa como un río primaveral, al sentirse henchida de sangre viviente y simbólica, clama por la alegría del instante pasajero, por la euforia corporal de la edad en la que aún se puede amar y ser amado, sin pensar en el ciprés morado de los funerales. Y su boca clama por el vino que evapora la edad, aligera el sentido del encadenamiento y borra las heridas. Pero no es el vino de la vid; es el otro, que mana cuando el hombre ha sido lanzado a lo más hondo del lagar de la vida, del dolor y del conocimiento. Es el espíritu ardiente y circulante que compenetra e inebria toda forma. El que hierve, se encabrita y escintila al través de los mil vasos comunicantes entre los mundos y los seres. Khayyam lo amó así y por eso lo hizo símbolo de la vida en sus canciones. Creer que fue dipsómano, es un absurdo lírico. Pero, después de 800 años, tampoco faltará un roedor poético que afirme que Rabindranath Tagore fue un erotómano, porque "la Amada" invade toda la obra del poeta bengalí, con su fresca y constante transparencia de loto.

• • •

Cuando la muerte entró en la serena tienda de Khayyam, el Poeta había ya tramontado la centuria. Murió mientras leía un texto de metafísica de Avicena. Pero, Khayyam la esperaba, porque ya la había vencido, cuando escribió:

Desde que mi alma fuera reanimada
por el amor del Hijo de Miriam,
en el ungido cuerpo de Khayyam
la Muerte Eterna ha sido aniquilada.

Para la muerte física, dejó un testamento de rosas y poesía. Algún tiempo antes, le había dicho a su discípulo Nizami: —"Mi tumba estará colocada en un lugar en donde el viento del Norte pueda cubrirla de rosas deshojadas".

Con este plano descriptivo de rosas y de viento, los que le amaban, años después, en una mañana de mayo se encaminaron al cementerio en donde yacía el Poeta. Consultaron los puntos cardinales; y, habiendo establecido el Norte, se dirigieron al sur del pequeño camposanto. Una oleada agónica de rosas deshojadas arqueábase junto a este muro. Retiraron ansiosos ese manto floral y encontraron la loza que cubría el cadáver del Poeta. Mas, como comprendieran que Khayyam sentiría frío de los ojos de Dios, volvieron a cubrirle con las rosas deshojadas.

Siete siglos después de la muerte de Omar Khayyam, Pierre Loti, marinero de los sagrados desiertos del Moghreb, recorría a lomo de mula, las hieráticas planicies persas y las rosaledas que amara el Poeta.

Loti, con sus ojos de grumete universal, vio la tarde islamita descender —hermosa y vencida, maniatada de rosas— sobre la gran meseta de los asfodelos. Y, de pronto, el fantasma inefable del viejo Khayyam, extendió ante los ojos del amante de la blanca Aziyadé, su gaseosa y celeste radioscopia y le hizo saber que las "Rubaiyat" tenían nombre de mujer.

Febrero 18, 1946

EVOCACION DE GANDHI

UNA TARDE Tagore fue a visitarlo a su pequeño monasterio, y mirándolo tan frágil y tan grande, recitó una estrofa de los Upanishads, en la que los divinos rapsodas invocaban al Supremo con el nombre de Mahatma. Desde entonces, todos le llamaron así: Gran Alma. Dentro su pequeña arcilla caminante, dentro su cuerpecillo de duende, alentaba un alma inmensurable, infinita quizá.

Había nacido en Porbandar, cerca del Mar de Omán, en el año de 1869. De labios de su madre, oyó, por primera vez, la extraña palabra que daría significado a su vida y dirección a su obra. La madre había dicho cierta vez esa palabra: AHIMSA. O sea el valor de no herir jamás nada ni a nadie. Ni planta, ni animal, ni carne, ni conciencia. Y ser "un alma que puede decirse verdaderamente en paz con el mundo".

En 1888, todavía un muchacho, pero padre ya de varios hijos, se embarcó para Londres. Quería beber la rubia ciencia occidental, donde "nuestros hermanos los ingleses". Llevó mucho dinero, el que pudo llevar un joven príncipe de la tierra de los ídolos vivientes. Y lo despilfarró en su devaneo por llegar a ser "un dandy". Retornó en 1891. En la ciudad del viejo Támesis había conocido a Moisés y a Jesucristo: le deslumbraron en cuanto los vio. Ya no podría olvidarlos jamás. Conoció allí mismo el valor inflexible y maleable de los Códigos, y se recibió de Doctor. Era un extraño abogado, sin embargo. Se retiraba de la defensa en cuanto llegaba a convencerse de que estaba del lado de la injusticia. De esa manera esperaba defender la parte del Señor, y Dios no necesitaba abogados. Abandonó el ejercicio de la profesión por considerarla inmoral. El sabio había nacido ya en él.

Ahora está en su pequeño cuarto, en paz consigo mismo y en amor con los demás. Se toca con un pequeño gorro de hilo, come verduras; bebe leche de cabra; ignora la mujer, el vino y la violencia. Una cortesía deliciosa espiritualiza su rostro feo y disculpa sus orejas de vampiro inofensivo. Esta bella cortesía de la que hablan sus biógrafos y sus amigos; esta vaporosa manera de afirmar la existencia de zonas primaverales del espíritu. Qué terrible arma ha sido su delicadeza, su condescendiente manera de inclinar la cabeza y entrecerrar los párpados mientras los otros hablaban. Por esto "amaba individualmente a los ingleses" odiando su Gobierno; por esto, ese viejo militar retirado, cuyo nombre omiten las crónicas, iba a visitarlo todas las mañanas, llevándole un gran ramo de flores, y le decía: "¡Vamos, coraje, Viejo"; por esto, sus carceleros se inclinaban ante él, como si se disculparan y le sonreían. Por esto, al caer hacia la muerte, unió sus manos por los otros, por los que no tenían aún la suerte de caer definitivamente.

Ahora está en su pequeño cuarto, en paz consigo mismo y en misión con los otros. Su alma empieza a adentrarse en el alma innumerable de su tierra, "la tierra de gloria y servidumbre; de los imperios de un día y de los pensamientos eternos", como dice Rolland. Sus ojos oscuros, afectuosos, sutiles, buscan el horizonte, penetran el espesor de todas las cosas. Ama las cosas bellas, reverencia las sencillas, cree religiosamente en la música. "No concibo una evolución de la vida religiosa de la India, sin la música", dice. Pero, al mismo tiempo, está firmemente convencido de que el arte más alto es la más bella vida. Y él está decidido ya a vivir una bella, heroica y noble vida, por la de los demás.

Ahora está en su cuarto. Siente que ha regresado; que se ha recuperado. Vuelve, entonces, los ojos hacia la luminosa oscuridad en la que se

ven las grandes realidades y se termina por contemplar la Unica Realidad. Cierra sus oídos a los externos ruidos y percibe, súbitamente "la vocecita silenciosa" que le guiará a través de su lucha, de su tranquilo y firmísimo combate.

Y luego, escucha la voz multánime de sus compatriotas angustiados y agobiados que le piden socorro. Es el año 1890. El Africa del Sur mantiene a ciento cincuenta mil colonos hindúes, los que se ven de pronto asediados por una ola de exacerbada xenofobia. Los despojos, los linchamientos, las vejaciones y escarnios se suceden sin interrupción. Ghandi es llamado por los oprimidos y acude sin vacilar. Desde el primer momento convive con ellos, les ayuda personalmente y luego encabeza la defensa de la atormentada colectividad. Despliega sus dotes de jurisperito, su fervor de apóstol y la vieja sabiduría de sus antecesores. A lo largo del lapso comprendido entre los años de 1893 y 1914, recurre a la colaboración desinteresada, a la polémica, al periodismo, al apostolado y a los gestos heroicos. Y, por primera vez –en 1906– ensaya su práctica de la resistencia espiritual, la llamada resistencia pasiva, que fue jurada por los indios establecidos en aquella zona del Africa. El combate dura veinte años, al cabo de los cuales obtiene la victoria. Los indios residentes son reconocidos en sus derechos y se les exonera de las humillantes contribuciones. Es el año de 1914. El Mahatma retorna a la India. A su llegada, el movimiento de la independencia se había iniciado ya, aunque faltaba en absoluto el sentido de la organización y la cooperación. A fin de conmover el espíritu del Gobierno inglés y en demostración de solidaridad, en 1918, dieron novecientos mil hombres a la conflagración. Pero cuando se hubo apagado el ruido de las últimas detonaciones, Londres dio muestras de no haber entendido el noble gesto de la India combatiente. Poco después, Gandhi encabeza la rebelión. Pero si tomó la dirección del movimiento fue precisamente para encauzarlo y alejarlo de la violencia y de la obcecación. Nunca podía dejar de pensar en su sistema de la No-Violencia.

Desde su infancia había practicado el AHIMSA, el ejercicio del amor a todo lo viviente y del respeto a todo lo consciente y aun a aquellas formas que nos hemos dado en llamar inertes. Había ampliado para sí el mandamiento mosaico de "y al prójimo, como a ti mismo". El, agregaba: "Y todo lo que vive es tu prójimo". Por esto mismo, acataba el culto, al parecer estrafalario de la vaca. Aseguraba que en esta sensible manifestación del indio, late el simbólico acto de protección a todo el reino animal, y se halla presente el sentido de cierta especie de paternidad que el hombre ejerce sobre la bestia. Y en este momento, se despierta en él, en forma pública, su amor apasionado por los parias, los intocables, a cuyo contacto el capullo del algodón pierde su vegetal inocencia. Los amaba desde niño, en la persona de una –muchachita– paria a la que los parientes de Gandhi obligaban a someterse a largas abluciones antes de que tocara al pequeño. El, se rebelaba y se ponía en manos de la muchachita sin exigirle el ritual humillante de la purificación. Luego

vivió entre ellos, ayudándoles en sus menesteres más humildes. Y ahora, salía a la plaza pública a predicar la igualdad del paria y aún más, el amor al "intocable", como una manera de desagravio. Reivindiquemos a los intocables, ellos son nuestros hermanos, y hermanos ofendidos. Y explicaba a través de la desgracia de los parias, los dolores del pueblo hindú. Los indios eran perseguidos y esclavizados en todo el mundo, precisamente porque en el suyo, en su patria, esclavizaban y humillaban al paria, al hermano descalzo y famélico. La reivindicación de la India sería posible, a condición del rehabilitamiento integral del paria hoy rechazado, hambriento y postergado. Todo lo que había hecho contra el paria, era producto del espíritu de separatividad, de la estrechez de conciencia que se resiste a realizar la unidad esencial de todos los seres. Todo era producto del odio, de la violencia, del pus invisible que corroe al hombre real, abscóndito. Y he aquí que él, se propone despertar en el alma del indio actual la lección milenaria de la No-Violencia, predicada y practicada por todos los grandes maestros espirituales de la India.

Encabeza su lucha social bajo el auspicio de una palabra creada por él: el SATYAGRAHA, que literalmente quiere decir "ensayo de justicia". Es bajo esta caudalosa palabra de amor y de equidad que la India ha marchado en el último período de su vida. Desde hace dos mil años nadie había provocado un movimiento de esta magnitud dentro de la historia espiritual del mundo. Y es por esta palabra "SATYAGRAHA". El triunfo de la verdad y de la justicia por medio de la realización de las fuerzas internas. Y, sin embargo, nadie en el fondo, tan combativo, tan noblemente combativo como el Mahatma. A veces, uno se resiste a creer que estas palabras fueron dichas por él: "Preferiría ver a la India libre por la violencia, que encadenada a la violencia de los dominadores". Y, a continuación: "Allí donde sólo queda a elegir entre cobardía y violencia, aconsejaré la Violencia. Cultivo el tranquilo coraje de morir sin matar. Pero a quien no tiene este coraje, le deseo cultive el arte de matar y de ser muerto antes que huir vergonzosamente. Mil veces aconsejaría la violencia a la emasculación". Y después de pocas líneas, añade: "Pero sé que la No-Violencia es infinitamente superior a la violencia y que el perdón es más viril que el castigo. El perdón es el adorno del soldado. Pero abstenerse de castigar no es perdón más que cuando existe el poder de castigar. Y no tiene ningún sentido, de parte de una criatura impotente. La No-Violencia no es sumisión estúpida al Malhechor". Después de leer las declaraciones anteriores, llama a compasiva sonrisa la actitud de ciertos extremistas de Occidente que creen ver en la campaña del Mahatma un producto de la pálida impotencia. La misma traducción de la palabra SATYAGRAHA, pecó de arbitraria si no de maligna. Las rubias, y también las cobrizas lenguas occidentales, tradujeron el noble término del Mahatma, por "resistencia pasiva". Y nadie como Gandhi para odiar la pasividad y la abulia, la impotencia y el fácil contentamiento. A este inerme combatiente, a este poderoso y magnánimo Resistente, nunca se le aproximó un cobarde. Todos los que le

rodearon fueron hombres de fervor viril; cultivaba "el tranquilo coraje de morir sin matar". Este es aquel que había predicado la eliminación absoluta del temor. Este es aquel que ante las repetidas y sangrientas represalias del Gobierno Británico, aconsejaba serenamente a los suyos: "Que cada cual contemple la horca como un asunto ordinario de la vida común". Este es aquel que en 1920, hizo un sencillo envoltorio de todas las condecoraciones que le otorgara Londres y se lo envió al Gobernador General, con una carta en la que con insuperable cortesía y con inigualable coraje, agradecía las distinciones, y advertía al mismo tiempo que les había declarado la batalla. Y el 1° de agosto del 20, fue proclamada la No-Cooperación. Una ola entusiasta, delirante, recibió la orden como un mensaje esperado mil años. La muchedumbre hizo una pira inmensa con los paños y tejidos ingleses y le prendió fuego. No incineraban, sin embargo la tela que podía servir de abrigo a los pobres, sino el símbolo de opresión y el instrumento que les enrostraba su propia debilidad y su pecado.

Pero ya la ola había sido puesta en libertad por una palabra suya. Ahora había que dirigirla. Y en la dirección de esta fuerza incalculable se afanó el resto de su existencia, hasta caer bajo el plomo de su asesino.

Es precisamente en el tiempo en que más se repetía en la India la palabra No-Cooperación, cuando desembarca Tagore en su milenaria tierra, después de un recorrido triunfal por Europa. "Qué ironía —exclama— escuchar esta palabra. No-Cooperación". Y es natural en él este desencanto. Durante años ha propugnado el acercamiento espiritual e intelectual de Oriente y Occidente. Quisiera él, como dice Rolland, que el Ganges y el Jordán desembocaran juntos. Pero, aquí están los gandhistas, para echarlo todo a perder, con su medioevalismo absurdo, con su provincianismo ignorante, que niega la cultura occidental y se relega a un estado negativo. Pero Tagore no condena nunca a Gandhi, y antes lo admira y respeta. Siente profundamente que vaya a ser juguete de intereses políticos y que todo el tesoro de su fervor espiritual acabe en una aventura de liderato intrascendente. Tagore, el Goethe indio, el universalista del espíritu y del arte, no concibe a los gandhistas, a los fanáticos que arrastrarán a la India a su aniquilamiento. El propugna el ensanchamiento de la cooperación, el libre vuelo de las facultades creadoras, la ampliación de conciencia, la mar abierta de la comprensión universal y de la omniabarcante unificación de culturas, credos e ideales. El indio debe ser como la alondra matinal que, en su espiral aérea se eleva cantando al Señor, y luego persigue con las alas tensas los signos vitales del aire y del cielo. Y canta para todos. Pero Gandhi, le dice que si el ave puede volar es porque ha comido lo suficiente; y que si canta para todos, es porque experimenta la euforia de la alimentación. En cambio, él tiene millones de hombres que se mueren de hambre, de hambre, de hambre. Y nada más. A ellos, a los suyos, les aconseja: "Hilad y tejed". "Volved a la música de la rueca". "Y que también Tagore hile". "La India debe aprender a vivir, antes que aprender a morir por la humanidad".

Cuando sea ella misma, poderosa, unida, bien alimentada, cantará para todos, como el ave que no tiene angustia, en su natural condición. Por esta libertad interna que permitiría a su pueblo la expansión cordial hacia afuera, hacia los demás, lucharía siempre, hasta caer. Los encarcelamientos y las persecuciones, venían a ser simplemente los bajorrelieves que necesariamente deben circuir el indomable, pero pacífico puño rector de la gran cruzada de la resurrección nacional.

Ahora, su campaña está ya sellada con una cruz de esplendorosa sangre. Expiró con la noble cabeza apoyada en el regazo de una virgen, su nieta de 16 años. Su medallón mortal trasciende así el símbolo y realiza un acto invisible y un real juramento. El despertará del vientre de su tierra, en mil almas sedientas de eternidad y de humanidad; en mil almas grandes para la paz gozosa de la vida caminante y para el esplendente vértigo de la inmortalidad.

Frágil y oscuro como una sombra que ha perdido la suya; adelgazado por el poder absorbente del espíritu y por el ligero aleteo del pan que casi no conoció, recorrió los milagrosos y milenarios caminos de su patria, contemplando el rostro innumerable de su pueblo, hambriento de gramíneas e infinito. Y por haberlo conocido, llegó a amarlo, desamándose a sí mismo, hasta la muerte. El, que había jurado el AHIMSA, pacto de amor a todo lo viviente, cayó asesinado vulgarmente. El, el gran inerme voluntario, con su débil cuerpo de niño valetudinario y su potente amor. Pero mañana, se alzará triunfante, de entre las mil agonías de su pueblo invencible. Porque sabía recitar con su pequeña voz de idolillo de arroz, aquella oración eternizante de los Upanishads, que dice: "Llevadme desde la muerte hacia la Inmortalidad".

1948

EVOCACION DE ANTONIO MACHADO

¿QUE HACIA, entonces, Antonio Machado? Mejor: ¿que hacía siempre? ¿Qué pensaba, qué fraguaba por esas breñas del Guadarrama, de Aragón, de Soria? ¿Qué recolectaba o hurtaba, a través, a lo largo y lo profundo de hoces y barrancas, de calveros y sotos, de agrias parameras, roquedas, yermos, cerrijones? Nadie lo supo entonces. Veía España. Absorbía España. Castilla, sobre todo. Tierra inmortal, Castilla de la Muerte.

Porque no era un herbolario, ni un alquimista, ni un geomántico. Ni siquiera un modesto Profesor de Botánica, para que se perdiera siempre por esos hoscos andurriales. Don Antonio no aparecía por Madrid. El habitaba y hurgaba la España profunda, aquella que es difícil de mirar; la

recatada, la que vivió Cervantes, cuando alcabalero por los pueblecitos contribuyentes; la que amó Juan Ruiz, cuando se largaba a vagar, acompañado de ruidosos estudiantes copleros; la que conoció Federico, desde su trashumante carreta, entre los magos de la vida en sueño.

Antonio Machado andaba así. "Misterioso y silencioso iba una y otra vez": lo vio Rubén Darío. Producía la impresión de estar ausentándose continuamente de los sitios y las cosas. Y sin embargo, no era evasión lo que emprendía. Estaba atado a la tierra de España y rondaba por sus secretas galerías, por sus cifrados pasadizos. Buscaba el gránulo de oro ideal; el duro hijuelo de sílice; los perdurables granos de pizarra, de gneis, que le darían a entender, acrisoladamente, el alma de las cosas, del ser.

Cierto día fue Rafael Alberti a casa del poeta, en Madrid, y llamó a su puerta. Quería conocerle y saludarle. Salió la madre del poeta, "como la sombra fina de una rama".

—Mi hijo anda por Segovia. Viene muy poco por acá. Es difícil verle. Aseguró.

Alberti se marchó, sin más. Y le persiguió durante años, para saludarle y agradecerle el discernimiento del premio concedido a su "Marinero en Tierra".

Le encontró por casualidad, cierta vez, en la calle del Cisne, madrileña. Iba don Antonio "mal vestido y triste", casi una sombra, pero augusta. Le dijo algo a Alberti; algo como dicho a través de un sueño y se alejó, envuelto en su indagador silencio, por "esas galerías de sí mismo".

• • •

Entre los de la Generación del 98 es el "silencioso y misterioso"; el que habla con un dejo de "timidez y altivez"; y, esto, sólo al ser interrogado y después de una pausa meditativa en que parece debatirse en esfuezos de afloración y enjuiciamiento.

Todos los noventaiochistas comprendieron el "Mal de España". Con fluente claridad aportaron a la resolución del problema. Todos denunciaron la flaccidez, el vacío, el marasmo del pueblo. Es la "abulia" que señala Ganivet; la "depresión enorme" que apunta Azorín. "Vieja, tahur, zaragatera y triste", se le antoja aquella época a Machado. Ve una España que muere y otra que bosteza. Mas, él embraza el noble escudo de su fe ibérica ante este espantable cuadro de moribundia y laxitud.

Porque Antonio Machado es cristiano español. Es decir, estoico-cristiano, en inacabable combate interno; en ininterrumpido monólogo: "quien habla sólo espera hablar a Dios un día". Cristiano vociferante es Unamuno. Arremolinado, espantapájaros urbano es Don Ramón del Valle Inclán. Machado es el clamor hondo y silente de la nieve castellana. Si, a veces, el escepticismo le envolvía en su individualidad impenetrable; su ardiente sentido cristiano le ligaba a todo hombre. Rubén Darío describe los ojos del poeta cuando está animado del primer sentimiento: "Su mirada era tan profunda, que apenas se la podía

ver". En cambio, su actitud cristiana, fraterna, se refleja en esta definición: "era una criatura menesterosa de Dios". Necesitaba sentir la gran identidad de Dios en el hombre, en lo humano. Su búsqueda insatisfecha, sus infatigables correrías, sus reflexiones y sus cantos, tienden a este fin inalterable. Tanto buscó lo divino, que a veces, se "vio forzado a inventar un Dios para su propio uso". Nosotros, nos vemos satisfechos con su realización de lo humano, de su amor y reconocimiento a la virtualidad del pueblo, de su exégesis cristiana de la fraternidad, sentido este llevado a sus escritos y poemas con la calidad del hallazgo irreemplazable, inspirador de toda su vida y de su muerte inmortal.

En ininterrumpido monólogo estoico-cristiano, bajo un cielo dramático, de tormenta o seco esplendor, pasó buscando su actitud definitiva, aquella valedera y enteriza que adoptó y conservó, irreductible, en el tiempo de la prueba, cuando el arquetipo que había modelado silenciosamente, tuvo que erigirse en el conflicto inmediato de su pueblo. "Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno", había dicho, definiendo su actitud cordial ante la vida. En tanto que, con estatuaria intención de estoico pedía al escultor Emilio Barral —que luego cayó defendiendo Madrid—:

Dos ojos de un ver lejano
que yo quisiera tener
como están en tu escultura.
cavados en piedra dura,
en piedra, para no ver

En 1907, fue a Soria, nombrado de catedrático de francés del Instituto de la vetusta ciudad del Duero, capital de la bruma y la melancolía, coronada por el extraño claustro de San Juan.

Allí conoció a la que sería su mujer. Enamoróse allí. En ese medieval burgo se casó. Enviudó allí. Cinco años habían pasado en todos estos sueños y dolores. Las frías y solitarias tierras de Soria dirigieron su espíritu hacia lo esencial castellano. Murieron allí, helados, los colores que tomó, por un instante de Darío. De esta época data su *Campos de Castilla*. Visión depurada, panorama lírico y humano de esa máxima roca castellana Sobre ella, frente a su pétreo silencio, le encontramos como al caballero enlutado que pintara Azorín. Vémosle sentado al balcón, mirando la desierta plaza meridiana, los alcores rodeantes. Sufriendo ese "adolorido sentir" que ningún bebedizo alivia, ninguna fórmula ensalma, ningún producto palia.

Para esconder su huraña viudez, se pierde en los entresijos de los montes, enamorado de la tierra castellana que no olvidará. Descubre las diminutas margaritas de los altozanos gélidos; los abejares canturreantes, las mudas manadas de crespos merinos; el cesto pendiente del yugo de las yuntas, con la cuna de un niño. . . Mira al Duero —casi eterno— correr entre álamos y roquedas, tierras labrantías y calveros. "Montañas, cerrijones, lomazos, parameras".

* * *

Pero un día baja de la montaña. La estadía en la Sierra del monólogo y el infinito, en el abstracto Sinaí, ha terminado. Trae a la llanura su decálogo de servicio humano; su voluntad fraterna, habiendo perdido en las alturas de Soria, su natural anhelo de patriarcado. Las calles tienen ya "un soldado más, lo que humildemente llegó a ser". O, con sus palabras, lo que fue siempre, y ahora más que nunca: "Dos ojos que avizoran y un ceño que medita".

* * *

Su tierra estaba conmovida. La ardiente cintura de Castilla se contorsionaba, sosteniendo la lucha del hombrón castellano y el señorito leonés de los tiempos del Cid, redivivos hoy, en los milicianos y los representantes del señoritismo consuetudinario. A estos, ha calificado el poeta como "el estilo peculiar de no ser hombres". Contra estos seres proyectados sobre la pintura plana de la insustancialidad, había descargado sus bofetadas de hombre bueno: "porque el señoritismo ignora –jesuíticamente– la insuperable dignidad del hombre". El pueblo, en cambio la conoce y afirma. Y este pueblo sabe que "por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre".

Saluda a los jóvenes socialistas unificados que combaten por el futuro de la humanidad, aunque no coincida totalmente con la idea nuclear del marxismo y ame el movimiento más a través del Evangelio y de su sentido romántico de la justicia, que a la cruda luz de *El Capital*. El, siente y alaba la incorrupta juventud del mundo; porque, "en mi ya larga vida –nos dice– he visto desfilar diversas promociones de jóvenes pervertidos por la vejez: ratas de sacristía, flores de patinillo, repugnantes lombrices de caño sucio".

Estaba del brazo plural y bravo de su pueblo. Durante las gloriosas jornadas de noviembre le encontramos en Madrid. Antonio Machado es ya un sexagenario, y con mucho. El 5° Regimiento de las Milicias populares, encomienda entonces a León Felipe y Rafael Alberti, inviten al poeta a evacuar la Capital, ese "Rompeolas de las cuarenta y nueve provincias españolas". Machado, que es casi un valetudinario, se resiste a salir. Si bien es verdad que el frío del otoño se hace casi irresistible; él está acostumbrado a las nevascas de las Sierras.

Días después le reiteran la invitación. Accede por su madre, fina, delgadita, vestida de luto: por sus numerosos y gárrulos sobrinos que le rodean como a un abuelo. Y el éxodo empieza.

Antes de abandonar Madrid, en la cena frugal de la víspera, se pone en pie y les entrega sus más ardientes frases de fe humana. Mira hacia los jóvenes capitanes del pueblo, Modesto y Lister, y les ofrece los brazos para defender Madrid, en un gesto supremo. Al amanecer sale. Vive un tiempo en Valencia. Pasa a Barcelona. Lister, el joven capitán de los Ejércitos del Ebro, le envía una carta briosa. Machado le contesta:

Fragores en tu carta me han llegado
de lucha santa sobre el campo ibero;
también mi corazón ha despertado
entre olores de pólvora y romero.

Y, en un último gesto de león mayestático:

Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría.

Once años nos separan de su muerte. El breve y blanco cementerio marino de Collioure, lo guarda entre su arena. Pero su sombra caudalosa y pura –flotando sobre el alto Guadarrama– confiada, espera.

1948

TEORIA DEL TITAN CONTEMPLATIVO

ENSAYO SOBRE LA POESÍA DE JORGE CARRERA ANDRADE

HABIA UNA VEZ un titán, durísimo a la enfermedad, a la fatiga y a las tribulaciones. Llegado a la adolescencia, como todos los de su estirpe, sintió necesidad de abrazar el descomunal ejercicio de asaltar el cielo; y fracasó. Su frustrada acometividad le quebró el entusiasmo; mas, subsistía la ansiedad celeste en el fondo de su corazón. Por esto, fue tomado por la melancolía. Y amó esta tierra que estaba diademada con la perdida inmensidad gaseosa. Desde aquí, sobre ancha mesa de piedra inmemorial, pan de polvo y arenisca, siempre rodeado de oscuras y palpitantes almácigas, escribió lo que veía bordado sobre el manto que los dioses habían olvidado sobre el mundo.

Y el titán ya no descuajó enebros ni abetos, ni arces ni tilos ni arrayanes; no embalsó estuarios, ni ríos, ni esteros; no destripó endriagos, ni dragones, ni vestiglos . . . Su vida activa de asaltador celeste había concluido. Era ya sólo un titán contemplativo. Como en una pena sagrada, estaba condenado a cumplir –por los siglos de la poesía– esa hialina y diáfana labor de absorber la visión de la trama de los sueños deíficos, proyectada en el velo huidizo de las formas. Y fue crucificado en la incolmable ventana de los contemplativos. El eterno poliedro, ejecutaría para él –eternamente– su inmóvil danza, acechada de música cromática, perseguida de sucesivos ventanales yacentes.

Un día, contemplando las formas del latido manifestado, escribió un libro que apoya sus alados codos en una doble vertiente. Y lo llamó "Lugar de origen", con nostálgico modo ambivalente.

Evocaba su provincia terrestre y su etérco burgo inalcanzable. La naturaleza, la Madre Milenaria, descubriéndose los senos, le llamaba a través de los árboles ya invisibles; de los archipiélagos sumergidos; de los jardines en algo insonoro del cuarzo. El inmenso vientre ancestral, profundo como un floripondio, en la noche, volvía a absorberlo con su inalienable y sagrada animalidad. La madre múltiple alzábase ante él, con su infinita escala de regazos en caracol; con el manantial sucesivo de todas las lactancias. Todas las canciones de cuna –entreoídas a través de una muralla rosa–, cantaban nuevamente –para él– engarzadas en una inmensa guirnalda anudada a mil gargantas maternales.

Veía el panorama profuso de su palacio dividido por la infatigable rueda de los nacimientos. Su casa ubicua e inalterable. Y ansiaba retornar. Su mismo vagabundaje, insuflado en ansiedad centrífuga, no era sino la tentativa del gran descubrimiento de su cifra individual sobre el tablero cósmico. El, pasó bajo la blancura semoviente de la nube; sobre el cuenco fluctuante de la nave; a través de la presencia inconsistente de la sombra. El mundo llegó a convertirse en el dintorno de su propia alma, acoplado a ésta, como una suerte de matriz extravertida. Una implacable conciencia –total e ilesa– fustigándole siempre el sueño y la vigilia, le impelía a buscarse en los tiempos, en los regazos, en los valles. Comprendió, de pronto, que el mundo era su valle nativo. Y su lugar de origen adquirió el sortilegio de un prisma a causa de su extrema y esplendente movilidad. Pero, él, por su fuerza omniabarcante, era el gran inmóvil encaramado en la ola de inestabilidad. Estaba ya condenado a "registrar el mundo". Sediento y solo. La cuna de su último nacimiento, habíase trocado en su punto de partida en la tierra, la sangre y el cielo.

• • •

Yo le había escrito cierta vez: Hoy he retornado a mi lugar de origen, habiendo leído su último libro, Poeta. A mi cielo de origen. Porque todos somos oriundos de una celeste comarca en la que el oro aún no es metálico, y el agua es sólo un tenue esquema vaporoso. Todos hemos venido de allá, pero son pocos los que pueden retornar a voluntad.

El cielo es un estado de alma, y, a pesar de no tener espacio, alberga habitantes de inasible anatomía. Usted es uno de ellos, Poeta. Un habitante puro de la poesía. Y es un hermoso y nostálgico pretexto su vuelta –a través del título de su libro– a este país terrestre que tiene un océano impar y selvas gemelas; en el que el aguacate "elabora en secreto, su sustancia de flores, de venas y de climas", su hondo y frío ovario de tanino y de cera, su piel de rodilla frescamente botánica.

Sé que su lugar de origen queda frente a la vaga ciudadela del zodíaco, pasando las llanuras de los machos cabríos de Marzo. Limita, por el norte, con tridentes, asteroides y palomas de magnesio; al sur, con el atlas purpúreo de Saturno y una cadena de amuletos y galaxias; al este, con una ventana abierta por los ángeles, recibos de lluvias y el facsímil

de un sismo venidero; y al oeste, por la primera brizna de hierba inscrita en las páginas del Génesis.

Ahora, poeta, quiero recordar algo de lo que vi allá, en donde se origina, a través del sueño de Dios, la divinidad proteica de los hombres.

Ante todo, siempre le he visto a usted como ese gran santo hidrográfico, por el que Cristo pudo vadear un río sin nombre ni afluentes. Usted ha vadeado los insomnes océanos, con un niño de poesía sobre el hombro, como un extraño san Cristóforo. Ha cruzado mares que tienen uvas de ámbar y madréporas; sirenas de rosada esponja; graderías de sulfato sonoro; estrellas de fría gelatina; monstruos de negra goma ramificada y palacios dendriformes. Ha tramontado las altas montañas coronadas de nieve metafísica y cruzado las llanuras inmensurables que Dios alisa con las manos, como después de un gran cansancio. Y, en su viaje, ha descubierto Usted una fauna angélica y una flora con ejemplares de deliciosa poesía terrena. Ha visto Usted el gorrión que tiene la lengua dibujada en el maíz; el caracol en su armazón de tímpano calizo y está concebido en anatomía de albúmina contráctil; duendes frutales, con encéfalo de nuez humanizada. . .

A veces, pienso que los ejemplares de su fauna poética pertenecen, más bien, a la fresca familia botánica. Los "insectillos de carne vegetal", los "pétalos que vuelan", las nueces con sus breves circunvoluciones de azúcar parda, me inclinan a creer que Usted, en un lejanísimo avatar, fue un joven hortelano que caía en éxtasis ante las umbelas, las alubias, "las boinas escolares de los hongos". Por esto, tenemos hoy su poesía, en la que, la línea divisoria entre la fauna y la flora, tiene la dulce vaguedad de la savia mezclada a la sangre de esos clarísimos animalillos que tienen aún, por alas, una hoja de albahaca, o por testuz, un par de estambres fríos.

Asimismo, los adorables y humildes seres de su fauna poética, gozan ya de incipientes atributos humanos y algunos han llegado a la tornasol ceguera de los niños; y al morir no se confunden con la proteica y verde alma de la Naturaleza, sino que ascienden a ese inmemorial cielo en el que los ángeles tienen una nodriza aún intocada.

Todos sus minerales, Poeta, son seres fantasmagóricos, animados por los amorfos espíritus que inspiraron a los alquimistas y que aún presiden las recónditas cristalizaciones y la recoleta efervescencia del mundo atómico. Este divino y mínimo universo asexual que los dioses amasan en el más hondo silencio de la materia inmortal.

Todo este mágico atlas despliega la fábula biológica de su poesía, iluminado por esa suerte de santidad artística que es fruto inalienable del dionisíaco, cuando se alza en el Universo como en un infinito templo de alegría y de embriaguez. Cuando ya se puede ver en el fondo de la noche cómo "un sideral labriego desparrama sus espigas de fósforo" y oír esa "música suspirada por altísimos labios"; aunque, a veces, se baje tanto a la entraña de la materia poética, que se sienta el indescriptible ámbito de ese "lugar de origen" en el que la soledad es la "única patria humana". Y la única poesía.

Y, en este momento, antes de abandonar este absoluto estado, recuerdo, no sé por qué, la devota y parda figura de aquel dulce monje pintor que se ponía de rodillas para dibujar una col del huerto conventual, en tanto que sus serenos ojos de contemplativo, abríanse hacia el éxtasis de las más secretas y deliciosas urdimbres de la vida.

• • •

Había yo comprendido que su estirpe de titán contemplativo, ahogando en él la aptitud del cíclope elemental, habíale dotado de la desolada y lúcida receptividad del visionario. Y le había dado tres elementos vitales para el mágico ejercicio: Un destino, EL VIAJE; un órgano, LA VENTANA; y, un estado, LA SOLEDAD.

Era ahora un artífice caído de rodillas en el fondo de un inmenso caleidoscopio. Su única plegaria, podía concretarse así: "Señor, dame la luz con que pueda contemplar todo el mundo, átomo por átomo".

Y se disponía a manipular la real e ilusoria materia que reviste este entrañable guijarro sideral. Sabía de antemano que esta materia lleva ínsito el oleaje de las modificaciones que originan la acción. El, como contemplativo, flotaba sobre aquella, describiéndola. Interfascinándose, cerraban el arco del éxtasis. De su fondo, emergía el poeta con su delgado mensaje visible, como un espejo con la lámina de un bosque.

Viaje, Ventana y Soledad —esa soledad que hace suspirar las estatuas—, afinaron sus instrumentos perceptivos. Conocía la lentitud de las nubes por el tacto; la porosidad de los aromas y el color; las huellas digitales de Dios en los microgramas; "la calderilla de hojas" que el viento lleva a rastras; la manera de trinar del agua, por la burbuja; la unidad estatuaria de la blancura que, revoloteando, pretenden las palomas reunir.

A veces, los ojos de granizo eterno de Heráclito, abríanse en el rostro del Poeta. Era una de las etapas del contemplativo. Miraba entonces la fluencia de la naturaleza desde una ventana abierta en el sereno muro de su alma de viandante. Las formas corrían en onda innumerable. Era el curso del tiempo; el flujo de los días; el devenir ineluctable de las áureas medallas del otoño. La corola del irreductible cosmorama, giraba sin cesar . . .

Sintió oprimido su corazón ante las migraciones, las estaciones, los adioses, grabados en el inmenso aro nupcial de la vida y la muerte, el cambio y la presencia. Todo lo contemplaba "como un fluir de astros, de arenas, de edades". Y, en tanto que el cambiante y absoluto río se deslizaba, la lengua del Poeta se abrió, herida, bautizando a las perecederas cosas con nombres de ternura perdurable: Tú, polvo, "sastre de los espejos". Tú, Octubre, "mercader vespertino". Había ya descubierto la fiel actitud de las cosas; sus exactas ocupaciones; sus predestinados oficios; y las llamaba: Tú, Tú, Tú nodriza, hortelana, agrimensor. Tú, "vendedor de espejos", tú, "monja panadera".

Pero, he aquí que, de pronto, esta facultad de ver pasar se transforma y el Poeta se siente dentro de lo observado. El conocedor y lo

conocido unificanse mágicamente Siente y sufre desde el objeto de contemplación. Mira desde el interior, reintegrándose. "Me voy mezclando, mar, a tus tumultos", exclama mientras el oleaje lo reabsorbe. "Mi cuerpo entra en el flujo de tu eterno trabajo"

Las esencias le devoran y le entregan sus regazos elementales, ardientes de plasma originario. Es así, como el Poeta, desde la presencia corpórea del Universo, desciende a la Esencia universal.

. . .

Había una vez un titán contemplativo . . .

1948

CIRO ALEGRIA Y SU ALTO Y ANCHO MUNDO

DESDE QUE hace más de cuatrocientos años el fraile dominico, Capellán de las huestes de Francisco Pizarro –analfabeto y audaz porquerizo de la Conquista–, preparó a Atahualpa para la muerte, y después de ponerle el nombre de José, le entregó al verdugo a fin de que le ejecutara en el centro de la Plaza de Cajamarca, los indios, asombrados y mudos, merodean las plazas, las casas y las haciendas de los blancos y preparan en silencio su futuro imperio, deshecho aquella tarde de Cajamarca, al borde mismo de las sienes del último Emperador.

Cuando huían y se replegaban aterrados hacia las montañas y las colinas, evitando para siglos la presencia y el látigo de los capitanes blancos, se dice que una india, transida de dolor, gritó entre la desbandada: "Chaupi - Punchapi - Tutayarka", que se traduce: "Anocheció en mitad del día". Así fue para ella y para sus hermanos, desgraciadamente.

En cambio, para los Encomenderos, para los Clérigos, para los Capitanes con señalamiento de tierras y haciendas, y para los nobles zánganos que tras éstos vinieron, empezaba el imperio brutal y despiadado de las posesiones y las mitas. Eso duró toda la Colonia. Y para afianzar aquella condición de fuerza y despojo, la voz del pontífice Romano aseguró que los aborígenes "carecían de alma". Eran únicamente buenas bestias de labor, y debían ser tratadas como tales. Desde entonces, todas las leyes de los estados sudamericanos asentados sobre las viejas áreas del antiguo Imperio de los Incas, así como sus procedimientos y costumbres, se viciaron con el sutil veneno de este principio pontificio, y, sobre todo aquellas, se convirtieron en poderosos instrumentos de sujeción. Y como "buenas bestias de labor" perduran los indios, hasta ahora, en manos de los herederos ricos y de los terratenientes del Perú, de Bolivia y del Ecuador.

En torno al indio, todas las oligarquías de nuestras pequeñas repúblicas se perfilan como una "élite" rigurosamente cerrada y no solamente son golosas y glotonas, sino improductivas, estériles y crueles.

Cinco millones en el Perú y dos millones entre Bolivia y el Ecuador, los indios son ese "ser dormido en el tiempo", para el cual, cada año, las legislaturas de nuestros países contemplan leyes y cambios que permanecen graciosamente inútiles en el espíritu seco de las letras. Así, los indios conviven biológicamente en nuestras naciones, pero permanecen en estado de servidumbre y absorta alienación frente al prestigio inalcanzable de sus leyes.

"La situación sobre la cual –dice François Buorricaud–, con más insistencia han llamado la atención las literaturas, el análisis político y la elocuencia moralizadora, es la del gran propietario que reina en inmensos territorios y explota en escandalosas condiciones de injusticia y crueldad, el trabajo de los indios sometidos". Sobre esta situación de atroz privilegio y sobre la miserable condición del aborigen, nuestros novelistas han proyectado, sin saberlo quizá, su última y devota explotación: la literatura indígena.

En el siglo pasado, fue Juan Montalvo –ese canoro y vacuo retórico ecuatoriano–, el que dijo que si escribiera un libro sobre el indio, dicho libro haría llorar de dolor al mundo. Desde entonces, se ha escrito y se ha llorado mucho, en forma literaria, sobre el indio silencioso, pero este permanece aún con las espaldas quebradas sobre la tierra.

Es en 1934, cuando aparece la primera novela de corte indigenista en el Ecuador. *Huasipungo* de Jorge Icaza, es la obra inicial de este tipo. Balbuciente y mal escrita, consigue sin embargo realizar bien su misión de ***denuncia y de protesta***, característica de las creaciones de este nuevo movimiento, y consigue, asimismo, una vasta adhesión emocional en numerosos países europeos.

El cje literario de este movimiento reivindicador y artístico, nace en la ciudad de Quito y su extremo sur descansa sobre Lima, teniendo en Cuenca del Ecuador y en Trujillo del Perú, sus filiales más fecundas y significativas.

Cerca de esta última ciudad y en la hacienda de "Quilca" nace en 1909 Ciro Alegría, el último gran novelista de los indios.

Toda su infancia y su adolescencia se ven envueltas en la atmósfera india de la hacienda nativa y de la hacienda "Marcabal Grande" en donde trabaja como Administrador su padre. A los siete años es enviado a Trujillo, a vivir con su abuela materna, doña Elena Linch de Alegría y a estudiar el primer año de primaria en el Colegio Nacional de San José. En aquella época, es su Profesor el Poeta César Vallejo, futuro cantor de *Los heraldos negros*.

Hacia 1935, Ciro Alegría es desterrado por el Gobierno de su país y se dirige a Santiago de Chile. Allí, acuciado por la necesidad de subsistir, se dedica a la creación literaria y al periodismo. Durante los primeros meses de su destierro escribe los originales de su primera novela *La*

serpiente de oro, y obtiene con ella el Premio del Concurso de Novelas promovido por la Editorial "Nascimento" de Santiago. A fines de 1936, se ve aquejado por la tuberculosis pulmonar y se recluye por dos años en el Sanatorio de San José de Maipo. Esta dolorosa etapa del novelista, da sin embargo un fruto excepcional: su segunda novela, *Los perros hambrientos*, la obra artística mejor estructurada del escritor.

Cuando escribía uno de los capítulos de esta novela, tuvo repentinamente la visión panorámica de su obra inmediata *El mundo es ancho y ajeno*, con la cual, su vida y su experiencia de creador alcanzarán las dimensiones de la universalidad. Sin embargo, durante mucho tiempo no se atrevió a escribirla, atenaceado como estaba por las más rigurosas condiciones económicas. Conociendo esta situación del escritor, un grupo de sus amigos "resolvió pasarle una cantidad mensual de dinero capaz de garantizarle la necesaria tranquilidad para la labor". Con esta "beca de la comprensión y la amistad" —como la llamaría él— logró lo que se había propuesto.

Cuatro meses le llevó la escritura de *El mundo es ancho y ajeno*, y concurrió luego con la obra al concurso continental de novelas, convocado por la Editorial Farrar & Rinehart de Nueva York, obteniendo el primer galardón —cinco mil dólares—, que le fue entregado personalmente por el poeta Archibald McLeich, en los salones del neoyorquino hotel Astoria.

En *El mundo es ancho y ajeno*, Ciro Alegría describe la vida y la destrucción de una pequeña comunidad india llamada "Rumi", y la subsiguiente diáspora de sus componentes. "Con un tema aparentemente tan elemental y simple, Alegría construye una novela que tiene un alcance épico y una dimensión humana no igualados hasta ahora en las letras hispanoamericanas".

Pero esta novela de Ciro Alegría, después de extender ante nosotros la materia virgen de la narración y de imbricar uno a uno los elementos de su textura a fin de conseguir el pequeño universo de la ficción propiamente dicha, logra insuflar entre sus más recónditas fibras, una vibración épica y una fuerza mística arrancadas a lo más profundo de la condición del ser del hombre ante la soledad y el misterio del cosmos. Y esta energía preciosa y rara la distingue de todas las otras novelas de tema indígena y le da la dimensión universal que la emparenta con las obras de los grandes noveladores europeos.

En el prólogo de la inolvidable novela, Alegría nos dice lo siguiente: "La historia básica del libro comienza en mis años formativos. Nací en una hacienda y crecí en otra, ambas pertenecientes a la Provincia de Huamachuco, en los Andes del Norte del Perú, y desde niño hube de andar largos caminos para ir a la escuela y al colegio, situados en la ciudad andina de Cajabamba y en la costeña de Trujillo. Así me llené los ojos de panoramas y conocí el pueblo de mi patria. Mujeres de raza milenaria me acunaron en sus brazos y ayudaron a andar; con niños indios jugué de pequeño; siendo mayor alterné con peones, indios y

cholos en las faenas agrarias y en los rodeos. En los brazos de una muchacha india me alborcó el amor como una amanecida quechua. Y en la áspera tierra de los surcos abiertos bajo mis pies y de retadoras montañas alzadas frente a mi frente, aprendí la afirmativa ley del hombre andino".

Las palabras de Ciro Alegría rebosan de una autenticidad que se encarna profundamente en la vida misma de su experiencia y ésta rige toda su obra y su destino; por esto y por su fidelidad casi biológica al medio y al hombre de los Andes, su obra se mantendrá en activa permanencia, y ahora, cuando él ha bajado al polvo milenario y mágico de su tierra, continuará destellando desde allí, con la alquimia y el sortilegio de su alto y ancho mundo, en espera de la imagen del hombre que su arte supo descubrir.

1967

MAGIA, YOGA Y POESIA

I

LAS LINEAS GRABADAS en las rocas nos revelan el primer impulso del arte hacia sus símbolos. Su lenguaje larvado repta sobre la pared rupestre y, al descender al hogar, rodea la cintura de la cerámica más antigua.
Entre las estilizadas figuras de los ciervos y los jabalíes, dibujados para espejo de la muerte, brilla la más remota poesía del hombre, casi independiente de las formas animales, leve como una aurora.

Por entre los ejidos del inconsciente y los contornos de la primitiva obra manual, asoma su destello en un hilo de hierba sanguínea.

Es el impulso de la conciencia mas elemental en reciente vecindad con la materia y que al ascender, chisporrotea sobre sus obras, pero es incapaz aún de reconocerse sobre la oscuridad de su primer espejo.

Entre los primeros remolinos del espíritu parece girar el de la imaginación, como una virtualidad en la que se gestan las titubeantes criaturas por las que la vida circundante se torna en sueño interior y se alimenta de lo más cálido de la sangre. Es un telar en forma de vértice, dotado de una gran complejidad porque su trama extraordinariamente móvil teje los hilos de la existencia turbia con las hebras más luminosas de la cascada espiritual. Así, su producto es dual a cada instante; y conforme asciende el ser y se polarizan sus secretas elecciones, toda la textura se vuelve impronosticable.

Es en este punto de la libertad creadora preconsciente en donde se insinúa la semejanza del hombre con los dioses. Constantemente, aun-

que lo ignore, es él un creador de imágenes que le afectan en forma sutil y sin embargo, decisivamente. Acaso bordeando este sentido, Pierre Reverdy concibió aquella frase suya: "La imagen es una creación pura del espíritu. No puede nacer de una comparación sino que es el resultado de la aproximación o conciliación de dos realidades alejadas entre sí . . . cuyas relaciones sólo el espíritu ha aprehendido".

Esta aprehensión de dos realidades o dos sustancias por parte del espíritu, establece el nudo germinal de la imagen con sus formidables consecuencias, pues coexisten en él los elementos antagónicos que se encuentran en todos los puntos de la eterna y circular batalla del universo.

Si consideramos que nuestro vocablo "imagen", nos viene de la "imago" latina, habremos descubierto la vía filológica de un nuevo esclarecimiento, porque sabremos al mismo tiempo que la "imago" es la obra del "mago", del operador de magia, en su campo natural, la imaginación.

En este territorio tan real como huidizo, modela el mago sus formas de evocación y de muerte; ejercita con ellas recursos deletéreos y amatorios. A su vez, el imaginativo asienta en ella su mundo, y el círculo de sus representaciones, tórnase el inventario de su soledad. En el poeta, estas entrañables criaturas de la imaginación surgen más allá de la conciencia y emergen en el plano propio de ésta, de una manera imperceptible. La emoción que desencadena su aparición exige un reconocimiento caluroso del sentimiento y la mente entrefundidos: esta co-vibración constituye el modo más eficaz de conocer el mundo de que dispone el poeta. Puede ser obscuro o enigmático al principio, y puede, muchas veces ignorarse a sí mismo este conocer, sin que deje de ser conocimiento, aunque sea diametralmente opuesto al modo conceptual ejercido por el espíritu en su plano.

Su tonalidad emocional y su vibración en las capas más profundas del sentimiento, enturbian su intelección y sus resonancias; pero, conforme ocurre el despertamiento del espíritu, sus mensajes primarios, teñidos de euforia visceral y oscuridad subjetiva, decrecen o se clarifican; y en las cimas, el universo se entrega al contemplador en la más alquitarada visión. Eliot, señala lúcidamente este dominio cuando afirma que "el fin del goce de la poesía es una pura contemplación de la que quedan eliminados todos los accidentes de la emoción personal. Sin embargo, la emoción personal subsiste sutilmente trasmutada, y la trasmutación tiene lugar en contacto con el fuego de la emoción creadora universal, fuente y receptáculo de la primera. Pero, en estas difíciles alturas, irradian sólo los más acendrados diagramas de la intuición poética y los destellos del ser espiritual Para encontrar las relaciones con la magia en poesía, no debemos abandonar el clima en que éstas se dan, correspondiendo en el poeta a sus más secretas uniones con el plástico limo de las emociones primarias y sus vínculos con la materia hechizada, las tendencias viscerales y las voces telúricas. No sin razón,

en piedra, arcilla y hueso, fueron modeladas las primeras figuras de uso mágico que conoce la historia.

II

La magia, aún colindando con la superstición y la impostura, las rebasa victoriosamente, porque en los más hondos senos del alma humana alienta su virtud operativa. En su inocencia, se hace visible aun a través de las mallas de los embusteros. Es mucho más que un mecanismo de la irremediable duplicidad del género humano, y aunque se la encuentre articulada "en una serie de asociaciones de ideas, razonamientos analógicos, o aplicaciones falsas del principio de causalidad", es anterior a estos tipos de pensamiento.

La magia es un estado de conciencia sumamente remoto, y la delegación y manifestaciones de su existencia, no tienen nada de pueriles aunque sean primitivas. Aparece en la aurora más inverosímil del mundo; en los primeros contactos de modelación de la materia por las fuerzas conformadoras del espíritu. Aparece al día siguiente de la pronunciación de las palabras "Hagamos al Hombre", por la boca del Imaginífico.

El poder mágico tiene un prestigio semejante en todas las sociedades y grupos humanos, desde el brujo infra-amazónico, hasta el moderno fabricante de talismanes religiosos de Roma o de Ceilán. A un mismo tiempo, su noción crece y se diversifica; llega a consistir "a la vez, en un poder, una fuerza, una causa, una cualidad, una sustancia y un medio". Es sustantivo, adjetivo y verbo. En poesía, su fascinación, evocada conscientemente por el creador, se hace perceptible como un halo reflejado. Los sensitivos experimentan la sutil atracción de los elementos constitutivos del planeta y la de los reinos elementales, entre los que eligen sus aceites, sus resinas, sus cuarzos y metales. Pero la clave maestra, se halla únicamente en la íntima y, a veces desconocida para sí misma, actitud de artífice, del poeta o del pintor.

Es un bien alejarse de los inextricables setos de la nomenclatura y de las construcciones de los teóricos en el trato con esta materia escurridiza y proteica. Encontrándola en todos los ámbitos geográficos, culturales y religiosos, desde la India védica hasta la jungla polinesia; desde el recetario de magia sexual, hasta las más esclarecidas concepciones de Frazer, Gevons o Hubert; y desde su intromisión en el rito y la liturgia, hasta su ajusticiamiento en la plaza pública; preferimos su noción dinámica situada en la primera invasión de la materia por el espíritu, en trance arquetípico, en función de imaginero apasionado. (Por cierto que su existencia adjetiva, como la que corre en las copiosísimas clasificaciones literarias, en las etiquetas: "poesía mágica", "realismo mágico", esa, no cuenta aquí).

Absorbiendo, evocando, "aspirando a" esta subterránea cualidad para la obra de arte, el artífice consigue superficies mágicas, y el poeta carga sus creaciones con la fascinación de lo mágico; en tanto que, a fuerza de estas

íntimas ceremonias de la personalidad, uno y otro se tornan acumuladores y transformadores de esta energía.

Así como hay objetos, utensilios, joyas o huesos cargados de este fluido, existen también cuadros, esculturas y poemas en los que parece haberse concretado este iris subterráneo, que no por pertenecer al mundo sumergido, es menos bello.

Cuando Rimbaud profirió su inquietante grito: "Yo es Otro", aceptó, "se abrió a una suerte de posesión de su yo, de su propio ser invadido y habitado por todas las cosas, por todos los misteriosos poderes errantes del mundo, por el ánima mundi".

Y, cuando Lautreamont escribió en su paroxismo ateo ese verso: "si existo, no soy otro", declaró el terror y la rebelión de todo su ser ante tal invasión, y echó la culpa en Dios, su viejo y personal enemigo.

Cuando Neruda ejecuta el "ritual de sus piernas", reconoce a través de sus raíces biológicas la existencia de ese mundo en el que se mueven los efluvios y los depósitos de la magia terrestre, que después elaborará tan variadamente.

En cambio, Vicente Gerbasi, aunque su voz se halle imantada por el polo de los reinos naturales, no ha pactado nunca con ellos hasta comprometer su identidad. El poeta venezolano los refleja en su poesía de espejos deslumbrados ante el día, pero una condición de perpetua inocencia le preserva de la temida identificación.

En variadísimas proporciones, los poetas de todos los tiempos, han experimentado la punzante vecindad y la llamada de este centro de fascinación elemental que no se halla lejos de ningún hombre viviente.

En todos aquellos poetas en los que predomina el hombre claroscuro, apegado a la noche genésica, con la mitad de su alma, por lo menos, se constata una marcada tendencia a penetrar y dominar el alma de las cosas, como creadores. La tentación de trasmutar los cuerpos y las sustancias, es poderosa en ellos, y continuamente, se valen de la evocación instintiva, de desórdenes provocados, de fuerza ejercida sobre el lado oculto de las cosas.

En otro lugar están los que de algún modo saben. Baudelaire preconizó con la lucidez que le era característica: "Es menester querer soñar y saber soñar. Evocación de la inspiración. Arte mágico", apunta en su Diario Íntimo. Rimbaud, en su aprendizaje de mago o de brujo, a través del "Desorden de los Sentidos", escogió un sendero espureo, y su empresa de creador se alimentó de la agonía y del desastre vital del hombre.

Más allá de la superficial alquimia del verbo, que proclamó, puede escucharse el clamor desgarrado de su sinceridad tardía: "He tratado de inventar nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevos idiomas. He creído adquirir poderes sobrenaturales. Y ahora tengo que enterrar mi imaginación y mis sentidos. Bella gloria de artista y de narrador, arrebatada ¡Yo! que me he dicho mago o ángel, que me he dispensado de toda moral, vuelvo a la tierra con un deber que buscar . . . "

El choque del creador que equivoca el camino, con las formaciones de una época superada por la conciencia de la humanidad, como es la

magia por sí misma, tiene graves repercusiones en el devenir individual, y muchas desintegraciones lamentables, sin aparente explicación, la han tenido por causa. Y es que, en el fondo, aquellos que han alcanzado los niveles de la percepción sumergida, no juegan con literatura, sino con vida, con vida elemental, tumultuosa, sedienta de formas que colmar. Pero, sería falso el temor de usar las preciosas cristalizaciones subterráneas en la cinceladura de un cáliz, siempre que su distribución no corrompa la forma típica, ni desvirtúe la función esencial del orfebre.

En lo concerniente a las áreas de la poesía mágica, o de la magia en poesía, es curioso observar que es Europa, y Francia particularmente, la logia geográfica de este movimiento intencional hacia lo preconsciente. De allá partió la "buena nueva de la condenación" que decía Bloy. En ella se organizaron los extravíos estetizantes polarizados por esta búsqueda hacia abajo, entre los que se puede incluir tanto la llamada escritura automática, como las elaboraciones mediúmnicas del surrealismo.

En Indoamérica, desde la Península de Yucatán hasta el Estrecho de Magallanes, se ha hecho, más bien, una honda poesía telúrica, cuyos cables raigales se hunden en limos más profundos que los del actual Continente Americano.

Si no el fin, por lo menos el límite de esa senda hacia el abismo de la magía, fue precisado por Rimbaud, en las siguientes líneas: "El primer estudio del hombre que quiere ser poeta, es el de su propio conocimiento, de un modo total. Comienza por buscar su alma. . . Una vez que la conoce tiene que cultivarla: esto parece cosa sencilla. . . Pero, es que se trata de hacer que su alma se vuelva monstruosa . . . Digo que tiene que ser un vidente, que tiene que hacerse vidente. El poeta se convierte en vidente, en virtud de un largo, inmenso, y razonado trastorno de todos los sentidos. . . De aquí que se convierta entre todos los otros hombres, el gran enfermo, en el gran criminal, en el gran maldito".

Lo que pretendía el autor de *Las iluminaciones* era forzar las puertas del conocimiento superior con armas tenebrosas. Su obsesión por la evidencia y el conocimiento mágico le condujeron a la tragedia, a la desesperación y a la fuga. Ahora quería sólo llenarse los ojos y los sentidos con la "rugosa realidad" de la tierra, y partió hacia Africa.

Pero, este apetito desenfrenado de conocer y poseer aquello que es más allá de los límites del conocimiento poético, por medios turbios e irregulares, sigue conduciendo al desequilibrio a muchas almas singulares. Aquellos que no se han anquilosado, han caído en estados crepusculares de conciencia, han enloquecido, o se han desterrado a la estupefacción.

Refiriéndose a este lamentable aspecto de la vida interior de los creadores, ha escrito Jacques Maritain, en su libro *La poesía y el arte*: "No se trata aquí de la tragedia de la poesía y del arte modernos, sino de un pequeño grupo de poetas y amantes de la poesía, de una tragedia del espíritu humano".

Contemporáneamente, esclarecidas personalidades de la literatura occidental, han sentido la aguda incitación de una vía nueva para la

realización del ser a través de la poesía como experiencia del conocimiento.

Con significante simultaneidad en la labor, ha sido expresado su anhelo. Sobre los hombres más representativos y cultos del mundo literario de nuestros días, ha pasado el soplo milenario del más excelso Yoga de la India, el contenido en los Aforismos de Patanjali, en el texto radiante del Baghavad Gita y los himnos de los Upanishads.

Romain Rolland penetró en los antiquísimos monasterios hindúes de Yoga, y encontró la presencia luminosa de Ramakrishna y de Vivekananda; departió con los discípulos actuales de estos "mahatmas", y escribió sus biografías, en las que consignó, en capítulos reveladores, los pasos de la ascesis psico-fisiológica de la iluminación.

Eliot, reconoció el campo de batalla de Krishna con el Señor del Universo y realizó, en poemas de estupendo equilibrio, la tensión de los antagonismos esenciales.

Hermann Hesse, reconoció las huellas de la "ruta interior" hacia el conocimiento supremo y escuchó las vibraciones de la Palabra Sagrada en el transonido de los elementos, las bestias y los seres.

Aldous Huxley, llegó hasta los umbrales de las "puertas de la percepción" y creyó vislumbrar las inmensas llamaradas del fuego cósmico que reducen a cenizas las más refinadas obras de las manos humanas.

Por otra parte, Henry Michaux se ha esforzado durante toda su vida en "ahondar las raíces del misterio poético, rasgar el velo de Hermes, agitar y exorcisar en su propio corazón, a sus monstruos". Ha llegado a usar la vieja droga de los misteriosos tributarios del Sol de los Aztecas, a fin de obtener ese estado del alma cuyo sentido "rebasa toda comprensión". La experiencia poética ha sido ensanchada así, por un crecimiento espiritual orientado hacia los confines del universo y hacia el centro del ser en el conocedor del mundo y sus formas.

En cierta medida, ha sido escuchada, con intensidad que varía según el hombre, la vocación de infinito y de absoluto, y la necesidad de integrar los ritmos inmediatos de la obra personal con el verbo que sostiene y revela el universo.

Marginando de algún modo esta fecunda dirección, Reverdy, escribía: "El valor de una obra es proporcional al punzante contacto del poeta con su propio destino". La conciencia de un destino trascendental ha sido conseguida por los mejores, y sus señalamientos son múltiples, aunque todos se nos aparecen como diluidos en los textos, quizás porque la sensibilidad y la facultad de captación modernas, carecen todavía de una vivificación especial, relacionada con esas esferas de maravillosa tenuidad.

Pero, aparte de la toma de este tipo de conciencia, le es menester al poeta —creo yo—, obtener en su vida —a lo largo de toda su vida— la oportunidad de estos contactos con el destino vislumbrado; pues, sólo la hilación ascendente de esta clase de experiencias puede guiar su percepción interna y articularla con la realidad, en destellos que sobrepasan el espacio y el tiempo.

T.S. Eliot, en su estilo flexible y consistente, que nos recuerda la trama del mejor casimir inglés, al referirse a estos niveles de la experiencia poética consciente, nos informa: "que en tales momentos, caracterizados por una repentina cesación de las cargas de ansiedad y temor que pesan sobre nosotros, en nuestra vida diaria, lo que ocurre es algo negativo; es decir, no se trata de la inspiración tal como se la entiende corrientemente, sino de un derrumbamiento de barreras o impedimentos habituales . . . El sentimiento que acompaña a esto, se asemeja . . . a un repentino alivio debido a la desaparición de un peso intolerable".

En estos instantes, que duran una fulguración de tiempo, el espíritu del poeta hace contacto silente con el Espíritu, más allá del tiempo. Pero, como esta clase de accesos pueden conducir a imprevisibles estados colindantes con la mística y el esoterismo; algunos poetas contemporáneos, buscadores de una realización poética superior, han polarizado su sensibilidad y su conciencia en un esfuerzo común, hacia los milenarios procedimientos del Yoga. Y así, algunos, parecen haber bordeado, por una extrema tensión de todo su ser, los primeros repliegues de ese ignoto Continente de lo incondicionado, dándonos después en forma sensible, la noticia poética más cercana posible, de esas lúcidas exploraciones.

Michaux, nos da una muestra –si bien, muy imprecisa y desorientada aún– de una fórmula yogui, en el siguiente poema titulado "Magia": "Antes era yo muy nervioso. Mas heme aquí en una nueva senda. Coloco una manzana sobre mi mesa. Luego, me introduzco en esa manzana. Qué tranquilidad . . . Los pensamientos de la capa de abajo, rara vez son bellos. . . Vuelvo a mi manzana . . . Sufrir es la palabra. Cuando llegué dentro de la manzana estaba yo helado".

Aunque este poema constituye un alarde de fantasía, subyace en el poeta, en medio de su fracaso, una voluntad de internación en la esencia del objeto, propia de cierto procedimiento de identificación yoguístico, cuyas características podemos reconocer en el siguiente Aforismo de Patanjali: "Mediante el proceso de meditación en la Unión, se reconocen los dos aspectos de todo objeto; se llega a conocer y realizar en conciencia las características morfológicas de los mismos, su naturaleza simbólica en el universo y su utilidad específica en la condición temporaria, dentro del devenir". Muchos poetas han realizado únicamente borrosas transposiciones intelectuales y literarias, de la germinal posibilidad que ofrece a la conciencia del conocedor, el cabal cumplimiento de esta disciplina; pero, aunque no hayan obtenido el éxito real de su interior tentativa, la belleza de algunos de los poemas emparentados con este sistema, es suficiente resarcimiento a su empeño.

Considerado en esta dimensión extra literaria, y sin disminuir el alcance de su excepcional poesía, es Neruda quien ha conseguido en este aspecto, singulares aproximaciones a la experiencia secreta, y creemos que las debe a su constitución elemental y a la profunda imantación de telurismo de que es capaz.

Es oportuno recordar aquí sus "cantos materiales" titulados: Entrada a la Madera, Apogeo del Apio, y Estatuto del Vino; y constatar su clarividente exploración del objeto elegido, así como la aprehensión de los símbolos y de los vagos tesoros suspensos en la atmósfera interior de cada uno de ellos.

Inmerso en la madera, oigámosle decir:

> Dulce materia, o rosa de alas secas,/ en mi hundimiento tus pétalos subo/ con pies pesados de roja fatiga/ y en tu dura catedral me arrodillo/ golpeandome los labios con un ángel / Pozos, vetas, círculos de dulzura,/ peso, temperatura silenciosa,/ flechas pegadas a tu alma caída,/ seres dormidos en tu boca espesa, / polvo de dulce pulpa consumida, / ceniza llena de apagadas almas, / venid a mí, a mí sueño sin medida.

Se vuelve impronosticable lo que el poeta y el hombre en general, puedan alcanzar por estas vías que, en último término conducen a una visión suprasensual del mundo, libre de los elementos de la personalidad y del espejismo del tiempo. Debemos únicamente reconocer que el movimiento de auto-conciencia en poesía está en pleno desenvolvimiento, y que todo lo que se consiga en este sentido será para esclarecimiento de la visión de los auténticos investigadores, y no es difícil que sus mismas obras reciban el toque de un sortilegio hoy apenas discernible.

ECUADOR AMARGO

DE JORGE ENRIQUE ADOUM

SUCEDE, A VECES, que alguien se aleja para encontrarse, a través de la distancia y de las muchedumbres. Otro, naufraga en la multitud y pierde su esquemática superficie, pero encuentra las aullantes profundidades, en esos penetrales en donde sospechó sólo el silencio y la quietud. Un tercero, en la lejanía halla la inefable vecindad de todo, focalizada en el inalienable centro de sí mismo. Hay, por fin, quien, descontento de los forzosos prójimos y su infinita sonrisa de ricino, sale a redimir la insatisfacción y a sorber ámbito y dimensiones, y encuentra, de súbito, en el horizonte extranjero, la verdadera imagen de la patria y la ola de su bandera irrecusable grabada en el hondón del alma.

A Jorge Enrique Adoum le faltó un día la distancia –esta perspectiva sentimental del emigrado– para valorar los términos de la carta espiritual y física del hombre ecuatoriano. Desde el sur de todas las Américas,

vio su país coronado por la diadema ecuatorial y, sintiendo su dolor y su belleza, lo amó hasta escribir su acre y entrañable poesía.

Antes de su viaje –ausencia y catarsis–, su poesía fluctuaba sobre una comarca de extraña sensibilidad; y, si bien su voz delataba la existencia de manantiales auténticamente poéticos, no lograba corporeizar la musicalidad inédita. El poeta imitaba su propia voz, dormida aún en el cordaje intocado, mas presentido ya. Fue necesario el silencio que sobrevive a la vocinglería temporal; y, por otra parte, la elaboración de aquel silencio creador, o sea, el reconocimiento de las voces genésicas de la tierra, del tiempo como ritmo, y la visión de los personajes legítimos de la esfera poética y humana.

Ya antes de su realizadora salida, sus estudios y trabajos, la inquietud humana, atisbando la radioscopia palpitante del hombre del planeta y de las calles de la patria, le habían conformado corazón y cerebro; para la recta comprensión del ineludible combate terrestre. La dialéctica le enseñó su puntual geometría. El destierro le otorgó la agridulce facultad del canto. Así, a su retorno encuentra su país y el alma de la tierra forcejeando en el cuerpo plural del habitante. La gran víctima ciega de arena y agua, de metal y nieve, sale a su encuentro. El poeta la va desflorando en su avance, desde el litoral rumoroso hasta la cumbre múltiple. Pero, de pronto, al avanzar también nosotros en la lectura de su poemario, comprendemos que esta poesía tiene estrictez y discurre seria y disciplinadamente como una auténtica operación espiritual que odia lo poético y lo agradable. No encontramos en ella los recursos de la epidérmica excitación del alma, porque siendo elemental su función, suena como un constante rompeolas de su propia sustancia y es, por esto, entrañable y total. No encontramos la flebe imagen de la florecilla andina ni el rocío distribuido con esa falsa frecuencia antimeteorológica. Las cosas, los seres, los elementos, las reacciones se escalonan desde el nivel del mar ecuatorial hasta el cimborio de las nieves, con un secreto y enérgico sentido tectónico. El adorno pegadizo, la insustancial voluta no asoman, y su ausencia, crea el disgusto del lector que se formó en la facilidad de la poesía confortable.

La primera y más punzante impresión que origina la lectura del libro de Adoum, es la de constituir un trabajo duro, cristalino. Adoum es, ante todo un descontento. Desde entrelíneas, –o entreversos– nos hace saber, con cierta remordida actitud, que por los resquicios métricos ha expulsado la adjetivación ociosa con verdadero placer expurgativo. La hostilidad hacia las facilidades de la asociación directa, del regalo eufónico y los encadenamientos de la inercia versificadora, es intensamente manifiesta. Esto, en lo que se refiere a la composición externa, en la que se muestra con la paradojal indiferencia sostenida por la pasión, propia de los hombres del laboratorio. Por esto, endura sus colores, esquiva el viejo parentesco de los términos sensibleros, y quiebra sus versos, consiguiendo una suerte de armonía acre y conmovedora. Elude asimismo la anécdota; la diluye sin desvirtuarla. Pero la hace constituir en el

poema aquella vértebra clave, con la cual somos capaces de rehacer toda una época viva. No usa la aburrida perspectiva de los descriptores sino el destello semafórico como una articulación expresiva de la historia.

En esta geometría rígida y libre a fuerza de veraz, Adoum ha encerrado o ha explayado su canto. Cántico a la patria y a su héroe indefenso y doloroso. Pero, raro canto patriótico éste, que no despierta el irritante sentimiento de las fronteras, sino el profundo amor –tenaz y amargo– hacia la común raíz sustentadora. Aquí el héroe no tiene pedestal de granito ni acanto de bronce, sino la arena inconsistente, la roca eruptiva, el humus de perezoso oleaje. Aquí, en lugar de patria erizada de banderas, debe leerse –yo leo así– el dulce y doloroso vocablo Matria, como quería Unamuno. Matriz de la muerte innumerable y de la infinita vida y resurrección, en tenso e inacabable combate, jubiloso, sangriento, siempre renovador. Pero continuo en su proteísmo; basamento definitivo aunque el hijo, el caranqui, vaya "de dios en dios". Porque la religión, para Adoum, es una nueva actitud de mirar el cielo ganando cada vez más la tierra y lo humano, lo que está hecho de humus imperecedero.

El demiurgo, el principio activo del mundo amasa sin cesar Tierra y Hombre consiguiendo la comunión indestructible. Sin embargo, Adoum no se hunde en ese gozoso y egoísta sentido del panteísmo absorbedor. La consustanciación es activa siempre, y en el hombre, además de emocional es inteligente y por lo tanto, creadora, transformante; de aquí que el ser humano que se empina en sus cantos a la patria, sea siempre un combatiente, si bien no constantemente enardecido, y a veces, mejor amargo e insatisfecho Pero, es que Jorge Enrique Adoum, conoce su patria; y toda la acritud y cierto pesimismo de sus versos, son tornasoles de su protesta y del ardimiento con que reclama el vertical derecho del héroe oscuro del surco y el oleaje. Tal vez le falta júbilo y quizás no se abren suficientemente en los ámbitos del libro, los horizontes llameantes del futuro. Pero, es que todo nuestro cielo aparece, a veces, cuadriculado como un muro carcelario, y el artista no puede menos que experimentar la angustia circundante. ¿Cómo no sentir el ciego poderío con que la tierra nos devora la ciudad y la cosecha; su telúrica locura que nos sorbe un río hoy, y escóndenos mañana la leche rubia de una mina? "Traigo mi alma llena de tu páramo, de escombros", dice Adoum, acatándola con amargura pero sin rencor. Si no la amara, no pudiera exclamar sobre la esterilidad de la arena: "y aún aquí está la patria –su cuerpo torrencial o el granizo violento que a veces me golpea el corazón"–. Y, luego:

Patria, si amarga casi siempre, dulce patria
cada día, dulce recuerdo de una enredadera
de ventanas y azúcar; ira por la piel que ortigan
con leyes y monedas; rumor de río oral

cuando ruegan al sur por la llovizna; ancha
experiencia de los trenes que a diario recomienzan
tu memoria, toda de polvo y lana, toda de piedra
y nube:
sobre ti, dimensión de lodazal y sangre,
estás tú, contramar de amor y estrella.

La dualidad ineludible resalta nítidamente. Amor e ira, el corazón; "toda de piedra y nube", ella. Las imágenes de sus cantos nos hablan de la viva y funcional mecánica de la tierra humana y del hombre terrestre. Cierto es que un ácido no disimulado circula a lo ancho del poemario; un vino colérico, pero también una irisada linfa de ternura que penetra en los poros del suelo como el beso en la mejilla de la madre.

En el sobrehaz de la tierra y circuyendo la existencia del habitante, Adoum, descubre y analiza otros elementos de angustia. Las elaboraciones del hombre que, a su vez, son productoras de dolor, contempladas con humana poesía, gesticulando al fondo de la pesadilla cotidiana. La habitación del hombre con sus fecundos instrumentos de tortura; las llaves, los horarios, las escaleras, "el, bastón oral del pordiosero". En el cuenco abigarrado de los días, agrupa otros motivos de congoja, suscitados en el tiempo por la carga de la historia, por nuestros actos y omisiones, por los garfios de la miseria, y los cangilones herrumbrosos del ancestro; los días sin almuerzo, "la materia funeral del adulterio", "los nocturnos candados de la venganza".

Un nuevo elemento causa extrañeza y es objeto de especial reiteración por parte del autor. Me refiero a ese doble sentimiento de abandono del ser sobre la Tierra y a su duración, a su lapso irreductible. Esta idea fantasma corroe nuestro sosiego; y, sobre todo, decapita la esperanza espiritual.

Adoum dice:

Y, como decía, aquí vengo a cada hora
de comer, de sufrir, de abandonado,
. . . a cada alba estaré despertando,
pero llorando, pero cayendo, pero durando.

La vida, en sí misma, es sentida por él como una costumbre; como un modo de perdurar en nosotros, los hábitos, las funciones, los vicios, la trágica costumbre de morir. El, llama a esto "el seco río de costumbres", y su acento sale de una garganta calcinada, circuida por el nudo corredizo de esa angustia vital que nace de la onerosa conciencia de estar, de durar en el mundo. La pálida mucca de Heidegger, atraviesa en este instante nuestra conciencia sobresaltada. Pero Adoum no permitirá que ese frío lazo se cierre en su garganta. Le salva su fe biológica en el futuro del hombre humano.

De esta manera se hace la irrecusable unidad de este libro amargo y verdadero.

Por lo demás, no quiero granjearme la irritante gloria del perspicaz, señalando con cruces rojas las influencias que puede –que debe– tener el primer libro de un artista que vive activamente el gran torbellino físico y espiritual de nuestro mundo y nuestra edad, en el cual, preservar la individualidad, rehuir la usurpación del ser por el pulpo multitudinario, es ya el más alto heroísmo. Yo, he anotado su intransferible condición de poeta y su corpulento y asiduo perfil de trabajador de Poesía.

1950

POEMAS DE DOS TIEMPOS

AGRAZ Y *RELENTE* DE FILOTEO SAMANIEGO

A TRAVES DE dos años de distancia se miran estos poemarios de Filoteo Samaniego –Entre ellos, la vida foránea y la íntima del autor han cambiado signos imprevisibles pero no han sido interrumpidas En el año 56, leímos *Agraz*; y, de pronto, como traído por una brisa inapelable, llega *Relente* y, se entrefunde con el canto que tuvo la primogenitura.

Ahora, contemplados ambos, nos dicen una sola verdad, como que son productos de una misma vida. Nos hablan de un hombre, de una sensibilidad y de un estilo, unimismándose finalmente en la entidad del creador y su ámbito temporal.

Todo libro, después de entregar su mensaje, espera una respuesta que será llevada al fondo del imperio de donde procedió el emisario. Deseo yo responder sinceramente.

Ante todo se agradece la íntima fiesta lírica que se da a lo largo de estas arquitecturas, y luego, cuando se han apagado los últimos sones, desde la claridad del día siguiente, se recuerdan los rostros y los acaeceres y se medita en ellos.

Estos dos Poemarios de Filoteo Samaniego invitan a pensar en dos temas que son sus dos columnas capitales en la experiencia de una sensibilidad y en la labranza de un estilo, esa manera intransferible de expresar la voz de la vida con la nuestra. Decir simplemente que alguien tiene estilo, no involucra elogio alguno Como no encierra alabanza decir que fulano se desplaza de una manera dada Pero en el caso de estos dos poemarios, comprendemos que Filoteo Samaniego ha conseguido su estilo literario inalienable Y ésta, es ya otra cosa. Aquí, a lo largo de todas estas líneas, se siente la fina tensión de una brida invisible sobre las mismas. Frases embriagadas que en sus sacudimientos han lastimado seguramente las manos del escritor.

Así, aparece claramente dueño único del subordinado lenguaje y del encadenado sentimiento que, a veces, desearía encabritarse. Por esto mismo, nos pone en capacidad de escuchar ciertas silenciosas lejanías de la verdad de su alma. Mas, no sumergiéndonos en altisonancia de ninguna especie. Sucede aquí, como en esas delgadísimas músicas chinas que para oírlas es menester matar de algún modo el oído externo y recibirlas en la flor del alma, tan ahiladas son.

Ni lo parasitario ni lo recargado; ni adorno, ni oropel. Sólo la palabra que brota de los secretos diálogos de la vida con sus criaturas. Pero, en todo caso, una sensibilidad afinada, sometida incesantemente, desde el primer vagido, a la serena luminosidad del trabajo paciente. Del secreto trabajo en donde ha empezado a encontrar, entre pavores y alborozos, su propio genio cada hombre, humildemente.

Entre la aparición de *Agraz* y la de *Relente* se anota otra virtud, la que exigía Rilke, la de saber crecer sin ansiedad, con la melodiosa lentitud del árbol; sin apuro ni estridencia. Pero, este esencial pedido del autor de *Las elegías de Duino*, en sus *Cartas a un joven poeta*, pueden ser realizadas en su plenitud, sólo por espíritus que se han compenetrado ya con su definitiva perspectiva de conciencia, y logran realizar íntimamente que el tiempo es uno de los factores de crecimiento al que todo verdadero creador debe adherir su voluntad, de instante, pero siempre embebido de un sutil instinto de responsabilidad.

Por esto, él, no ansió salir a la luz. Fue exacto. Fue puntual al llamado de la auténtica e indisoluble necesidad. Y consecuentemente, su ritmo expresivo, su estilo, no padecen ni de economía ni de despilfarro; como en un arco, reconocemos la exactitud. Y la sobriedad, elevada en ciertos pasajes, a una suerte de sacrificio lírico.

Vivencias reales o soñadas, han producido un libro viviente como un jardín; pero jardín cerrado.

En *Relente* asistimos a la catarsis de su poesía anticipada en *Agraz*. Aquí, en *Relente* las raras cualidades de su estilo están entretejidas con las modulaciones más inesperadas de su temperamento y la fuerza de su mentalidad, casi matemática. El estilo se torna bruñido; el ritmo, tajante; y sin embargo, a todo lo largo del libro hállanse matices que, por lo imperceptibles, son la misma naturalidad.

Pero cuán trabajada, por dentro. En el "Primer Poema" se siente, a ratos, correr un frío aire mental que llega a congelar el éxtasis amatorio. Otras veces, las horas evocadas son ajusticiadas por el alcanfor de la discriminación. "Llegaría y le encontraría lejos". ". . . andando hacia mi muerte como Ella hacia la suya".

Y por sobre todo, sobriedad. Hasta en el dolor, como en el estilo. También un poco de crueldad en la vivisección de sus mismos sentimientos.

Mas, siempre fiel a sí mismo; porque los ardides de los mixtificadores, de los monederos falsos de la Poesía, no caben en las páginas de Samaniego. En la estancia 6a. de "Retorno", hallamos la clave de su

moralidad estilística. Contempla al indio reencontrado y exclama: "Me advirtió que en la sierra era extraño el adjetivo y que había que adaptarse a la frase sin rodeos. La lección fue de provecho y la he aprendido".

1958

ERNESTO CARDENAL: GETHSEMANI, KY

Ernesto Cardenal ingresó en el noviciado del Monasterio Trapense de Gethsemaní, Kentucky, cuando tenía treinta y dos años de edad. Fue una sorpresa y una suerte para él encontrar en los claustros a Thomas Merton, a quien había leído y admiraba, y saber que él iba a ser su maestro de novicios. El brillante poeta y escritor cisterciense que es Merton, había llegado a la Trapa, años antes, por una vía semejante a la de Cardenal y a consecuencia, asimismo, de un radical y deliberado divorcio con el "mundo". El antiguo hombre-artista mundano que fue Merton, podía obrar por lo mismo, de modo agudo y eficaz, sobre el desarrollo espiritual del hombre-artista que acababa de ingresar en el monasterio

Durante el noviciado en Gethsemaní, según nos asegura Merton, Cardenal dio muestras de poder combinar "en una forma clara y segura los dones del contemplativo con los del artista"; sin embargo, no escribió en aquel, todo ese tiempo, ningún poema "consciente".

Las experiencias en las que la visión interna se agudiza sin dejar de mirar ni atender los reclamos de la vida práctica derivados de un reglamento austero, hicieron posible la mirada nueva en los ojos del poeta. Y llegó a contemplar la falacidad de las formas sin ser esclavo ya del viejo hechizo, del ancestral tejido. Y sintió deseos del canto y escribió conducido de la mano por la espontaneidad aposentada en su corazón, en sus vísceras, en sus tendones. Esta espontaneidad casi aérea, sin compromiso con nada, y que es como la exigencia primordial del espíritu que empieza a mirarse a sí mismo en sus vestiduras, produce casi siempre poetas apasionados en el Zen; son los nuevos locos del espíritu, pero saben pisar la tierra con naturalidad inolvidable. Sus poemas de esta época son como documentos de la vida inmediata y, sin embargo, sus verdaderas raíces se alimentan en el espacio. Lo que ha ocurrido es que el discípulo Zen y el poeta del monasterio occidental, han ascendido un escalón más de la gradería de la conciencia; sus instrumentos perceptivos y sensoriales se han sutilizado especialmente y su visión ha calado el velo milenario de las cosas. Esta alteración renovadora encierra la virtud de producir una serena tempestad entre las varillas de las antiguas

perspectivas y el mundo es mirado con una alegría esencial: se lo ve despojado de su poder de engaño y de su antigua fuerza laceradora.

La relación profunda de esta experiencia se halla como un contexto de vida en los archivos zen de la anécdota más elocuente. Dice: "Antes de experimentar la iluminación, el monje ve las montañas como montañas y el agua como agua; durante el proceso purificatorio, ascético o de labor, el agua y las montañas desaparecen o se encrespan; pero cuando sobreviene la iluminación, las montañas vuelven a ser montañas y las aguas, aguas". Sin embargo, el mundo entero se ha renovado. Las formas se han lavado del mal y los terrenos vibran como flores tras de la purificación.

Ernesto Cardenal adquirió uno de los grados de la iluminación poética a través de la experiencia del monasterio; pero la nostalgia del viejo mundo es aún perceptible en sus cantos; está detrás de la malla de vidrio como una lámina de ácido embellecido. En cambio, su espanto ha huido al amanecer. Está libre. Y la nueva adquisición del hombre-poeta se ha volcado maduramente, tersamente sobre muchos de sus mejores poemas o estancias de este Poema de Gethsemaní.

1965

EL *ULISES* CUMPLE AÑOS

SEIS AÑOS CUMPLE la primera edición española completa de *Ulises*, realizada bajo el rubro editorial de Santiago Ruega y la dirección de Max Dickmann, aparecida en Buenos Aires.

Veo frente al gran volumen impenetrable, un pastel congratulatorio, amasado de vísceras, uñas, ensueños, nebulosas, diptongos y estrellas viscosas. Todo aglutinado por el polvo de los Continentes y el gesticulante fosfato de las pesadillas.

Alguien pone seis candelas diabólicas o seis fuegos fatuos, o seis rosas de grisú. Conmemorativas y misteriosas. Alguien coloca un candelabro de seis brazos —manco y ciego del séptimo— y lo apaga con un soplo de trasmundo. He aquí un célebre cumpleaños.

El séptimo brazo del candelabro aún no existe. Su llama pondría en comunicación el alma de Ulises con la del Padre, el Espíritu Universal.

Por ahora, Ulises sólo puede aspirar a la interpenetrante mansión situada en el cruce de dos órbitas; mundo e inframundo, asequibles al hombre por intermedio de la conciencia física y el ejercicio de la subconsciencia. La séptima bujía, cuando arda para él, le devolverá las

llaves del mundo divino por medio de la supraconciencia o conciencia espiritual.

• • •

La entrada legal de *Ulises* en Estados Unidos, fue posible merced a la extraordinaria sentencia pronunciada por el honorable juez de distrito John M. Wolsey el seis de diciembre de 1933, levantando la prohibición que pesaba sobre la circulación de la gran obra. Con una sola plumada, el inteligente Magistrado echó a rodar las caretas de los censores, y reivindicó la fuerza de una obra de la inteligencia. En las últimas líneas de la histórica pieza jurídica, se puede adivinar la sorna del viejo árbitro –siempre honesto– dirigida a la solemne carnalidad de sus conciudadanos. Termina así: ". . . el efecto que *Ulises* produce sobre el lector, es indudablemente emético; en ninguna parte tiende a ser afrodisíaco". "Por lo tanto, *Ulises* puede ser admitido en los Estados Unidos".

Además de la titánica y solitaria lucha por la expresión artística, Joyce tuvo que sufrir el peso de tremendos golpes descargados por la estulticia organizada. ¡Sus obras, como las de Freud fueron devoradas por las llamas de los nuevos autos de fe.

El manuscrito de su *Dubliners*, fue leído y rechazado sucesivamente por veintidós editores. Finalmente, cuando la primera edición estaba lista, cuando la tinta no se había secado aún en sus bellas páginas, un caballero cefalópodo, con la cortesía más deliciosa del mundo, adquirió íntegramente la edición y la hizo quemar en Dublín.

El día en que apareció el volumen de *Ulises* correspondiente a la primera y valerosa edición de Darantiere, impresor de Dijón, Joyce cumplía cuarenta años. Su vista era ya crepuscular entonces. Sin embargo pudo revisar con placer su libro recién salido de la imprenta. Le había sido enviado gentilmente, como homenaje a su cumpleaños terrestre.

Desde entonces, las plumas, las lenguas y los ingenios, han tenido laborioso material que agitar en torno al nuevo misal y grimoire del civilizado. El ditirambo, la excomunión, la idolatría bibliófila, la admiración boquiabierta, la garrulería acomodaticia y sabihonda de los diletantes.

Personalmente recuerdo cómo nos pintaban el libro máximo de Joyce, los intelectuales ecuatorianos que regresaban al lar de los sismos, tras extensas giras diplomático-literarias. Según ellos, nada había sido engendrado antes tan tremendo. ¡Era irreductible, intraducible, inaprehensible! Y nosotros, suspirábamos (¡quince años hace!) con una mezcla de resignación y de inconfesable melancolía.

. . . Mas, he aquí que en 1945, el claro señor Salas Subirat, realiza la primera versión completa al español.

. . . No voy a afirmar ahora que nuestro anhelo se viera defraudado: ¡No! Pero, a la verdad, nos sorprendimos esperando el Libro de los Siete Sellos. El Texto de los Textos, sobre el que pesan los pulgares del Altísimo, recatando la más augusta de las revelaciones.

. . . Tiempo después el libro de James Joyce, fue adquiriendo contornos más humanos en nuestra intelección; junto al viejo árbol de las meditaciones; al resplandor de otras lecturas acerca de la claridad.

Ahora, que hasta los pequeños escribientes de provincia imitan el rumor de su raudal monologante; sus fantasmales distorsiones y hasta su desgalgada ortografía, queremos, para celebrar su sexto aniversario castellano, recordar las tremendas frases y los yermos juicios del más grande de los psicólogos contemporáneos sobre *Ulises*; del inflexible doctor Jung, Carl Gustav Jung.

El eximio y venerable autor de "El Yo y lo Inconsciente", explaya en cerca de sesenta páginas (casi, es un monólogo, ¡Dr. Jung!; por favor, no quiero recordarle el de la Señora Bloom) su inquieta linfa de hombre de ciencia y su tenaz mirada de psiquiatra. A pesar de su serenidad profesional, es posible, sin embargo, descubrir, a veces, un acre humor de viejo catedrático testarudo, celoso del inmenso globo de cristal de sus doctrinas. Dice el sabio: "El Ulises" es una "conciencia meramente perceptiva; nada acaece ni termina en él; expresa ferozmente el vacío". "Todo ello es de un nihilismo infernal, un magnífico engendro del infierno: decididamente brillante si se considera el libro desde el punto de vista técnico de una obra de arte". Y, aun cuando Jung no se atreve a catalogar el *Ulises* como el producto de un ezquizofrénico, hay un lugar en el que sugiere dicha clasificación. Para eso, el doctor sabe de síntomas exactos. Indicios de conciencia fragmentaria; intensificación morbosa de ciertas facultades; curiosidad malsana de los sentidos, asociaciones irrazonables; transiciones violentas. . . etc. ¡Le falta sólo la estereotipia! Porque en el *Ulises* ¡nada se repite jamás! Es el derroche de la naturaleza genesíaca. Esta facultad de cambio ilimitado, esta proteica cualidad del pensamiento, le conmueven. Fluye sin visibles conexiones; nunca hay un salto; un gran mar interior une las millaradas de olas, matices, submatices, vislumbres, tornasoles. . . que tiemblan en la superficie, creando la alucinación de los lectores. Desde la sima siempre renovada de esta opulencia, el doctor Jung eleva la pálida visión de la tenia. Asegura el gran psiquiatra que la obra entera de Joyce puede compararse a este repugnante e interminable parásito, renovándose infinitamente, siempre idéntico a sí mismo, y siempre distinto.

La irritante comparación no para ahí. En su fiereza resolutiva, el gran profesor afirma: "Joyce muestra que su obra pertenece a la clase de los animales de sangre fría, y en especial a la de los gusanos, los cuales, si fuesen capaces de hacer literatura, ¡escribirían con el gran simpático!"

La monstruosa capacidad de Joyce de aprehender al mismo tiempo lo subjetivo y lo objetivo, entremezclándolos en una sola gavilla, visible, perceptible sensorialmente, ha sido la causa para este ataque injusto y rudo.

Esteban Dédalus atraviesa con su lámpara de mil facetas en la mano, el dédalo prosaico de una sola jornada humana; y, las sales frías, cristalizadas por la conciencia física y su función de lo real, son mezcladas con

las cristalizaciones gigantescas del subconsciente. No quiere llegar a ninguna conclusión, ni lógica, ni estética. Es un reflector frío; lunar. Una especie de gran ave sombría que gira devorando su propia sombra; satélite infinito.

Pero, para producir esa inmensa montaña de cuatro dimensiones en el país cristalino de la impersonalidad, ¡cuántos años de búsqueda apasionada y de misteriosa conspiración interior! Hasta llegar a una suerte de ascesis de aniquilamiento de la personalidad en el mar de la vida macrocósmica, de cuyas ondas frenéticas extrae el cáliz embriagador y tóxico correspondiente al día 16 de junio de mil novecientos cuatro!

La extraordinaria capacidad de Joyce para percibir el "pensamiento visceral" y las voces dimanantes de los "yos" neutros de las cosas, los órganos, las funciones, constituye uno de los más altos misterios artísticos del *Ulises* y de Joyce como individualidad. El autor de *Dubliners* descendió a los infiernos para lograr su propósito; es decir a las zonas inferiores de su organismo y de su ser (ad-inferum). En una constante práctica de sondeo, logró oír el mensaje de sus órganos y de sus vísceras. Los ocultos centros dispuestos en el Gran-Simpático y distribuidos a lo largo de la vertebral, le entregaron sus cráteras colmadas de sapiencias. *Por esta misma escala, en sus últimos peldaños, halló los anales* y las cifras de la especie. Este caudaloso material –con sus óleos y sus venenos– fue trasladado al plano de la conciencia diurna y ofrecido en el magnífico vino de una obra de inteligencia y de arte. Ulises es así, el temerario viajero de este periplo infernal (ad-inferum); nauta y conquistador del archipiélago palpitante del cuerpo humano y de su aura en la que viven y pululan los olvidos y los sueños individuales de toda una existencia, en rara cópula con los más remotos ademanes de la colectividad.

Ante la oceánica riqueza del *Ulises*, el doctor Jung exclama, para terminar; ". . . es . . . épicamente grandioso, un verdadero Mahabharata de la impotencia de un mundo tortuoso y de sus bajos fondos diabólicamente dementes". Y Jung está pecando de aquella tiesura que acaba por hacer presa de ciertos terapeutas y rectores, y que les inclina a encontrar sombrío todo. Producto de un furor tardío, quizás.

Es verdad que no podemos olvidar el vacío y la banalidad tumultuosa de *Ulises*. En sus mil penetrales, en sus millares de frases, no se entrevé un rayo de luz salvadora. Nunca una meta ideal; una resolución humana. Principia y termina en él. Y así, durante 800 páginas. Sin embargo, la viva y reiterada presencia del adverbio de afirmación en las últimas líneas del monólogo de la señora Bloom nos permite columbrar una esperanza de vida positiva. Son palabras de una mujer . . . Pero, recuérdese que la naturaleza es femenina. Y que ella, desde el fondo de su matriz viscosa de hidra dirá: sí, sí, sí, a los postreros requerimientos del fulgor supremo.

Marzo 4, 1951

VISION INTERIOR DE UNA GRAN POESIA

¡QUÉ HERMOSO es ver cruzar a una mujer sola –a lo lejos– por el campo! Esta es la primera visión que acude cuando ya se ha cerrado el libro. Ida Gramcko, *Poemas –1947-1952–* reza la carátula. Es su último gran libro. Antes nos había ofrecido *Umbral*, *Cámara de cristal*, *Contra el desnudo corazón del cielo* y *La vara mágica*. En ellos ha hecho el holocausto lírico y físico de su niñez y de su adolescencia. Porque Ida empezó a crear en la edad en la que sus compañeras tenían manchada sólo de miel la boca. Su niñez, al recorrer los clásicos cuentos infantiles, experimentó de súbito el sagrado escalofrío de la Belleza; "el éxtasis y el horror de la vida". Las primeras lecturas de la infancia tuvieron para Ida el prestigio y la virtud de las iniciaciones que ensanchan el campo de la conciencia y atan trágicamente a sus beneficiarios a estratos que reclaman sacrificios específicos y deberes de insospechada categoría. Allí tuvo lugar su primer contacto inteligente con los símbolos, y desde entonces, esta extraordinaria joven venezolana, fue encargada por el alma inmensa de su pueblo de absorber la tremenda energía virginal de su Poesía. Y de su labranza.

Si se lograra verdaderamente realizar la hermenéutica de los sueños y de la expresión de un poeta verdadero –como Ida– veríasele atado al gran hondón materno de los mitos y los signos primordiales de la humanidad. El hombre más remoto estuviera allí presente con su verde paisaje arcaico, al lado del hombre moderno que presiente la palidez de la nada trascendental; y, aunque parezca increíble, revelaríase asimismo la presencia del hombre futuro. Porque el verdadero creador es un mágico registro del pretérito, del presente y del tiempo prometido.

En la poesía de Ida Gramcko, el ámbito es completo. Este, su último libro, nos da la percepción omniabarcante de un destino ya perfecto y de una victoria de la identidad del creador con todas las zonas de un infinito cuerpo de belleza. *Poemas*, nos dice que no hay en él un solo canto independiente o extraño al ideal supremo de la autora. Como en un bosque en el que cada árbol está fundido con el grupo inmensurable por lo más caudaloso de su fronda, y todos abrazados, soportan la mirada de los ángeles. Pero Ida Gramcko no coloca su obra bajo las pupilas de estos seres aéreos únicamente; sino que humedeciendo sus páginas en la más entrañable sangre humana, ensaya reiteradamente una peligrosa aproximación a los Dioses. En este libro suyo –arquitectura de esfuerzos, de sueños y de cánticos– surge de pronto ella misma, deslumbrada por el poder fulgurante de sus manos humedecidas en el agua de los más extraordinarios conocimientos. Nueva sembradora de templos –se piensa– al oír resonar, unos junto a otros, estos poemas puros y difíciles, concebidos con la inteligencia del mediodía y amasados en la secreta soledad de la noche.

Arduo empeño fuera querer separarlos; están realizados desde un punto remoto del cielo, con millares de radios que bajan unánimemente a articularse en la catedral del libro. Por esto, sólo nos es permitido contemplar su inusitada arquitectura con los ojos apasionados de los videntes que se deleitan en la pluralidad de las formas, mientras sus almas arden detenidas en la luz de la unidad. Porque en el centro –en el remoto centro de estos poemas– late una sola voluntad de afirmación, un solo anhelo de integración que, a veces, parece descender al puro y elemental plano de lo vital.

¿De qué hondón del alma extrae Ida Gramcko su incontenible don suasorio, su irrevocable fuerza dramática, su incesante fervor verbal y mítico, espiritual y físico? ¿Es quizá su gran secreto concebir primero la música, el ritmo, en los que danzarán los vocablos y las ideas? ¿O, viene acaso su poder de la vida que hace sensibilidad en ese paraíso del contacto con todos los seres y las cosas?

Contemplemos sinceramente su vigorosa autonomía artística, y esa feliz independencia del complejo erotómano que infesta casi toda la poesía femenina de Hispanoamérica. En ella, el tema amoroso exalta la recóndita disposición metafísica del lector, y todos nos sentimos de pronto como entre los espejos de un palacio en fiesta. En Ida Gramcko el tema del amor no despierta a la mujer dormida en el fondo del bosque primitivo, sino al eterno principio femenino que otorga la sabiduría y la perfecta relación con todo. Se puede comprender claramente que la poetisa venezolana renuncia con extraña delicadeza la sombra inmemorial de la especie por un destino glorioso.

Frente a esta noble renunciación –y superación–, encontramos la abundancia elemental, revelándose en una vendimia de realizaciones líricas que invitan a pensar en esa misteriosa "Abertura en el Gran Tiempo" por la que el alma actual se comunica con la fuente sagrada de la Vida.

En las *Leyes de Fiésole*, de Ruskin, se lee esta admirable sentencia: "TODO ARTE VERDADERO ES ADORACIÓN". Y la constante actitud interna de esta gran poesía está orientada –en devoción suprema– hacia la vida adorable, hacia sus símbolos, hacia el destino del hombre y sus tribulaciones, hacia el misterio de la existencia de los seres y las cosas, a los que ama alucinadamente. La conciencia punzante de la Presencia Universal está radiante en todos sus poemas y llega –con harta frecuencia– al verdadero temblor místico. En Ida Gramcko, todo es mirada, poder de ver y adivinar, penetración consciente del universo, pupila que acribilla, que ama, que padece, que oye. "El Hombre es el Ojo con que se mira la Naturaleza", escribió Shelley; y Santa Colomba: "Hay algunos que pueden ver y ven muy distintamente, en uno y en el mismo momento, como bajo un rayo de sol, al entero circuito de todo el mundo, con los

océanos y firmamento que lo rodean; como si la parte más profunda de su mente estuviera maravillosamente aumentada". Ida tiene numerosos textos que atestiguan ésta su intuitiva facultad; quizá por esto, alojó ella, en un ángulo de uno de sus poemas, a ese "Astrólogo que prolonga en relojes el placer de la vista".

En este poemario –procza lírica de un alma–, coexisten, como en un *juego de abalorios,* una sucesión de misterios autónomos e inseparables. Son las graves procupaciones de un espíritu que trabaja y vela por su autorrevelación. La eternidad, el misterio de la vida, el enigma humano, el misterio de la luz y las formas, el arcano de Dios y el pequeño misterio del caracol. Pero al lado de estos inmensos focos de angustia y madurez, no dejan de correr graciosamente las "huyentes hadas que no habitan sino en las canciones de las nodrizas".

Mariano Picón Salas, maestro de disciplinas y sueños, ha dicho de Ida Gramcko: "Es demasiado ya lo que logra esta joven Décima Musa". Y a continuación se ha interrogado con cierto estupor, de dónde extrae la joven poetisa venezolana tanto caudal de sabiduría para sus cantos. Sí; Ida no es únicamente una gran poeta lírico, sino una continua revelación de conocimientos y presentimientos universales. Su alma elemental está unida a la gran fuente de los enigmas perdurables y de los cánticos. Sus intuiciones llegan –a través del lenguaje poético– a los más puros diagramas del reino de la vida. Ella, ha visto "esos cuerpos tendidos con un tibio gesto inmortal de cisnes en bandada"; pero, ¿en dónde? Seguramente en lo más remoto del sueño y del destierro. Ella, nos ha enseñado la virtud de la renunciación, esa cima de la perfecta ausencia y cumbre de la afirmación extrema. Ella, ha encarado el rostro de Dios entre las nubes de la hora más alta, y con furiosa fe, ha entablado diálogos pavorosos sobre el destierro y sobre el paraíso. A veces, leyéndola, he vuelto a escuchar las oscuras palabras de Baudelaire: "Es a la vez por la Poesía y a través de la Poesía que el alma entrevé los esplendores situados más allá de la tumba; y cuando un poema exquisito trae las lágrimas a los ojos, esas lágrimas son claro testimonio de una melancolía irritada, de una naturaleza exiliada en lo imperfecto y que quisiera alcanzar inmediatamente, sobre esta misma tierra, un paraíso revelado".

Ella ha sacado al pequeño y fraterno caracol de su emparedamiento y lo ha erigido en símbolo y laberinto. Ella, nos ha anunciado la eternidad con vigor actual, realizante, y nos ha dejado entrever aquella "circunferencia, majestad en calma" y el perfil del ouroboros eterno, mordiéndose la cola, en desesperante anillo. Ella, nos ha invitado incesantemente al goce de la perfecta identidad, y sobre todo, al ejercicio de la interrogación continua, cotidiana. Porque en todos sus poemas hay siempre más de un signo interrogatorio. Ida Gramcko pregunta siempre, alzando los ojos hacia el infinito radiante y tenebroso. Su incesante interrogación es fruto de la desesperación suprema de lo humano, ante la eterna esperanza de lo divino.

Y, porque "todo le hizo soñar y todo le sueña" y porque sus cantos brotan de los cardinales misterios del ser y se dirigen al vértice más delgado del alma eterna de la humanidad, por esto, permanecerán, sin muerte ni opacamiento. Sí, Ida: "La forma singular es la infinita".

Octubre 28, 1953

ROMULO GALLEGOS, IMAGINACION Y MAGIA

UNA NOTICIA, traída por este Diario en su primera página, acerca del excelso creador de "Canaima", decía así: "Gallegos Entregará a los Llaneros los Hatos de *Doña Bárbara*".

La información, que es el reflejo de una nueva expresión de la sed de justicia y del cumplimiento de su gran quehacer vital y humano en marcha de un pueblo afanoso por su total realización, cobra a nuestros ojos un aspecto muy particular desde cierto miraje de la facultad creativa en el hombre, sea éste novelista, pintor, músico, arquitecto, ceramista o tejedor de alfombras.

Acostumbrados literariamente a mirar al creador artístico casi exclusivamente desde lo exterior, como en su ubicación social, sus manías, su éxito temporal, su filiación política o sus ingresos; descuidamos generalmente o no hemos intentado nunca, entrar por un instante en la interioridad básica de estos seres que trabajan "en esa sustancia de la que están hechos los sueños". Es dentro de este medio interno, de esta sustancia plástica, exquisita y turbulenta, frágil y conmovedora, inasible y envolvente, en donde debiéramos deslizarnos de tiempo en tiempo, para sorprenderlos en su tarea de duendes, alquimistas o demonios.

Si algún día realizáramos una incursión de esta índole, es seguro que nuestra mirada empezaría desde entonces a discernir más hondo y más lejos una nueva tabla interpretativa. Pero, sobre todo, comenzaríamos a contemplar con menos frivolidad las casi místicas funciones creadoras de estos hombres –funciones genésicas, radicalmente–; y no las adscribiéramos, tan a prisa, a las nebulosas denominaciones de talento poético, musical y plástico.

Enfocando nuestra atención sobre el grupo de los escritores –poetas, novelistas, dramaturgos–, encontraríamos en sus mundos recónditos un nódulo magnético, un punto autoviviente, un centro germinal, aquél que llamamos Imaginación de acuerdo con las cartillas psicológicas. La imaginación, esta "loca de la casa" está allí, en el centro de la compleja filástica de estas mentes extraordinarias. Y, recordemos con

intención de soslayo o luz lateral, que la palabra Imaginación viene del Imago (Imagen, en Latín), y que los magos son aquellos seres que crean y modelan criaturas; que plasman imágenes –obra de Magia–, con la facultad imaginativa, en esa arcilla infinitamente versátil de que están hechos los sueños, y en su último término, la Vida.

Así, estos grandes imaginativos –vale decir magos del reino subjetivo–, son, en cierto modo, y dentro de las relativas proporciones, creadores puros, participantes de un atributo que hemos imputado siempre a la Deidad.

¿Presupuso alguien el universo invisible dentro del que se mueven estos magos, los creadores del arte? A veces, se le ocurre a uno, representarse este mundo de ciertos escritores. El de Dostoievski, ¿no sería como un infinito de nieve y bruma, salpicado de ruinosos edificios, poblados de inquilinos temblorosos y absedantes? ¿Alguien ha entrevisto la comarca lunar, con halos violeta, que, fatigado de infinitud, atravesó Gerardo de Nerval? ¿Quién atisbó las construcciones brillantes, trágicas y estériles por las que iba tambaleante y lúcido, Baudelaire, bajo una luz vesperal, cruzada de rayos como dentelladas lívidas, sacudiendo en su diestra crispada un antifaz mojado en sangre? ¿Visitó alguien esas landas irreales, surcadas de fosforescencias y corrientes hialinas, por las que se perdía, inebriado, Maupassant, "el toro triste"?

A veces, he creído ver alzarse el mundo imaginativo del Maestro Gallegos, al fondo de una inmensurable llanura en la que un vórtice de fuerza gira atrayendo los remolinos de la poderosa sustancia americana, venezolana. Acumulado este plasma, en el más grande silencio, una nueva fuerza, esta vez centrífuga, proyecta sobre la llanura sus criaturas –hombres, mujeres, niños; animales, aves, flores–, en incontenible diáspora de adentro hacia afuera. ("Maestro, sus personajes le eligieron").

La energía de los demiurgos es característica de esta clase de creadores. Sin consideraciones de orden social, doctrinario, estilístico –en principio–, vemos y veneramos en este selecto tipo de almas, a todos aquellos artífices inmersos en este cosmos suprafísico, en el que con la misma vitalidad alientan el espectro de Hamlet, el avellanado Caballero manchego; el Príncipe Muishkyne, la expresión conmovedora de Eugenia Grandet; el apasionado rostro del joven Hans Castorp; el maxilar voluntarioso de Arturo Cova y la voz omniabarcante y única de Florentino, "el tarambana de los Coronados de Concepción de Arauca".

Sin embargo, no todas esas criaturas han tenido la suficiente vitalidad original que asegure su supervivencia. Muchos personajes de la ficción literaria, desglosados de las páginas de su autor (destetados, querríamos decir), han sido criados y vigorizados por los lectores, mucho después.

Otros, en cambio, apenas alumbrados –dados a la estampa–, se han movido con formidable vida autónoma; y han sido capaces de energetizar muchas mentes y abrasar muchos corazones, como Werther, Raskolnikoff, Don Quijote.

Los incolas interplanetarios mentalizados por H.G. Wells, produjeron auténticos desastres –muertes, incendios– en New York, en Quito, al ser llevados al radio-teatro. Algunos, produjeron síncopes mortales en lectores que los evocaron con demasiada vehemencia. Otros, sirvieron de modelos morales o heroicos. Algunos, hicieron el triste papel de trasmisores de enfermedades y de epidemias. No pocos, volvieron su mano armada contra sus creadores. Fueron los muñecos parricidas. Se dio el caso de personajes-espectros que rotaron de la necesidad pura, y salieron en busca de autor, para vivir realmente. Pirandello nos lo asegura. Alguien sintió hondamente el helado relente lunar que fluye erizando la piel, en el famoso Nocturno de Silva, bajo "ese Infinito oscuro, a donde nuestra voz no alcanza".

No sólo seres humanos –humanizados– son indígenas de ese país mental de los grandes Imaginíficos. En sus campos heroicos y caballerescos, en esas arenas encantadas, en sus senderos y praderas, se cuentan inolvidables corceles, un rocín, inmortal, algunos asnos, cierto ratón; un cuervo célebre, tal cual murciélago. Y ¿las flores? Allá, cabe el Sena, hay unas camelias que son regadas aún por lágrimas ardientes, reales. Las especies florales vivificadas por el Maestro Gallegos, tienen existencia; y no dudo de que sus dulces y cabeceantes ectoplasmas puedan ser fotografiados.

Don Segundo Sombra, el viejo y real gaucho de los pagos de Areco, llevado a la famosa novela de los troperos de la Pampa por Ricardo Güiraldes, fue entrevistado un día por un ágil cronista de *Leoplán*, después de la muerte del escritor rioplatense. Don Segundo, como buen gaucho, era decidor y refranero. Era rotundo. Al ser preguntado sobre la fidelidad del retrato novelístico, el gaucho repuso: –"Todo lo que Güiraldes dijo de mí, es cierto; pero, si le añadió algo de su cuenta, también es cierto". Este viejo bebedor de mate amargo intuía claramente la sustancial compenetración que existe entre un autor y su obra. Compenetración en la sustancia.

No puede ya caber duda sobre la existencia de estos seres, de estas superestructuras de materia estelar. En cuanto son engendrados por una de estas mentalidades arquetípicas –los Poetas, los Novelistas, los Músicos, los Místicos–, pugnan briosamente por expresarse, por salir al mundo objetivo del hombre cotidiano y convivir con él.

¿Desconoce alguien –¡todavía!– la tremenda y decisiva fuerza de los personajes creados por la novela social, por la literatura proletaria; por esas páginas incontrovertibles de la insurgencia y la revolución? Millares de esos seres fantasmales vestidos de harapos, con blancas camisas de estudiantes, chaquetas de obreros o guerreras de soldados, empuñaron en su hora el fusil o la granada y se les vio alzarse como vapor de la sangre de las barricadas.

Este poder –lo sagrado en el hombre– penetrando en la sustancia de la Especie, crea vida, arde, crepita y se desplaza hacia el futuro de la Raza. Los personajes de Julio Verne, están viajando ahora hacia el

Espacio. Don Quijote, no descansa de abogar por los menesterosos y los desvalidos. Hamlet no ha dejado de cavilar y torturarse.

La energía imaginativa de un selecto grupo de hombres, penetra indesviablemente en el alma humana como en una matriz; la fecunda, la convulsiona, la transforma, la conduce. Es operante. Edificante.

El diario *El Nacional* nos dice textualmente: "El Maestro Gallegos que en su novela *Doña Bárbara* describió con maestría la vida dura y difícil del llanero, penetra en manos de muchos de los hombres que le sirvieron de modelo para su magistral obra literaria el título de posesión de una tierra sobre la cual han pasado toda su vida, a más de veinte años de haber aparecido como personajes de una creación novelística". He aquí el perfecto devenir de una creación imaginativa sobre el mundo real. Los personajes galleguianos, encarnados en auténticos llaneros, recibirán de manos de su creador, los títulos jurídicos de posesión de tierras venezolanas. Nada de milagros. Simplemente una función mágica llevada a su más bella coronación.

Para este instante histórico, escribió acaso el Maestro aquella frase suya, en La Habana en 1949: " . . . aspiro a que mi mundo de ficción le retribuya al de la realidad sus préstamos con algo edificante".

Enero, 1960

EL HUMANISMO LLAMADO ZEN

Acaso debiera estimarse como una concordancia la entrada del hombre contemporáneo en el Espacio y su nueva aspiración hacia el Vacío, en son de experiencia del espíritu.

Extender la mano hacia la tiniebla y contemplarse reflejado en su palma en forma indescriptible; y, luego, perder la mano, la palma y la visión, sin dejar de ser.

Si la gran Física de este siglo hizo posible el acceso del hombre a los ruedos en que rechina sin testigos el Sistema; la acuidad perceptiva de ciertos temperamentos empezó a recabar para sí la posibilidad de inmersión de la conciencia en el ámbito en donde Todo Es sin sustentarse en nada. Así, a los Físicos de hoy, se enfrentan —sin contradicción posible— algunos filósofos, ciertos psicólogos de lo profundo y muchos artistas y escritores profesionales.

Los Físicos nos dieron a conocer el afilado rostro del átomo al extenderlo en un naipe alucinante, y los buceadores de los abismos psíquicos nos revelaron la arcaica faz de los mandalas, guiñándonos desde las gélidas auroras de los Himalayas.

En una época en que los extremos se unen con mayor frecuencia de lo anhelado por todas las audacias, nada de extraño tiene el acercamiento de Occidente a las centenarias prácticas del Zen, oriundas de los monasterios chinos y japoneses, sabiendo que el Zen constituye algo como "la extrema izquierda" del dorado Budismo Mahayana.

Ahora, las escuelas y los supuestos maestros de Zen se han multiplicado electrónicamente a lo ancho de Europa y las Américas, y ya su jerga –antes misteriosa o ininteligible– participa de la popularidad del argot que ponen en circulación los farmacólogos y los cineastas.

Sin embargo, el Zen auténtico, aquel del cual el Sexto Patriarca Hui Neng, decía ser una enfermedad para lo eterno, subsiste inalterable e inaccesible contra la desesperación de los curiosos, de los comediantes de sentimientos y de los especuladores de libélulas religiosas.

Kenneth Tynan, el mordaz crítico teatral del *Observer* de Londres, en una crónica-diagnóstico sobre Nueva York, nos asegura haber leído un anuncio del novelista J.D. Salinger, aparecido en las páginas de la Revista *The New Yorker*, que decía: "Necesítase apartamento situado en un buen barrio Budista Zen". Y añade Tynan: "No lo dudo de que lo haya conseguido".

Sin embargo, el Zen, no es precisamente el efecto soñoliento de la picadura de la temida mosca tse-tsé; no es un afrodisíaco más para desesperados; no es el último específico para los que pretenden reforzar el ego y apuntalar la vacilante personalidad con murallas de píldoras. No es ni siquiera una doctrina filosófica. El Zen es una experiencia profunda, real e incomunicable: es el resultado capital de una larga práctica, de un abrumador esfuerzo, aunque se lo obtenga en la fulguración de un instante.

Habiendo oscurecido y silenciado en sí mismo las apetencias ordinarias, las distinciones especiosas del mundo conceptual y lógico, y después de haber reducido a escombros el sentido del éxito, de la vanagloria y aun del disfrute de todas las tierras y los cielos; en esa desnudez hirsuta del hombre frente a lo eterno, se rasga de pronto el circuito de las implicaciones psicológicas y el Ser se revela al buscador. Entonces, el ego personal aparece como un no-yo ante el Ego indestructible. Este rayo del conocimiento instantáneo, es designado con el nombre de "Satori". La mente llamada finita, obtiene su fusión con la mente trascendental y el buscador realiza el Universo como una idea plástica de supremo esplendor explanada en el infinito intemporal. Pero, el encuentro de lo radicalmente vacío y dinámico no supone una posterior renuncia o una desolada postración. La aniquilación se refiere más bien a la aberrante maraña de las correlaciones psíquicas que nos han conformado durante milenios en el pululante país de "los lugares comunes" del pensamiento y la conducta.

Un hombre que fue una sola vez el espía de Sí Mismo en el espacio pleno de la trascendencia se vuelve hacia los intereses de la vida comunitaria con una acendrada calidad humana y su nuevo sentido de la acción, sobrepasa todos los pequeños intereses y las limitaciones. Prácticamente trabaja con la pulsación impersonal de la Vida, en el ámbito plural y

radiante del Sistema Solar, dentro del cual ha conseguido la inmortalidad y el goce de la conciencia ininterrumpida. Visto así, el Zen, no es una nueva "vagamundería" psicológica, ni una delicuescencia más para sensibilidades mórbidas; no se emparenta con el imbécil prurito de los devotos del crucigrama cotidiano, ni se asesora en los humeantes bajos fondos del llamado subconsciente. Es una radical experiencia del espíritu en la línea de la más pura libertad humana. Y un enriquecimiento de la conciencia de la humanidad conseguido por unos pocos, capaces de abstenerse de toda forma de codicia.

Enero 3, 1963

FRANZ KAFKA, O LA METAMORFOSIS DE LA PROFECIA

AUN CUANDO pretender interpretar las intenciones radicales de un creador absoluto como Kafka, resulta ya pura presunción o vanidad imitativa, no se puede rechazar fácilmente el deseo de mirar más allá de sus páginas, en las que, una libertad sin límites, dibuja con sofocante exactitud, las servidumbres que conforman las iniciativas y el destino mismo de los hombres.

En esta hora, en la que la mayor parte de las sociedades comunistas, descreyendo de los ídolos y los iconos impuestos, han iniciado una revaloración de las ideas del autor de *La metamorfosis*, sería inadmisible no pensar sobre el misterio de su herencia artística y el hermético tesoro de avisos, señales y diagnósticos que nos legó.

Cierta crítica alemana ha creído adivinar en los intratextos kafkeanos, las líneas de una construcción teológica, que proviniendo traumáticamente del conflicto del novelista con las abruptas exigencias de su padre, se identificaron con el sañudo e imprevisible paternalismo de Jehová, "aquél que espía los riñones y los corazones", terminando por atribuirle, analógicamente, todas las lentas ordalías de las dificultades probatorias, los reiterados encadenamientos de la postergación y la subordinación, y las innumerables obstrucciones que vuelven absurdo e incomunicable para el hombre, el mundo que le rodea.

Sin que él se hubiera propuesto dar a sus obras los múltiples sentidos que sus exégetas y comentadores desprenden de ellas, éstas ofrecen inagotablemente sus transvisiones y proféticos diagramas, en boletines semejantes a los que una aterradora labor clínica sobre la vida del hombre, emitiera sin consideraciones, acerca de sus impotencias constitutivas y de sus condenaciones en el centro mismo de la existencia.

Así, sobre todo sus cuentos, representan una suerte de *mandalas* que encierran –en la tacteante ceguera de un nuevo juego–, lo simbóli-

co universal, referido a la eterna y circular batalla del ser por su auto-integración.

En su novela *América* conocemos la prefiguración de un "paraíso" –el Gran Teatro Natural–, en el que existen imperceptibles errores de tiempo. En *La metamorfosis* las angustias del camino brutal de apariencia, y los estertores de la incomunicabilidad. En la *Confusión cotidiana*, los límites y las asperezas de la inter-relación entre seres de la misma condición; y en *La construcción de la Muralla China*, las infinitas magnitudes y los infinitos sentidos que presenta la edificación de una vida terrena, para sobrepasarse a sí misma en las dimensiones de la inmortalidad.

Para nosotros, Kafka representa una intención más dolorosa aún por la vecindad cotidiana e inmediata con nuestras esperanzas y designios, y sus oposiciones. Antes que metafísica, o teológica; gravitando sobre el tiempo y el escenario que nos toca vivir y durar, la obra de Kafka nos premodela las numerosísimas carencias y los mil obstáculos y abismos que nosotros mismos, con una sabiduría de alacranes y un fofo lujo de pavorreales, hemos dispuesto aquí, en el mundo de hoy, convirtiendo nuestra existencia en una larguísima tortura, auténticamente kafkeana.

Con el fin de separar al hombre de sus semejantes y de su propio ser profundo, todo lo que hemos hecho, inventado, urdido y perfeccionado, ha tenido una eficacia infernal, que, del mismo modo que puede arrojarnos en la más sombría desesperación, puede también hundirnos en el viento desmelenado de la carcajada incoercible.

Recordémonos: Los sesudos desórdenes de la Estadística; los montículos y las barras de las aduanas; la invención polivalente de las indulgencias; la manía borreguil de los clubes y las cofradías; los besamanos; la sarna de las insignias y condecoraciones; los parentescos omnipotentes; la garrapata de las logias; la masonería hemofílica de las aristocracias; la guía turística de los darwinistas; los días hepáticos; las tiaras, las coronas, las cornamentas; la plusvalía insensata de la heráldica; la idolatría del racismo; las listas apócrifas de la predestinación; y la estólida identificación con todo –lo que–no es– el-Ser.

He aquí una breve letanía de los auto-impedimentos del hombre actual. Absurdo digno de todas las pirámides; obstáculo de sí mismo, que enreda las cuerdas siderales del universo, para producir la más egregia construcción del atonalismo moral y mental de la Historia de la Humanidad.

Y, Kafka, cuarenta años ya lejos de nosotros, sonriente, con su amor contrariado y su doble mancha húmeda sobre los pulmones, como el dos de corazón negro de los naipes.

El, metamorfoseó la profecía antigua –señuda, vociferante–, en diagnóstico ficticio, concebido en la inocencia radical del espíritu atrapado por la complejidad sobrecogedora de la existencia diaria, que se opone a sí misma, y se revela en la lucha contra los obstáculos, con una martirizada voluntad de claridad.

Agosto 17, 1964

YORGOS SEFERIS

Yorgos Seferis –pseudónimo de Jorge Seferíades– aparece ante nosotros en forma repentina; su imagen literaria no asciende gradualmente; se nos presenta acabada y luce ya la aureola consagratoria del Premio Nobel. Algunos de nosotros, es verdad, habíamos adivinado ocasionalmente su alto perfil pensativo por entre las líneas de Lawrence Durrel o Henry Miller, sus amigos; pero, su obra nos era desconocida. Los poemas reunidos en esta separata –traducidos especialmente por Panayotis Roufogalis, Director del Instituto de Filología Clásica de la Universidad Central de Venezuela–, a pesar de su exigüidad numérica, tienen la virtud de trasmitirnos la tensión esencial de un escritor cuya obra se inició hace cincuenta años, y nos da –al mismo tiempo– la punzante e inamovible certeza de encontrarnos frente a uno de esos poetas que muy de tarde en tarde advienen desde las misteriosas regiones del mundo en donde ensayan sus visiones los adivinos y los liridas venideros.

Seferis, heredero directo de una cultura que mezcló con la tierra del planeta los más hermosos vástagos del mármol y de la vid, y los más radiantes puñados de esa sal que "intensifica la irritabilidad de las facultades del espíritu"; en cuanto abre sus ojos para acomodarlos en la perspectiva de la conciencia, descubre los rostros eternos de Sófocles y Eurípides, el guiño ontológico de Parménides, el parpadeo infinitamente sucesivo de Zenón, los rasgos cambiantes de Heráclito, el Oscuro, y sobre todo, la inefable estructura de lo real, emergiendo de la caverna del mito, para la unidad del mundo. Este riquísimo trasfondo cultural, plástico y ennoblecedor como una hoguera sagrada, unido a su asidua frecuentación de las literaturas de Francia e Inglaterra, y por otra parte, su misma existencia, sembrada de esos accidentes que arman a las almas excepcionales, configuran en él al poeta que hacia el año de 1930, escribirá una obra capital: *Viraje*, libro con el que se elige a sí mismo como renovador de las formas antiguas, en una experiencia poética que devuelve a Grecia –transfigurado por las alquimias más desconcertantes–, un tesoro que Europa recibiera siglos atrás. Seferis es atacado duramente, en especial dentro de su patria; pero la crítica europea celebra ya al nuevo poeta y *Le Mercure de France* saluda su aparición.

Sin embargo, la renovación operada por Seferis es más bien la de un movimiento en profundidad, que renueva la sensibilidad de los escritores de su país. Por esto, su tentativa continúa ennobleciéndose año tras año, sin posible menoscabo. Y es que Seferis trabaja en la sustancia de esa autenticidad que proviene del profundo conocimiento del destino humano y de la proximidad del infinito, raramente obtenidos por algunos espíritus ante lo incomunicable. Así, cada poema suyo, se nos antoja un espléndido mito orientado hacia la interpretación de esa entrañable suma de enigmas y de agonías que es el hombre.

Agosto 31, 1964

LAS RESURRECCIONES DEL MAESTRO

HAN EMPEZADO ya las resurrecciones de Mariano Picón Salas. Escritores de todos los ámbitos literarios del Continente empiezan a evocarlo desde los ángulos más diversos. Es el tejido de la inmortalidad del autor de *Las nieves de antaño*, realizado por cien manos vivientes. Es el milagroso rescate inacabable de su imagen espiritual sembrada en América por sus antiguos pasos de caminante de la cultura y de señor de la "americanía andante", en pos del ideal de la comprensión de nuestros pueblos. De hoy en adelante, este despertar, estas invocaciones, este culto laico y simbólico, no tendrán fin. Al mismo tiempo, empiezan a morir de sí mismas, de su propio virus, todas las incomprensiones –miopía temporal en un espacio contrahecho– de que fue objeto por parte de unos pocos.

Desde México llegan las voces de Antonio Acevedo Escobedo y de Ernesto Mejía Sánchez Con el afecto de la evocación, aparecen los primeros buceos en esa parte casi inaccesible de cada hombre, en las profundidades de la creación literaria unida indisolublemente al complejo vital y al misterio óntico. Porque sólo los grandes creadores muertos, pueden ser accesibles a nuestros ruegos de profundidad en lo incomunicable.

Acevedo Escobedo realiza un viaje emocional por la obra de Picón Salas, por su atento oído, descubre los más singulares rumores continentales, humanísticos e incluso personales, en la obra y la vida del gran venezolano. Mejía Sánchez, más exigente, y por esto más apasionado de la obra del Maestro, vuelve encarnizadamente a un solo libro de Picón Salas: *De la Conquista a la Independencia*. Y une al descubrimiento y la lectura de esta obra, gran parte de su trayectoria vital, estudiantil y humana. Es la hora de reconocer las nutriciones insustituibles.

Para Mejía Sánchez, la rememoración del autor a través de esta obra, es tarea de examinar la propia conciencia. "Firmísimo espejo de justicia y de alta sabiduría", llama a este libro; y encuentra en él la singularísima virtualidad de haberse convertido para México de hoy, en una suerte de testimonio de su ser, de su existir.

De la Conquista a la Independencia es obra bien reeditada y traducida. A sus veinte años, puede decirse que guarda la frescura de criterio, la información y el ánimo de gran trazo del primer día. Y así, para Mejía, no existe un ensayo más hondo y hermoso de historia cultural de tres centurias americanas nuestras, que la obra de Don Mariano. El gran diseño continental del movimiento de ideas y fuerzas del derecho y de las tierras, es en esta obra tan coherente y completo, que empalidece los cuadros que al respecto pudieran encontrarse en textos de Zum Felde, Anderson Imbert, Pedro Henríquez Ureña, Luis Alberto Sánchez o Torres Rioseco. Porque en este libro cargado de riqueza y de panoramas, el legado indígena es el más copioso, la empresa y aventura españolas se recortan con todos sus detalles y sus agrieta-

duras, el coctel de los mestizajes, ofrece los sabores más recónditos, las ideas de los religiosos, todas sus utopías y sus valores vivos.

Así es despertada la grande y ancha mirada de Hispanoamérica sobre un hombre que mantiene levemente cerrados sus ojos y sigue velando por su patria.

Junio 29, 1965

IN MEMORIAM

ALTO, SONÁMBULO de muerte y de enigmas, como un poste en el que millares de avispas trabajaran una lámpara de alucinación como un panal que nadie podía despertar sin peligro de cubrirse al instante de terribles heridas y visiones, Rosamel del Valle, ha pasado, ha escrito, ha sufrido. Más allá de sí mismo, replegándose sin fin en ese punto que no decepciona jamás y que está hecho con algo de orgullo y con mucho de desesperación, especie de repliegue del espíritu en continuo y lúcido vacío —el ser poético— y que al extinguirse nos entrega desarmados al polvo o a la iniquidad de los demás.

Rosamel del Valle, cónsul y funcionario de segunda clase entre ciclópeas construcciones de cristal y cemento que filtran el portentoso nocturno de las urbes edificadas sobre rocallosos tesoros submarinos al pie del cielo, ha pasado al paraíso de los verdaderos poetas del silencio y del rumor, justa y modestamente apegado su corazón de bardo sudamericano a la ojerosa libreta de su pasaporte personal, abandonando toda su edad, sus desdichas personales y su gloria callada sobre las faldas de su última enfermedad, como sobre las faldas de un pequeño volcán, pisoteadas metódicamente por la atención usual y triste e ineficaz de sus médicos, "en tanto que nosotros nos quedamos en esa zona de los países que nadan a oscuras".

Altivamente replegado en sí mismo contra los altaneros, hirsutos y estériles Jefes de Sección de todos los Ministerios del Mundo. Bordeando los ferrocarriles como un vagabundo trasnochado con los brazos cubiertos de rosas; interfiriendo las líneas de navegación transoceánica como un náufrago de pie sobre las aguas y con las solapas cubiertas de bitácoras; atravesando las ventanillas de todas las naves aéreas como un ángel execrado por los hiperespacios.

Replegado en su casi fabulosa imaginación acumulada durante cien imperios y capaz de contener todas las nubes, las aguas, los rayos y las germinaciones de la tierra. Replegado entre sus altares semejantes a barcos de carga, el Poeta que podía suscitar su propia autofascinación a

voluntad, ascendía en sí mismo coronándose de victorias con su mismo silencio que le despojaba poco a poco del lodo consumidor hasta devolverle a sí mismo íntegramente vestido de la sustancia más cara y veloz de los ángeles. Y allá entre su gran desquite de las gravitaciones y de la miseria, su gran premio era la sola certidumbre del conocimiento de la magnitud real del hombre como el cantor y el anunciador del Universo. Allá en lo alto tambaleante de glorias y espermas siderales ensanchaba su propia justicia ordenadora del primer día del mundo como la respiración de un animal brillante desconocedor de sus flancos más anchos que campanas y que se halla sin embargo abierto a todo, pobre de todo, libre de todo. Entonces, marchaba dando grandes esquinazos contra los objetos sagrados del suelo y se atrevía inocentemente a pisotear los candelabros que caen de las mesas de los banquetes como hongos con que se iluminan los sapos de los concilios estrepitosos. Allá está ahora, mirando el día como un gran muchacho con los ojos pegados a la grieta del muro de un huerto que brilla. Abierto a todo, pobre de todo, libre de todo.

Noviembre 14, 1965

CRONOLOGIA

1918 Nace en Cuenca, pequeña ciudad del sur del Ecuador, el 5 de octubre.

1924 Jardín de Infantes para niños de escasos recursos de la Madre Margarita, anexo al Asilo "Miguel León". Va en compañía de su hermano menor, Olmedo.

1925 Escuela "Federico Proaño", en ella cursará sus dos primeros años.

1927 Escuela de Hermanos Cristianos, hasta finalizar la primaria.

1930 Instituto Normal "Manuel J. Calle". Sólo hará dos años de secundaria. En segundo curso, el profesor de Castellano pide a los alumnos que escriban un poema. Dávila escribe "Ecce homo", pieza juvenil desconocida, ilustrada con uno de los expresivos dibujos que realizará toda la vida. El dómine le da un cero, acusándolo de haber tomado el texto de algún libro.

1933 Empieza su peregrinaje por diversos empleos: en una pasamanería, un almacén de venta de neumáticos, auxiliar de una comisaría municipal, guardián de la cárcel (dato no confirmado). El bachiller Azuero de su *Ahogados en los días*, reflejará parecido literario.

1934 *La vida es vapor*, el primero de sus poemas conocidos, aparece en diario *El Mercurio*, de Cuenca, el 15 de julio.

1938 Amanuense portero de la Corte de Justicia.

1941 En Anales de la Universidad de Cuenca, aparece *El combatiente sedentario*, esbozo biográfico de fray Vicente Solano, con el cual había ganado un premio el año anterior.

1942 Salida de Cuenca: Quito, Guayaquil (barman en la casa de Arroyo del Río y otras experiencias que darán como fruto *Vinatería del Pacífico*).

1943 En la revista *Tomebamba* de G.H. Mata, en abril, aparece su primer cuento conocido, el "esquema" *La autopsia*.

1944 Segundo viaje a Quito. Se establece en esta ciudad. Trabaja en la Casa de la Cultura como corrector de pruebas. Escribe mucho, pero desordenadamente. Conoce a Laura Romo, que será una de las mujeres que más admire en su vida. Traba relaciones con artistas como Diógenes Paredes, José Enrique Guerrero, Kingman y Guayasamín. Bolívar Mena Franco y Carlos Rodríguez dibujan sendos retratos del poeta. Entre los escritores, su relación más fuerte es con los integrantes del grupo "Madrugada", Galo René Pérez y Alejandro Carrión, entre otros.

1945 *Canción a Teresita*.

1946 El 6 de enero, muere María Luisa Machado. En mayo, *Carta a la madre*, *Oda al arquitecto* y *Canción a Teresita* aparecen en los

cuadernos de *Poesía Madrugada*. En noviembre, ve la luz *Espacio me has vencido*, su primer libro de poemas. (Ambas publicaciones, en Quito).

1948 *Vinatería del Pacífico*, premio nacional de cuento "José de la Cuadra".

1949 Matrimonio con Isabel Córdova. Viaje a Venezuela. Residirá en Caracas y Mérida.

1951 Triunfa en el concurso nacional de cuento "Joaquín Gallegos L." con el libro *Abandonados en la tierra*, que se edita al año siguiente en Quito, pero casi no circula. En Caracas, aparece *Catedral salvaje*.

1955 *Trece relatos*, obra cumbre de su narrativa, se publica en Quito.

1959 *Arco de instantes*, su libro de poemas del período experimental, es editado en Quito. En setiembre, en el primer concurso nacional de poesía convocado por diario *El Universo* de Guayaquil, el jurado da el primer premio a un poema hoy olvidado, y el segundo a *Boletín y elegía de las Mitas*.

1961 *Conexiones de tierra*, obra de poesía hermética aparece en Caracas.

1962 *En un lugar no identificado*, segundo libro de poemas herméticos, se edita en Mérida. Triunfa en el concurso de cuento convocado por la Universidad del Zulia, con *El huracán y su hembra*.

1966 *Cabeza de gallo*, su último libro de cuentos, se publica en Caracas.

1967 2 de mayo, se suicida en un hotel de Caracas.

BIBLIOGRAFIA

1. DEL AUTOR

1.1. POESIA

1.1.1 LIBROS

Oda al arquitecto. Canción a Teresita.
Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana (Cuadernos de Poesía *Madrugada*), 1946. 12 p

Espacio me has vencido. Estudio previo "En el arco de tu poesía" de Galo René Pérez. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1946.

Cont.. "Espacio me has vencido", "Después de nosotros", "Carta de la ternura distante", "Canción espiritual del árbol derribado", "La pequeña oración", "Invitación a la vida triunfante", "Tacto", "Variaciones del anhelo infinito", "Amistad con las cosas", "Carta a una colegiala", "La casa abandonada", "Canción del tiempo esplendoroso", "Canción al templo antiguo", "Penetración en el espejo [I]"[1] "Canción a la bella distante", "Breve canción a la vanidad", "Descubrimiento de la roca milenarias", "Esquela al gorrión doméstico", "Origen [I]", "Espacio".

Consagración de los instantes. Quito: [s.d.], 1950.

Catedral salvaje. Caracas: Edit. Amdam, 1951. 28 p.

Contiene las tres partes del poema: "Catedral salvaje", "El habitante" y "Vaticinio".
Otras ediciones:
– Introducción de Eliécer Cárdenas Espinosa. Cuenca Alberto Crespo E.; Editor, 1978. 76 p. Sólo la primera parte

También en:
– *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 73-74 (1951), p. 11
–*Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967). Edición póstuma de homenaje.

Arco de instantes. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959. 45 p.

Cont.: "Advertencia del desterrado", "Vecindario", "Muchacha en bicicleta", "Fábula", "Fogata y sombra del estío", "Hallazgo sin fin", "Josafat", "El ebrio", "Atemporal", "La gran muralla", "Angel sin misión", "Ouroboros", "Palabra sola", "Infancia muerta", "Consagración de los instantes", "Hospital", "La corteza embrujada I", 'A! Dios desconocido", "Batallas del silencio", "Origen [II]".

Boletín y elegía de las Mitas. Cuenca: Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay, 1960.

Otras ediciones:
– Introducción de José Félix Silva. Quito. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967. 54 p. Dibujo: Boanerges Mideros; Fotos: Luis Santacruz, de la puesta en escena del poema por Fabio Pacchioni.

[1]Poema distinto del publicado con igual nombre en *El Mercurio* en 1943.

– Cuenca: Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay. 1968. 131 p. Versión al quichua ecuatoriano por Manuel Muñoz Cueva, con título: *Mita tarja huiquillaspish*. Edición bilingüe.
– Cuenca: Alberto Crespo E.; Editor, 1978. 87 p.
También en: *El Universo*. Guayaquil, 16-9-1959, pp. 12-13. Fragm.

Mi América india: poema. Mérida, Venezuela: Suplemento Literario de *Gaceta Universitaria*, 1961. 9 p.

En un lugar no identificado: poema. Mérida, Venezuela: Universidad de los Andes, 1962. 61 p.

Cont.: "Origen [II. Versión definitiva]", "En un lugar no identificado", "Cabeza cortada durante un monólogo", "Funerales del pez insumergible", "El recuerdo es un ácido seguro", "El ego cuenta a sus mamíferos", "Aquí nomás", "Poesía quemada", "Acto de desesperación", "Herencias", "Cacería del búho", "La espina emplumada", "Vacío, país salvaje", "Transfiguraciones" y "Habrá".

Conexiones de tierra. Caracas: Edit. CAL, 1964. 32 p.

Se publicó encartado en la Revista *Cal* Nº 34.

Cont.: "Umbral", "Embarcadero", "Los desmandamientos", "Santos de barros", "Abismo público", "Tiempo imperceptible", "En aquel lugar", "Jornada", "Reunión bajo el piso", "Inercia", "Los precios", "Encuentros", "Don matutino, Poema", "Retorno en coche", "Descarga", "Condiciones extremas", "Guía urbana", "Piedra sola", "Paisaje secreto", "Exploración", "Infección en la nave", "Trabajos", "Creación perdida y Hágase".

Poesía. Prólogo de Marco Antonio Sánchez. Cuenca: Edic. del Municipio de Cuenca (Col. Poetas Cuencanos), 1968. 171 p.

Recoge material ya publicado.

Poemas de amor. Caracas: Lit. Mendoza, [1968?]. 101 p. Edic. Póstuma

Otras ediciones:
– Cuenca: Alberto Crespo E.; Edit., 1978. 106 p.

Cont.: "Pequeña tarjeta para un ramo que no se marchita", "Madre de la primavera desconocida", "Carta y canción para Isabelita", "A Isabelita", "Celebración y anhelo para un día sin sombra", "Canción elemental para Isabelita", "Canción a Isabelita".

Se trata de una serie de poemas menores, intimistas, sin mayores calidades, reveladores de una relación conflictiva y marcada por las crisis del autor, de las que hemos hablado y las subsecuentes reconciliaciones.

Materia real. Selec. de Pierre de Place, Juan Sánchez Peláez y Néstor Leal. Caracas: Monte Avila Editores (Col. Altazor), 1970. 202 p.

Cont. poemas de la primera época, entre ellos uno desconocido: "¡Tú, la furiosa y maternal amada!"; fragmentos de "Catedral salvaje", "Boletín y elegía de las Mitas" y siete textos de"Arco de instantes", cinco de "En un

lugar no identificado", catorce de "Conexiones de tierra", "La corteza embrujada" en versión completa y definitiva y los siguientes poemas de "Materia real": 'Meditación en el día del exilio', 'Tarea poética', 'Centinela', 'Lugares salvajes', 'Abundancia es la muerte del caballo', 'Esferoidal', 'Espongiario', 'El velo', 'Tierrra pura', 'Composición', 'Persona', 'Abalorio salvaje', 'Profesión de fe', 'Campo de fuerza', 'En el pico del compás de bambú', 'Obras', 'Rey cotidiano', 'En el fondo de la mano', 'La quimera'.

Otras decisiones: Cuenca: Casa de la Cultura Núcleo del Azuay (Col. Libro para el pueblo, 19), 1984.

Antología poética. Introd. de Galo René Pérez. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana (Col. Básica de Escritores Ecuatorianos, 6), 1975.

Cont. materiales editados, pero también algunos títulos nunca antes recogidos en volumen: "Canción para verte en este día", "Presagio", "Altura", "Canción para la aureola de una joven llamada María", "Constitución del agua", "Canto del hombre a su ignorado ser", "Paisaje con una lágrima", "Palabras para el silencio de Pablo Palacio", "Poema Nº I", y piezas menores: "Canción frente a un colegio", "Espectro de la celda", "Poeta pequeñito", "Días y sonido", "Resolución", "Forma y rostro en la arena".

Obras completas. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede en Cuenca / Banco Central del Ecuador, 1984. (2 v.) v. 1. ilustraciones de Eduardo Kingman.

Además de composiciones ya inventariadas recoge otras desconocidas o casi; de primeros poemas: "Canto a Guayaquil", "Ciudad a oscuras", y "Canción para una muchacha de ojos verdes"; obras del período cromático: "Código amargo", e "Invocación humana"; de la época experimental-telúrica y del período hermético: "Mi América india", "La nave", "Solía volver del mercado"; una sección de Varia y Poemas menores: "Nada", "Hacia el fantasma", "Alrededor del sol", "Al son de la última gota de cristal", "Salida del tiempo", "Patria", "Ramón", "Canción y homenaje", "El hechizado del Caribe", "Penetración en el espejo [II]" y "Paradero".

Poemas. Estudio de Fernando Cazón Vera y una nota de Hernán Rodríguez Castelo. Guayaquil: Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas (Col. de Poesía Ecuatoriana "La rosa de papel", 3), 1985.

1.1.2 POEMAS EN ANTOLOGÍAS

"Carta a la ternura distante", "Muchacha en bicicleta", "Carta a la madre", "Espacio me has vencido", *Antología de la poesía latinoamericana*. Selec. de Atilio Rossi. Buenos Aires: Edit. Losada (Col. La pajarita de papel), 1945. pp. 101-116.

Presencia de la poesía cuencana. Selec. y notas de Rigoberto Cordero y León. Cuenca: Separata de *Revista Anales de la Universidad de Cuenca*, 1963. Recoge textos ya publicados.

La nueva literatura ecuatoriana. Rodrigo Pesántez Rodas; Comp. Guayaquil: Universidad de Guayaquil, 1966. pp. 15-29.

Cont. estudio y textos, entre ellos "Canción de la cadena del blanco amor", pieza del primer período, no muy conocida hasta entonces.

"Boletín y elegía de las Mitas", *Poesía ecuatoriana del siglo XX.* (Ganadores del concurso *"Ismael Pérez Pazmiño"* 1959-1963). Introd. de Rodrigo Pesántez Rodas. Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, (Col. Letras del Ecuador, 11), 1976.

"César Dávila Andrade", *Literatura ecuatoriana.* Ernesto Proaño; Comp. y estudio. Quito: Imp. del Colegio Técnico Don Bosco, 1976. pp. 141-151.

Cont. poemas.

"César Dávila Andrade", *Literatura ecuatoriana.* Rodrigo Pesántez Rodas; Comp. Guayaquil: Cromograf, 1978.

Cont. poemas.

"César Dávila Andrade", *Lírica ecuatoriana contemporánea.* Comp. de Hernán Rodríguez Castelo. Bogotá: Edic. del Círculo de Lectores, 1979. 2 v.

Cont. textos, crítica y bibliografía.

"César Dávila Andrade", *Antología de la poesía cuencana.* Antonio Lloret Bastidas; Comp. y estudio. Cuenca: Consejo Provincial de Azuay, Departamento de Cultura, 1984. v. 4. pp. 57-105.

Grandes poetas de los 50: Jorge Enrique Adoum, Fernando Cazón Vera, César Dávila Andrade y Efraín Jara Idrovo. Quito: Edit. El Conejo / Edit. La Oveja Negra (Biblioteca de Literatura Ecuatoriana, 32), 1986. 117 p.

1.2 PROSA

1.2.1 LIBROS

Abandonados en la tierra. Quito: Talleres Gráficos Minerva, 1952. 124 p. Ilustraciones de Oswaldo Guayasamín.

Cont. los siguientes cuentos: "Las nubes y las sombras", "Autopsia", "Primeras palabras", "La muerte del ídolo oscuro", "Ataúd de cartón", "Vinatería del Pacífico", y "La cuota".

Trece relatos. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1955. 188 p.

Cont.: "La batalla", "El cóndor ciego", "Ahogados en los días".

El combatiente sedentario. Cuenca: Talleres Municipales, 1965.

También en: *Anales de la Universidad de Cuenca* (Cuenca), 1:2 (1941), pp. 52-82.

Cabeza de gallo. Caracas: Edit. Arte, 1966. 115 p.

Otras ediciones:
- Cuenca: Alberto Crespo E.; Edit., (Col. Cuadernos Ecuatorianos), 1978. 115 p.
- Quito: Edit. El Conejo / Bogotá: La Oveja Negra (Biblioteca de Literatura Ecuatoriana, 13), 1986. 89 p.

Cont.: "Cabeza de gallo", "Primeras palabras", "Ataúd de cartón", "El cóndor ciego", "La muerte del ídolo oscuro", "El hombre que limpió su arma", "Pacto con el hombre", "Un centinela ve aparecer la vida", "Caballo solo", "La última cena de este mundo".

Pacto con el hombre y otros cuentos. Caracas: Monte Avila Editores, 1971. 249 p.

Cont. once cuentos ya publicados y nueve más bien desconocidos: "La muerte del monstruo", "El puente", "Muñecos de cristal", "La extremidad oscura", "La sierra circular", "Cuando ambas comarcas se entrecruzan", "Persona, animal o cosa", "El sueño y sus artefactos" y "Regreso de noche como caballo, como tigre, como laurel".

Cuentos. Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana (Col. Libros para el pueblo, 3), 1976. 243 p.

Obras completas. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede en Cuenca / Banco Central del Ecuador, 1984. (2 v.) v. 2.

Cont.: cuarenta y nueve títulos de narrativa, materiales ya mencionados y relatos no recogidos y poco conocidos: "El huracán y su hembra", "El pequeño rey de la esfera común" y "La carreta de heno". En la sección de prosa no ficcional están los ensayos y artículos que se mencionan antes, notas bibliográficas y también "Conciencia y futuro".

1.2.2. PROSA EN ANTOLOGÍAS

"Vinatería del Pacífico", *El nuevo relato ecuatoriano*. Benjamín Carrión; Comp. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1950. v. 2. Cuento.

También en:
– *Ecuador en el cuento*. Selec. e introd. de Néstor Taborda Terán. Buenos Aires: Edit. Convergencia, 1976. pp. 107-118.

"El niño que está en el purgatorio". *Antología del relato ecuatoriano*. Selec. y notas de Enrique Noboa Arizaga y Laura Romo de Crespo. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1973. pp. 327-341. Cuento.

"El cóndor ciego". *Literatura ecuatoriana*. Rodrigo Pesántez Rodas; Comp. Guayaquil: Cromograf, 1978. Cuento.

1.3 HEMEROGRAFIA: POESIA Y PROSA

"Abalorio salvaje", *El Nacional*. Caracas, 21-7-1963. Poema.

"Acción en dos Cuadernos", *Zona Franca* (Caracas), Nº 38 (1966), pp. 54-55. Reseña.

"*Agraz* y *Relente* de Filoteo Samaniego", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 113 (1958), p. 5. Reseña.

"Alfredo Pareja Diezcanseco", *El Nacional*. Caracas, 7-7-1951.

"Alvaro Menen Desleal: *Cuentos breves y maravillosos*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 162-163 (1964), pp. 210-211. Reseña.

"*América cuenta* de Arturo Uslar Pietri" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 7-6-1965, p. A-4. Reseña.

"*Antología de la poesía ecuatoriana*. Simón Latino; comp." Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 1-9-1960, p. C-8. Reseña.

"Antón Goering en Mérida", *El Farol* (Caracas), Nº 208 (1964), pp. 24-28.

"Aquiles Nazoa: *Los humoristas de Caracas*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas, Nº 180 (1967), pp. 128-129. Reseña.

"Arreaza Calatrava, poeta", *El Nacional* (Caracas), 16-3-1965, p. C-1.

"Artes y oficios en el Zen", *Zona Franca (*Caracas), Nº 12 (1965), p. 11.

"Arturo Croce: *Amor al oeste", Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 162-163 (1964), p. 209. Reseña.

"Arturo Croce: *Claridad del sur*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 154 (1962), pp. 126-128. Reseña.

"Arturo Croce: *El espacio en el tiempo", Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 155 (1962), pp. 185-187. Reseña.

"Ataúd de cartón", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 67 (1951), p. 12. Cuento.

"El Ateneo y las vías aladas de la cultura", *El Nacional*. Caracas, 27-3-1965, p. C-1.

"Atentos y seguros servidores", *El Nacional*. Caracas, 15-11-1951.

"La autopsia, esquema", *Revista Tomebamba* (Cuenca), abril 1943. Prosa.

"Ayer, Ulises, ahora Sánchez", *El Nacional*. Caracas,4-7-1965.

"*El banquete* por V. Saiz", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 140-141 (1960), pp. 241-243. Reseña.

"Benjamín Carrión, *El nuevo relato ecuatoriano", Revista Shell* (Caracas), Nº 1 (1952), p. 47. Reseña.

"*Bibliografía tachirense* de Horacio Cárdenas" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 18-6-1965, p. A-4.

"Boletín absurdo para intentar el Zen", *Zona Franca*, (Caracas), Nº 21-22 (1965), pp. 6-7. Prosa.

"Brujos y aprendices de brujos", *Zona Franca* (Caracas), Nº 9-10 (1965), p. 27.

"Budismo Zen y psicoanálisis", *Zona Franca* (Caracas), Nº 6 (1964), pp. 12-13.

"Caballo solo", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 165 (1964), pp. 135-140. Cuento.

"Cabeza de gallo", *El Farol* (Caracas), Nº 211 (1964), pp. 34-36. Cuento.

"La campanilla, la tumba y las sulfonas", *El Nacional*. Caracas, 3-10-1951.

"Canción para la aureola de una joven llamada María", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 115 (1959), P. 28.

"Canto a Guayaquil", *Revista Oasis*. Guayaquil, 1944. Poesía.

"*El canto del destino* de Jacinto Cordero Espinosa", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 39-40 (1948), p. 16.

"Canto del hombre a su ignorado ser", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 16 (1946), p. 20. Poesía.

"Carlos Ramírez Faría: *La momia*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 177 (1966), pp. 125-126. Reseña.

"*Cármenes* [de Juan Liscano]", *Imagen* (Caracas), Nº 2 (1967), p. 20. Reseña.

"Carnaval: antifaz y rostro", *El Nacional*. Caracas, 3-2-1961.

"La carreta de heno", *Cal* (Caracas), Nº 41 (1965), pp [12-13]. Cuento.

"Carta al poeta Jorge Carrera Andrade", *Letras del Ecuador* (Quito). Nº 7 (1945), p. 6.

"Cartas a Vladimiro Rivas y Francisco Araujo", *Agora* (Quito), Nº 8 (1968), pp. 45-51.

Son cuatro cartas editadas póstumamente.

"Carta y canción para Isabelita", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 16-6-1961, p. 8. Poema.

"Chile: temblor de cielo", *El Nacional*. Caracas, 3-6-1960.

"Ciro Alegría y su alto y ancho mundo", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 180 (1967), pp. 45-48. Ensayo.

"Ciudad a oscuras", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 72 (1949), pp. 149-151.

"C.J. Jung: *Paracélsica*", *Zona Franca* (Caracas), Nº 35 (1966), pp. 44-45. Reseña.

"Comarcas y sepulcros", *El Nacional*. Caracas, 20-4-1960.

"Conciencia y futuro", *Zona Franca* (Caracas), Nº 43 (1967), pp. 32-33. Ensayo.

"Conciencia y tiempo", *El Nacional.* Caracas, 29-1-1961.

"Constitución del agua", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 7 (1945), p. 6. Poesía.

"La corteza embrujada", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 86-89 (1954), p. 16. Fragm.

También en:
– *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 102 (1955), p. 19, Fragm.
– Papel Literario de *El Nacional.* Caracas, 11-4-1965. Fragm. Poema.

"*Crónica de las horas* de Antonia Palacios", (Libros), *El Nacional.* Caracas, 14-4-1965, p. A-4. Reseña.

"La cruz y la silla", *Zona Franca* (Caracas), Nº 57 (1966), pp. [10-11]. Cuento.

"Cuando ambas comarcas se entrecruzan", *El Farol* (Caracas), Nº 217 (1966), pp. 32-35.

"Cuaresma y anticuaresma", *El Nacional.* Caracas, 7-3-1961.

"*Dejad que muera el odio* de Tomás Pantaleón", *Letras del Ecuador* (Quito) Nº 43 (1949), p. 11. Reseña.

"Del collar irradiante y escurridizo del Zen", *Zona Franca* (Caracas), Nº 28 (1965), pp. 32-33. Selec. y comentario de CDA.

"*Del diario de un parameño* de Ernesto Jerez Valero" (Libros), *El Nacional.* Caracas, 17-5-1965, p. A-4. Reseña.

"*De los opuestos* de Elizabeth Azcona", *Zona Franca* (Caracas), Nº 44 (1967), p. 57. Reseña.

"Doble vida", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 107 (1957), p. 7. Cuento.

"Documentos de la destrucción del Ghetto de Varsovia", *Zona Franca* (Caracas), Nº 49 (1967), pp. 4-5.

"Donde el héroe no existe", *Zona Franca* (Caracas), Nº 38 (1966), pp. 55-56.

Sobre libro del poeta colombiano Mauro Castro.

"Los dos Machu-Picchu", *Zona Franca* (Caracas), Nº 33 (1966), pp. 44-46.

"*Ecuador amargo* de Jorge E. Adoum", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 53-54 (1950), p. 16. Reseña.

"El elefante", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 101 (1955), p. 4. Relato.

"Elogio de la gracia iluminada", *Revista Tomebamba* (Cuenca), marzo 1943. Poesía.

"En el pico del compás de bambú", *Cultura Universitaria* (Caracas), Nº 92 (1966), pp. 79-80. Poesía.

"En la rotación viviente del dodecaedro", *Zona Franca* (Caracas), Nº 21 (1965), pp. 20-21. Cuento.

"Epistolario de Yoga Zen del maestro Tzung-Kao", *Zona Franca* (Caracas), Nº 57 (1968), pp. 23-30. Comp. de CDA.

"Ernesto Cardenal: *Gethsemani, Ky*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 173 (1966), p. 150. Reseña.

"El espanto maravilloso de los últimos años", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 1-8-1965, p. 2.

"El espejo desenterrado", *Cal* (Caracas), Nº 27 (1964), pp. [14-15]. Cuento.

"Evocación de Antonio Machado", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 55 (1950), p. 4.

"Evocación de Axel Munthe", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 42 (1949), p. 3.

"Evocación de Gandhi", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 31-32 (1943), p. 20.

"Evocación de Ludwig", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 37-38 (1948), p. 20.

"Evocación de Omar Khayyam", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 11 (1946), p. 9.

"La extremidad oscura", *Cal* (Caracas), Nº 37 (1964), pp. 8-9. Cuento.

"Felipe Massiani: *Chile escrito a lápiz*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 145-146 (1971), pp. 249-250. Reseña.

Fernando Paz Castillo: *Reflexiones de atardecer*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 176 (1966), pp. 82-83; Nº 178 (1966), pp. 118-119. Reseña.

"La fiebre de la señora Traba", *El Nacional*. Caracas, 12-8-1965.

"Franz Kafka o la metamorfosis de la profecía", *El Nacional*. Caracas, 17-8-1964, p. A-4.

"Francisco Pérez Perdomo: *Los venenos fieles*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 160 (1963), pp. 129-130. Reseña.

"*La fuente intermitente* por Aurelio Espinosa Pólit", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 21-22 (1947), p. 20. Reseña.

"Las fundaciones de la fe vital", *El Nacional*. Caracas, 17-6-1960.

"La gran hora de nuestra literatura", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 22-4-1965, p. C-1.

"El hechizado del Caribe", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 25-2-1960, p. 7. Poema.

"*Hombre callado* de Sigfrido Radaelli", *Zona Franca* (Caracas), Nº 44 (1967), pp. 55-56. Reseña.

"El humanismo llamado Zen", *El Nacional*. Caracas, 3-1-1963.

"In memoriam", *El Nacional*. Caracas, 14-11-1965.

A la memoria del poeta Rosamel del Valle.

"*La invención de la uva* de Eduardo Escobar", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), p. 5. Reseña.

"Jean Aristeguieta: *Jardín de Arcángeles*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 148-149 (1961), pp. 249-251. Reseña.

"Jerarquía planetaria de la luz", *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), pp. 18-21.

"Jorge Carrera Andrade. *Poesía francesa contemporánea*", *Revista Shell* (Caracas), Nº 2 (1952), p. 51. Reseña.

"Jorge Olavarría: Siete cuentos", *Revista Nacional de Cultura (Caracas)*, Nº 142-143 (1960), pp. 283-284. Reseña.

"José Ramón Medina visión interior de una poesía", *El Nacional*, Caracas, 23-3-1961, p. 5.

"Juan Sánchez Peláez: *Filiación oscura*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 180 (1967), p. 128. Reseña.

"L. Cardozo: *Extensión habitual*; Helena Sassone: *Los ídolos fugaces*; Juan Calzadilla: *Malos modales*; Elizabeth Schön: *El abuelo y la cesta*; Samuel Villegas: *Príncipe, caído príncipe*; Luis Pastori: *Definitivamente enamorado*; Luz Machado: *Sonetos a la sombra de Sor Juana Inés de la Cruz*; Jorge Carrera Andrade: *Crónica de las Indias*; Carmen Marrero: *Sonetos a la verdad*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 176 (1966), pp. 82-86. Reseñas breves.

"Lecturas", *Zona Franca* (Caracas), Nº 41 (1967), p. 54. Reseñas.

"Lectura sobre un montón de piedras de imprenta", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 150 (1962), pp. 75-77.

"Letras nacionales Nº 5-6", *Zona Franca* (Caracas), Nº 35 (1966), pp. 43-44. Reseña hemerográfica.

"Los libros", *El Nacional*. Caracas, 20-4-1964, p. A-4.

Sobre *Paisano* de Ramón Palomares.

"Los libros", *El Nacional*. Caracas, 5-3-1965, p. A-4. Reseña.

"Ludovico Silva: *Bomm!!!*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 177 (1966), pp. 126-127. Reseña.

"Luis Beltrán Guerrero: *Perpetua heredad*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 173 (1966), pp. 148-149. Reseña.

También en:

– *El Nacional*. Caracas, 22-6-1965, p. A-4.

"Luz física y poesía metafísica", *La Esfera*. Caracas, 16-8-1960, p. 12.

Sobre el prólogo de M. Picón Salas al libro de Ida Gramcko: *Poemas*.

"*Luz y cristal* de Alfredo Jácome", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 33 (1948), p. 12. Reseña.

"La madre es un sueño", *Letras del Ecuador* (Caracas), Nº 105 (1956), p. 17. Cuento.

"Mahfud Massis: El libro de los astros". *Zona Franca* (Caracas), Nº 42 (1967), p. 48. Reseña.

"Magia, yoga y poesía", *Revista Shell* (Caracas), Nº 40 (1961), pp. 13-20. Ensayo.

"*Las manos grandes de la niebla* de Martín de Ugalde" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 3-2-1965, p. A-4. Reseña.

"*La mar que es el morir* de Miguel Otero Silva" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 22-3-1965, p. A-4. Reseña.

"Marta Mosquera: *Manuscrito en el espejo*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 140-141 (1960), pp. 261-263. Reseña.

"Más allá de la cuaresma", *El Nacional*. Caracas, 14-4-1965.

"*Memoria y deseo* de José Pascual Buxó", *Zona Franca* (Caracas), Nº 39 (1966), p. 56. Reseña.

"Mi hermano", *Revista de la Universidad Verdad* (Cuenca), Nº 4 (1989), pp. 35-51.

También en:

– Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 17-8-1961.

"La mirada de Dios", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 44-45 (1949), p. 14. Cuento.

"El movimiento poético ecuatoriano a través de la Casa de la Cultura, 1944-1964", *Política* (Caracas), Nº 55 (1966), pp. 95-103.

"La navidad como compensación", *El Nacional*. Caracas, 24-12-1950.

"El niño que está en el purgatorio", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 8 (1945), p. 10. Cuento.

"Noción y técnica de la conciencia de sí mismo", *Zona Franca* (Caracas), Nº 57 (1968), pp. 19-22.

"El nudo en la garganta", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 69 (1951), p. 5. Cuento.

"Origen", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 80 (1952), p. 4. Poesía.

"Ouroboros", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 106 (1956), p. 12. Poesía.

"Overall quemado", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 103 (1955), p. 11. Cuento.

"Pacto con el hombre", *Cal* (Caracas), Nº 31 (1964), pp. 5-6. Cuento.

"Paisaje con una lágrima", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 17-18 (1946), p. 10. Poesía.

"*Papeles de condenado*. Efraín Hurtado" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 3-11-1964, p. A-4. Reseña.

"Parapsicología y ocultismo", *Zona Franca* (Caracas), Nº 11 (1965), p. 12.

"Pastel de novios", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 109 (1954), p. 33. Cuento.

"Pedro Lastra: *Traslado a la mañana*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 142-143 (1960), pp. 285-286. Reseña.

"Penetración en el espejo", *El Mercurio*. Cuenca, 2-5-1943. Poesía.

"Pequeña tarjeta para un ramo que no se marchita", Papel Literario de *El Nacional*. 20-10-1968, p. 1. Poema inédito.

"El pequeño perro universal", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 158-159 (1963), pp. 136-140. Cuento.

"El pequeño rey de la esfera común", *Zona Franca* (Caracas), Nº 36 (1966), pp. 26-29. Cuento.

"*Plaza Mayor-Plaza Bolívar*. Corazón, pulso y huella de Caracas" (Libros), *El Nacional*. Caracas 23-12-1964, p. A-4.

Sobre el libro de Carlos Eduardo Misle.

"Poema Nº 1", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 28-29 (1947) p. 19.

"Poemas", La Revista de *El Nacional*. Caracas, 15-3-1964, p. 6.

Con.: 'Objeto perdido', 'En qué lugar', 'Los precios', 'Aquí nomás' ".

"Poemas", *Zona Franca* (Caracas), Nº 7-8 (1964), p. 10.

"*Poemas de una psicótica* de Ida Gramcko" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 4-6-1965, p. A-4. Reseña.

"[Poesía cuencana]", *Presencia de la poesía cuencana* (Cuenca), Nº 34 (1963), pp. 337-397.

"Poesía de 'El gran todo en polvo' ", *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), p. 8-11.

Cont.: 'El Nudo', 'Ropas al viento', 'Entrecejo', 'Composición', 'El gran todo en polvo', 'Persona'.

"*Poesía de la soledad y el deseo* por Alejandro Carrión", *Letras del Ecuador* (Quito). Nº 9 (1946), p. 17. Reseña.

"Poesía de 'Materia real' ", *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), p. 12-15.

Cont.: 'Profesión de fe', 'Palabra perdida', 'Breve historia de Basho' y 'Te llamas ludo'.

"Poesía inédita", *Agora* (Quito), Nº 8 (1968), pp. 10-22.

Cont.: 'Presagio', 'Altura', 'Canción frente a un colegio', 'Espectro de la celda', 'Poema (La voluntad es de uno, inamovible)', 'Poema (Teresita)', 'Fábula de la vida breve', 'Poeta pequeñito', 'Días y sonido', 'Para Fanny, recordada', 'Ríe de mí', 'Ahora' y 'Canción a Rita'.

"Poesía japonesa contemporánea" *Zona Franca* (Caracas), Nº 39 (1966), p. 52. Reseña.

"Poetas guayaneses", *El Nacional*. Caracas, 20-8-1964, p. A-4.

Sobre la antología compilada por José Antonio de Armas Chitty.

"Presencia del carnaval", *El Nacional*. Caracas, 4-2-1951.

"Primera incursión en el sol morado", *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), pp. 34-37. Ensayo.

"Primeras palabras" (Cuento), *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 84 (1951), pp. 104-111.

"*El profeta en casa* de J. Mario", *Zona Franca* (Caracas), Nº 44 (1967), p. 54. Reseña.

"Rafael de Monteys: *El mundo en venta*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 144 (1961), pp. 233-234. Reseña.

"El recién llegado", *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), pp. 24-27. Cuento.

"Regreso de noche como caballo, como tigre, como laurel . . . ", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 12-9-1965, p. 1. Cuento

"Las resurrecciones del maestro", *El Nacional*. Caracas, 29-6-1965, p. C-1.

Sobre Mariano Picón Salas.

"*Retorno viviente*, poemas de Arturo Croce" (Libros), *El Nacional*, Caracas, 2-1-1965, p. A-4. Reseña.

"*El retrato de Antonio Machado* de Carlos César Rodríguez" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 7-5-1967, p. A-4. Reseña.

Último artículo para el diario *El Nacional*.

También en:
– *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), p. 5.

"Revista y homenaje *Zona Franca* Nº 3 dedicada a Reverón", *El Nacional*. Caracas, 30-10-1964, p. A-4.

"Robert Frost, granjero de poemas", *El Nacional*. Caracas, 4-2-1963, p. 4.

"Rómulo Gallegos, imaginación y magia", *El Nacional*. Caracas, 12-1-1960, p. 4.

También en:
– *El Telégrafo*. Guayaquil, 16-2-1960

"Rostros que nos sonríen desde la muerte", *El Nacional*. Caracas, 28-10-1966, p. C-1.

Sobre los escritores que aparecen en la obra de Aquiles Nazoa *Los humoristas de Caracas*.

"*El ruiseñor* por Francisco Luis Bernárdez", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 13 (1946), p. 16. Reseña

"San Pablo y la cuarta dimensión", *El Nacional*. Caracas, 12-10-1951.

"Sauce llorón", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 77 (1953), p. 4. Cuento.

También en:
– *El Nacional*. Caracas, 18-4-1963, p. 1-6.

"El semblante y la sangre", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 5 (1945), p. 6. Ensayo.

"*El sentimiento de la vida cósmica* de Mariano Ibérico", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 17-18 (1946), p. 25. Reseña.

"*Sílabas de la tierra* de Lupe Rumazo" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 1-4-1965, p. A-4. Reseña.

"Simposio: El pensamiento oriental y sus relaciones con Occidente", *Zona Franca* (Caracas), Nº 19-20 (1965), pp. 20-21.

"*Sin tiempo y sin espacio*. Luisa del Valle Silva" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 13-8-1964, p. A-4. Reseña.

"*Soledad invadida* de J.A. Escalona Escalona", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 26-27 (1947), p. 19. Reseña.

"Solía volver del mercado", *Zona Franca* (Caracas), Nº 51 (1967), p. 20. Poema.

"*Sol y soledades* de Ida Gramcko", *Zona Franca* (Caracas), Nº 42, (1967), pp. 46-47. Reseña.

"El sueño y sus artefactos", *Cultura Universitaria* (Caracas), Nº 82 (1963), pp. 56-59. Cuento.

"*Sur. 1931-1936*", *Zona Franca* (Caracas), Nº 35 (1966), pp. 42-43. Reseña.

"La Svástica pintada", *El Nacional*. Caracas, 25-2-1960.

"Teatro" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 6-3-1964, p. A-4.

Comentario sobre *Pantero*, *Conferencia en la cumbre*, de Leonardo Páez.

"*Tenebra* de Ludovico Silva" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 26-12-1964, p. A-4. Reseña.

"Teoría del titán contemplativo", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 33 (1948), p. 4. Prosa.

"III Salón de Pintura Infantil", Papel Literario de *El Nacional*, Caracas, 4-1-1962, p. 2.

"*Testimonio* de Alfonso Barrera Valverde", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 108 (1957), p. 23. Reseña.

"Todo y todas las cosas". Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 3-7-1966, p. 2.

Sobre el libro *All and Everything* de George Ivanovich Gurdjieff.

"Tríptico. 'El velo', 'Espongiario', 'Tierra pura' ", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 24-4-1965, p. 2. Poemas.

"*Trompos y testimonios* de Luis Pastori" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 21-4-1965, p. A-4. Reseña.

"El *Ulises* cumple años", *El Nacional*. Caracas, 4-3-1951.

"La última cena en el mundo", *Zona Franca* (Caracas), Nº 17 (1965), p. 4. Cuento.

"Una *Antología del pensamiento filosófico*" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 10-8-1965, p. A-4.

Sobre la obra de Juan David García Bacca.

"Un centinela ve aparecer la vida", *El Nacional*. Caracas, 18-8-1960, pp. 4-5.

"Un cuento sin nadie", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 151-152 (1962), pp. 212-216. Relato.

"Un poeta norteamericano: Weston Mac Daniel", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 34 (1948), p. 5.

"Vallejo prepara su muerte", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 155 (1962), pp. 159-162. Poema.

"Viaje al centro del espejo", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 1 (1945), p. 5. Poesía.

Aparece en *Espacio me has vencido* con el título "Penetración en el espejo I".

"Víctor Sáiz: *El Banquete*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 140-141 (1960), pp. 241-243. Reseña.

"La vida es vapor", *El Mercurio*. Cuenca, 15-7-1934. Poesía.

"El viento", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 139 (1960), pp. 139-145. Cuento.

También en: *El Nacional*. Caracas, 26-1-1964.

"*Los vientos minerales* de Martiniano Bracho Sierra" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 26-7-1964, p. A-4.

"*El viraje*. Marta Mosquera. México" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 11-10-1964, p. A-4. Reseña.

"Visión interior de una gran poesía", *El Nacional*. Caracas, 28-10-1953.

"Visión y elegía del Río Paute", Almanaque *Ecran*. Cuenca, 1944. Prosa.

"La voz y la estrella", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 4 (1945), p. 15. Reseña.

"Yoga cristiano y philokalia", *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), pp. 30-33. Ensayo.

"Yorgos Seferis" (Libros), *El Nacional*. Caracas, 31-8-1964, p. A-4.

"*Zaldumbide y Montalvo* de Humberto Mata", *Zona Franca* (Caracas), Nº 39 (1936), pp. 55-56. Reseña.

"*Zoraida* por Juan B. Stagno", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 102 (1966), p. 28. Reseña.

2. SOBRE EL AUTOR

2.1 LIBROS

Barriga López, Franklin y Leonardo Barriga López. "César Dávila Andrade", *Diccionario de literatura ecuatoriana*. 2ª ed. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1980. v. 2. pp. 15-18.

– Guayaquil: Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas (Col. Letras del Ecuador, 104), 1980. v. 2. pp. 15-18.

Carrión, Alejandro. "Una isla rodeada de imposible. Ensayo sobre la poesía de César Dávila Andrade", *Galería de retratos, estudios sobre la literatura ecuatoriana*. Quito: Banco Central del Ecuador (*Obras Completas*, 3), 1983. 182 p.

También en:
– *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 26-27 (1947), pp 66-7.

_____. "César Dávila Andrade", *Diccionario de la Literatura Latinoamericana*. Ecuador. Washington, D.C.: Unión Panamericana, 1962. pp. 112-115.

Crespo, María Rosa. *Tras las huellas de César Dávila Andrade*. Cuenca: Universidad de Cuenca, 1980. 187 p. Cont. bibliografía.

Dávila Vázquez, Jorge. "Aquella voz inmensa, muda y clara. Aproximación a César Dávila Andrade", *Obras completas*. C. Dávila Andrade. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede en Cuenca / Banco Central del Ecuador, 1984. (2 v.) v. 1 pp. 13-87.

_____. "Espejo roto", *Teatro ecuatoriano*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1991. pp. 7-38.

Garcés Larrea, Cristóbal. "César Dávila Andrade", *Madrugada, una antología de la poesía ecuatoriana*. Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, (Col. Letras del Ecuador, 16), 1976.

Jácome, Gustavo Alfredo. *Estudios estilísticos*. Quito: Edit. Universitaria, 1977. pp. 51-86.

Incluye: "La imagen en la poesía de CDA" y "Dávila Andrade, ¿Luzbel o Lucifer?".

_____. *La imagen en la poesía de César Dávila Andrade*. Quito: Edit. Voluntad, 1971. 44 p.

También en:
– *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), pp. 10-11. Fragm.

López, Matilde Elena. "*Boletín y elegía de las Mitas* de C. Dávila Andrade", *Estudios sobre poesía*. San Salvador: Ministerio de Educación, Dirección de Publicaciones, 1971.

_____. "El retorno imposible de César Dávila Andrade. Notas para una interpre-

tación estilística", *Estudios sobre poesía.* San Salvador: Ministerio de Educación, Dirección de Publicaciones, 1971. pp. 457-482.

Mata, Gonzalo Humberto. *Psicografía de César Dávila Andrade.* Cuenca: Edit. Cénit, 1981.

_____ . *Traición a la vida.* Cuenca: Edit. Biblioteca Cénit, 1969. 115 p.

– 2ª ed. Guayaquil: Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas, 1983.

Montejo, Eugenio. "La fortaleza fulminada", *Materia real.* C. Dávila Andrade. Caracas: Monte Avila Editores, 1970. pp. 197-202.

También en:
– Papel Literario de *El Nacional.* Caracas, 20-10-1968, p. 1.
– *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 141 (1968), p. 3.

Montesinos, Jaime. La muerte y otros solaces en César Dávila Andrade. Ponencia. IIº Encuentro sobre Literatura Ecuatoriana. Cuenca: Universidad de Cuenca, Facultad de Filosofía y Letras, 1980.

Pérez, Galo René. "César Dávila Andrade", *Pensamiento y literatura del Ecuador.* Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1972.

También en:
– *Prosa escogida.* Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1978. pp. 573-580.

Pesántez Rodas, Rodrigo. "César Dávila Andrade", *Literatura ecuatoriana.* Guayaquil: Cromograf, 1978. pp. 128-136, 423-428.

Estudio y antología.

Place, Pierre de. "La ausencia de la palabra", *Materia real.* C. Dávila Andrade. Caracas: Monte Avila Editores, 1970. pp. 189-192.

También en:
– *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), pp. 16-17.

Ramón, Gonzalo. "César Dávila Andrade. Mago de la poesía", *La poesía ecuatoriana.* Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1969. pp. 13-163.

_____ . *Ensayo sobre César Dávila Andrade, Miguel Angel Zambrano y notas sobre varios poetas ecuatorianos.* Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1969. 436 p.

Rivadeneira, Edmundo. "La enfermedad y la muerte", *La moderna novela ecuatoriana.* 2ª ed. Quito: Edit. Universitaria, 1981. pp. 186-189.

Rivera V., Oswaldo. "César Dávila Andrade", *Rostros americanos.* Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1989. pp. 259-275.

Rodríguez Castello, Hernán. *Los de "elan" y una voz grande.* Guayaquil: Clásicos Ariel, 90, s.f.

Romo, Narváez, Jaime y otros. *El lenguaje poético de César Dávila Andrade.* Quito: Edic. de la Universidad Católica, 1977. 179 p.

Cont. además ensayos de: Enrique Vásquez López, Luis Montoya Andrade

y Elizabeth Wofsohn.

Sánchez Peláez, Juan. "César Dávila Andrade", *Materia real*. C. Dávila Andrade. Caracas: Monte Avila Editores, 1979. pp. 193-196.

También en:
– *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 130-131 (1967), pp. 130-131.

2.2 HEMEROGRAFIA

Adoum, Jorge Enrique. "Un poema sobre la tierra: *Catedral salvaje*", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 73-74 (1951), p. 13.

_____. "*Abandonados en la tierra*". *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 80 (1952), p. 14. Reseña.

Aguilar Aguilar, Eugenio. "Entre la luz y la penumbra. Evocación de César Dávila Andrade", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 1 (1978), p. 7-8.

_____. "Apareció muerto en céntrico hotel de Caracas el escritor César Dávila Andrade", *El Nacional*. Caracas, 3-5-1967, p. D-14.

Araujo Sánchez, Diego. "César Dávila Andrade: el dolor más antiguo de la tierra", *Agora* (Quito), Nº 8 (1968), pp. 23-44.

Arias Michelena, Rafael. "Introducción [al número monográfico sobre C. Dávila Andrade]", *Revista de la Universidad Católica* (Quito), Nº 15 (1977), pp. 7-15.

Arízaga, Carlos Manuel. "La puerta final, a la memoria del poeta César Dávila Andrade", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), p. 7.

Astudillo y Astudillo, Rubén. "Dávila Andrade y la poesía ecuatoriana", *Imagen* (Caracas), Nº 101-102 (1975), pp. 62-65.

Baeza Flores, Alberto. "Cerrado en su domingo de ceniza". *Zona Franca* (Caracas), Nº 57 (1968), pp. 30-32.

Barrera Valverde, Alfonso. "César Dávila Andrade", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967).

Carrión, Benjamín. "Me apercibo que mi espíritu duerme". *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), p. 28.

_____. "César Dávila Andrade". Papel Literario de *El Nacional*, Caracas, 7-5-1967.

Sobre su muerte.

_____. "César Dávila Andrade: *Cabeza de gallo*", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 20-11-1966. p. 4.

_____ . "César Dávila Andrade y Francisco Da Antonio ganan concurso de Universidad del Zulia", *El Nacional*. Caracas, 3-10-1962, p. 20

Fue premiada en concurso de cuento, su obra *El huracán y su hembra*

Cordero Espinoza, Jacinto. "Palabras en el homenaje a César Dávila Andrade", *El Guacamayo y la Serpiente* (Cuenca). Nº 1 (1967), p. 1.

Crespo, María Rosa. "El hombre claroscuro de la noche", *Revista de la Universidad Verdad* (Cuenca), Nº 4 (1989), pp. 25-32

_____ . "Una clave para la interpretación de *Boletín y elegía de las Mitas*", *Cultura* (Quito), Nº 3 (1971), pp. 335-349.

Cueva Tamariz, Agustín. "Retorno de César Dávila Andrade", *Revista del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana* (Cuenca), Nº 5 (1953), pp. 112-118.

Chávez, Alfredo. "Arco de instantes", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 115 (1959), pp. 9-12. Reseña.

_____ . "*Boletín y elegía de las Mitas*". *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 120 (1961), p. 15. Reseña.Dávalos, Baica. "En recuerdo de un fecha", *Zona Franca* (Caracas), Nº 57 (1968), p. 18.

_____ . "In memoriam", *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), pp. 22-23.

_____ . "Dávila Andrade", *El Nacional*. Caracas, 21-6-1962, p. 22.

Reseña de su obra *En un lugar no identificado* (Poemas).

Dávila Torres, César. "Imagen y permanencia de César Dávila Andrade", *Agora* (Quito), Nº 8 (1968), pp. 3-7.

Dávila Vásquez, Jorge. "César Dávila Andrade y el misterio de la vida y el arte (Entrevista imaginaria)", *Revista Diners* (Quito), Nº 28 (1984), pp. 54-58

_____ . "César Dávila Andrade y Pablo Palacio. La proximidad del abismo", *Palabra Suelta* (Quito), Nº 6 (1989), pp. 19-21

_____ . "El Dios de César Dávila Andrade", *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh, Pennsylvania), Nº 144-145 (1988), pp. 779-787

_____ . "Introducción a la obra lírica de César Dávila Andrade", *Anales de la Universidad de Cuenca* (Cuenca), Nº 38 (1986), pp. 71-127.

También en:
– *Pucara* (Cuenca), Nº 8 (1987), pp. 32-72.

_____ . "La prosa de César Dávila Andrade", *Universidad Verdad* (Cuenca), Nº 4 (1989), pp. 13-22.

Delgado, Rafael. "César Dávila Andrade, escritor ecuatoriano", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), p. 10

– Indice Literario de *El Universal*. Caracas, 16-4-1967. Entrevista.

De Santis, Gabriel. "César Dávila Andrade, escritor ecuatoriano", Papel Literario de El *Nacional*. Caracas, 28-5-1972, p. 3.

Garcés Larrea, Cristóbal. "César Dávila Andrade", *Cuadernos del Guayas* (Guayaquil), Nº 23 (1967), p. 15.

_____ . "César Dávila Andrade, escritor ecuatoriano", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), p. 10.

_____ . "*Oda al arquitecto*", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 15 (1946), p. 16. Reseña.

García Morales, Luis. "César, el poeta", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas: 3-5-1970, p. 4.

Graetzer Alvarez, Margarita. "Los cuentos de César Dávila Andrade. Desde la tristeza milenaria hacia la iluminación", *Cultura* (Quito), Nº 22 (198?), pp. 33-71.

Herrera Carlos R. "César Dávila Andrade: 6 años de su muerte", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas: 1-7-1973, p. 1.

Jácome, Gustavo Alfredo. "César Dávila Andrade, ¿Luzbel o Lucifer?", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 153 (1972), pp. 12-13, 23.

Ledesma Muñoz. "*Espacio me has vencido*", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 19-20 (1947), p. 26. Reseña.

_____ . "Libro de poemas de César Dávila Andrade publicados en Los Andes", *El Nacional*. Caracas: 8-6-1962.

Sobre *En un lugar no identificado*.

Liscano, Juan. "César Dávila Andrade: *Catedral salvaje*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 89 (1951), pp. 254-255.

_____ . "El solitario de la gran obra", *Zona Franca* (Caracas), Nº 45 (1967), pp. 4-7.

También en:

– *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), pp. 14-15.

Meneses, Guillermo. "César Dávila Andrade" (Comentarios), *El Universal*. Caracas, 4-5-1967, p. 7.

Michelena, Xavier. "El pez sólo puede salvarse en el relámpago", *Cultura* (Quito), Nº 26 (1986), pp. 95-139.

Montesinos, Jaime. "Las fugas y los encuentros en la poesía de César Dávila Andrade", *Cultura* (Quito), Nº 3 (1979), pp. 314 y ss.

Montoya Andrade, Luis. "La construcción nominal en la poesía de César Dávila Andrade", *Revista de la Universidad Católica* (Quito), Nº 15 (1977), pp. 101-146.

Nieto, Héctor. "César Dávila Andrade. *Espacio me has vencido*", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 24-25 (1947), p. 20.

Pérez Perdomo, Francisco. "Los cuentos de Dávila Andrade", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 3-5-1970, pp. 3-4.

R. "Espacio me has vencido", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 43 (1949), p. 11. Reseña.

Rivadeneira, Edmundo. "César Dávila Andrade", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), p. 1

Ríos Andrade, Guillermo. "La estrella rota, para C. Dávila Andrade", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), p. 6.

Rivas Iturralde, Vladimiro. "*Cabeza de gallo*", *Agora* (Quito), Nº 7 (1967), pp. 65-69.

_____ . "La imposible división de las obras de César Dávila A.", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133, (1967), p. 2.

Rodríguez, Emira. "A César Dávila Andrade, en recuerdo", *Zona Franca* (Caracas), Nº 13 (1972), p. 55.

Romo Narváez, Jaime. "El epíteto de color en la poesía de César Dávila Andrade", *Revista de la Universidad Católica* (Quito), Nº 15 (1967), pp. 17-63.

Rumazo González, Alfonso. "El poeta trágico", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), p. 16.

Rumazo, Lupe. "El postrer relato de Dávila Andrade", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), p. 3.

También en:
– Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 14-5-1967.

Salazar Tamáriz, Hugo. "Réquiem a César Dávila Andrade", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967), pp. 15-16.

Salvador Lara, Jorge. "Los originales del *Boletín y elegía de las Mitas*", *Letras del Ecuador* (Quito), Nº 133 (1967).

Schwartz, Kessel. "Muerte y transfiguración en César Dávila Andrade", *El Guacamayo y la Serpiente* (Cuenca), Nº 27 (1987), pp. 68-92.

Silva, Aléxis. "La tradición hermética en un poema de Dávila Andrade", *El Impulso*. Barquisimeto, 14-5-1978. pp. 9-10.

Stolk, Gloria. "César Dávila Andrade, el trascendente", *El Nacional*. Caracas, 7-5-1967, p. A-4.

Vaca Acevedo, Galo. "El símbolo y la parodia en César Dávila Andrade", *El Guacamayo y la serpiente* (Cuenca), Nº 28 (1989), pp. 55-68.

Vásquez López, Enrique. "Presencia de la determinación en el lenguaje poético de César Dávila Andrade", *Revista de la Universidad Católica* (Quito), Nº 15 (1977), pp. 65-99.

Venegas Filardo, Pascual. "César Dávila Andrade" (Ronda), Indice Cultural de *El Universal*. Caracas, 7-5-1967.

Wolfsohn, Elizabeth. "Algunas consideraciones sobre el nivel fónico de la poesía de César Dávila Andrade", *Revista de la Universidad Católica* (Quito), N° 15 (1977), pp. 147-179.

2.3 DISCOGRAFIA Y FILMOGRAFIA

Boletín y elegía de las Mitas. Cantata popular sinfónico coral Música y dirección de Edgar Palacios. Quito: Consejo Nacional de la Cultura, 1991.

La Batalla. Director: Jorge Ruiz. Film de 20'. Quito, 1976.

Cabeza de gallo. Director: Carlos Pérez Agustí. Video. Taller de cine de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Cuenca, 1989.

INDICE

PROLOGO por *Jorge Dávila Vázquez* IX
CRITERIO DE ESTA EDICION LVII

POESIA

La vida es vapor 3
Canción a Teresita 4
Oda al arquitecto 6
Espacio, me has vencido 9
Después de nosotros 10
Carta de la ternura distante 11
Canción espiritual al árbol derribado 12
La pequeña oración 14
Invitación a la vida triunfante 15
Tacto 16
Variaciones del anhelo infinito 16
Amistad con las cosas 17
Canción a la bella distante 18
Esquela al gorrión doméstico 20
Origen I 21

Carta a la madre 22
Catedral salvaje 23
El habitante 33
Advertencia del desterrado 35
Muchacha en bicicleta 36
Fogata y sombra del estío 37
El ebrio 38
Angel sin misión 39
Ouroboros 40
Consagración de los instantes 41
Hospital 43
La corteza embrujada I 44
Boletín y elegía de las Mitas 49
Origen II 56
En un lugar no identificado 59
Poesía quemada 63
Cacería del búho 64
La espina emplumada 65
Embarcadero 65
Los desmandamientos 66
Don matutino 68
Poema 69
Condiciones extremas 69
La corteza embrujada II 70
Vallejo prepara su muerte 78
Carta y canción para Isabelita 80
A Isabelita 81
El Gran Todo en polvo 82

Tarea poética 82
El velo 83
Persona 84
Profesión de fe 84
Breve historia de Basho 85
Palabra perdida 87

NARRATIVA

Vinatería del Pacífico 91
La batalla 99
El cóndor ciego 108
Un cuerpo extraño 112
El recién llegado 121
El hombre que limpió su arma 124
La última misa del caballero pobre 136
Durante la extremaunción 138
El último remedio 145
Lepra 151
El viento 160
Cabeza de gallo 163
Pacto con el hombre 168
Caballo solo 175
La última cena de este mundo 179
La sierra circular 185
La carreta de heno 189
En la rotación viviente del dodecaedro 195

ENSAYO

Evocación de Omar Khayyam 205

Evocación de Gandhi 208

Evocación de Antonio Machado 213

Teoría del titán contemplativo (Ensayo sobre la poesía de Jorge Carrera Andrade) 217

Ciro Alegría y su alto y ancho mundo 221

Magia, yoga y poesía 224

Ecuador amargo (De Jorge Enrique Adoum) 231

Poemas de dos tiempos (*Agraz* y *Relente* de Filoteo Samaniego) 235

Ernesto Cardenal: Gethsemaní, Ky 237

El *Ulises* cumple años 238

Visión interior de una gran poesía 242

Rómulo Gallegos, imaginación y magia 245

El humanismo llamado Zen 248

Franz Kafka, o la metamorfosis de la profecía 250

Yorgos Seferis 252

Las resurrecciones del maestro 253

In Memoriam 254

CRONOLOGIA 257

BIBLIOGRAFIA 263

Este volumen, el CXCI, de la BIBLIOTECA AYACUCHO, se terminó de imprimir en Caracas (Venezuela), en el mes de octubre de mil novecientos noventa y tres, en los Talleres de ANAUCO EDICIONES, C. A. La edición consta de 3 000 ejemplares (1.500 rústicos y 1.500 empastados)